

UNIVERSIDAD DE GRANADA
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

3000-1500 BC

LA FORMACION DEL ESTADO EN LAS CAMPINAS DEL ALTO

GUADALQUIVIR

ANALISIS DE UN PROCESO DE TRANSICION

Tesis Doctoral presentada por Francisco Nocete Calvo para la obtención del grado de Doctor. Dirigida por los Drs. Fernando Molina González y Arturo Ruiz Rodríguez, Catedático y Profesor Titular, respectivamente, del Departamento de Prehistoria, Arqueología e Historia Antigua, de la Universidad de Granada.

Jaén 15 de Agosto de 1988

A Ana
A Francisco José

"Lo que está en juego, no es sólo interpretar el Mundo, sino actuar sobre sus contradicciones, transformandolas a partir de un análisis exacto"

(Godelier 1974: 199)

UNIVERSIDAD DE GRANADA

ACTA DEL GRADO DE DOCTOR EN HISTORIAS (PREHISTORIA)

Curso de 1987 a 1988

Folio

Número

464

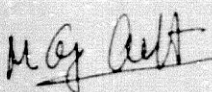
Reunido en el día de la fecha el Tribunal nombrado para el Grado de Doctor de D. FRANCISCO NOCETE CALVO, el aspirante leyó un discurso sobre el siguiente tema, que libremente había elegido: 3000-1500. La formación del estado en las Campiñas del Alto Guadalquivir. Análisis de un proceso de transición.

Terminada la lectura y contestadas las objeciones formuladas por los Jueces del Tribunal, éste le calificó de APTO CUM LAUDE (por unanimidad)

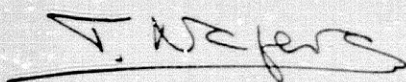
Granada 24 de Septiembre de 1988

El Secretario del Tribunal.

EL PRESIDENTE,



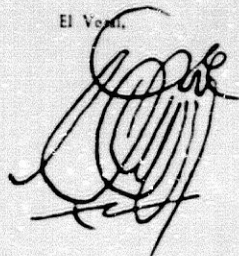
El Vocal,



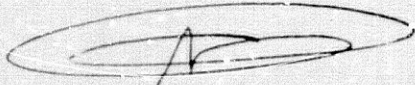
El Vocal,

Fco. Francisco Buitrago

El Vocal,



Firma del Graduado,



INVESTIDURA . . . { En el día de la fecha se ha conferido a D. _____ el Grado de Doctor en la Facultad de _____, conforme a lo prevenido en las disposiciones vigentes.

Granada de _____ de 19 _____

EL DECANO,

CERTIFICO: Que el Acta que antecede concuerda con la del expediente del interesado remitida a la Secretaría de la Universidad.

Granada de _____ de 19 _____

El Catedrático Secretario,

V.º B.º
EL DECANO,

INTRODUCCION

Quando en 1984 (Nocete 1984 a, b y c), al observar el desarrollo de la compleja y jerarquizada Ordenación del Territorio de las Formaciones Sociales que ocuparon la Campiña Occidental del Alto Guadalquivir, durante los Siglos XIX al XVII BC., llegabamos a la conclusión de que nos encontramos ante un fenómeno histórico sólo explicable en el marco teórico del Origen del Estado, estabamos asumiendo un doble debate, el primero, teórico, pero el segundo metodológico, al afrontar este análisis desde la Arqueología, debates, ambos, que suponían cierta extrañeza en algunos de los círculos académicos del Sur. Y lo cierto es que nuestras propuestas chocaban, rotundamente, con toda una tradición arqueológica, con algunas excepciones, que sólo reconocía en el Tercer Milenio y la Primera Mitad del Segundo BC. un amplio repertorio de tumbas, muros de fortificación, recipientes cerámicos, objetos de metal, etc..., escrupulosa y rigidamente ordenados en secuencias "culturales" jalonadas por dataciones de C14, y en la mayoría de los casos, por analogías descontextualizadas, cuyo nombre habría las heridas, y rasgaba las vestiduras del "método científico": "Los Paralelos".

En estas condiciones herméticas, cuando no oscurantistas, donde se debatía si denominar a esta época de la Prehistoria mediante elementos materiales novedosos, "Edad del Cobre", mediante tradiciones materiales de más raigambre, "Calcolítico", o bajo los ecos del más depurado gusto enciclopédico, "Eneolítico", que esgrimían la necesidad de un marco general y referencial, consuetudinario, de homologación, reacia al particularismo, el Proceso Histórico olía a acientifismo, y no digamos el Origen del Estado. Al fin y al cabo, los objetos arqueológicos no eran más que objetos, y su contexto, el marco referencial de las cronologías.

Recientemente, Wallon ha propugnado que "la Historia puede ser construida desde los datos, pero la Teoría, sólo puede ser contruida desde la Teoría", sin embargo, datos y teoría, son dos pilares absolutamente necesarios y complementarios para la construcción dialéctica de la Historia.

Nuestra propuesta de análisis, que seguidamente podrán leer, refleja una síntesis de los primeros resultados, y de los trabajos que hemos realizado entre 1984 y 1988, sobre las Formaciones Sociales que ocuparon la Campiña Occidental del Alto Guadalquivir entre el 3000 y el 1500 BC, para la definición de la Formación del Estado desde el análisis del Proceso Transicional hacia la Sociedad de Clases, donde la aparición del No Productor, genera una dinámica en el Territorio, donde este se convierte en la base y el efecto de la acción política del Estado: Segregación y Coerción.

Por esta razón, el análisis del Espacio, lejos de convertirse en el mecanismo de lectura del proceso, se presenta como un marco de contrastación idoneo para la contradicción que supone en la Transición el ejercicio del Estado.

Dado que este trabajo, de por sí, es, ya, una síntesis, no quisiera volver a resumir las ideas fundamentales del mismo, y en estas primeras páginas, sólo me resta agradecer a aquellas personas cuyo

apoyo ha sido fundamental para la elaboración de este texto, y a quienes les agradezco, fundamentalmente, su amistad.

En primer lugar, y mis primeas palabras de gratitud, son para D. Fernando Molina Gonzalez y D. Arturo Ruiz Rodrigez, Catedrático y Profesor Titular, respectivamente, del Dpto. de Prehistoria de la Univ. de Granada, directores de esta Tesis Doctoral, cuya labor huelga relatar en estas líneas. Al Dr. Oswaldo Arteaga, Director del Proyecto "Porcuna", por sus consejos y la facilidad para acceder a la documentación de las excavaciones de los yacimientos de Los Alcores y el Albalate. Al Dr. Francisco Contreras, Profesor Titular del Depto. de Prehistoria de la Univ. de Granada, por su indudable apoyo en la cobertura estadística de la aplicación del Análisis Multivariante. Al Dr. José Ramos, Profesor Titular Interino del Dpto. de Prehistoria de la Univ. de Cadiz, por permitirnos acceder a sus trabajos sobre el análisis lítico del Proyecto Porcuna, así como por su colaboración en la elaboración gráfica del utillaje lítico. A los Dr. Rafael Machado, Profesor Titular del Depto. de Geografía de la Univ. de Granada, y al Dr. Juan Gil, Profesor Titular del Dpto. de Química Agrícola de la Univ. de Córdoba, por su apoyo para la definición de los análisis agronómicos. A Dña. Francisca Hornos, Arqueóloga Provincial, en Jaén, de la Dirección General de Bienes Culturales de la Junta de Andalucía, por la oportunidad de permitirnos documentar, personalmente, los registros materiales de las campañas de Urgencia en los yacimientos del Tercer Milenio BC. en el Alto Guadalquivir. A D. Rafael Lizcano, Licenciado en Prehistoria por la Univ. de Granada, y Coodirector del Proyecto "Análisis Histórico de las Comunidades de la Edad del Bronce en el Alto Guadalquivir", por su apoyo y colaboración en la elaboración de los gráficos del análisis estadístico. A D. Narciso Zafra, Licenciado en Prehistoria por la Univ. de Granada, y miembro del Proyecto "El Mundo Ibérico en Jaén" por su colaboración en las tareas gráficas. A D. Antonio Pancorbo y D. Rafael Sanchez, por soportar las horas del cálido verano del Sur al pie del teclado del ordenador, y por último, y muy especialmente, a Dña Ana Peramo, quien mejor conoce este trabajo, sus problemas y largos años de espera.

CAPITULO I. LA HISTORIA DE LA INVESTIGACION

En 1986, desde la tribuna pública que ofrecía el libro "Arqueología en Jaén" (Nocete 1986), y en un breve informe sobre la Investigación Arqueológica en la temática de las Edades del Cobre y Bronce en el Alto Guadalquivir (Tercer y Segundo Milenio BC.), reivindicamos la necesidad de un Proyecto coherente que sistematizase el Proceso Histórico de la Consolidación de las Bases de la Economía de Producción y el desarrollo de las primeras Sociedades Estratificadas de la actual Provincia de Jaén.

Con esta "llamada de alerta" no veníamos a plantear nada nuevo, pues ecos similares se oían desde 1978 (Molina et alii 1978; Carrasco 1982; Ruiz, Nocete y Sánchez 1984) sobre una zona, el Alto Guadalquivir, donde el olvido de la investigación desarrollada por los centros universitarios, la convertiría en una "tierra de nadie" como indicó el Dr. Carrasco en 1982.

La ausencia de estos "cotos institucionales" que hoy permiten el desarrollo de una investigación fresca y moderna, sin pasado cuyas ideas hayan de debatirse para su autoafirmación, ha dejado las secuelas de una Historia Provinciana, escrita fundamentalmente por eruditos locales, y la dinámica de una Arqueología Clandestina abigarrada en amplios sectores de la sociedad jiennense.

Aunque este no es el atril desde donde desarrollar la Historiografía Arqueológica del Alto Guadalquivir, no podemos, por menos, perfilar un breve esbozo de las líneas teóricas y esquemas interpretativos que han sido y son en la definición de la Historia de las Formaciones Sociales sin Historia del Tercer y Segundo Milenio BC.

Si la "Edad del Cobre" no existe en Jaén hasta la presencia de D.M. Góngora, nuestro "primer arqueólogo profesionalizado", como indica el Dr. Ruiz (Ruiz et alii 1986) al referirse al Jaén de las últimas décadas del Siglo XIX, cuando en sus catálogos recogía los primeros monumentos megalíticos del Subbético, dejando la impronta de las ideas y el Positivismo de época, la Edad del Cobre en las Campiñas, no vería la luz hasta 1980, cuando el Dr. Arteaga (González y Arteaga 1980), tras un sondeo estratigráfico en el yacimiento de los Alcores (Porcuna), observó una dinámica cultural con la idiosincrasia de una evolución local netamente indígena y diferenciable de los "grandes centros" de Portugal, el Bajo Guadalquivir y el Sureste, a través de cuyas pautas se explicaba el desarrollo histórico del Tercer Milenio BC. (Paço y Sangmeister 1956; Blance 1961, 1971; Sangmeister 1966; Schubart 1970; Veiga-Ferreira y Tavares 1970; Bonsor 1889; Leisner 1965; Ruiz Mata 1975; Siret 1890; Leisner 1943; Almagro y Arribas 1963; Arribas y Molina 1978; etc...).

I.1.LA ARQUEOLOGIA SACRALIZADA, LA ARQUEOLOGIA CHAUVINISTA, LA ARQUEOLOGIA DE LOS PARALELOS: LA ARQUEOLOGIA AHISTORICA.

En 1630 y en plena efervescencia de la Contrarreforma, la ideología del Barroco, en su mística teatralidad, buscaba manifestaciones de

fé, que en su irracionalidad, "moviese el sentimiento" frente a la racionalidad Reformista. En este contexto, el Pasado, una vez más, al servicio de la ideología del orden de las clases dominantes, era manipulado hacia el fervor popular. Así, en la Villa de Arjona, se descubrieron los restos de los Santos Bonoso y Maximiano, mártires del cristianismo, mediante un simbólico proceso de excavación que el Dr. Ruiz (Ruiz et alii 1986) ha denominado "Arqueología Sacralizada". La descripción de los hallazgos (Morales 1965), venía a reflejar una de las constantes del ritual funerario del Tercer Milenio EC. en las Campiñas (el enterramiento colectivo en cueva artificial), sin embargo y hasta Nuestro Siglo seguirían siendo Santos y Mártires.

Desde esta fecha, y durante los Siglos XVIII, XIX, e incluso en la Primera Mitad del Siglo XX, los hallazgos han sido fundamentalmente consecuencia de las prácticas agrícolas, atribuyéndose al misterioso pasado y la oscuridad provocada sobre las tradiciones populares que refleja el enemigo de nuestra Historia: Los Moros.

Los trabajos de Góngora en el Subbético (Góngora 1868) y Mata Carriazo en Quesada (Mata Carriazo 1925), serían episodios brevísimos y, en ningún caso, generalizables al resto del Alto Guadalquivir.

En los años de Fosguerra, y con el olvido de las Universidades, los órganos de investigación y publicaciones quedaron centralizados en instituciones provinciales de corte local, como el Instituto de Estudios Giennenses (IEG), y los resultados, vendrían de la mano de contados arqueólogos profesionales, miembros del IEG, pero fundamentalmente de eruditos locales.

La publicación en 1946 de los trabajos de Tarradell sobre la Cultura del Argar (Tarradell 1946), tendría amplia incidencia en las líneas de clasificación cultural para el Alto Guadalquivir, al quedar éste incluido dentro de la Geografía Argárica. Estas tesis, junto al desarrollo de los trabajos de los Leisner (1943) sobre los materiales y la documentación Siret, a través de una concepción Difusionista de la Historia y la Evolución Cultural, convertiría a Jaén en un espacio de expansión e hinterland, al igual que otras latitudes, donde reflejar esos fenómenos del Positivismo de época. Así, Mata Carriazo (1947), en su análisis del hallazgo de Caño Quebrado (1947), y su posterior síntesis de la Edad del Bronce (1957), consolidaría las tesis difusionistas para la explicación del Alto Guadalquivir Prehistórico.

A través de los "Paralelos", como epistemología del momento, también se explicarían los viejos y nuevos hallazgos arqueológicos (Barberán 1955; Arroyo 1956). Frente a estos postulados, en línea con la "Ciencia" del momento, serían los eruditos locales, de profesión y formación ajena a la Arqueología, los que principalmente recogerían las noticias de primera mano, cuando no la realización de excavaciones, más encaminadas a saciar su curiosidad, que a la aplicación de un método científico y una reflexión histórica.

Los círculos culturales situados dentro y alrededor de IEG y de la Capital de la Provincia, a la búsqueda de una mimesis de los trabajos del Sureste, y en la satisfacción de una Historia Local y Provinciana,

desarrollarían una amplia campaña de trabajos de campo e interpretaciones culturales, que culminarían en los años 60 con las excavaciones de la necrópolis de Marroquies Altos, en pleno casco urbano de la Capital (Espantaleón 1957; Vaño 1962; Lucas Pellicer 1968).

Las excavaciones en Marroquies Altos, pondrían al descubierto uno de los rasgos más importantes de la Edad del Cobre del Alto Guadalquivir, y concretamente de las Campiñas: Las Necrópolis de Cuevas Artificiales. Sin embargo, su documentación, escurpulosamente descrita, fue históricamente mal clasificada, bajo los auspicios de una paralelización, en, y, tras, el corpus de Berdichewsky (1964), perdiéndose en similitudes a lo largo del Mediterráneo y la geografía Peninsular, muy al gusto del Positivismo Difusionista, no advirtiendo sus correlaciones con los asentamientos del entorno más inmediato, y sin referencia alguna al Proceso Histórico que revelaban como manifestaciones ideológicas que eran.

Un episodio que pudo tener gran incidencia en esta investigación, acaecería en la segunda mitad de la década de los 60, con la excavación, por parte del Dr. García Serrano, del yacimiento de Peñalosa (Baños de la Encina), sin embargo, sus resultados nunca verían la luz.

Frente a toda esta dinámica, centrada en las inmediaciones de nuestra Capital, el resto de la Provincia, y en concreto las Campiñas, se verían aún sumidas en la investigación de eruditos locales, cuyos trabajos, a pesar de la gran importancia con que hoy cuentan como registro y recopilación documental, se expresaban en Historias de corte local, desarrolladas desde un Empirismo desprofesionalizado, descriptivo e ideológicamente situado entre una visión moral-evangélica y un chauvinismo localista.

En la Campiña, la obra "Anales de la Ciudad de Arjona" de Morales Talero (1965), es un buen reflejo de esta corriente de corte decimonónico, que junto a una minuciosa crónica documental, alberga inocentes y bíblicas adscripciones culturales, más cerca de la leyenda que de la Historia.

Sin embargo, las alternativas serían poco alagueñas, y sólo la Tesis Doctoral de García Serrano "Carta Arqueológica de la Provincia de Jaén" (1968), aportaría una nueva dinámica. En un aséptico registro de hallazgos, el interés de esta obra por reflejar la totalidad de las noticias del Alto Guadalquivir, la convertiría en una crónica, y en ella, la documentación de la destrucción de una necrópolis de Cuevas Artificiales en Cazalilla, sería la única aportación novedosa sobre la Edad del Cobre y la Campiña.

En los años 70, la celebración del XII Congreso Nacional de Arqueología en la Ciudad de Jaén, poco aportaría al respecto, cegándose en la monumentalidad de las épocas Ibérica y Romana, aunque a decir verdad, se motivó el interés de algunos arqueólogos y Universidades en las expectativas del rico patrimonio giennense. Sin embargo, las actuaciones posteriores estuvieron guiadas por trabajos de urgencia y protección, y no por el desarrollo de auténticos

proyectos de investigación, centrándose en actuaciones sueltas, desconectadas y sin continuidad, como los casos de Hornos de Segura (Maluquer 1974) y Ubeda la Vieja (Molina et alii 1978), cuando no en el estudio de materiales descontextualizados y procedentes de colecciones privadas (Schubart 1976).

Un nuevo lenguaje, una metodología más rigurosa, y unas adscripciones culturales más precisas, etc..., serían los rasgos más visibles de la Investigación en los años 70, pero el Difusionismo reinante, y las generalizaciones exageradas, consolidarían, aún más, a Jaén, como el reflejo de un área de expansión de los focos culturales desde los que se construía la Prehistoria Peninsular bajo un Positivismo a ultranza. Así, los datos de las excavaciones en Jaén se convertían en pruebas evidentes de la expansión y dinámica del Sureste para el Tercer Milenio BC. y fundamentalmente del Segundo, al presentarse los hallazgos de Baños de la Encina (Muñoz Cobo 1976), Hornos de Segura (Maluquer 1974) y Ubeda la Vieja (Molina et alii 1978), así como la relectura de Corral de Quiñones, Casa de las Abadesas, Baeza, Arjona, Haza de Trillo y Marroquies Altos, como la expresión de la presencia del Argar, en un Jaén que constituiría su "máxima avanzada septentrional", tesis que ha supuesto uno de los pilares tradicionales de nuestra Prehistoria (Schubart 1976; Molina et alii 1978) cuyo proceso de desmantelación ha supuesto, y aún hoy, supone, uno de los esfuerzos más notorios de la investigación (Ruiz, Nocete y Sánchez 1984).

Las consecuencias del exacerbado Positivismo de los años 70 en la concepción de "Cultura" y sus correlaciones materiales, mediante la observación de rasgos comunes en algunos de ellos, el desarrollo y necesidad de "Fósiles Tipo" para la utilización de los "Paralelos", como paradigmas de clasificación y conducta, había llevado a definir a el Alto Guadalquivir como una unidad culturalmente integrada a los focos del Sureste. Sólo a través de los resultados de Hornos de Segura y Ubeda la Vieja, con la superposición de las llamadas "secuencias argáricas" sobre un sustrato anterior, hacía pensar en procesos más complejos, donde la Aculturación podía jugar un role importante.

Los años 70 fueron, sin duda alguna, los años de la Edad del Bronce, y su protagonista la Cultura del Argar, su correlación una amplia periferia que incluía todo el Alto Guadalquivir, sus causas, el desarrollo y explotación de la Cuenca Metalífera de Sierra Morena, y con ello, la explicación de la Difusión Cultural y Poblacional dentro del gusto empirista del momento, que también explicaba el origen de las culturas de la Edad del Cobre Peninsular como la consecuencia de prospectores metalúrgicos procedentes de Oriente (Schubart 1970; Blance 1971; etc...).

I.2. EL CAMBIO.

En la primera mitad de la década de los 80, la investigación del periodo comprendido por las Edades del Cobre y Bronce en el Alto Guadalquivir (Tercer y Segundo Milenio BC.) sufriría un profundo

cambio de orientación y contenido, cuyo detonante será la publicación en 1980 de los resultados de la excavación del yacimiento de los Alcores (Porcuna) por el Dr. Arteaga (González y Arteaga 1980).

Si 1979 finalizaba con la primera campaña de excavación en Alcores, 1980 se iniciaba con los trabajos del Dr. Ruiz en el yacimiento del Cerro de la Coronilla (Cazalilla) (Ruiz et alii 1983) en plena Campiña Occ. y la excavación de la Cueva del Canjorro y Olvera a cargo de Dr. Carrasco. Sin embargo, la importancia de este año en la investigación del Tercer y Segundo Milenio BC., no se marcaría por los trabajos de campo, sino por la publicación de dos monografías del Dr. Carrasco (Carrasco et alii 1980a y b) y un artículo del Dr. Arteaga (González y Arteaga 1980).

Dotados de un importante acopio bibliográfico y documental, las monografías del Dr. Carrasco intentaban sistematizar toda la suerte de hallazgos, que desde el Siglo XVII, reflejaban las "Edades del Cobre y Bronce" en el Alto Guadalquivir, aportando nuevos restos arqueológicos y nuevas correlaciones secuenciales que partían de los resultados de las campañas de trabajo de la Universidad de Granada en los yacimientos de los Millares (Almería) (Arribas et alii 1979), Montefrío (Granada) (Arribas y Molina 1979) y Monachil (Granada) (Arribas et alii 1974).

En su primer trabajo (Carrasco 1980a), centrado en la "Edad del Bronce", el Dr. Carrasco, ofrecía una propuesta tipológica y una revisión de las excavaciones y hallazgos antiguos, que revelaban, según el autor, una clara adscripción del Alto Guadalquivir a la Cultura del Argar, llegándose a definir a Jaén, durante este periodo, como un "hinterland" del Sureste, y la explotación de las minas de Sierra Morena la causa de la expansión argárica, siguiendo las hipótesis planteadas en 1978 por el Dr. Molina (Molina et alii 1978).

El reconocimiento de elementos culturales argáricos en las necrópolis de Marroquies Altos, en las proximidades de la Campiña Occ., no sólo le permitía valorar al autor su adscripción a la Cultura del Argar, sino, también, incluir en ella las Campiñas, utilizando como argumento la documentación del Siglo XVII que relataba la presencia de enterramientos individuales en la Ciudad de Arjona, a pesar que algunos restos materiales conservados de su subsuelo, reflejaban una cronología más antigua, hecho que no fue suficiente para reconsiderar una hipótesis de tan frágil sustento, más aún, cuando todo el área de las Campiñas no ofrecía documentación que corroborase la lectura parcial de los hallazgos de Arjona, situación que le llevó al Dr. Carrasco a plantear la ausencia de datos como una escasez documental por falta de prospecciones sistemáticas. Sin embargo, años más tarde, una amplia documentación de superficie y excavación, en todo el ámbito de las Campiñas, demostraría la ausencia real de asentamientos argáricos y la inviabilidad de tipologías tan generales, donde la presencia de una forma cerámica identificaba culturas y movimientos poblacionales. Con las propuestas del Dr. Carrasco, en Jaén, tras cada puñal de remaches, o tras cada vaso carenado, se escondían las etnias y poblaciones de las lejanas tierras del Sureste.

Esta visión de la "Edad del Bronce" poco aportaría a las valoraciones

de los años 70, salvo nuevos hallazgos arqueológicos y materiales procedentes de colecciones privadas. Si compleja era la adscripción cultural a través de los rasgos comunes de la "cultura material", no menos fue el traslado de las inferencias sobre las actividades económicas e ideológicas que reflejaban las excavaciones en el Sureste y Granada, en un clima de cierto determinismo geográfico.

Similares paradigmas reflejaba en su segunda monografía "Aproximación al Eneolítico en el Alto Guadalquivir" (Carrasco et alii 1980b), donde la actual Provincia de Jaén se definía como un nuevo "hinterland", una "tierra de paso", de las ideas de los "Grandes Focos Culturales" en los que se basaba la investigación de los años 70. La Historia del Alto Guadalquivir, según el Dr. Carrasco, entre las influencias de un, escasamente definido, Millares I y II (Sangmeister 1966; Almagro y Arribas 1963; Arribas et alii 1979) y el Bajo Guadalquivir y Portugal (Leisner 1965; Schubart 1970; Blance 1971; Ruiz Mata 1975a y b; etc...). En esta ocasión, las Campiñas sí ocupaban un espacio más amplio de su disertación, pues al margen de una relectura de las necrópolis de Marroquies Altos, usadas tanto para la Edad del Cobre como para la Edad del Bronce, y el Santuario de San Nicolás en Arjona, presentaba nuevos hallazgos tanto a nivel funerario (Cuesta del Parral en Arjona) como en el nivel de asentamientos (Cerro Venate en Arjonilla y Las Tiesas en Espeluy), clasificados a través de los resultados de la excavación del yacimiento granadino de Montefrío (Arribas y Molina 1979), en una secuencia que abarcaba, desde la transición del Neolítico Final/Cobre Antiguo, en el yacimiento de Puente Tablas, a todo el desarrollo de la Edad del Cobre (Tercer Milenio y Primer Cuarto del Segundo BC) con los yacimientos de Las Tiesas y Cerro Venate. Sin embargo, la Campiña, para el autor, no suponía ninguna novedad o diferencia frente a otras zonas del Alto Guadalquivir, o incluso de las Sierras Granadinas, integrándose en un proceso general de evolución cultural desde hábitat troglodita (Neolítico Pleno) a la ocupación de asentamientos al aire libre (Edad del Cobre), que reflejaba la traslación mimética del desarrollo cultural y económico de Montefrío (Granada), en una similar adecuación a una transición de una economía ganadera a otra agrícola. Esta tesis, sin embargo, sólo quedaba argumentada por relativas similitudes a nivel formal de algunos recipientes cerámicos u objetos metálicos obtenidos en hallazgos sueltos o procedentes de las descontextualizadas vitrinas de Museos o armarios de coleccionistas, mediante el argumento "científico" de la muestra epigónica del Difusionismo Empírico-evolucionista, que desde fines del Siglo XIX presidía la institucionalizada Investigación Universitaria: "Los Paralelos".

La publicación, en 1980, de los resultados de la excavación arqueológica en el yacimiento de los Alcores (Porcuna) (González y Arteaga 1980), marcaría una importante ruptura al dismantelar el carácter de "hinterland" de áreas como las Campiñas, donde la presencia de complejos sistemas de fortificación en el Tercer Milenio BC., y una importante y diferenciable evidencia material, reflejaba el desarrollo de una Cultura Autóctona, en palabras del Dr. Arteaga "intermedia entre la Baja y Alta Andalucía, que a pesar de una mayor vinculación a Occidente, ofrecía una personalidad propia". No sólo quedan ahí las afirmaciones del Dr. Arteaga, que hacían tambalearse

las generalizaciones anteriores, sino que al afirmar la perduración cronológica de esas constantes culturales, en plena Edad del Bronce (Primera Mitad del Segundo Milenio BC.), ponía en tela de juicio la total Argarización del Alto Guadalquivir, que para este autor debería remitirse al área más Oriental de la actual Provincia de Jaén, y en ningún caso a las Tierras Occidentales de las Campiñas.

Esta polémica, que parecía hacerse eco de los conflictos entre difusionistas e indigenistas en la Prehistoria Europea, se acrecentaría en 1982 con la publicación de la "Historia de Jaén", donde el Dr. Ruiz (1982), retomando los conceptos indigenistas del Dr. Arteaga, planteó la Edad del Cobre como una Transición inserta en el Proceso Histórico de la ruptura de las Sociedades Segmentarias autóctonas, siguiendo los postulados del Materialismo Histórico.

En 1983, la situación refleja, por tanto, el enfrentamiento del Difusionismo Empírico-evolucionista, frente a posturas Indigenistas y Procesuales, definidas desde la teoría marxista, mientras nuevas colecciones de datos incrementaban en número de hallazgos, iniciándose una importante prospección sistemática de la Campiña Occidental desde el Departamento de Prehistoria del Colegio Universitario de Jaén.

En 1983, al finalizar las campañas de excavación en el yacimiento del Cerro de la Coronilla (Cazalilla) (Ruiz et alii 1983; Nocete 1984c) y la primera campaña de excavación en el Albalate (Porcuna), a cargo del Dr. Arteaga, las tesis defendidas por éste en 1980, se confirmaban de una forma categórica en el ámbito de la Campiña.

Las excavaciones del Plán de Urgencia, en los yacimientos de Santa María de Ubeda, Iznatoraf y Puente del Río de la Vega en Santo Tomé, reflejaban, en la zona Oriental de la Provincia de Jaén, que el proceso de aculturación "argárico", en muchos casos, se desarrolló lentamente sobre un fuerte sustrato indígena, de una forma tan poco marcada que era imposible, en muchos casos, definir la presencia de tal argarización.

1.3. UNA NUEVA DIRECCION: 1984.

En 1984, la celebración del Congreso de Homenaje a Luis Siret, en Cuevas del Almanzora (Almería), permitía la publicación de la primera sistematización, sólidamente documentada, de las fases de transición entre la Edad del Cobre y la Edad del Bronce en el Alto Guadalquivir, gracias a las excavaciones y prospecciones realizadas tras los primeros años de la década de los 80 (Ruiz, Nocete y Sánchez 1984). Bajo las siglas Cazalilla II-Albalate, se perfilaba, así, un horizonte indígena a inicios de la Edad del Bronce, cronológicamente situado entre los Siglos XVIII-XVII BC, que podía definirse como Bronce Antiguo, por su sincronía, o Final de la Edad del Cobre, por el carácter retardatario y enculturado de sus manifestaciones materiales, que en el caso de la Campiña Occidental, rechazan el paralelo secuencial del yacimiento granadino de Montefrío, que fácilmente se había generalizado para todo el Alto Guadalquivir.

La base documental de este trabajo lo constituiría la Campiña Occidental, donde en los años anteriores se había concentrado la mayor parte de los trabajos de campo, y su concreción, fue, no sólo la fijación del horizonte Cazalilla II-Albalate, sino un avance del desarrollo cultural desde la Segunda Mitad del Tercer Milenio BC. Frente a las miméticas traslaciones del modelo de evolución económico y social de Montefrío, que hasta el momento había regido el proceso histórico (Carrasco et alii 1980b), el desglose de un Neolítico Final, de asombroso parecido a la Cultura de los Silos del Bajo Guadalquivir (Bonsor 1898), se perfilaba como la plataforma histórica que daría origen a una Cultura de las Campiñas, tras un proceso colonizador en los albores del Tercer Milenio BC., generando un desarrollo histórico local, estructurado sobre las sólidas bases de una economía agraria de producción, y tras unos complejos sistemas de hábitat, caracterizados por grandes aparatos de fortificación, completamente desvinculados de una difusión costera. Sin embargo, la aportación más novedosa sería el ya citado horizonte Cazalilla II-Albalate, donde la fuerza enculturadora de una sociedad autárquica y retardataria, hacía difícil en la Campiña Occidental, matizar sus manifestaciones materiales de forma diacrónica, máxime en sus últimos momentos (Cazalilla II-Albalate) donde sólo la presencia de elementos exógenos y novedosos, como las cerámicas incisas del Campaniforme y nuevos tipos metálicos, parecían ser la única vía temporal, amén de importantes cambios en el Patrón de Asentamiento y la Ordenación del Territorio.

Si novedoso, y a la vez complejo, se perfilaba el panorama, no menos lo era la documentación de una Edad del Bronce Local, que emergente de ese autóctono mundo de la Edad del Cobre de las Campiñas, permitía una clara delimitación de sus rasgos materiales económicos y sociales, frente a una Andalucía presidida por la "arrolladora fuerza del Sureste". Definitivamente, un Alto Guadalquivir Argárico se desplomaba en áreas como las Campiñas, y su ordenación, fuera de ella, abría una visión crítica sobre aquellos rasgos que sustentaban tal adscripción para la zona Oriental y fundamentalmente a los Montes Subbéticos. La presencia de inhumaciones individuales con objetos metálicos completamente descontextualizados, permitieron poner en duda esta amplia generalización, perfilándose la existencia de una Edad del Bronce, no menos importante y marcadamente autóctona, en el Piedemonte Subbético, donde la tradición troglodita del Neolítico Final, había perdurado a lo largo del tiempo. Así, se comenzaba a definir una "Cultura" del Piedemonte, que tras la relectura de yacimientos como el Canjorro, que fue publicado en 1983 por el Dr. Carrasco, y una serie de rigurosas prospecciones en la zona del río Víboras, en Jabalcuz y Mágina, se perfilaba con todo el vigor de sus altos montes, esta Cultura autóctona, que había subsistido, en sus señas de identidad, a pesar del fuerte impacto que sobre ella habían ejercido, primero los grupos de las Campiñas, y después los de las Sierras Granadinas, asimilándose en algunos rasgos a todo ese tecnocomplejo, por definir, del mundo de las Sierras del Sur, desde Jaén a Málaga, que advertía, que bajo el nombre de comunidades Argarizadas, existía un gran mosaico de grupos culturales, que hicieron una lectura propia de los cambios sociales y materiales de la Edad del Bronce, cuyo pionero fue el Argar. Así, en Jaén, y releendo los datos de Marroquies Altos, se observa una Aculturación en la Edad del Bronce, filtrada desde la esfera ideológica y social, como demuestran las actividades del

prestigio expresadas en el ritual funerario.

En el área Oriental de la actual Provincia de Jaén, yacimientos como Puente de la Vega, en Santo Tomé, al reflejar un fuerte sustrato de la Edad del Cobre, marcaba la resistencia a la aculturación de las ideas del Sureste, poniendo en tela de juicio la asignación total de esta área Oriental a la Argarización, matizando y advirtiendo la complejidad de los procesos de aculturación ante la presencia de asentamientos, en aquel momento, definidos como Argáricos y hoy, cada vez más, cuestionados.

Los problemas fundamentales de esta sistematización, radicaban en la limitación de los datos procedentes de excavaciones sistemáticas, ya que sólo los de superficie, no permitieron realizar mayores matizaciones, sin embargo, y como los autores lo plantean, se trataba de un trabajo para aportar más preguntas que soluciones, pero preguntas teóricamente bien definidas, junto a una sistemática crítica a las interpretaciones que en ese momento regían la explicación del proceso histórico del Alto Guadalquivir, basadas en datos poco fiables y dispersos.

De este importante trabajo, cuyas repercusiones serían fundamentales para la investigación del Tercer y Segundo Milenio BC. en el Alto Guadalquivir, sólo un punto parece problemático: la explicación de los cambios en el patrón de asentamiento entre la Edad del Cobre y la Edad del Bronce para la Campiña bajo una presupuesta reestructuración económica regida por un agotamiento de los suelos, que no ha podido demostrarse, como se ha comentado en 1986 (Nocete 1986; Nocete y Perano 1986), en favor de contradicciones internas de la articulación del Parentesco ante situaciones de complejidad social, económica y política.

Los resultados de esta discusión, planteaban la necesidad de nuevas correlaciones materiales que definiesen el desarrollo secuencial del Tercer Milenio y la Primera Mitad del Segundo BC., bajo el carácter específico de cada uno de los grupos culturales que se venían fijando en el Alto Guadalquivir.

En este mismo año, una nueva propuesta de análisis de la "Cultura Material" se vería planteada para las Campiñas (Nocete 1984c). Nuevos parámetros que pretendían superar las valoraciones empíricas de los "Paralelos" y de los "Artefactos-Tipo", mediante análisis morfométricos y microespaciales que pretendían fijaciones tipológicas de carácter histórico, por la definición, mediante el contexto funcional, de los objetos de las Relaciones de Producción que afectaban a su proceso de fabricación, distribución, acumulación y consumo, siguiendo las pautas de los análisis y modelos espaciales anglosajones (Hodder y Orton 1976; Hietala et alii 1984; etc...), pero teóricamente, desde el Materialismo Histórico, convirtiendo al Artefacto en un Producto de la Sociedad. Las propuestas concretas serían su aplicación sobre el yacimiento de Casalilla, y concretamente sobre su Fase II, debido a su perfecta definición temporal y al virtual estado de conservación de sus materiales.

Mediante el análisis morfométrico de las cerámicas del yacimiento de

Cazalilla (Ruiz et alii 1983; Nocete 1984c) y, fundamentalmente, de su contextualización (Nocete 1984c; Nocete et alii 1986), llegan a identificarse dos fases de ocupación, dentro de una gran homogeneidad y continuidad (Fig.I,1), que esconden dos netas diferenciaciones tecnológicas, económicas y fundamentalmente políticas, de la personalidad del asentamiento, sobre una mínima oscilación en el tiempo.

Cazalilla I, así, se perfilaba como un asentamiento agrícola de las Formaciones Sociales de la Campiña Occidental, situado cronológicamente en un momento previo al impacto y desarrollo de las cerámicas incisas del Campaniforme (Siglo XIX BC, como posteriormente dataría el yacimiento del Cortijo de la Torre, Nocete y Peramo 1986) donde la presencia de molinos, azuelas, hoces, etc., (Fig.I,1) reforzaba el interés de esta función agraria, sobre una estratégicamente situada colina del Este de la Campiña Occidental, con un hábitat ordenado en base a cabañas de morfología circular y armazón orgánico, con la ausencia absoluta del uso de la piedra como elemento de construcción, quedando relegada a la delimitación de hogares centrales en las chozas. Junto a la abundancia de instrumental lítico, asociado al proceso productivo agrícola (hoces, etc...) de un Secano donde cereales y leguminosas forman la base económica de la producción para el sustento, la ausencia de objetos metálicos, completa el perfil tecnológico e instrumental, donde la cerámica era la verdadera protagonista, con un amplio repertorio de formas lisas (Fig.I,1) donde dominan, con claridad, los recipientes para la transformación, producción y consumo alimentario, con formas abiertas, definidas en el análisis morfométrico como forma A (Fig.I,1), recogiendo un amplio repertorio de cuencos y, fundamentalmente, de las tradicionales "fuentes de labio engrosado", que caracterizan al mundo de las Campiñas, con sus decoraciones policromas de barnices rojos, grises, negros, etc...

El estudio de la fauna en este yacimiento (Estebez y Gil 1986), ha de observarse con el cuidado que exige una muestra muy reducida cuantitativa y cualitativamente, al definir el registro de los desechos de consumo de la superposición de las cabañas (Tabla I,1).

FRECUENCIAS ABSOLUTAS EN EL NUMERO DE RESTOS

	Cazalilla I	Cazalilla II
Sus Domesticus	1	8
Bos Taurus	2	8
Ovis Aries	3	
Ovicápridos no deter.	6	8
Canis Familiaris		1
Total Domésticos	12	25
Total Determinados	12	25
Total no Determinados	23	21

(Tabla I,1)

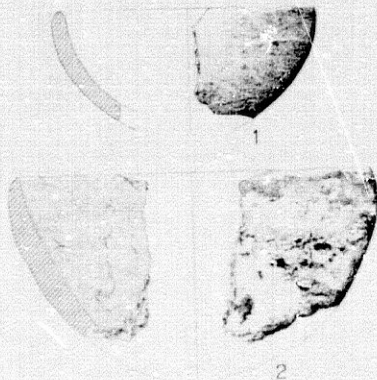
A-1

A-2

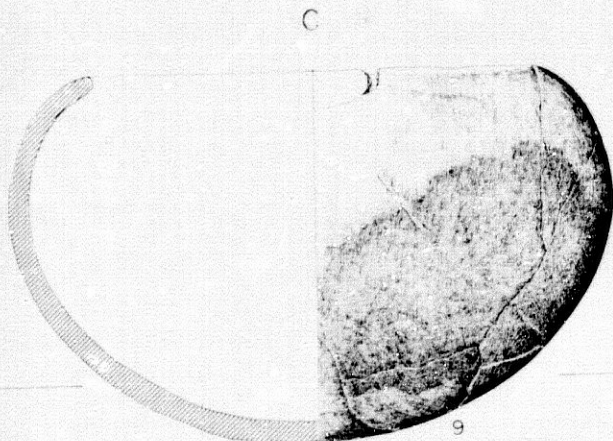
CAZALILLA II



CAZALILLA I



CAZALILLA II

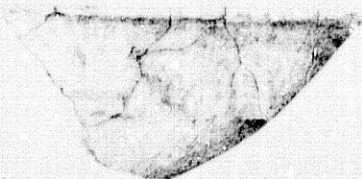
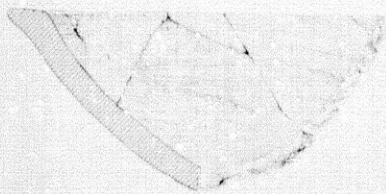


CAZALILLA I

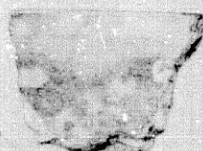
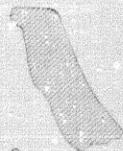
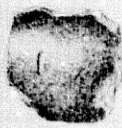


A-3

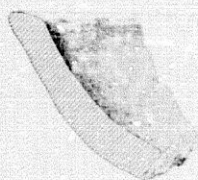
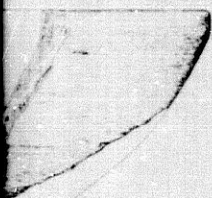
A-4



19



6

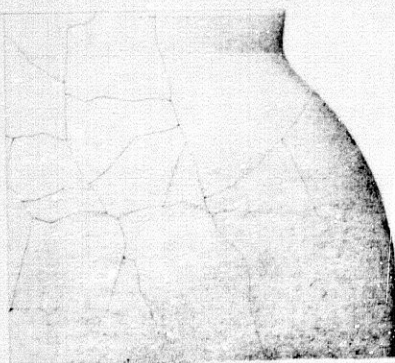


3



5

D



26



28



32



33



27



29



30

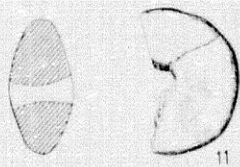
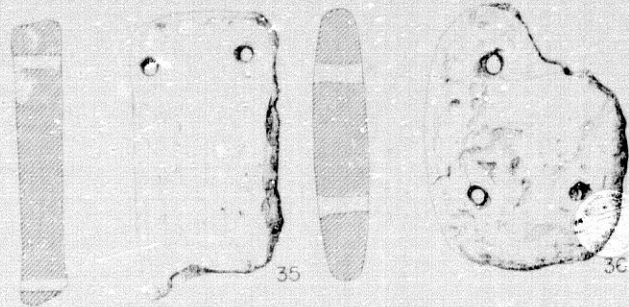
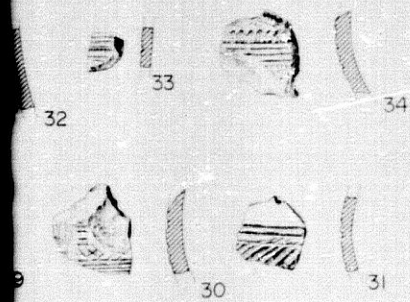


10

Fig. 21.—Cerro de la Coronilla. Tabla tipológica de las fases Cazalilla I y C

A-5

A-6



A-6



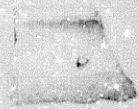
20



24



23



23



21



22



8



37



39



38



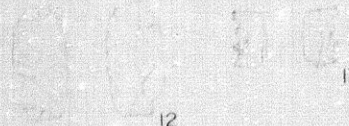
40



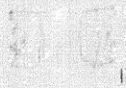
41



42



12



13

Globalmente, podemos definir al asentamiento de Cazalilla I, como un caso típico del perfil de una economía agraria de Secano (Fig.I,2) por la articulación fundamental del cerdo, bos y oveja, siendo ésta última la que revela un mayor aporte cárnico-proteínico, relegando la cabra a las próximas Sierras Subbéticas. El gran desarrollo de la oveja, se debería a su mayor aprovechamiento en otros sectores como el lácteo y el téxtil, y por su mejor adaptación al llano paisaje de la Campiña, y sin duda, a los barbechos del Sistema Cereal, de los que se convertiría en subsidiaria.

El fuerte peso proporcional de la oveja, se aproximaría a una importante actividad de pastoreo, en la Fase I, de no ser por la presencia, en similares niveles de proporción, de bos y una no menos desdeñable presencia del cerdo, así como una importante tecnología agraria, debiendo asumirse, los relativamente altos porcentajes de oveja, como una consecuencia de la selección alimentaria, o también por la posibilidad de espacios vírgenes y sin cultivar, que tras Cazalilla, abrían el límite de la Campiña Occidental sobre el Río Guadalbullón, permitiendo un importante pastoreo, y, también, como no, por una posible distorsión en una muestra tan reducida.

La escasez de restos no permite una clara visión de la estructura pecuaria, salvo la contrastación de las especies, pues su muestra, también, puede ser sesgada. De hecho, es significativo que la base alimentaria se establezca sobre una fauna doméstica articulada a un proyecto agrícola de Secano, donde el bos, sacrificado en una edad avanzada, puede advertir un aprovechamiento cárnico tras su uso en la agricultura como tiro y/o tracción (Serratt 1982).

Cazalilla II (Ruiz et alii 1983; Nocete 1984c), ofrece, junto a una clara continuidad en los tipos cerámicos (Fig.I,1), un proceso de selección de los mismos (Fig.I,1: A1,3,5), con nuevas tendencias de fabricación (Nocete 1984c). Estos sensibles cambios en la tradición cerámica, se articulan con la presencia de nuevos prototipos (forma A tipo 1b, Fig.I,1, escudillas de bruñido interior negro reticulado. Recipientes carenados (Fig.I,1: forma B) y un importante desarrollo de prototipos asociados a procesos de almacenaje fuera del consumo, Fig.I,1: forma D), así como la presencia de las primeras cerámicas incisas de estilo Campaniforme (Fig.I,1: 29-34).

Estos nuevos prototipos cerámicos, que reflejan el contraste, dentro de una retardataria y monolítica producción cerámica, comienzan a perfilar un horizonte cronológico que fue definido como Cazalilla II-Albalate en el Congreso de Cuevas del Almanzora, por la correlación de una similar documentación a Cazalilla II en el próximo yacimiento del Albalate (Ruiz, Nocete y Sánchez 1984).

Sin embargo, los cambios más significativos en el yacimiento, no serían los cerámicos. La aparición de una abundante tipología metálica (Fig.I,1: 39-42), y la presencia sistemática de la piedra en esquemas constructivos, perfilan un repentino cambio estructural dentro del asentamiento, en un momento donde aquellos utensilios que definían la actividad agrícola, en Cazalilla I, han desaparecido del registro.

El asentamiento, se encierra, ahora, intramuros de un lienzo de

CAZALILLA I

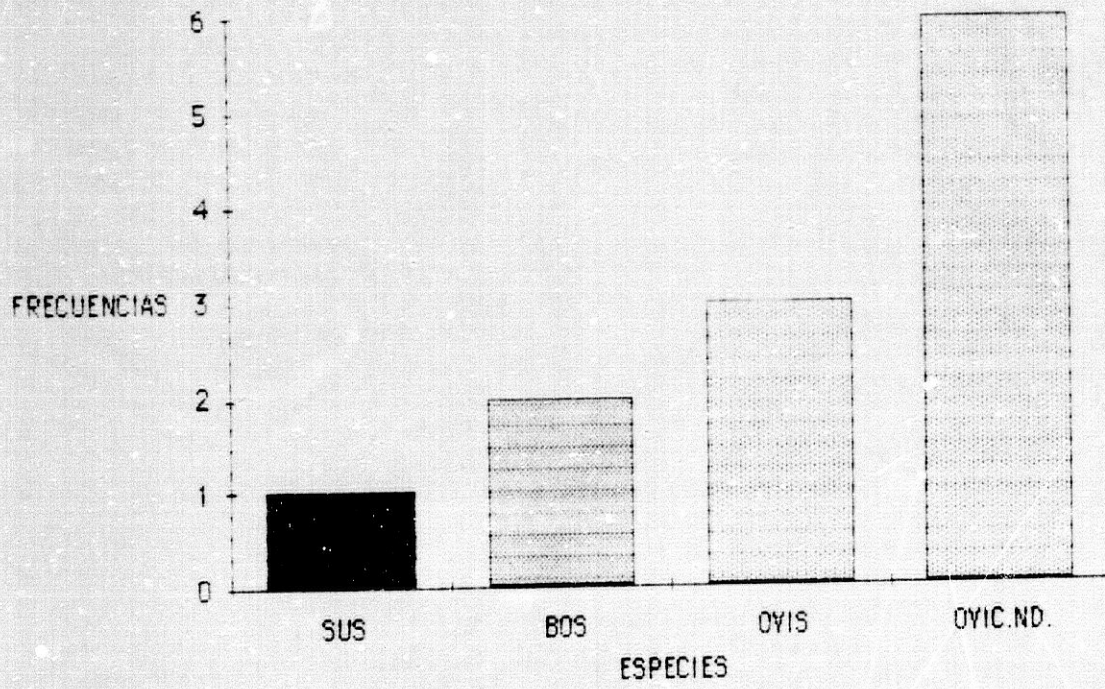


FIG.I, 2

Frecuencia de Especies en el Análisis de Fauna. Cazalilla I.

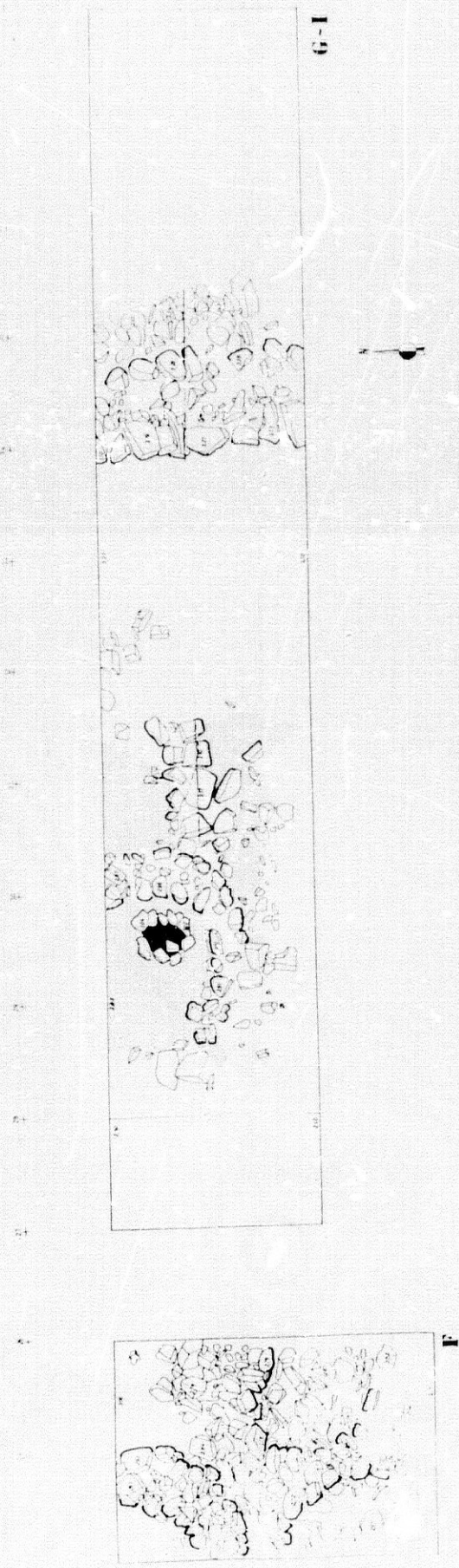


Fig. 1.4. Cerro de la Coronilla. Planta de los cortes F y G 1-40.

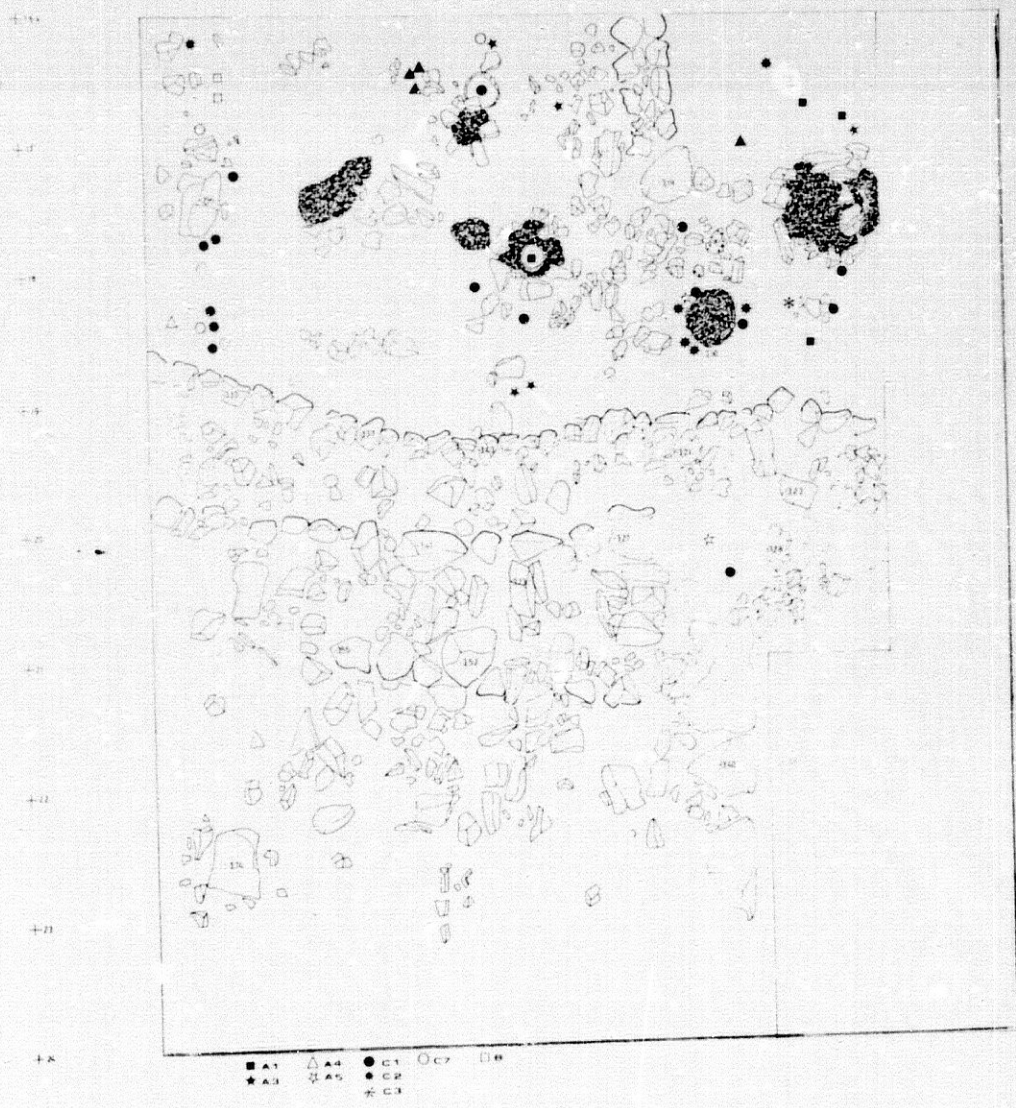


Fig. 1.5 Cerro de la Coronilla. Planta del corte C. 130.

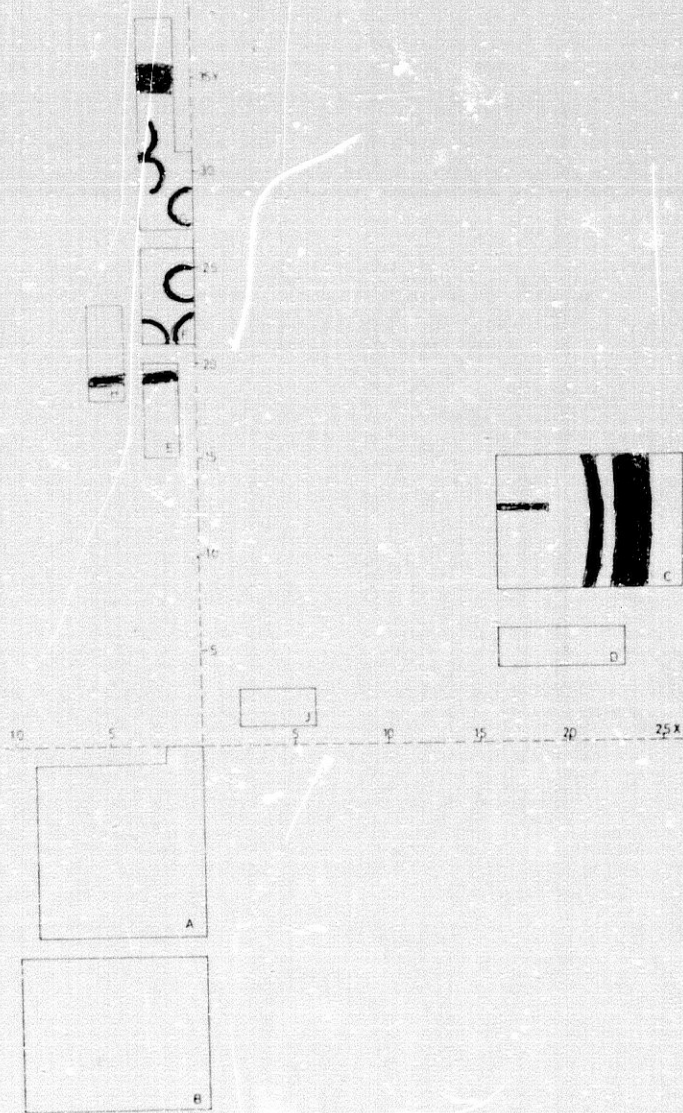


Fig.15 -Cerro de la Coronilla. Plancamiento y situación de los cortes estratigráficos. 1:400.

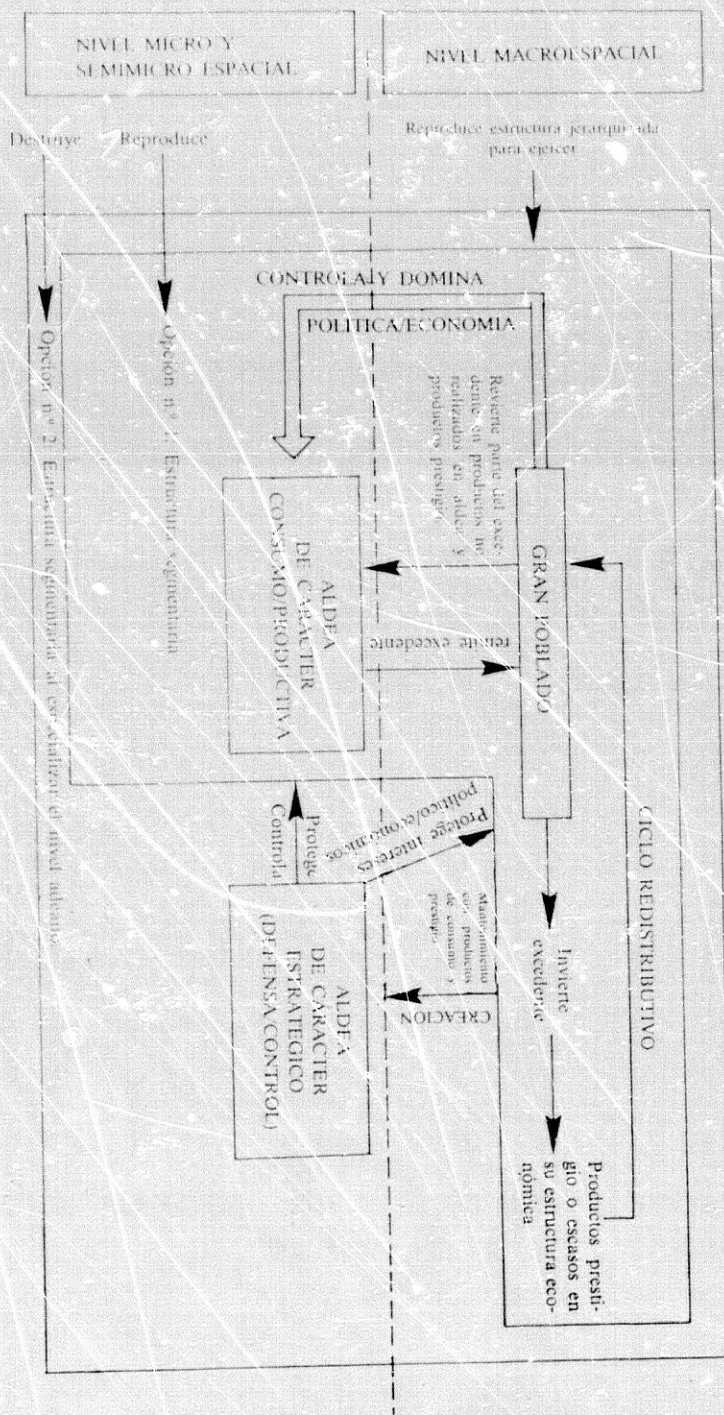


Fig. I.6 -Cerro de la Coronilla. Modelo alternativo de funcionamiento socio/económico en la Edad del Cobre en la Campiña de Jaén. En la primera opción Cazalilla es aldea consumo/productiva, en la segunda estratégica.

fortificación curvo que dota al nuevo poblado de una planta circular, disminuyendo el tamaño del mismo sobre la planta de la fase anterior. Frente a la ausencia de los útiles agrícolas, la tecnología del sílex ahora sólo queda representada en puntas de flecha de base cóncava (Fig.I,1), y el gran impacto de la metalurgia, se asocia, exclusivamente, con objetos de un marcado carácter ofensivo-defensivo (puñales de remaches, puntas de Palmella y puntas de flecha pedunculares con aletas) (Fig.I,1: 39-42) que indican dos circuitos de producción o intercambio (Tabla I,2) que sólo podrán definirse con mayor precisión cuando contemos con muestras más amplias, no obstante, la ausencia de fundición en Cazalilla, tanto para los productos de cobre más puro, como para aquellos que advierten una más compleja aleación, implican el desarrollo de un intercambio y compleja circulación de productos metálicos en la Campiña, donde sólo los primeros parecen adscribirse a la producción tradicional del núcleo de Sierra Morena.

	Punta de Flecha Fig.I,1:39	Punzón Fig.I,1:40	Cuchillo de Remaches Fig.I,1:41	Palmella Fig.I,1:42
Cu	95.700	95.500	94.000	97.200
As	.800	.060	3.150	2.720
Sn	4.100	3.600	.230	.240
Pb	.083	.602	.020	.024
Ag	.052	.060	.021	.007
Zn	.017	.013	.019	.019
Fe	.313	.404	.044	.014
Sb	.020	.020	.020	.020
Bi	.017	.013	.018	.018
Mn	.002	.001	.002	.002
Co	.004	.003	.005	.005
Au	.007	.006	.008	.008
Cd	.002	.001	.002	.002

(Tabla I,2)

En el área definida al interior de la fortificación, una pluralidad de espacios se dibujan por la morfología de zócalos de piedra (Fig.I,4 y 5) pertenecientes a cabañas circulares de diferentes dimensiones, así como a un nuevo espacio asociado a un potente muro recto en el centro del asentamiento.

Los resultados de Cazalilla II, con su virtual conservación, pero en su parcializada excavación, no suponía la explicación completa del horizonte histórico y cultural que reflejaba, ni siquiera la propia problemática del asentamiento, sin embargo, nos permitía apuntar una serie de hipótesis que se irían confirmando con la excavación de nuevos yacimientos en la Campiña.

Cazalilla II, representaba un tipo de asentamiento de pequeño tamaño (.25 Ha.), que contrastaba con asentamientos como Alcores, donde complejos sistemas de fortificación albergaban una superficie habitada

veinte veces superior. La articulación, en el tiempo y en el espacio, de ambos tipos de asentamientos, abren las perspectivas del análisis de una Ordenación Jerarquizada del Territorio. Los trabajos de excavación en Cazalilla nos permitían apuntar, así, una doble hipótesis:

¿Cazalilla II era un asentamiento sujeto a funciones estratégicas y de control de las necesidades de grandes poblados como Alcores, superando las propias de comunidades aldeanas segmentarias y en la dinámica de un Estado organizado; o por el contrario, cubre, como pequeña aldea, necesidades de consumo/producción básicas en la captación de recursos y puesta en producción de los mismos, respondiendo a una estructura de matriz segmentaria y parental contradictoria con la superestructura territorial legible en la existencia de los grandes poblados y la jerarquización de los asentamientos, con lo que hemos de suponer se articulan dos estructuras económicas superpuestas, como precisan teóricamente los modelos de Transición Asiática, y como podría leerse de Cazalilla I, siendo los resultados de su Fase II las limitaciones del registro arqueológico (Fig.II,6)?

Mientras el primer modelo nos ofrecía una lectura directamente estatal del Territorio, el segundo caso nos advertía la existencia de un desajuste estructural, por el que un Periodo de Transición, en el que dos Modos de Producción mantienen dentro de la Formación Socioeconómica un enfrentamiento de dominio, ambos acaparan y dominan, de diferente forma, las instituciones políticas, económicas e ideológicas, en la superposición de la estructura política, (Estado Jerarquizado en el Territorio para la Reproducción de una Sociedad de Clases) sobre la económica (Sistemas de Producción Colectivos).

En estos términos, se plantea teóricamente el tema y el estudio de la distribución contextual de los productos en el yacimiento en 1986 (Nocete et alii 1986), aportando nuevos datos al respecto.

La distribución microespacial, en Cazalilla II, de los hallazgos, aportaba un nivel empírico de experimentación de la metodología anglosajona, y tras ella, su distribución, les dotaba de un valor funcional, que desmitificaba el concepto de "objeto arqueológico" y con él, al asentamiento como la primera unidad operativa en Arqueología, como había propuesto Chang, al hacerlo coincidir con el concepto de Comunidad (Chang 1974). El resultado sería su reconversión, como "Producto" (Ruiz et alii 1986), frente a los conceptos funcionales de la matriz de Clarke (1974), hacia una nueva consideración económica, y no, meramente tecnológica, desde la nueva matriz que posibilitaba la contextualización, articulando el Producto desde los lugares de actividad hasta el Territorio, definiendo la determinación histórica del hallazgo arqueológico, como un proceso de trabajo, que debería ayudar, en su lectura, a la reconstrucción del Proceso Histórico, mediante su circulación.

Desde esa matriz, la relación producto/lugares de actividad, definían, en Cazalilla II, una perfecta adecuación funcional de la tipología cerámica, donde (Fig.I,7):

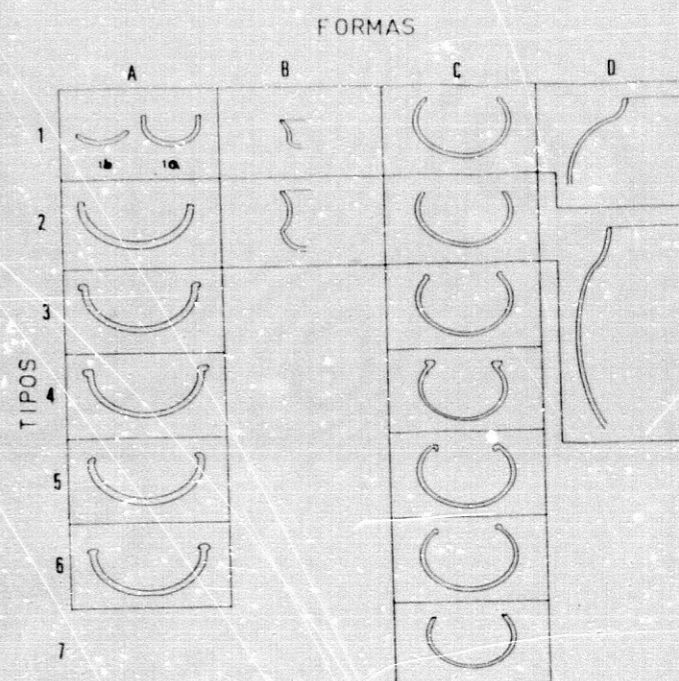


Fig.1.7 Tipología Morfométrica del cerro de la Coronilla

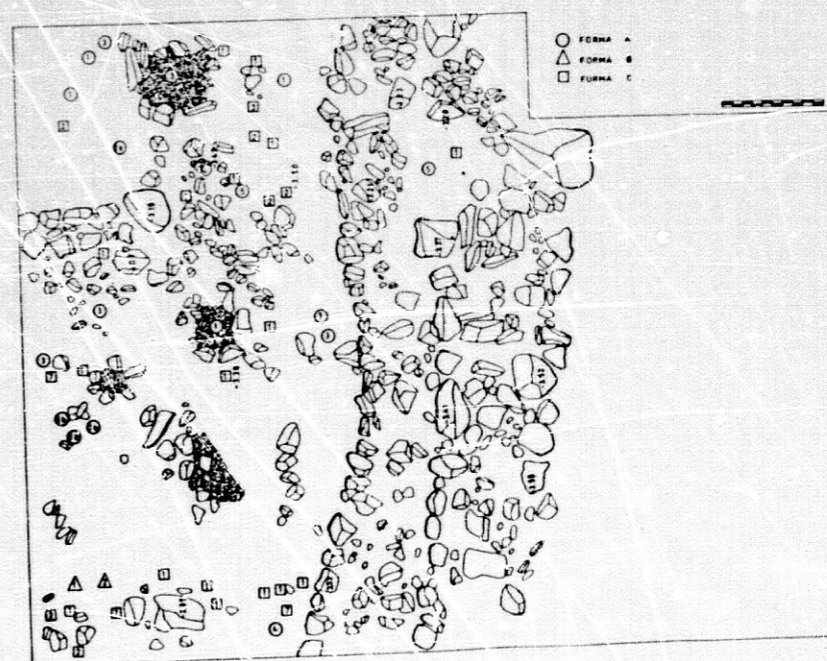


Fig.1.8 Corte C

Las formas A1a, A3 y B quedarían asociadas a niveles de consumo, y producción para el consumo (A3).

Las formas C1 y C2 quedarían asociadas al almacenaje y producción para el consumo.

La forma D quedaría asociada a un gran almacenaje fuera de los límites del consumo.

La forma A1b quedaría asociada, exclusivamente, a los niveles de consumo, por su escasa capacidad volúmetrica y por su distribución, siempre, entre .50 y 1 mts. de los hogares, que funcionan como núcleos de producción alimentaria.

La relación productos/lugares de actividad, y la asociación entre lugares de actividad y estructuras, advertían una compleja ordenación del asentamiento. Así, por ejemplo:

La cabaña C, con unas dimensiones superiores al resto de las que, como ella, presentaban una planta circular, quedaría asociada a la producción y consumo alimentario, así como a un almacenaje para el consumo. También, la presencia de un telar, advertía la articulación, con el consumo, almacenaje y producción alimentaria, de la asociación de una producción textil de carácter doméstico (Fig.I,7).

Las cabañas del corte G, con unas dimensiones mucho más reducidas que C (2 mts. de diámetro) quedaban sólo asociadas a actividades de consumo representadas por el tipo A1, consumo poco diversificado, así como a áreas de descanso.

En el corte E se desarrollaría una estructura completamente diferente, definida por un potente y grueso muro recto, al que con exclusividad se asocia el tipo cerámico D, advirtiendo con él el desarrollo de un gran almacenaje para la distribución interior, intercambio, etc...

La relación de las actividades en el tejido construido del asentamiento, revela, en principio, la separación de los lugares de producción y consumo alimentario, de un almacenaje a gran escala, que se diferencia en el poblado, no sólo por presentar una estructura, también, diferenciada, sino por ocupar un lugar central en el mismo.

La seriación en la gran cabaña del corte C, de un almacenaje ligado al consumo, y la producción alimentaria, define el carácter doméstico y a la vez colectivo de estas actividades, donde la tipología de recipientes y la sincronía de diversos hogares adscritos a la producción alimentaria (con una dieta de cereales, leguminosas, cerdo, oveja y bos) pueden advertir tanto una dieta variada como una división del grupo para el consumo (Fig.I, 7, 8 y 9).

En otra área del poblado, pequeñas cabañas adosadas (cortes G y F), reflejan un espacio construido de carácter individualizado, sobre sus plantas inferiores a los 2 metros de diámetro, que con una ausencia total de actividades de producción, incluida la producción para el

consumo alimentario, documentando, exclusivamente, un consumo selectivo o individualizado, al que se asocian la deposición de objetos bélico-defensivos-metálicos, así como productos de procedencia lejana (obsidiana), pueden identificar un espacio de consumo y residencia, que en su individualización, podía ser el resultado de una situación de ruptura de los segmentos sociales, adscribiéndose a grupos generados en la división del trabajo que supone la especialización en labores de coerción desde una estratégica fortaleza (Fig.I,5).

Podemos definir la Fase II de Cazalilla, como un asentamiento donde domina con claridad los lugares de consumo, y un importante almacenaje para la distribución y/o intercambio, dotado de potentes muros de fortificación, donde los productos ofensivos/defensivos adquieren una notoria relevancia, sobre todo a nivel comparativo con la Fase anterior, por la ausencia de un utillaje para la producción agraria. Junto a esto, la especialización espacial de los lugares de actividad, marca una interdependencia entre las estructuras constructivas, desde el almacenaje, al consumo, que nos permite observar una integración supradoméstica en base a un proceso de especialización del asentamiento, donde el carácter individualizado de los objetos, que pueden denotar prestigio, marca una clara contradicción.

La ruptura colectivo/individual en Cazalilla II, puede interpretarse, bien como reproducción del parentesco sobre los niveles de producción del excedente, su acumulación y su posterior distribución, para amortiguar un proceso de deestructuración de la Comunidad, abierto por la Transición, o bien como en desarrollo de una serie de servicios de almacenaje y producción para el consumo, articulados en función de un grupo no ligado directamente al proceso de producción, grupo que realiza actividades (Economía Política) de control sobre un espacio inmediato, desde un asentamiento fortificado.

Por otra parte, la relación que establece el Territorio Político que denota este asentamiento, y los productos que alberga, de carácter lejano, y no producidos internamente (metal, obsidiana, etc...), en su contraste con la ausencia de lugares de actividad y utensilios de producción para el excedente, es altamente significativo. La presencia de estos productos en Cazalilla II, y en esta situación, bien puede interpretarse como el resultado de una relación compensatoria/política entre asentamientos dependientes respecto a un Territorio, donde otros poblados centralizan el proceso de la circulación de los productos y el excedente.

En la Fase II del yacimiento de Cazalilla, con una marcada vocación estratégica, y donde no hemos documentado la presencia de actividades agrarias, el muestreo faunístico revela, sin embargo, el ambiente de una más clara economía agrícola del Secano, incluso que en la Fase I (Fig.I,10). Bos, cerdo y oveja, aparecen con una asombrosa proporcionalidad, que aunque igual que ocurría en la Fase I, revela la estructura de una documentación parcial, su mayor variedad y proporcionalidad, contrasta con la función estratégica del sitio y advierte la presencia de una red de distribución que hace llegar a asentamientos no productores la base alimentaria necesaria para mantener su producción estratégica y política, al igual que ocurre con los objetos metálicos manufacturados, que tampoco son elaborados en el

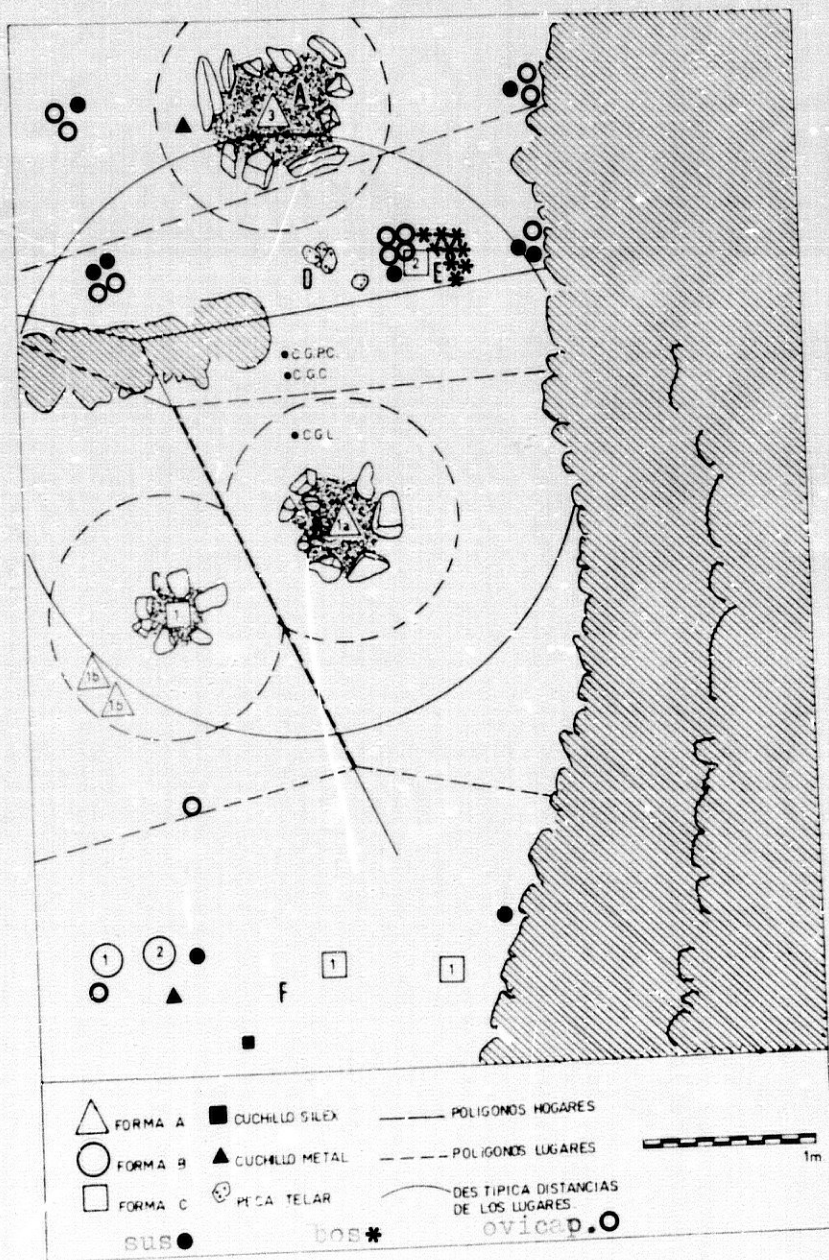


Fig. 1,9
 Casalilla II. Cabasa C. Distribución de hallazgos.

asentamiento.

En la documentación de la fauna (Fig.I,11), siempre doméstica, se determina la actividad de consumo, sin olvidar la importancia que pudo tener la gran proporción de oveja para funciones de producción textil (Fig.I,9).

Gracias a la virtual conservación de la Fase II, y en concreto, de la gran cabaña del corte C, donde se articulan los lugares de producción para el consumo, la distribución de los restos de animales consumidos, nos permite una sustancial aportación a la reconstrucción del proceso de la producción y el consumo alimentario (Fig.I,9). Dentro de las especies consumidas en la cabaña C, bos, oveja y cerdo están ampliamente representados, adscritos a los hogares y repartidos en los laterales de la estructura. La dispersión y localización de los hallazgos nos permite advertir dos actividades bien diferenciadas:

La primera de ellas, representada por el hallazgo relativamente disperso de huesos fragmentados, revela una conducta de limpieza del espacio, que concentra los restos junto a las paredes de la vivienda, de los que restan una pequeña parte dispersa y diseminada por toda la planta, pero muy individualizada. A este grupo se asocia los restos de oveja y cerdo.

La segunda actividad, está representada por una fuerte concentración de huesos, también fragmentados, pero de mayor tamaño que los del primer grupo, y en este caso, representando al bos y a la oveja, documentando un nuevo espacio de actividad, que, alejado de los hogares, nos delimita áreas de consumo, en las que se articula, también, las leguminosas (habas), definiendo así la última dieta antes del rápido y súbito abandono del lugar. Asociado a los hogares (lugares de producción alimentaria), pero a una relativa distancia, los lugares de consumo alimentario, permiten definir una conducta diferenciada, espacialmente, de la producción para este fin (Fig.I,8: E).

Por último, debemos destacar la presencia de moluscos marinos (*Tapes Decusatus*), que si bien no definen su consumo alimentario con claridad, si perfilan, con su procedencia, circuitos de intercambio a larga distancia, como también define la obsidiana hallada en una de las cabañas del corte G.

¿Revelan las diferencias materiales de la fauna de Cazalilla I/II la articulación de las dos fases en la superposición de un asentamiento estratégico sobre una fundación agraria?

Aparentemente no se advierten diferencias ante la escasa representatividad de la muestra en su parcial información (consumo alimentario), sin embargo, sí debemos destacar un completo aprovisionamiento cárnico para un asentamiento (Fase II) no productor de bienes para el sustento y el consumo, claramente estratégico, mediante la existencia de unos circuitos de distribución que deben articularse en la estructura jerarquizada que manifiesta el Territorio

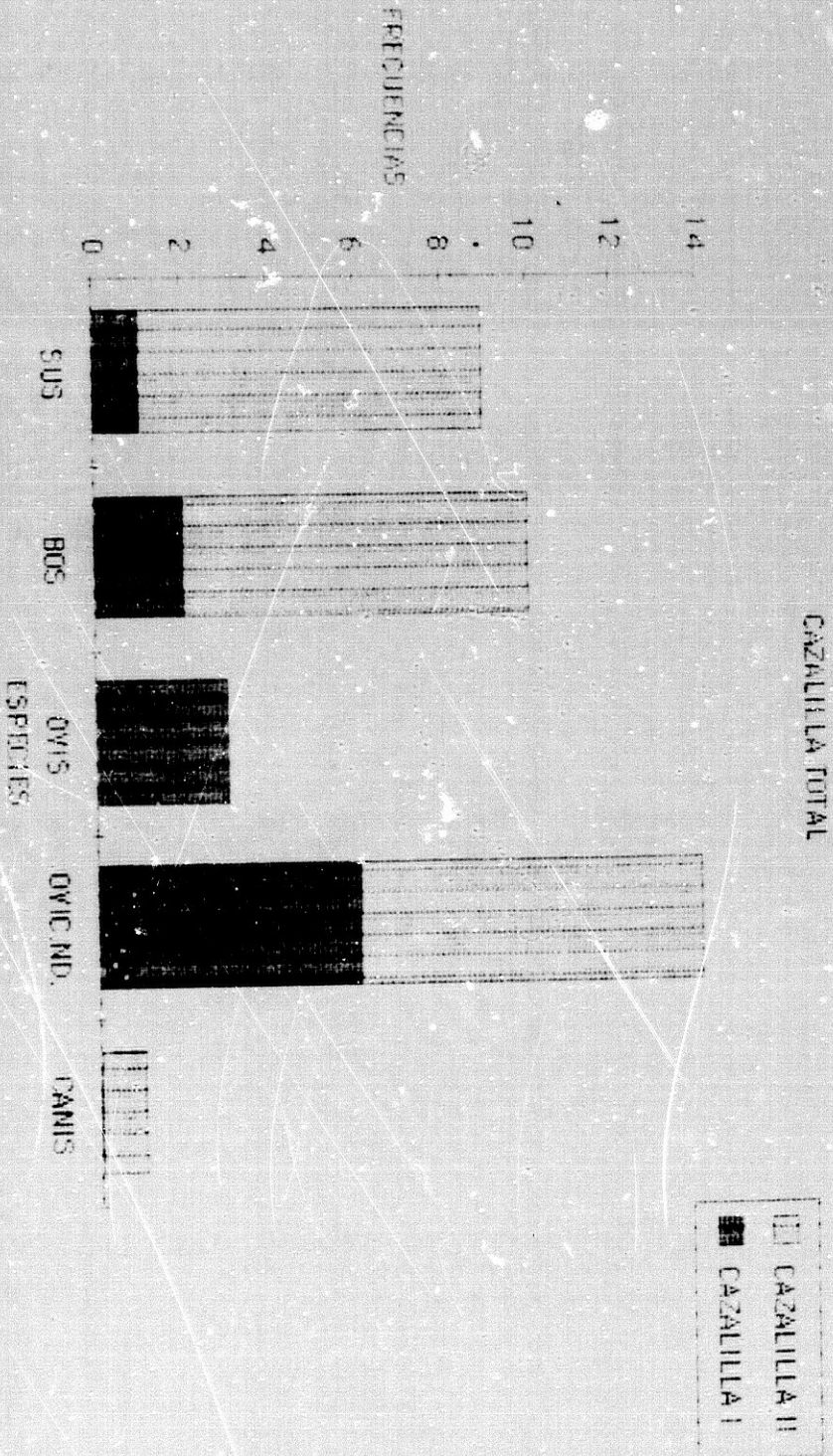





FIG. I, 10
 Frecuencia en la Distribución de Especies del Aráulis de Fauna. Cazalilla I y II.

CAZALILLA I-II

	de 1 a 5
	de 5 a 10
	más de 10

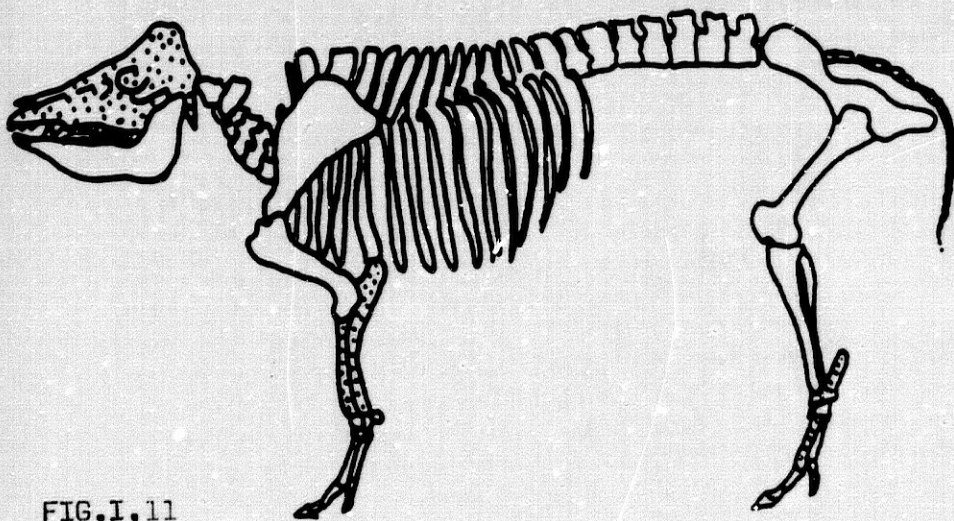
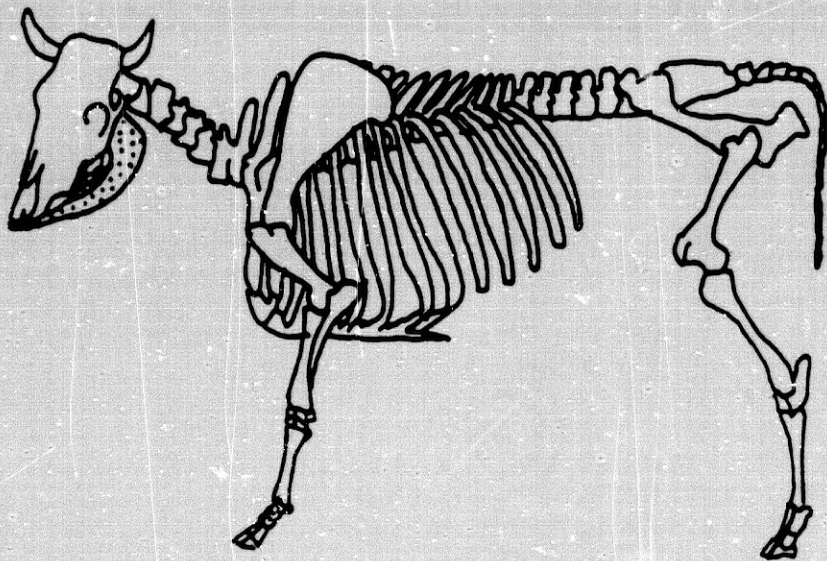
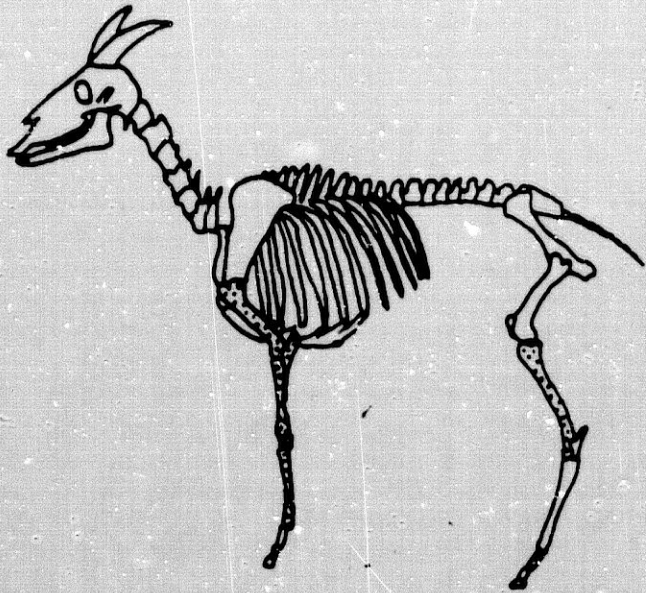


FIG. I, 11

Cazalilla I y II. Areas de Consumo. Restos de Fauna.

Político donde se inscribe.

La Fase Cazalilla II-Albalate, refleja una ordenación jerárquicamente centralizada del Territorio, en base al desarrollo de grandes asentamientos, en torno a los cuales se estructuró una especialización de otros, sobre la base de la explotación de nuevas tierras abiertas por un complejo proceso de colonización, y su control estratégico (Nocete 1984b).

Si estos trabajos acercaban el estudio de la "Edad del Cobre" de la Campiña hacia una Arqueología Moderna y Procesual, alejada de los calcos normativos del Empirismo, a nivel teórico ofrecía la posibilidad de plantear el tema bajo los parámetros del Proceso de Transición al Estado.

La definición territorial jerarquizada de una conducta estatal, a través de los datos que reflejaban la presencia de complejas obras públicas (fortificaciones en el caso de Alcores), y una Economía Política (articulación Cazalilla II/Alcores), se vería indudablemente corroborada con su jerárquica conducta territorial. Sin embargo, y en este caso, no se adoptarían las gastadas extrapolaciones con que algunos arqueólogos habían definido a este tipo de sociedades, como es el concepto de "Jefatura", asumiéndose nuevas definiciones, más concretas, que intentaban aproximarse, junto al Territorio, a las Relaciones de Producción y a su estructura ideológica, como fue el caso del concepto de "Territorio Cónico Plurilocal" (Nocete 1984a; Molinos, Ruiz y Nocete 1986) inserto en el análisis de la Transición al Estado (Nocete 1984a).

Sin embargo, todo el panorama no respiraba esos aires de renovación, y el viejo Empirismo, seguiría estando presente en algunas síntesis trasnochadas o Cartas Arqueológicas de aritmética cuantificación de hallazgos desconectados del Proceso Histórico.

I.4. LOS PROYECTOS.

En 1985, y en la coyuntura que ofrecía la nueva Política de Investigación desarrollada por la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, se abría una nueva etapa para la Arqueología del Tercer y Segundo Milenio BC. en el Alto Guadalquivir. Por primera vez, se iniciaba el desarrollo de los tan deseados y reivindicados Proyectos, que a largo plazo pudiesen definir el Proceso. Aún con la ausencia de un proyecto específico sobre la Campiña, el desarrollo de una investigación diacrónica centrada en el Término Municipal de Porcuna, y bajo la dirección del Dr. Arteaga (Proyecto Porcuna) permitía grandes avances al presentar la primera secuencia estratigráfica que abarcaba todo el desarrollo del Tercer y Segundo Milenio BC. como consecuencia de la excavación sistemática del yacimiento de los Alcores (Arteaga 1985), cuyos resultados venían a confirmar sus tesis indigenistas expuestas en 1980, y las correlaciones materiales de Cazalilla. Al mismo tiempo, se recogía una amplia secuencia de restos faunísticos que documentaban el Proceso de Consolidación y Desarrollo

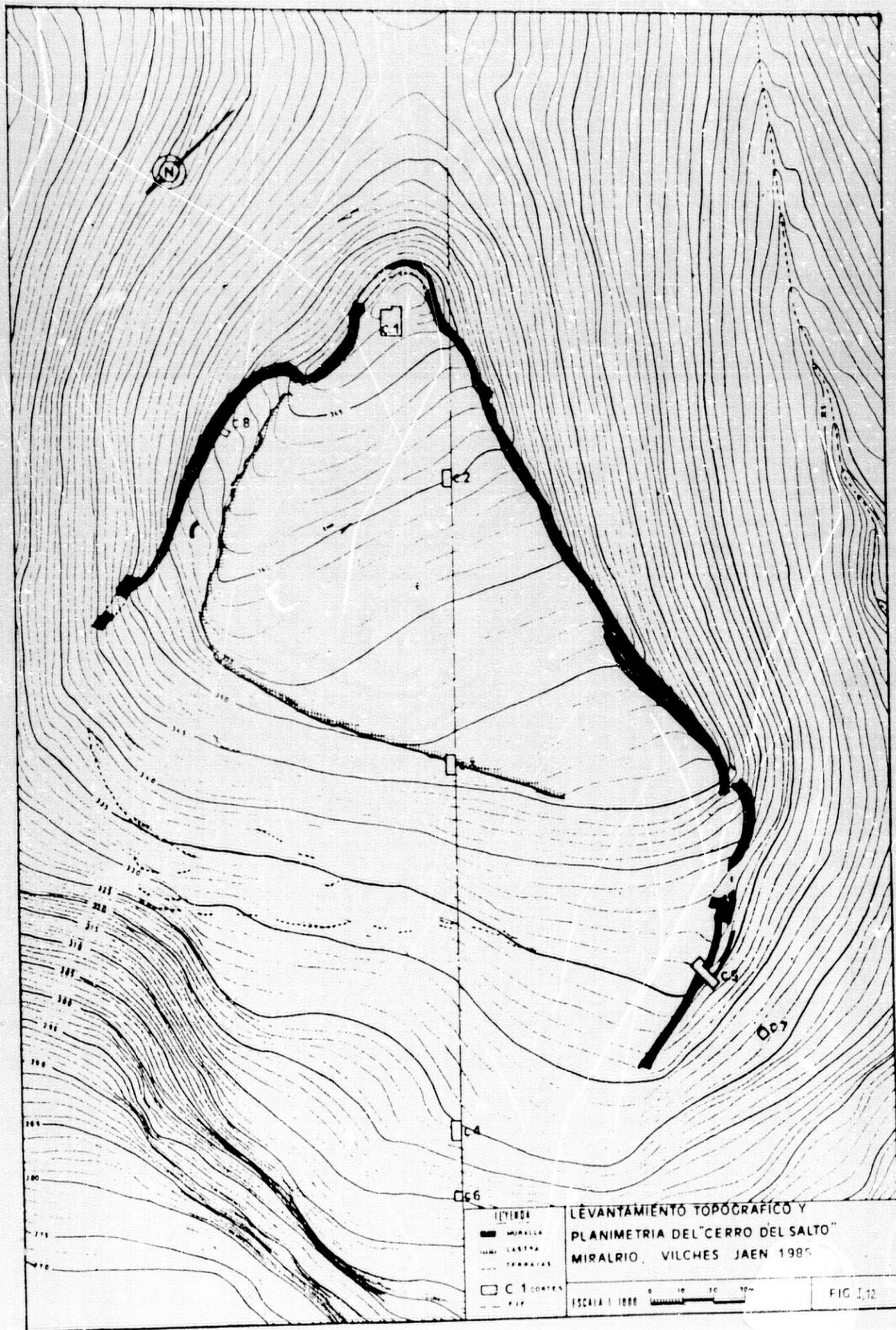
de una Economía Agraria Cerealista y de Secano en complejos asentamientos de ordenación casi urbana, flanqueados por una superposición de complejos sistemas de fortificación jalonados por torres y bastiones con espacios netamente definidos como público-defensivos.

La excavación del yacimiento de Sevilleja (Espeluy), en plena Vega del Guadalquivir, suponía el inicio del Proyecto "Análisis Histórico de las Comunidades de la Edad del Bronce en el Frente Meridional de Sierra Morena y la Depresión Linares-Bailén" (Contreras, Nocete y Sánchez 1985), proyecto encaminado a la valoración de las Formaciones Sociales de la Edad del Bronce, y centrado, específicamente, en la Cuenca Metalúrgica de Sierra Morena, a fin de determinar el significado de la puesta en explotación de sus afloramientos cupríferos y la valoración de la Metalurgia como sector rupturista de los lazos de Parentesco de las Sociedades Segmentarias, al definirse como una plataforma del desarrollo de la División Técnica del Trabajo. Junto a estos planteamientos, la determinación de una posible incidencia de la Cultura del Argar en tal fenómeno, mediante procesos de difusión cultural y/o poblacional, requería una especial atención.

Junto a estos dos proyectos, que acapararían el interés de la investigación sistemática sobre el Tercer y Segundo Milenio BC. en el Alto Guadalquivir, de especial interés para su sistematización, fueron los resultados de la primera campaña de Prospección Sistemática desarrollada en la Vega del Guadalquivir (Roca, Nocete, Lizcano, Pérez y Zafra 1985, 1986), que orientada a la definición de la Ordenación del Territorio en las inmediaciones del horno de producción cerámico de los Villares de Andújar, para época romana, permitía observar el desarrollo ocupacional y la estrategia de los asentamientos del Neolítico Final al Bronce, de gran importancia para la determinación del Proceso de Formación de la Cultura de las Campiñas tras una colonización del Neolítico Final. La definición de esta fase histórica se vería corroborada con la documentación de un fondo de cabaña excavado en las gravas de una de las terrazas del Guadalquivir que ofrecía la excavación en el yacimiento de Sevilleja (Contreras, Nocete y Sánchez 1985).

A finales de 1985, la actuación de Urgencia en el yacimiento de Cerro del Salto, sacaba a la luz un asentamiento de la Edad del Bronce, en Vilchez, netamente indígena, y circunscrito con un complejo sistema de fortificación (Fig. I, 12 y 13) que recordaba los modelos generalizados en el Tercer Milenio BC. del Alto Guadalquivir, pero con la novedad de ubicarse en una zona tradicionalmente considerada como Argárica: la Depresión de Linares (Nocete, Zafra y Crespo 1985).

En 1985 el Proyecto Porcuna se iniciaba con la excavación sistemática de la Mesa de los Alcores, mediante un largo eje estratigráfico de 180 metros, que jalonado con 19 cortes, desentrañaba la secuencia estratigráfica del Tercer y Segundo Milenio BC. desde un gran poblado situado en la margen del Río Salado. En su extremo meridional, un total de 6 cortes con más de 300 metros cuadrados (cortes 7, 8, 9, 10, 11 y 12) permitían documentar, en extensión, el trazado de una serie de fortificaciones superpuestas que ampliaban la documentación de la campaña de 1979, y que a su vez, definían, en su complejidad, las



estructuras defensivas de uno de los laterales del gran poblado, coincidiendo con el área de mayores defensas naturales en los escarpados farallones calizos (Arteaga 1985).

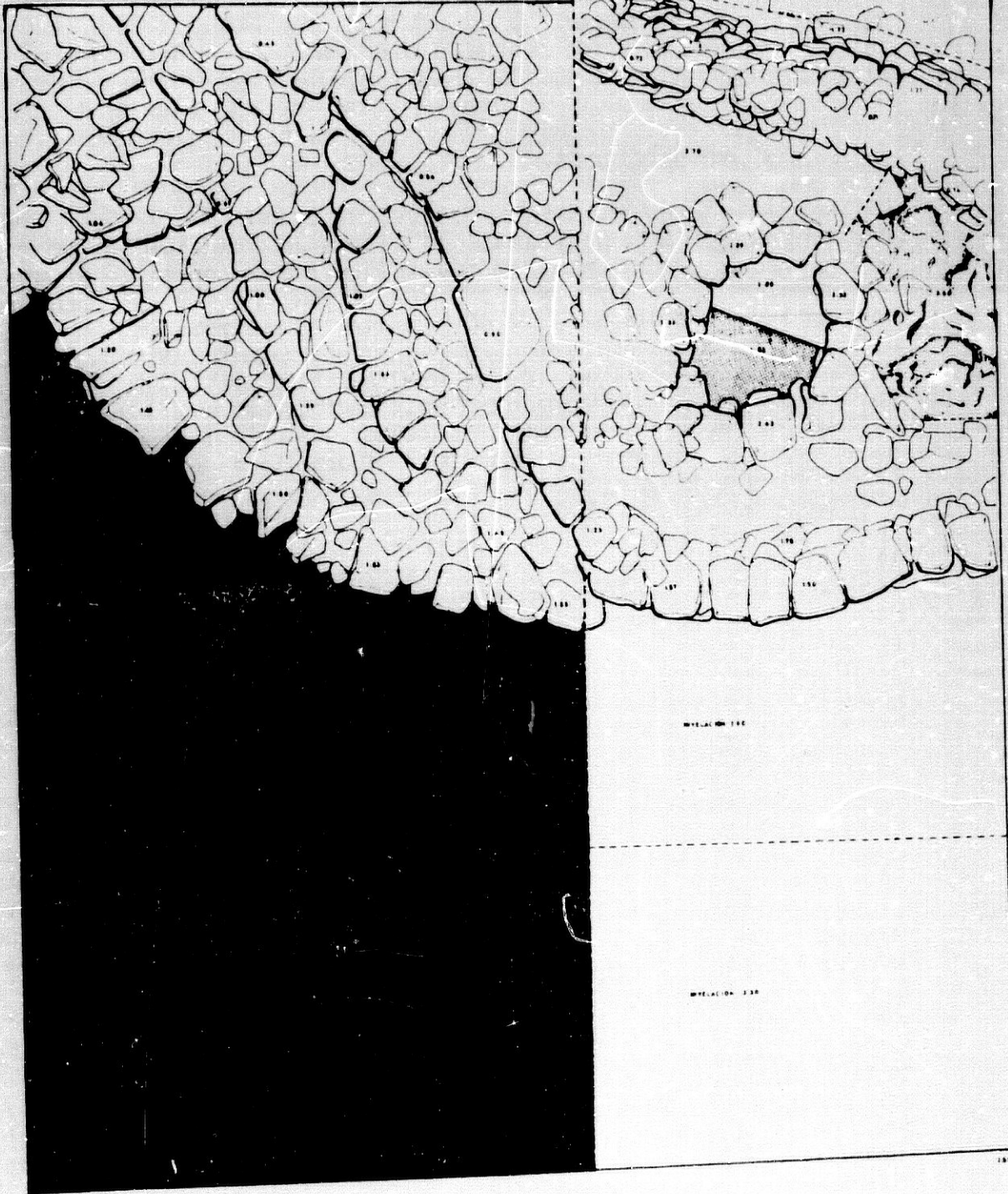
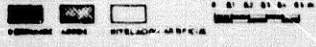
Situado frente a los próximos yacimientos del Berral y Albalate, en la margen derecha del Salado, la Mesa de los Alcores, definía, ahora con más exactitud, la documentación que en 1980 permitió al Dr. Arteaga iniciar la documentación de una Cultura con señas de identidad en el Alto Guadalquivir, mostrando su origen a principios del Tercer Milenio BC. En Alcores se podía diferenciar (Arteaga 1985) 5 fases definidas por una lenta evolución material y por constantes reestructuraciones de los sistemas defensivos.

La fase más antigua (Fase I), que definía la campaña de 1985, quedaba marcada por la planta de un complejo sistema de fortificación definido por un grueso y largo muro con más de 2 metros de ancho, construido con grandes sillares, perfectamente trabajados, y jalonado por bastiones semicirculares, que en el corte 1-2 mostraba 3.20 metros de diámetro y sistemas de acceso laterales. La magnitud de este aparato defensivo se veía realizado con un escalonamiento artificial de la roca caliza donde se asienta dicha fortificación, y una planificación intramuros, abriendo un espacio enlosado, que distanciaba en hábitat, y que mostraba canales de desagüe para el drenaje de la fortificación. La definición de este espacio no residencial y claramente en función de los mecanismos defensivos, argumentaba la planificación de estas obras, su complejidad y el carácter público, que debió exigir, no sólo la inversión de numerosas horas de trabajo, sino también un enorme excedente. En él, sólo se documentaron actividades de talla del sílex para la exclusiva fabricación de puntas de flecha (Arteaga 1985). Los recipientes cerámicos asociados a las viviendas de esta Fase, advertían una cronología antigua de la Edad del Cobre, con los prototipos más antiguos de fuentes de labio engrosado, de pesados perfiles y un especial tratamiento de sus superficies con barnices monocromos (grises, negros, etc...), marcando el precedente formal de las fuentes policromas, que avanzando el tiempo, caracterizarían Cazalilla II-Albalate. Sin embargo, la mayor importancia que ofrecía la Fase I de Alcores era la definición en el interior de la Península Ibérica de un complejo urbanismo, y no menos desarrollados sistemas defensivos, hasta el momento característicos sólo del mundo costero del Sureste y Portugal, con los que la investigación había definido un "Horizonte Colonizador" desde Oriente, que habría formado los grupos más desarrollados del Sur Peninsular. Sin embargo, en este caso, la matriz claramente indígena y la ausencia de evidencias arqueológicas que demostrasen una conexión costera, no sólo planteaba el carácter autóctono del modelo de la Campiña, sino que la necesidad de una fortificación sólo se halla en la propia estructura de la sociedad, y que puede ser independiente de conexiones a larga distancia, y mucho menos de la llegada de nuevos pobladores. Con ello, y como ya advertía Cazalilla, el mundo Neolítico de las Sierras, con el que se había intentado explicar a principios de los 80 (Carrasco et alii 1980b), parecía cada vez más distante, mostrando la debilidad teórica y argumental de tales hipótesis. Frente a los sistemas constructivos en piedra de las fortificaciones y los enlosados a ella adscritos, los niveles de residencia al interior del poblado se definían con la articulación de grandes cabañas circulares con alzado de adobe,

corte 1
PLANTA GENERAL

FIG 3.13
CERRO DEL SALTO
VILCHES JAEN 1985

LEYENDA



mostrando una desigualdad entre los sistemas de construcción domésticos y públicos. Asociados a estas cabañas, la abundancia de utillaje agrícola, como las hoces, mostraban la gran importancia que el sector cerealista tendría en la economía de las Formaciones Sociales de la Campiña desde sus fases más antiguas, definiendo a su vez la articulación de las aldeas al Secano.

En la Fase II, la construcción a intramuros de un nuevo lienzo de construcción, paralelo en envergadura, dirección y trazado al anterior, comenzaría a mostrar una gran complejidad del sistema defensivo con la construcción de laberínticos pasillos internos. En las formas cerámicas, la presencia, ahora, de prototipos de fuentes de labios almendrados, cada vez más salientes, y el desarrollo de una policromía, advierten que nos hallábamos en un avance material, que ya comenzaba a intuir los grandes cambios formales de Cazalilla. Intramuros, el perfil constructivo y económico de las viviendas se mantenía en una pasmosa continuidad. Un mayor impacto de la metalurgia en esta Fase, advierte, también, un profundo cambio tecnológico en la talla y producción de objetos de sílex, que quedarán relegados a la fabricación de elementos de hoz y puntas de flecha de tallas bifaciales y perfiles de gran variabilidad. Sin embargo, los elementos de hoz serán el producto en sílex mejor representado cuantitativamente, y que cualitativamente advierte la continuidad, con un mayor desarrollo, de la economía del Sistema Cereal, al que también se articula una importante cabaña de bóvidos, cerdos y oveja.

La Fase III de Alcores, la definía, en principio, una nueva reestructuración de las defensas, con la construcción de un tercer muro longitudinal al interior del construido en la fase II. Con este tercer muro, un nuevo pasillo se formaba en la ya laberíntica fortificación del poblado. Junto a ello, el muro más exterior, y que fue construido en la Fase I, sufriría una profunda reestructuración con adoses interiores que le dotaban de una mayor envergadura, así como con la reestructuración de los bastiones. El registro material reflejaba una enorme continuidad en las formas cerámicas, sólo diferenciable por una mayor tendencia hacia las decoraciones policromas, similares a la Fase I de Cazalilla, y a las que se asocia un fragmento de cerámica impresa de estilo Campaniforme y en sus prototipos más antiguos.

La Fase IV, muestra una gran continuidad material en la línea de Cazalilla II, con la que es paralela, pero en el caso de Alcores, los cambios fundamentales van a poder observarse en una nueva reestructuración de los lienzos de fortificación, que adquieren una nueva morfología, con trazados ondulados, puertas en recodos y torres circulares insertas en la fortificación. Morfológicamente los sillares de piedra reducen su tamaño para formar un sistema constructivo mucho más complejo, que ahora también se traslada a los niveles de hábitat para formar zócalos de piedra en las cabañas, sobre los cuales se desarrollan los clásicos alzados de adobe. Sin embargo, las unidades de cabañas mantienen las características de las fases anteriores, con sus formas circulares de grandes diámetros y hogares centrales delimitados con anillos de piedra. Al interior de estas cabañas, los nuevos repertorios cerámicos y, fundamentalmente, metálicos que ofrecía Cazalilla II, aparecen definidos. Las formas cerámicas advierten,

44

también, la línea de los cambios de Cazalilla II, sobre evoluciones más normalizadas en ollas, cuencos y fuentes, de bordes más horizontalizados y hasta formas más biseladas, en una reducción también de los sistemas decorativos de los barnices. Las escudillas de bruñido negro, tono metálico y reticulado (A1b en Cazalilla II) se perfilan como uno de los elementos de mejor cronología, junto a la presencia de los primeros vasos carenados, las grandes tinajas de perfil en "S" y las cerámicas incisas de estilo Campaniforme. Con estas características se definía (Arteaga 1985) el bloqueo material de las Formaciones Sociales de la Campiña en un ambiente ya de la Edad del Bronce.

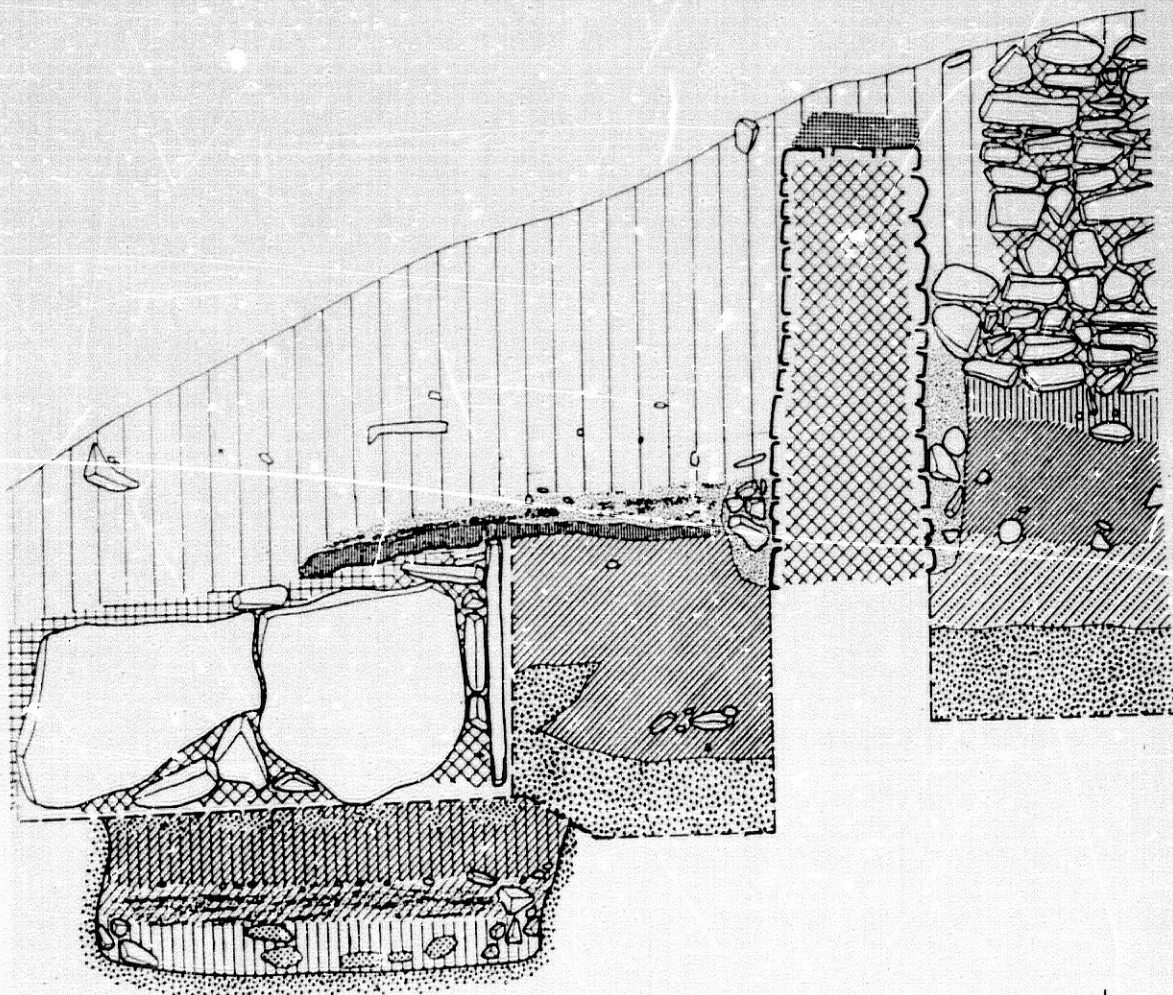
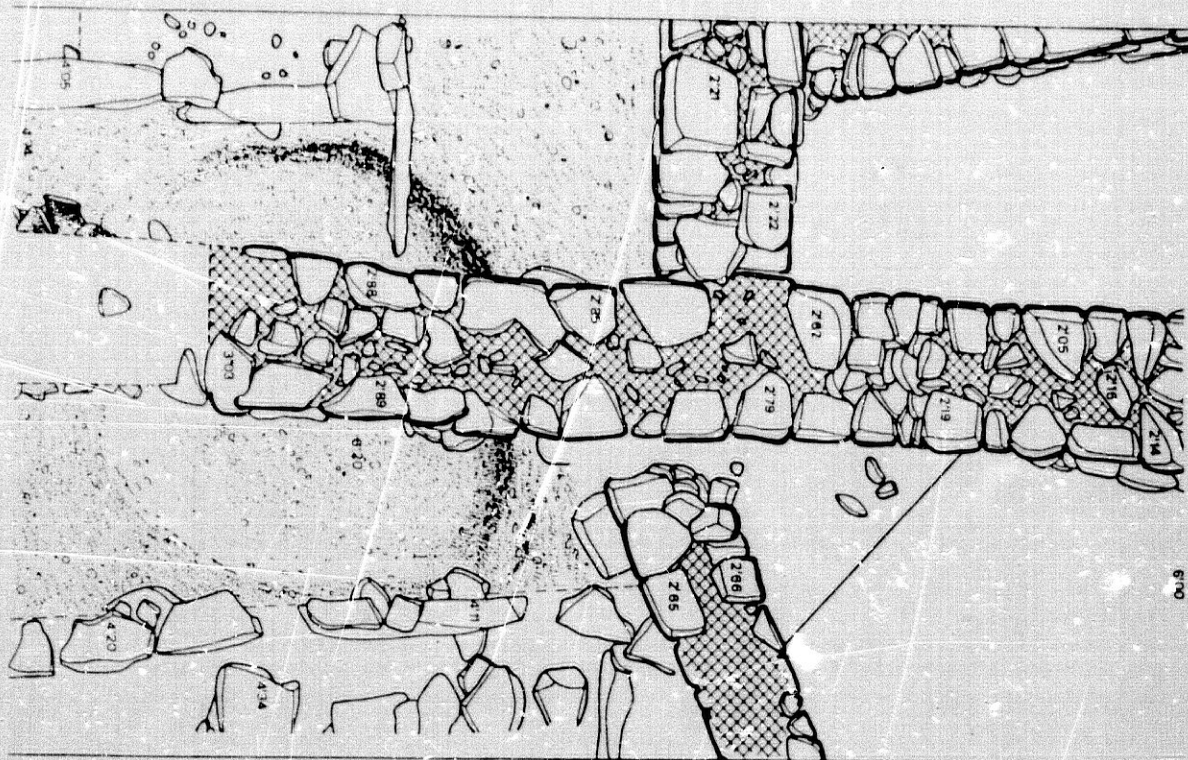
La Fase V, supone la primera documentación y definición de un "Horizonte del Bronce Avanzado" de la Campiña, donde la generalización de las formas que irrumpían como novedad en la Fase anterior, será la tónica general. Así los perfiles en "S" en grandes vasos cerámicos, los bordes vueltos, los bruñidos metálicos y los vasos carenados, muestran la apertura a las ideas cerámicas de la zona más oriental del Alto Guadalquivir, y la pervivencia de ollas, cuencos y platos biselados, los restos de la tradición de la Fase IV, ahora reducidos en una mayor normalización, y reducidos, también, en sus técnicas decorativas, al gusto de los barnices metálicos. La concepción del hábitat, mediante sistemas de aterrazado, desaparición de los modelos de fortificación tradicionales y el desarrollo de viviendas de planta cuadrada, será otro de los elementos que marquen los cambios de la Fase V. Pero en todo caso, todos estos nuevos desarrollos se verán tamizados desde una fuerte tradición material, que marcará, a pesar de todo, las señas de identidad de la Campiña Occidental frente a otras áreas del Alto Guadalquivir.

La Fase VI, con el desarrollo de formas cerámicas en las tradiciones decorativas de la Cultura de las Cogotas, abre el desarrollo de los últimos siglos del Segundo Milenio BC., y tras ellos el Proceso de Formación del Mundo Ibérico.

También en 1985, y a la orilla Norte del Río Guadalquivir, junto a la desembocadura de su afluente el Rumblar, la excavación de la Plaza de Armas de Sevilleja (Espeluy) (Contreras, Nocete y Sánchez 1985) ofrecía una interesante documentación.

La primera ocupación de este yacimiento (Fase I) (Fig. I, 14), quedaría documentada por un foso excavado en los conglomerados, arenas y gravas de la base geológica, con una morfología circular, de 2 metros de diámetro, y 70 cm. de altura, que debió pertenecer al fondo de una cabaña, como documentan los restos materiales en él sepultados tras un derrumbe de tapial.

Esta documentación material (Fig. I, 15 y 16), vendría a definir los característicos conjuntos cerámicos y líticos de la mal llamada "Cultura de los Silos del Bajo Guadalquivir", hoy ampliamente representada a lo largo de todo su curso, y fuera de él (Contreras, Nocete y Sánchez 1985; Nocete 1986; Lizcano 1987) en sus facies más antiguas (Martín de la Cruz 1985, 1986), características de un Neolítico Final, en sus tradicionales fuentes carenadas, vasos de paredes rectas y soportes, que en las cronologías de Papauvas (Martín



18

17

16

15

14

FIG.I, 14

Plaza de Armas de Sevilleja. Corte 1. Superposición sobre Fonco de Cabaña (Fase I), de Principios del Tercer Milenio BC, de Cistas de la Edad del Bronce y Construcciones del Siglo I AC.

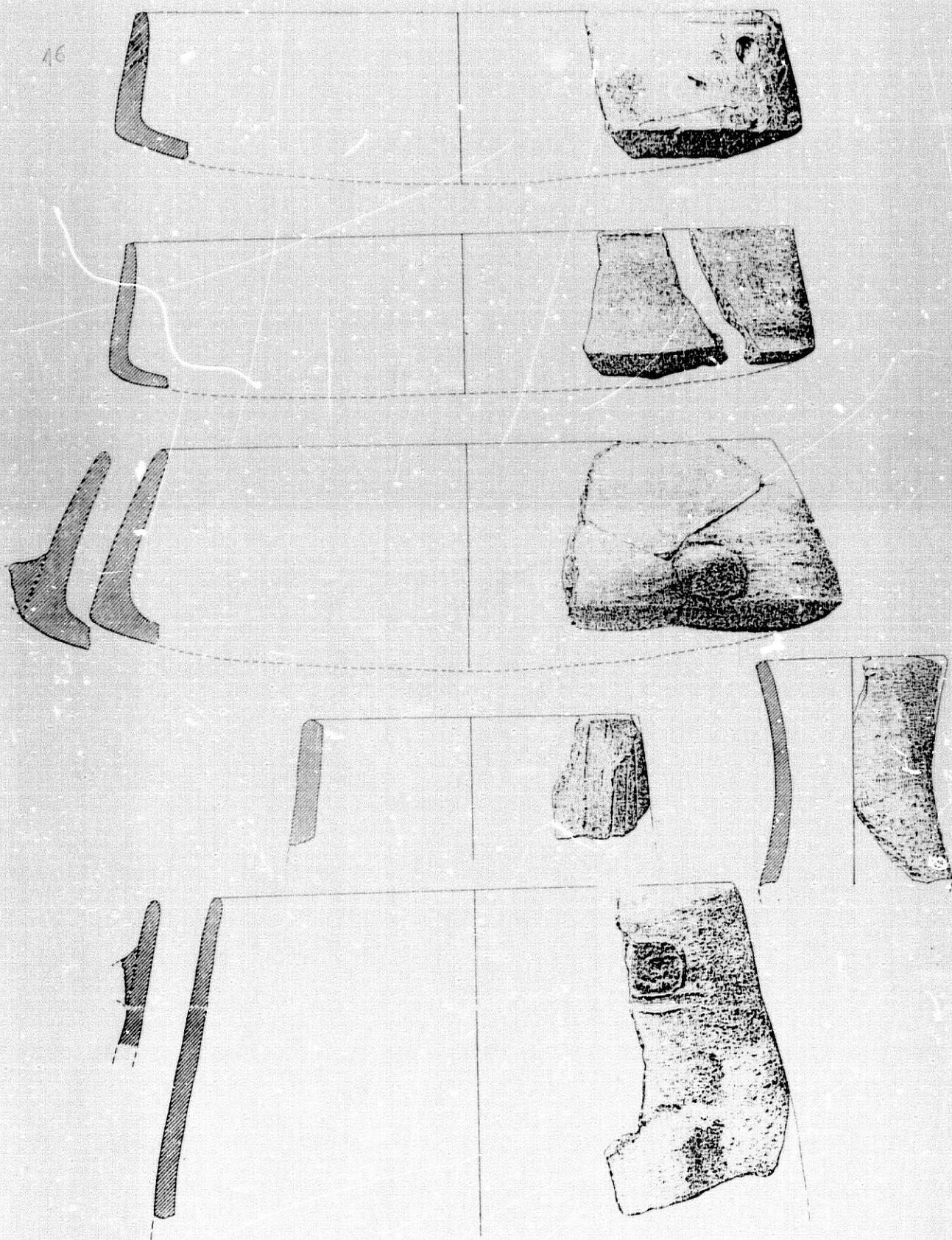


FIG.I, 15

Plaza de Armas de Sevilleja. Cerámicas Pertencientes al Fondo de Cabaña del -
Corte 1. Principios del Tercer Milenio BC. Fase Sevilleja I.

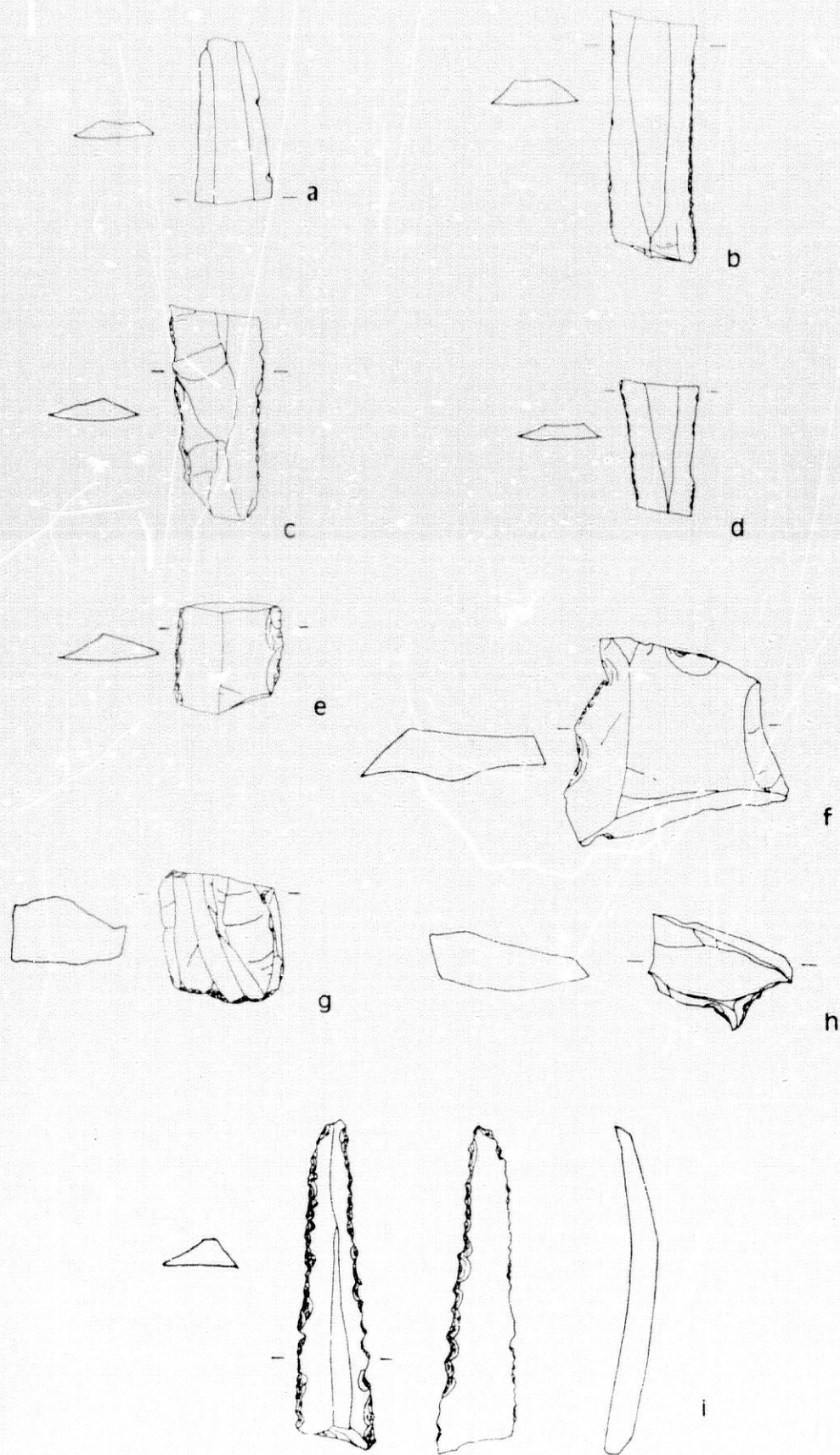
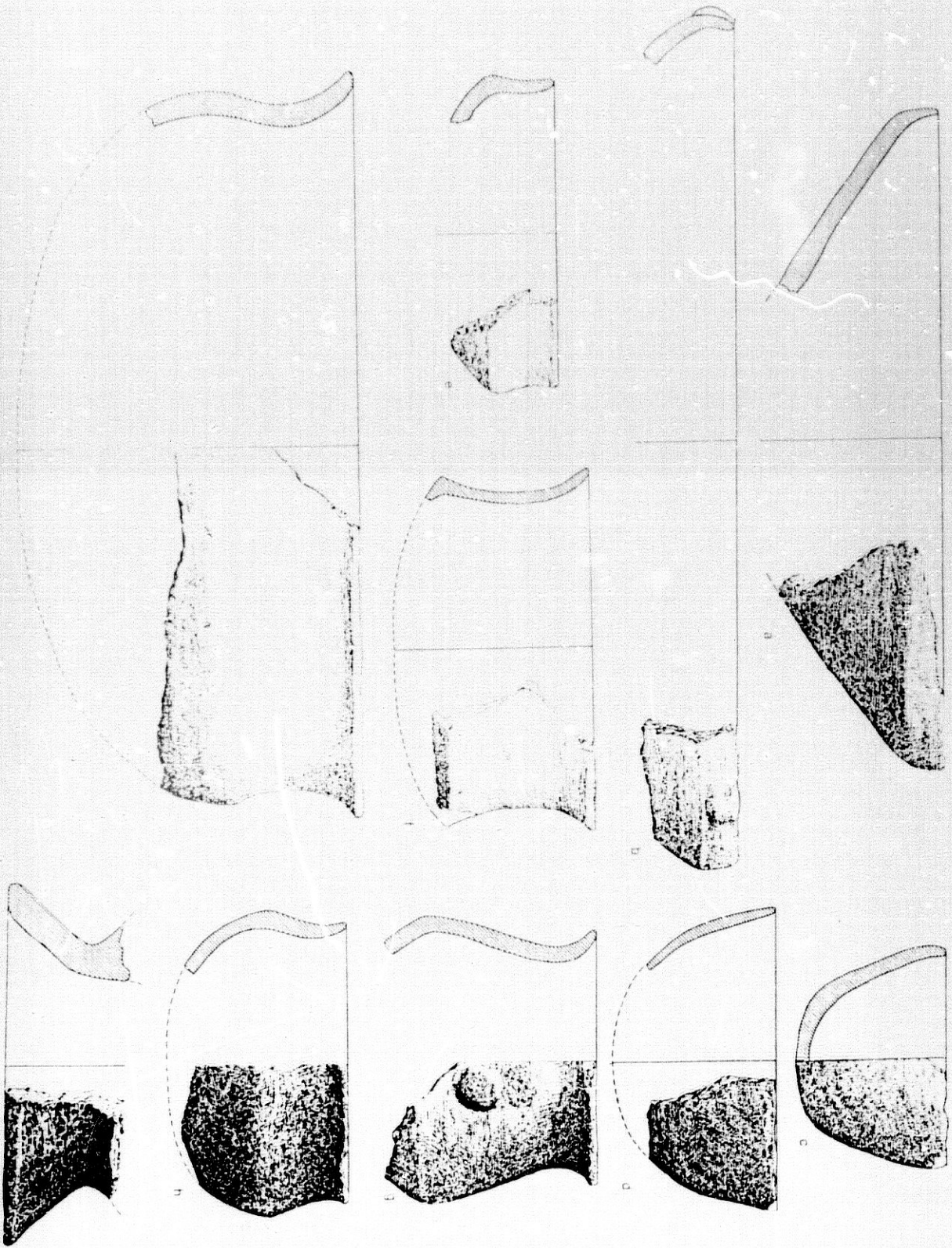


FIG.I,16

Plaza de Armas de Sevilleja. Industria (Hojas: a, b, c, d,...; Núcleos: g; y Hoja Doble Dentada: i). Pertenecientes al Fondo de Cabaña del Corte 1. Principios del Tercer Milenio BC. Fase Sevilleja I.

FIG. I, 17

Sevilleja, Fase II. Formas Cerámicas 1.



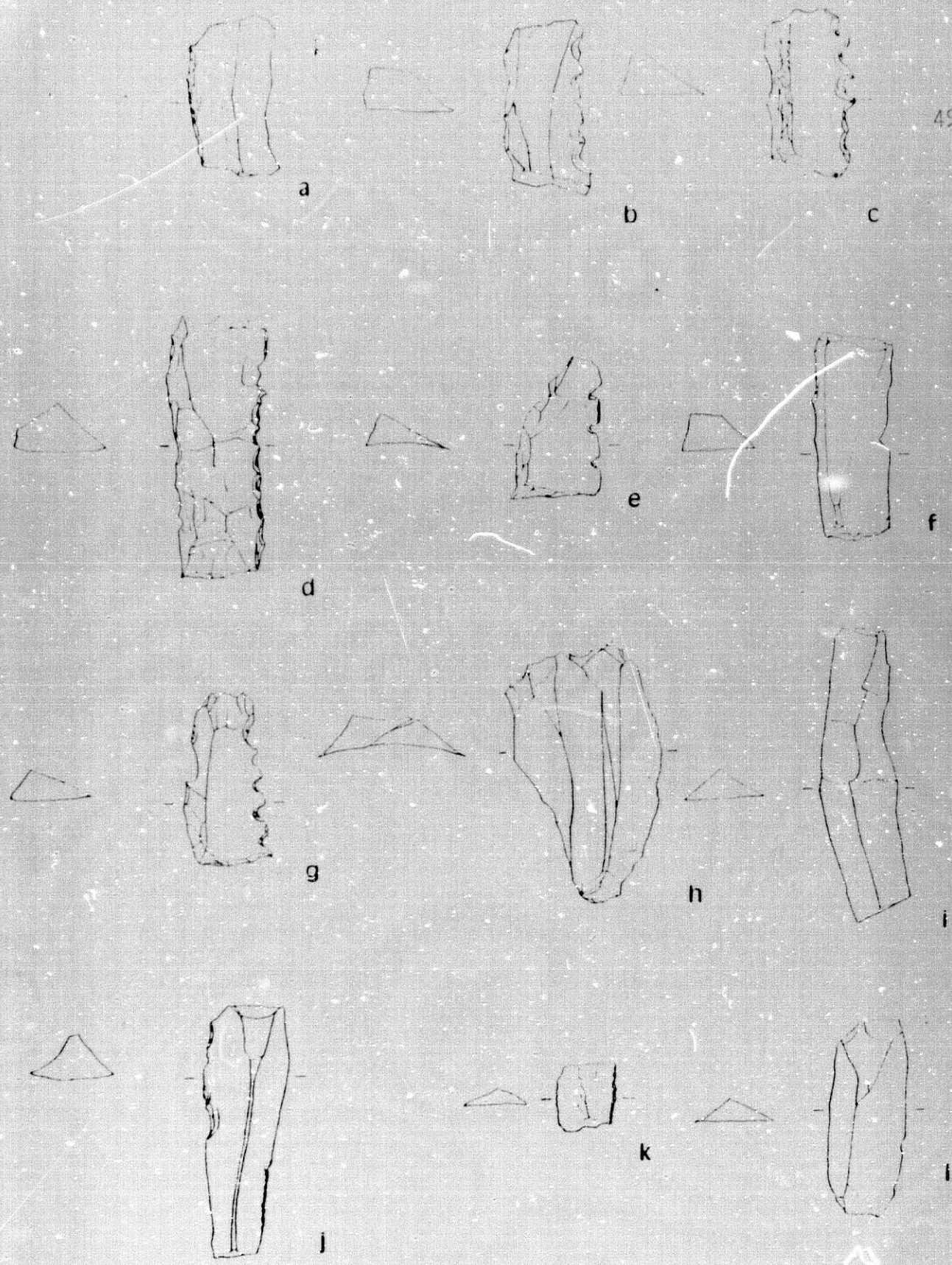
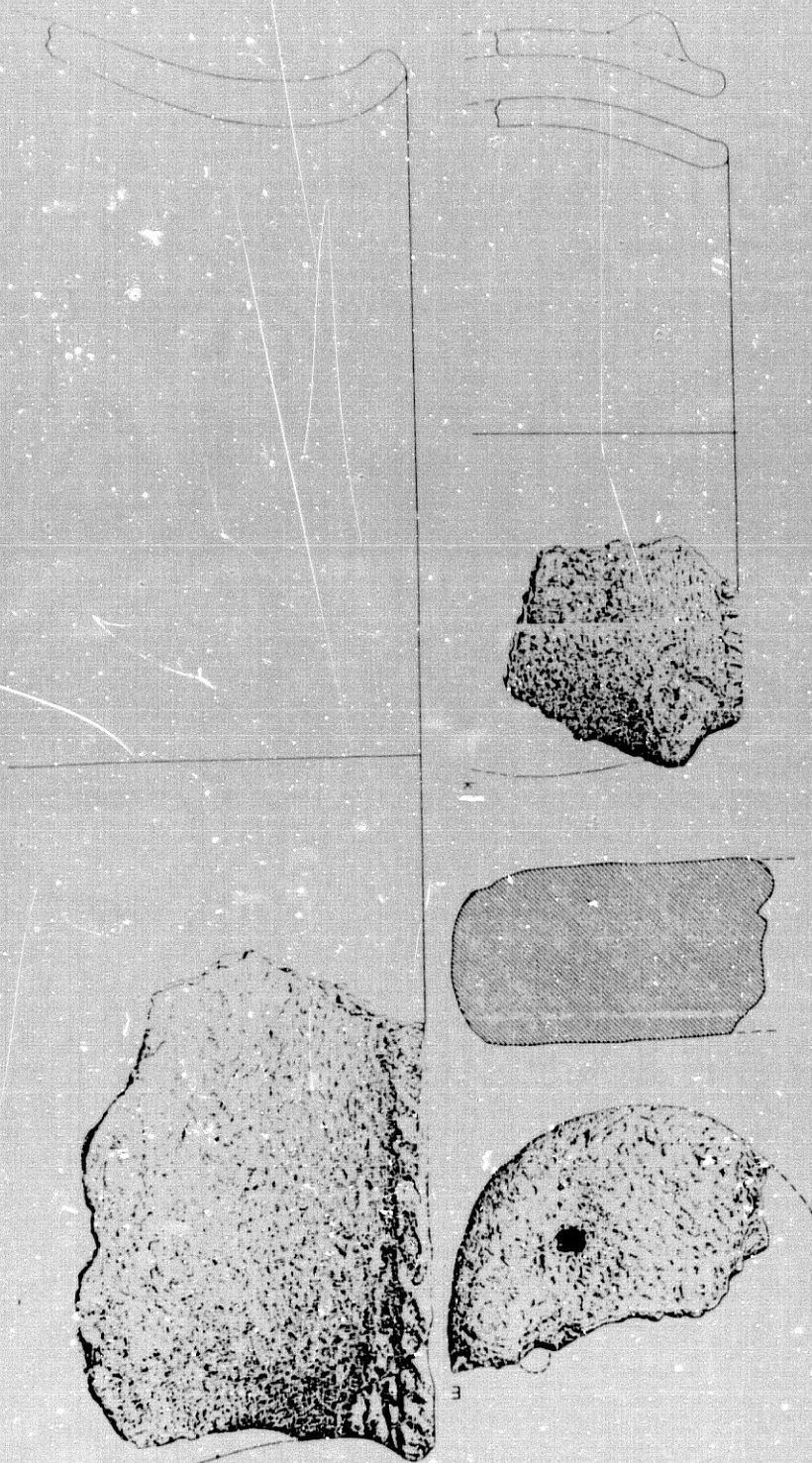


FIG.I, 19

Plaza de Armas de Sevilleja. Fase II. Tecnología lítica (Lc Elementos de - Hoz).

FIG. I, 18
Sevilleja, Fase II, Formas Cerámicas.



de la Cruz 1985) se sitúan en torno al cambio entre el Cuarto y Tercer Milenio BC. En el Alto Guadalquivir, el desarrollo, bajo, de la línea de carenación de las fuentes, y su progresivo ascenso, hasta ocupar posiciones junto al borde, parecen ordenarse, aparentemente, como un criterio cronológico en la definición de las fases más antiguas y más avanzadas de esta genérica cultura, que ha de precisarse con muchos y mejores datos, pues hace perdurar algunos de sus elementos hasta bien entrado el Tercer Milenio BC. Para la Campiña, la documentación de Sevilleja, viene a suponer la base social, material y económica, que tras una expansión colonizadora a lo largo de los cauces fluviales, supuso la Conquista del Secano, y con ella la formación de la Cultura de las Campiñas.

En la Fase II de Sevilleja, a mediados del Segundo Milenio BC., un urbanismo aterrazado, enterramientos individuales en cistas y cobachas, y una representación material (Fig.I,17 y 18) de indudables conexiones con la zona oriental de la actual Provincia de Jaén, muestra, en las inmediaciones de la Campiña Occ., un profundo contraste que abría la documentación de las comunidades del Frente Meridional de Sierra Morena, que basaron su proyecto económico e histórico en la explotación metalúrgica de los filones cupríferos del Norte, siendo Sevilleja uno de sus enclaves más meridionales que supusieron auténticas cabezas de puente para el intercambio del metal.

Sin embargo, y frente a otras aldeas de estas Formaciones Sociales asentadas en plena Sierra, la ubicación de Sevilleja junto a la fértil vega del Guadalquivir, permitiría un importante desarrollo agrícola basado en los cereales. como documentan ingentes cantidades de trigo envasadas en recipientes de almacenaje (Fig.I,18) y un instrumental lítico donde dominan los elementos de hoz (Fig.I,19).

Dentro del Proyecto Porcuna, en 1986, se iniciaba la excavación del Albalate, cuyos resultados serían definitivos para establecer la seriación cronológica y material de las Campiñas del Alto Guadalquivir durante el Tercer y Segundo Milenio BC. (Arteaga, Nocete, Ramos y Roos 1986).

El corte estratigráfico número 8, en el sector Norte de la excavación (Arteaga et alii 1986), permitía contrastar y confirmar los resultados del vecino asentamiento de Alcores, mostrando, en este caso, una amplia secuencia estratigráfica, mucho más precisa, intramuros de las fortificaciones superpuestas en el tiempo y sobre un mismo espacio, en uno de los desniveles (balate) que forman la estructura geomorfológica del sitio, estratégicamente situado frente a Alcores, en la otra orilla del Salado de Porcuna.

Gracias a estas superposiciones de los sistemas de fortificación, pudieron definirse 8 grandes fases, para el Tercer y Primera Mitad del Segundo Milenio BC.

La fase I, documentaba la primera ocupación del sitio en un claro contexto de principios del Tercer Milenio BC.

"Aparecen asociados a capas de coloración negruzca de la

descomposición de materia orgánica, hallazgos cerámicos estrechamente relacionados a la llamada Cultura de los Silos del Neolítico Final. Al lado de los cuencos, las ollas con mamelones perforados, destacan grandes fuentes de carenas bajas y borde vertical algo alargado, como las que aparecen en el grupo de Campo Real de Carmona desde la época de G. Bonsor".

(Arteaga et alii 1986: 7)

La documentación, al otro extremo del yacimiento, en el corte 10, de una documentación similar, permitía definir la existencia de un gran poblado, donde por desgracia, la ausencia de construcciones en piedra o adobes impedía valorar las características del hábitat. Sólo la presencia de ingentes cantidades de materia orgánica descompuesta, perfilaba un concepto de hábitat perecedero sobre una superficie plana, artificialmente aterrazada sobre las margas de la base geológica. El conjunto material mostraba cierto desarrollo respecto a la documentación de la fase I de Sevilleja, por la abundancia de fuentes carenadas de paredes rectas, algunos restos de tratamientos almagrados de las superficies, e incisiones verticales junto al borde. Sin embargo, en Albalate I, las líneas de carenación en las fuentes se desarrollaban más elevadas y hacia el borde, como ocurría en la fase II de Papauvas (Martín de la Cruz 1985), con el desarrollo, también, de pequeños resaltes en el borde, y otros prototipos similares donde la carena ha dado paso, y ha sido sustituida, por una suave inflexión, elementos éstos no presentes en Sevilleja, que revelan la evolución en Albalate, y sobre una misma plataforma material, de nuevos conceptos cerámicos en la Campiña tras la expansión desde la Vega, en momentos avanzados del Primer Cuarto del Tercer Milenio BC.

La fase II, se desarrolla como continuidad de las características materiales de I, en un momento previo a la construcción de las primeras fortificaciones en piedra de Albalate. Así, junto a la continuidad del registro material de la fase I, y a nivel cerámico, asistimos a la aparición de nuevas formas que definen la continuidad y progresión ya observada entre Sevilleja y Albalate I, como es en este caso el de las fuentes planas no carenadas donde las anteriores modificaciones del borde acaban por convertirse en auténticos rebordes interiores muy marcados, que junto a la tradición de las fuentes carenadas, aún dominante, previenen el desarrollo de las clásicas fuentes de labio engrosado de la fase I de Alcores. Así la fase II de Albalate, situada en el Segundo Cuarto del Tercer Milenio BC, refleja un proceso material característicos de otras áreas de Andalucía (Arribas y Molina 1979: 9, Fig. 16). Las fuentes carenadas, ya en receso durante esta fase, en todos los casos, presentan una alta línea de carenación, confirmando el avance cronológico y coincidiendo con la llegada de los primeros prototipos metálicos, que debían proceder del intercambio, puesto que no se evidencia, en esta fase, actividades de fundición.

La fase III vendrá a caracterizarse a nivel cerámico por el desarrollo de las innovaciones de la fase II, con la desaparición de las fuentes carenadas, y el gran desarrollo de las no carenadas, iniciando una innovación que será determinante de la fase V: los barnices en las superficies interiores de las fuentes, de un ya labio engrosado,

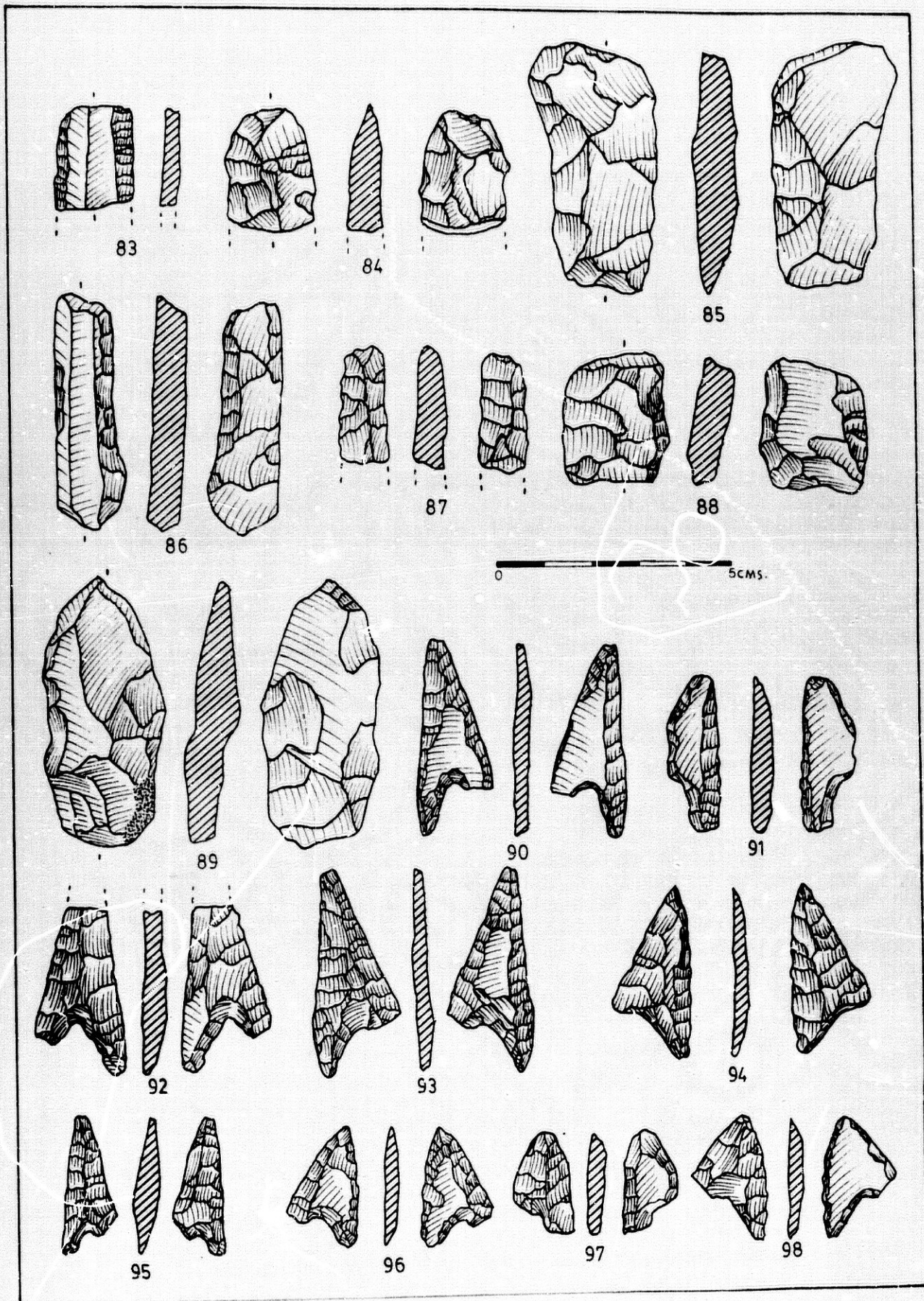


FIG.I, 20

Albalate. Industria Lítica. Puntas de Flecha de Talla Bifacial, 1

aunque en esta fase, dichos barnices se desarrollan exclusivamente sobre una mínima gama de coloración (negro y gris). Otro elemento cerámico que marca esta fase, será el desarrollo de ollas globulares de borde entrante que sustituyen a los vasos de paredes rectas de las fases I y II de Albalate, heredados de Sevilleja, ollas que formarán uno de los elementos más clásicos y repetidos en el repertorio cerámico de las Campiñas a lo largo de la Segunda Mitad del Tercer Milenio y la Primera del Segundo BC.

Sin embargo, el rasgo más característico e innovador de la fase III de Albalate, ya en el Segundo Cuarto del Tercer Milenio, será el desarrollo, por primera vez en la Campiña, de complejos sistemas de fortificación sobre piedra, que con una morfología similar a la fase I de Alcores, demuestra, no sólo la contemporaneidad de ambos poblados, sino la consolidación del Proceso de Sedentarización. Las estructuras de fortificación se articulan, al igual que en el vecino poblado de los Alcores, en torno a grandes y rectos lienzos jalonados por idénticos bastiones semicirculares, que nuevamente se perfilan como un rasgo característico de las Formaciones Sociales de la Campiña en los años anteriores a Medios del Tercer Milenio BC. Al interior de la fortificación, las unidades de cabaña se perfilan como en Alcores, con morfologías circulares, grandes diámetros y alzados de adobe. A nivel tecnológico, destacar, como elementos ya clásicos de estos momentos, los elementos de hoz, que definen la gran importancia de la Economía Cerealista en las bases de la Producción y de la Sedentarización, debiendo crear un importante excedente para mantener tan complejas estructuras disuasorias de fortificación.

La fase IV, supone un nivel posterior al trazado de las fortificaciones bastionadas de la fase III, mediante el desarrollo de estratos horizontalizados, que en el zona más alta de las pendientes, presuponen la existencia de un nuevo muro defensivo, como ocurría en la fase II de Alcores, aunque en este caso no fue documentado en la excavación de 1986. En esta fase IV, la desaparición definitiva de las fuentes carenadas y el gran desarrollo de las formas cerámicas de la fase III, son la guía de una continuidad en el resto de los niveles de la documentación. El trazado de un nuevo muro de fortificación fechado a Finales del Tercer Cuarto del Tercer Milenio BC (1130 +/-100 BC) advertirá la aparición de una nueva fase: la fase V.

La fase V, consolida definitivamente el desarrollo material de los cambios que supusieron III y IV, hacia la creación de nuevas formas materiales que reflejarán la identidad de las Campiñas que perduran al Segundo Milenio. Las fuentes de labios engrosados, ahora en un gran desarrollo de policromía (barnices rojos, naranjas, etc...), van a marcar este momento, junto a un gran desarrollo de los elementos de hoz que confirman la potente estructura económica del Secano Cerealista, asociándose a un nuevo lienzo de fortificación mucho más potente, y similar al de la fase III de Alcores. Alcores y Albalate, paralelos en su Historia material, económica, etc., junto al vecino yacimiento del Berral, muestran un sinecismo de aldeas concentradas en torno al cauce del Salado de Porcuna, hecho anómalo en toda la Campiña y que tendría una gran repercusión en el futuro desarrollo político del Segundo Milenio BC. (Capítulo V).

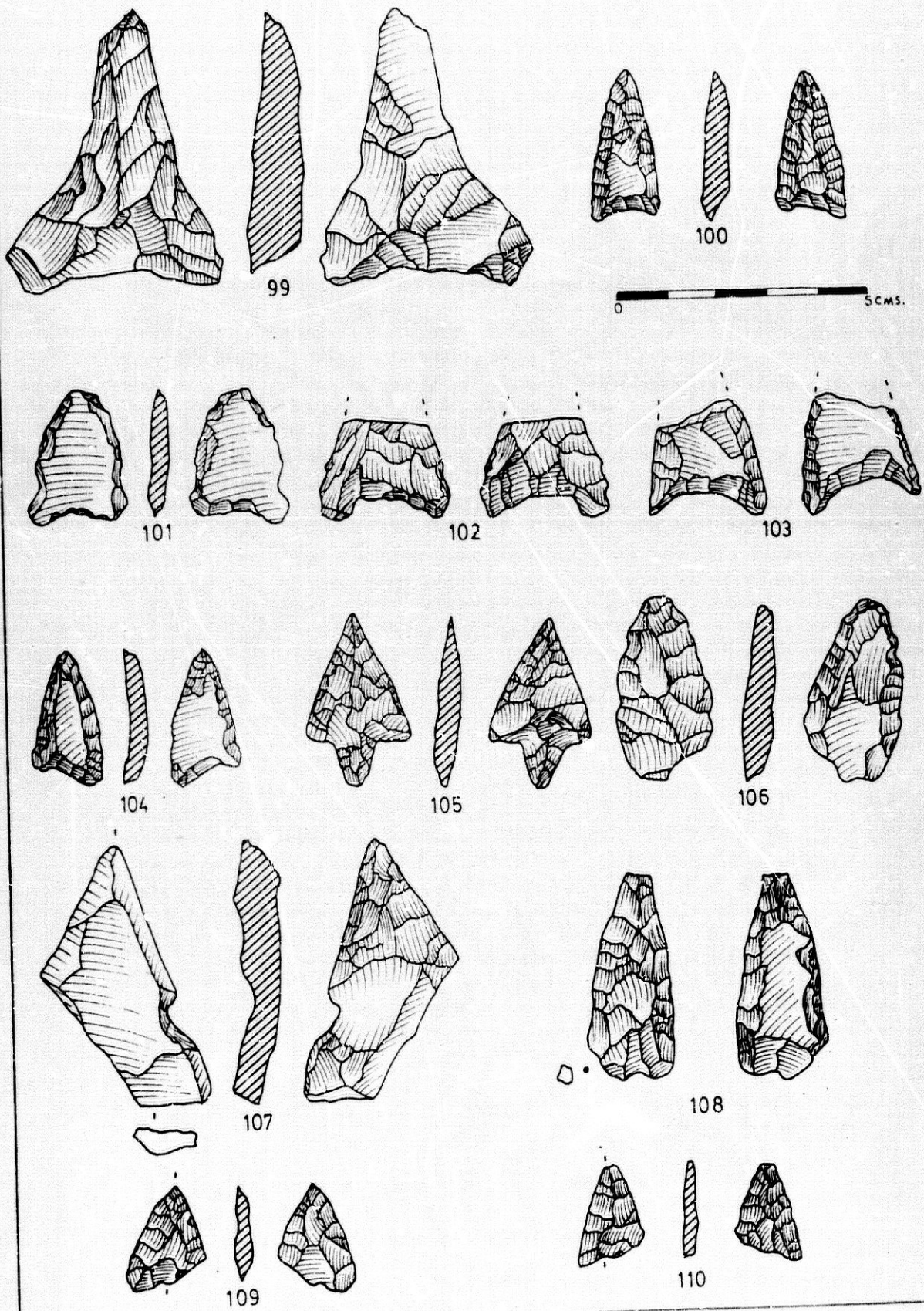


FIG.I, 21

Albalate. Puntas de Flecha de Talla Bifacial, 2

De no ser por el desarrollo de las decoraciones polícromas en las fuentes, y por los perfiles más pesados en los bordes de algunas de ellas, la continuidad entre las fases IV y VI de Albalate, harían irreconocible a la V. En la fase V, así, se genera un proceso de transición en las formas cerámicas, cuyo resultado será el horizonte material de Cazalilla, y no sólo a nivel formal, sino también por la consolidación de las bases productivas de la Economía Cerealista del Secano en el Último Cuarto del Tercer Milenio y Primer Siglo del Segundo BC. (C14 para la fase V entre 2090 +/-100 y 1940 +/-100 BC).

Una nueva datación de C14 (1880 +/-100 BC) marca el inicio de la fase VI, y con ella una mayor documentación espacial intramuros de una nueva fortificación, que se desarrolla sobre sistemas constructivos más complejos, con piedras de menor tamaño y en trazados curvos que forman zócalos para posteriores alzados de adobes, como ocurría en la fase IV de Alcores. Sin embargo, la continuidad material respecto a la fase V es notoria, salvo algunas innovaciones, como las tendencias cerámicas a formas más esbeltas en los labios de las fuentes, que generan una mayor horizontalización de los prototipos, y que, también reducen los diámetros de abertura, tal y como aparecen en la fase I de Cazalilla. La fase VI será sintomática de la aparición de nuevos asentamientos en la Campiña y profundas modificaciones en la Ordenación del Territorio, que llegan a extender el modelo económico de la Economía del Secano Cerealista hasta las proximidades del Pidemonte Subbético y el límite de la Campiña Oriental, como una diáspora en el espacio desde núcleos (fases III, IV y V) antes ceñidos a la Campiña Occidental Baja. Junto a los desarrollos y variaciones sobre los prototipos cerámicos de las formas de consumo (fuentes, cuencos, etc...) un gran impacto material será el desarrollo de nuevos prototipos en los sistemas de almacenaje, como los vasos de perfil en "S", que en Cazalilla advierten una mayor importancia del almacenaje fuera de los límites del consumo, y con él, la apertura de la movilidad del cereal y la conexión con rutas de intercambio, cuya vitalidad se observa en la presencia de nuevos elementos metálicos, marfil, cerámicas impresas del estilo Campaniforme, etc...

En el Siglo XVII BC. asistimos a profundos cambios en Albalate, detectados también en el vecino poblado de los Alcores, en un momento cronológico de la Edad del Bronce, donde el fuerte peso de la enculturación, hará que los restos materiales se debatan entre la tradición y la innovación de algunos elementos muy particularizados de su periferia: fase VII.

"Los materiales asociados a esta nueva fase pueden clasificarse dentro de un Bronce Antiguo de la Campiña, según las correlaciones que se verifican en el vecino poblado de los Alcores. Se define este momento, como en el citado poblado paralelo, importantes cambios en el patrón de asentamientos y en los restos materiales.

Es necesario puntualizar que los cambios que se fueron produciendo en la cultura material desde el Cobre Final, si bien representan una transformación progresiva de los modos de vida, no deben ser interpretados como un signo de debilitamiento de la estructura económico social que venía

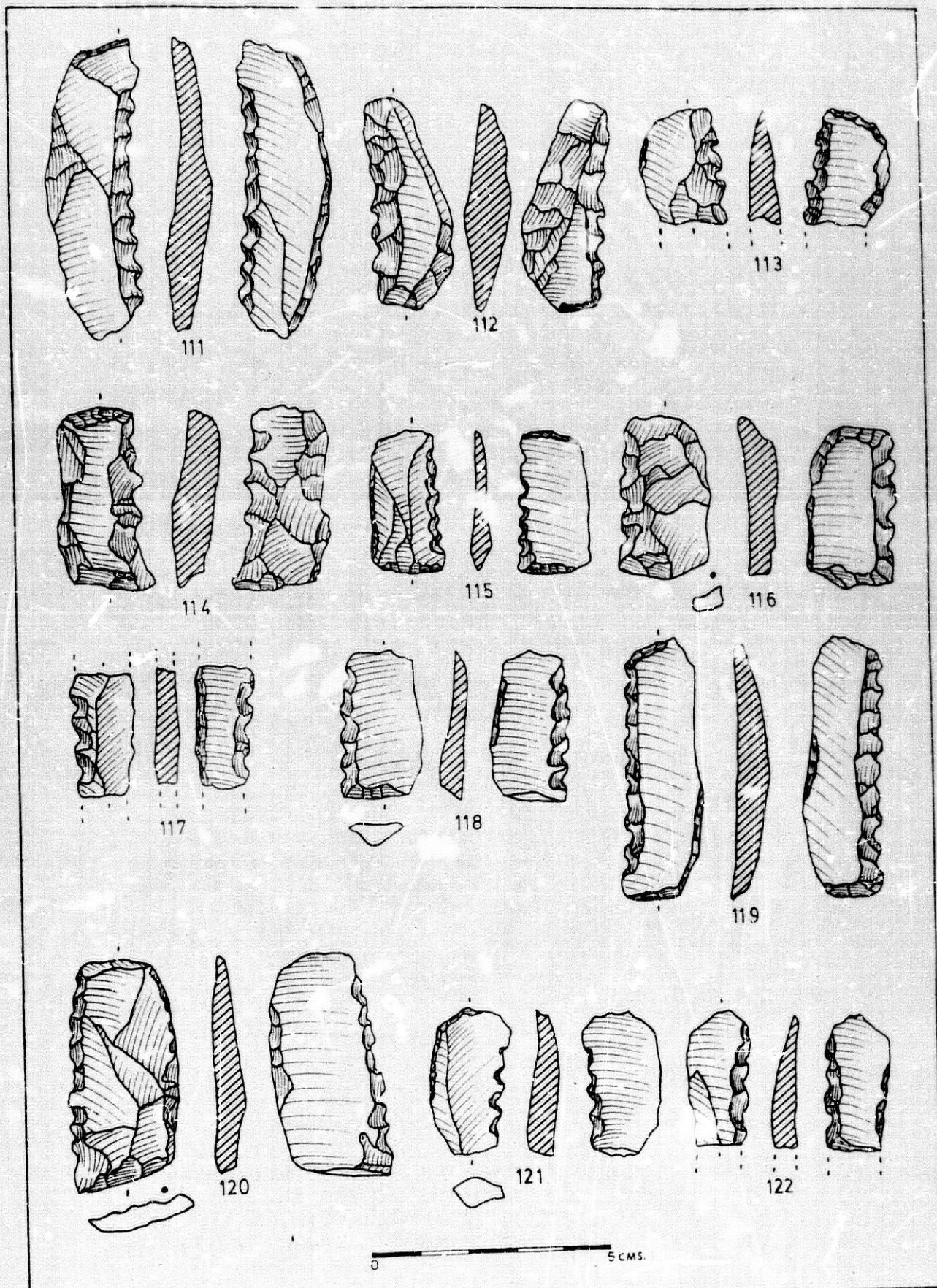


FIG.I, 22

Albate. Elementos de Hoz, 1

imperando en el territorio. Por el contrario, como se pone de manifiesto en otros lugares periféricos, en los tiempos del llamado Campaniforme Inciso, como refleja Cazalilla, (fase II), la frontera de la Cultura Campiense, lo que hace es consolidarse frente al empuje de otros sistemas sociopolíticos vecinos. Lejos de apagarse, lo que se traduce tras el Cobre Final (fase VI) es la instauración de otro sistema cada vez más estatalizado en el territorio. Esto es lo que entre otras cosas, ayuda a la delimitación de las llamadas influencias argáricas, que en verdad pueden reflejarse sólo hacia el Este de Andalucía".

(Arteaga et alii 1986: 12)

Según esta valoración, tras un fenómeno aglutinante del poblamiento que definía la fase V, en la Edad del Bronce, fase VII, se consolida un movimiento radial de expansión (Nocete 1984b).

La fase VII, se diferencia no sólo en los cambios materiales que definía Cazalilla II a nivel cerámico, metalúrgico, etc., sino fundamentalmente y a nivel material en los cambios de un nuevo orden de los sistemas defensivos, donde la torre circular sustituye al bastión, en una mayor complejidad del trazado, con laberínticos espacios interiores y exteriores a modo de "barbacanas".

La presencia de copas de peana ancha, dentro del contexto material de la Campiña, evidencian ciertos contactos con el área Oriental del Alto Guadalquivir, pero será una interpretación propia de las Campiñas, igual que la repentina presencia de formas carenadas. De hecho, la apertura a través de vías de intercambio, sólo aportaría objetos para los circuitos del lujo y el prestigio, como prototipos metálicos de armamentos (cuchillos de remaches), marfil y obsidiana. Como ocurre en Cazalilla II, las tradicionales fuentes de labios engrosados van a dar paso a perfiles más biselados y a una selección de los sistemas decorativos de los barnices. Pero, sin duda alguna, será el gran desarrollo de los recipientes de almacenaje (forma D en Cazalilla II), uno de los elementos más importantes y definitorios de esta fase. A nivel constructivo, y como ocurría en Alcores, el uso de la piedra se generalizará en la construcción de los zócalos de las grandes cabañas circulares para soportar alzados de adobe, hecho también significativo de Cazalilla.

La fase VIII, inserta ya en Plena Edad del Bronce, supondría un aumento considerable del espacio de ocupación, relegando los viejos sistemas defensivos por una ocupación aterrazada, la incorporación de plantas cuadradas en las casas, y un proceso de evolución cerámica y material, similar al de la fase V de Alcores, donde los prototipos novedosos de la fase VII, acabarán por generalizarse. A pesar de los cambios, la estructura económica permanece monolíticamente inalterada.

Si existe algún elemento en la documentación de Albalate que defina a estas Formaciones Sociales, y al margen de sus cerámicas y fortificaciones, es su base tecnológica, que tras la consolidación del Proceso de Sedentarización, permanece inalterada como una prueba más del carácter retardatario, como es la tecnología lítica, sobre la que

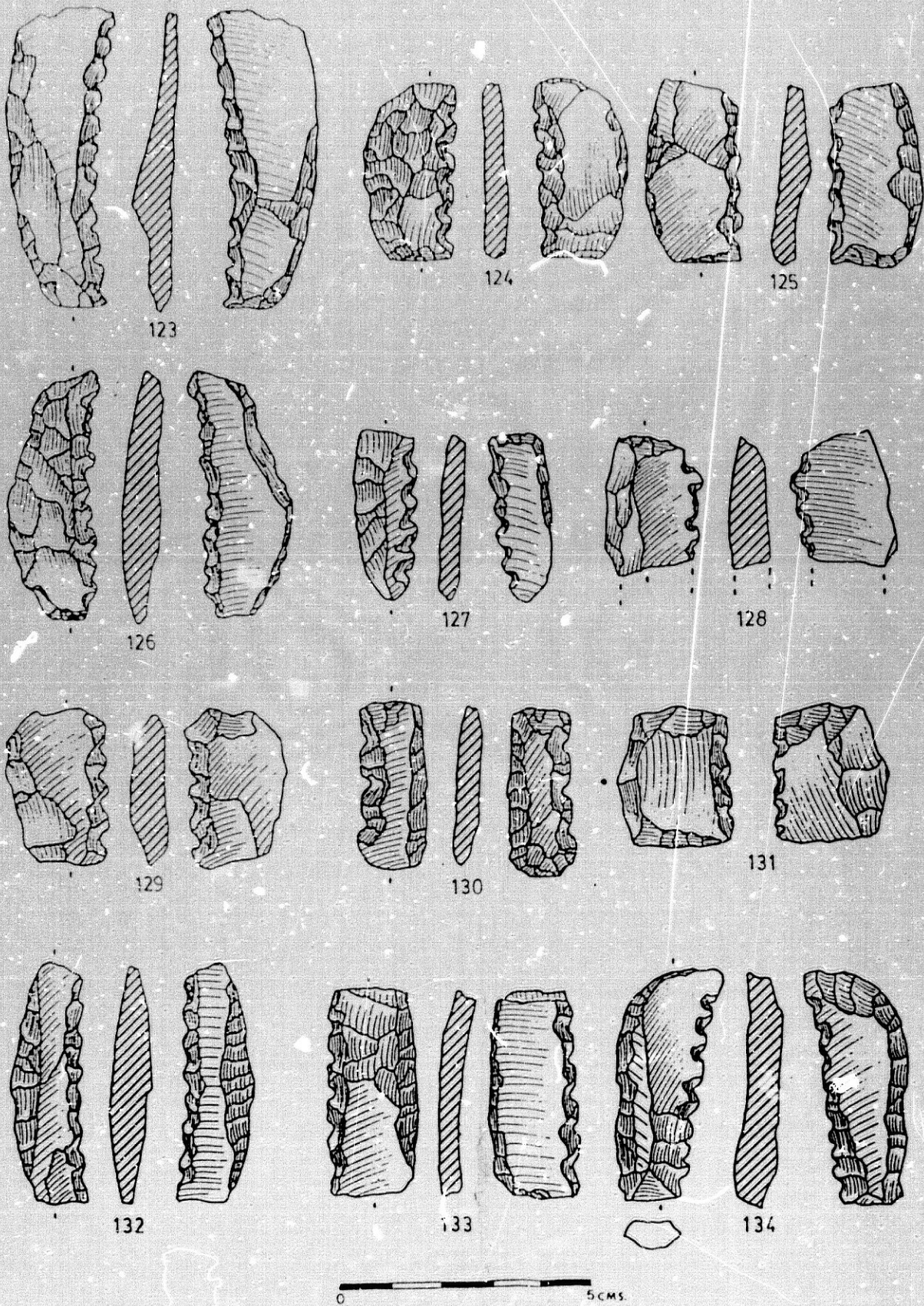


FIG. I, 23

Albalate. Elementos de Hoz, 2



FIG. I, 24
 Albalate. Elementos de Hoz, 3

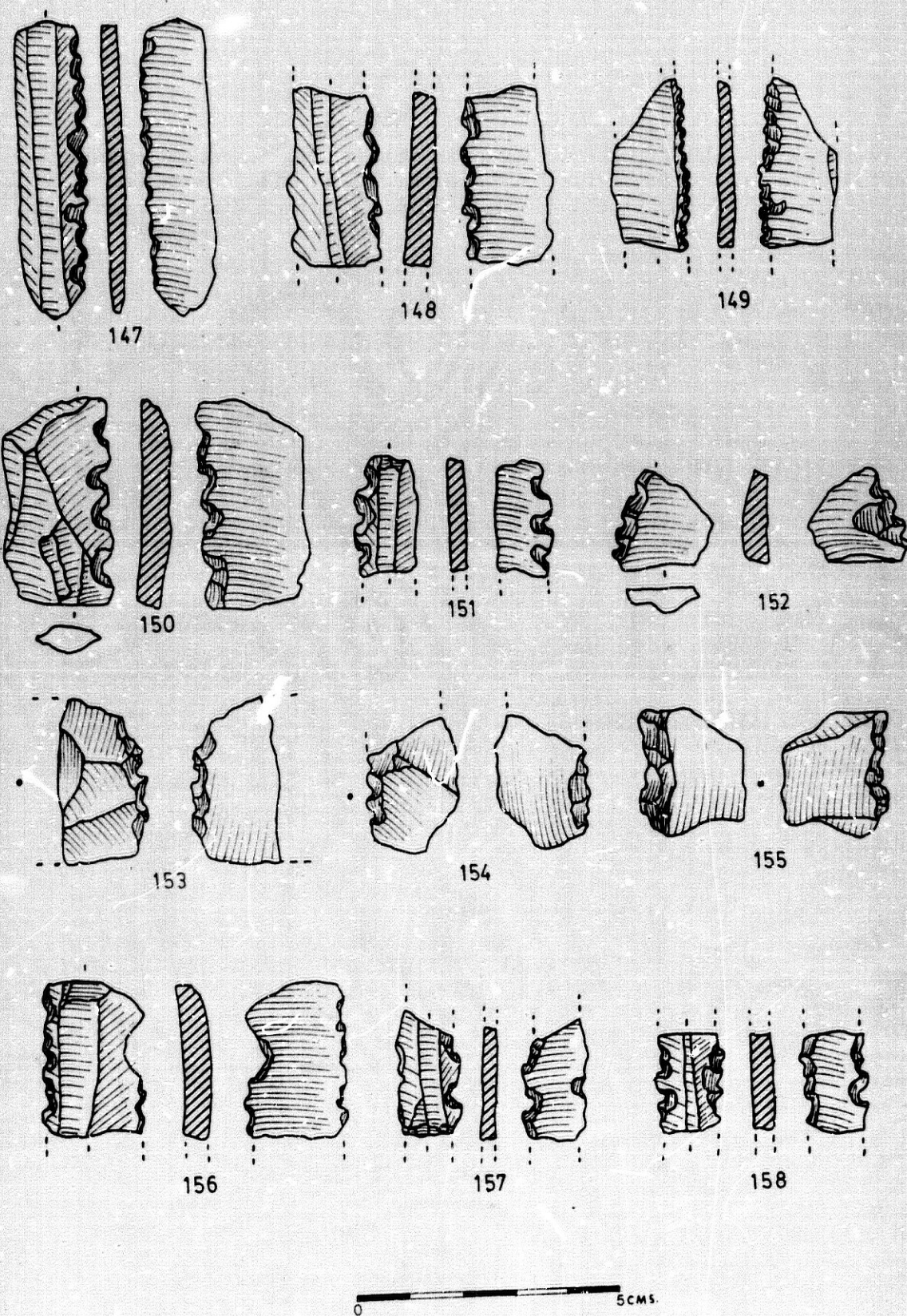


FIG.I, 25
 Albalate. Elementos de Hoz, 4

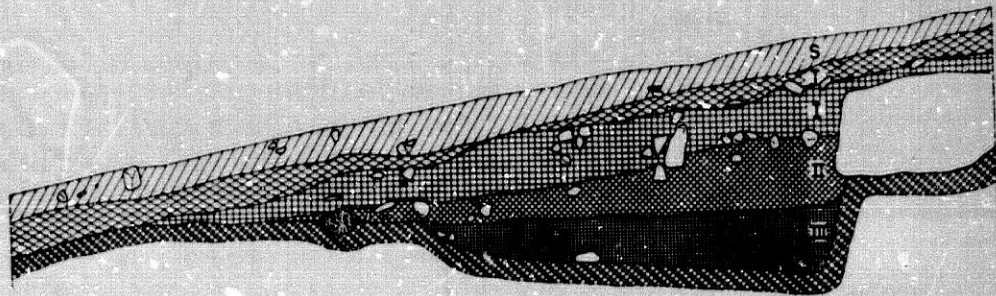
el metal apenas incidió, de no ser la consolidación de la talla sobre dos elementos que definen el proceso. En primer lugar, el importante desarrollo de las puntas de flecha, que (Fig.I,20 y 21) que no pueden sólo definirse como una prueba cinegética, pues la caza apenas aparece en el registro de la fauna, siendo las bases del aporte cárnico de una cabaña doméstica. La documentación de un taller de estas puntas en los espacios especializados de fortificación en Alcores, abren una vía interpretativa, hoy en estudio en el Proyecto Porcuna, por la gran importancia en la asociación de estos productos a la complejidad de las fortificaciones de estas Formaciones Sociales y al role estratégico y de coerción que parecen advertir desde Mediados del Tercer Milenio BC. hasta los Primeros Siglos del Segundo, donde Cazalilla II demuestra que la coerción se ha generalizado a todo el territorio, consolidando una estructura política de Estado.

Sin embargo, existe otro tipo de utensilio sobre el que predominantemente, y desde la fase III de Albalate se asocia la talla del sílex, utensilio que, sin duda alguna, es el mejor reflejo de la base económica de estas sociedades en su perfil Cerealista del Secano: las hoces (Fig.I,22, 23, 24, 25), de las que han sido documentadas un total de 313 elementos en los últimos trabajos en Albalate. Hoy en estudio, se perfilan como un elemento básico para comprender y reconstruir el desarrollo de las Fuerzas Productivas y las Relaciones de Producción de tan especializada economía. Sin embargo, tanto Albalate como Alcores, la presencia de este elemento desde el Tercer Cuarto del Tercer Milenio BC. muestra que los prototipos están perfectamente desarrollados, y que existe una ruptura entre las hojas dentadas de Sevilleja y ellos, cuya Historia, y también la de la Consolidación de las Bases de la Economía de Producción, se encuentran en ese lapso, y pueden ser explicadas desde otras bases documentales como es la del yacimiento de Puente Tablas.

En 1986, y coincidiendo con la tercera campaña de excavación en el poblado Ibérico de Puente Tablas, por parte del Proyecto "El Mundo Ibérico del Alto Guadalquivir" que dirigen los Drs. A. Ruiz y M. Molinos (Ruiz y Molinos 1996), realizamos un eje estratigráfico en la ladera Norte de la Mesa del Cerro de la Plaza de Armas, extramuros del Poblado Ibérico, a fin de documentar el yacimiento prehistórico que Dr. Carrasco (Carrasco et alii 1980b) adscribía al cambio entre el Neolítico Final y el Cobre Antiguo. En el corte 2, se documentaba la presencia de una ocupación al filo de una de las terrazas, que a pesar de documentarse con un registro individualizado de los hallazgos, la conservación tan deficiente no permitía registrar los restos orgánicos, ni tampoco los oseos, relegando la documentación a un conjunto de cerámicas e industria lítica ordenada por el abandono y la erosión, de resultados pológicos de enorme validez al registrar dos momentos de ocupación. El resultado más importante fue la ocupación de un área aislado de dos estratos erosivos (Fig.I,26:T y I) sobre la acolmatación de otros dos (Fig.I,26:II y III) que rellenaban un aterrazamiento artificial del Trias, formando, al amparo de un afloramiento calizo, una estructura de hábitat. El buzamiento S-N del Trias había sido aterrazado artificialmente, creando un foso circular con hoyos de postes que mostraban los restos de una cabaña de materia orgánica, cuyos paramentos se adaptaban al afloramiento rocoso que supuso el soporte de su techumbre. En el primer nivel de ocupación

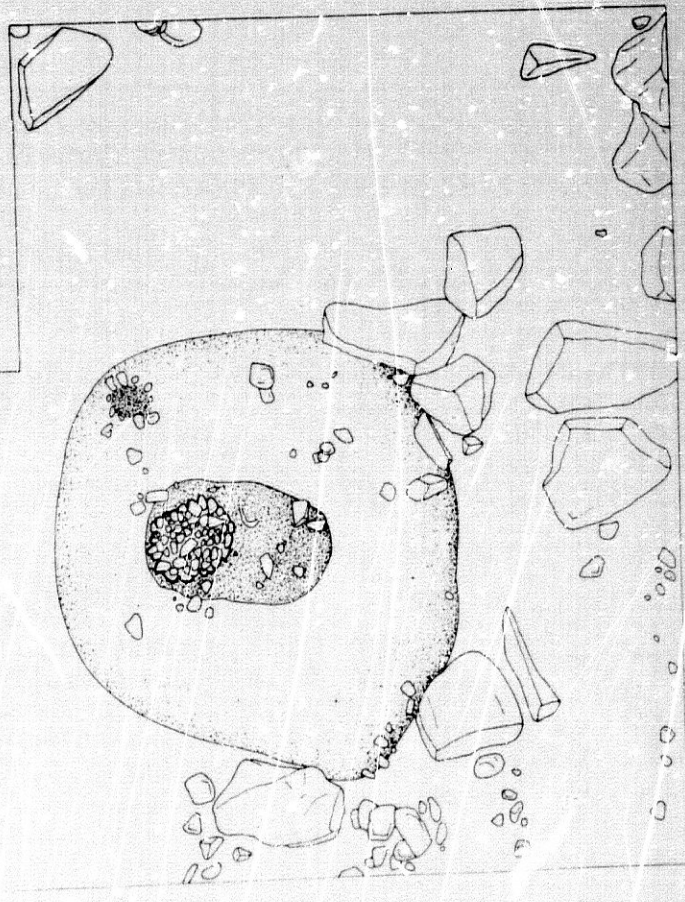
FIG.I,26

Puente Tablas. Fase I. Perfil y Planta de la Cabaña del Corte N2.



PERFIL Y-300 (E)

PUENTE TABLAS
Corte N-2-4
PLANTA FASE I



(Fig.I,26) se podía diferenciar, con claridad, que el espacio y las actividades en él desarrolladas, giraban en torno a un hogar central formado por una plataforma circular de gujarros de río, siendo en este caso, junto a los calzos de los hoyos de poste, la única utilización de la piedra con fines constructivos registrados en el asentamiento. Junto al hogar central, y sus cenizas, podía documentarse la distribución de formas cerámicas pertenecientes a recipientes abiertos, fuentes y cuencos (Fig.I,27) que asociados al fuego advertían un lugar de actividad, de transformación alimentaria para el consumo con conceptos de recipientes, aunque transformados mantenían la trayectoria de Cazalilla II. También asociados al hogar, nódulos de sílex, soportes de extracción de pequeñas hojas y restos de descortezados (Fig.I,32: 1-6) advertían una base tecnológica donde claramente dominaba el sílex con un 98% asociado a cuarcitas, y una talla doméstica de una industria de fuerte peso microlítico y de delgadas hojas de no más de 1.5 cm. de ancho, procedentes de núcleos piramidales, de los que uno se registro junto al hogar, y en su remontaje precisaba la localización y las características de la talla. Uno de los percutores asociados al hogar, de oligisto, pudo también usarse para la fabricación del fuego.

El índice de fragmentación del material cerámico, con difíciles remontajes, mostraba el carácter deposicional de la distribución de los restos sobre los que se había desarrollado un fuerte proceso erosivo, haciendo difícil la reconstrucción de áreas de actividad. No obstante, junto al talud de la roca, y en el fondo de la cabaña, la concentración de restos de grandes vasos de paredes rectas, similares a los prototipos de Sevilleja (Fig.I,28) advertían la presencia de un almacenaje para el consumo, convirtiendo a esta estructura en una unidad de consumo, pero no de reproducción social, pues ésta debe ceñirse al concepto de aldea de estas senisedentarias comunidades, aldea que debió constituirse más por una asociación de cabañas, que como una unidad donde éstas se integran.

De la segunda fase de ocupación, sólo podía documentarse los restos muy erosionados de revueltos materiales cerámicos (Fig.I,29 y 30) y útiles de sílex (Fig.I,32 y 33: 7-17). Con una conservación tan precaria, poco podía aportar esta segunda fase, de no ser la continuidad de un mismo sistema económico y social con ciertos cambios materiales de gran importancia para observar evoluciones cronológicas de unas comunidades agrarias, que al amparo del Río Guadalbullón y su fértil vega, pusieron en práctica un proyecto de producción en un momento del Primer Cuarto del Segundo Milenio BC., paralelo a la fase I de Albalate.

Si la fase I de Puente Tablas parecía un calco de la fase I de Albalate, y ambas el desarrollo de Sevilleja, con la perduración de los grandes vasos de paredes rectas y las fuentes de carenas bajas, con un desarrollo, en algunos casos, en la tendencia a subir la carena y ciertas modificaciones del labio a modo de pestañas, apreciaban cierto desarrollo morfológico y cronológico, coincidiendo, en el espacio, con la expansión desde la Vega, pues son los asentamientos más antiguos del Tercer Milenio BC., hasta ahora registrados en la Campiña Occidental. La fase II, ofrecía una evolución de estas tendencias con sensibles cambios que advierten, con el avance del tiempo, un buen perfil material

para definirlo. En primer lugar, en la fase II de Puente Tablas, las tradicionales fuentes de paredes rectas, bordes verticalizados y carenas bajas del tipo Sevilleja, que perduraban en la fase I, habían desaparecido, generándose el desarrollo evolutivo de las carenas y los bordes con pestaña en unos prototipos de tamaños más reducidos (Fig.I, 24). En este nuevo horizonte material, esta tendencia, llegaba a desarrollar nuevos prototipos con mayor engrosamiento del borde y perfiles, donde la línea de carenación comenzaba a dar paso a suaves inflexiones (Fig.I,30), en la línea evolutiva de Albalate II, pero en este caso, frente al asentamiento del Salado de Porcuna, el desarrollo hacia las fuentes de labios engrosados no carenadas, no estaba presente. Otros elementos sintomáticos del cambio serían la desaparición de los grandes vasos de paredes rectas de Albalate I, Puente Tablas I y Sevilleja, que serán sustituidos por grandes cuencos esféricos (Fig.I,31). Pero los cambios más importantes de esta nueva fase de Puente Tablas, serán, en primer lugar, la aparición de los primeros prototipos metálicos del Alto Guadalquivir, que se orientarán al ámbito doméstico (punzones), y en segundo lugar, un gran cambio en la evolución de la tecnología del sílex, con la aparición de hojas más anchas y tallas laminares que advierten los cambios del Tercer Milenio BC. Junto a ellos, un nuevo prototipo que en Albalate asumiría la caracterización lítica desde Medios del Tercer Milenio BC.: las puntas de flecha de talla bifacial (Fig.I,32:6) y los primeros prototipos de elementos de hoz detectados en el Alto Guadalquivir (Fig.I,33:11, 12 y 13) que ocupan un 12.5 % de la totalidad de los útiles en sílex.

Puente Tablas, no sólo correlacionaría, en el otro extremo de la Campiña Occidental del Alto Guadalquivir, los resultados estratigráficos de Albalate (Albalate I=Puente Tablas I), sino que advertía con su fase II, frente a Sevilleja y Albalate I-Puente Tablas I, la articulación de tres fases importantes para analizar el Primer Cuarto del Tercer Milenio BC. de ese generalizado y ambiguo "Horizonte de los Silos" escasamente definido (Bonsor 1898; Carrilero y Martínez 1983; Martín de la Cruz 1985, 1986; etc...), permitiendo con esto una precisión cronológica para el análisis de la colonización desde la Vega del Guadalquivir sobre las Campiñas, y analizar la formación de la Historia del Secano y de las Formaciones Sociales de las Campiñas.

Otra de las aportaciones más novedosas de Puente Tablas sería la documentación, dentro de la tecnología lítica, del desarrollo de una industria laminar, no microlítica, que venía acusando Sevilleja, y el desarrollo y formación de los prototipos materiales que caracterizará a las Formaciones Sociales de las Campiñas. Dentro de ésta, un prototipo que estaría llamado a significar uno de los elementos básicos para el desarrollo de la Colonización del Secano y la Formación de la Economía Cerealista: los dientes de hoz, y con ellos la siega, en un momento mucho más antiguo que las cronologías previstas para las tierras del interior del Sur Peninsular (Martínez 1986), que fruto del análisis de sociedades de base no tan agraria, lo habían convertido en un elemento típico del Segundo Milenio BC.

Mil años antes, en la Campiña, el desarrollo de estos prototipos, lo primero que muestra son los errores de la investigación, en primer lugar por la relatividad de los registros, y en segundo, porque no

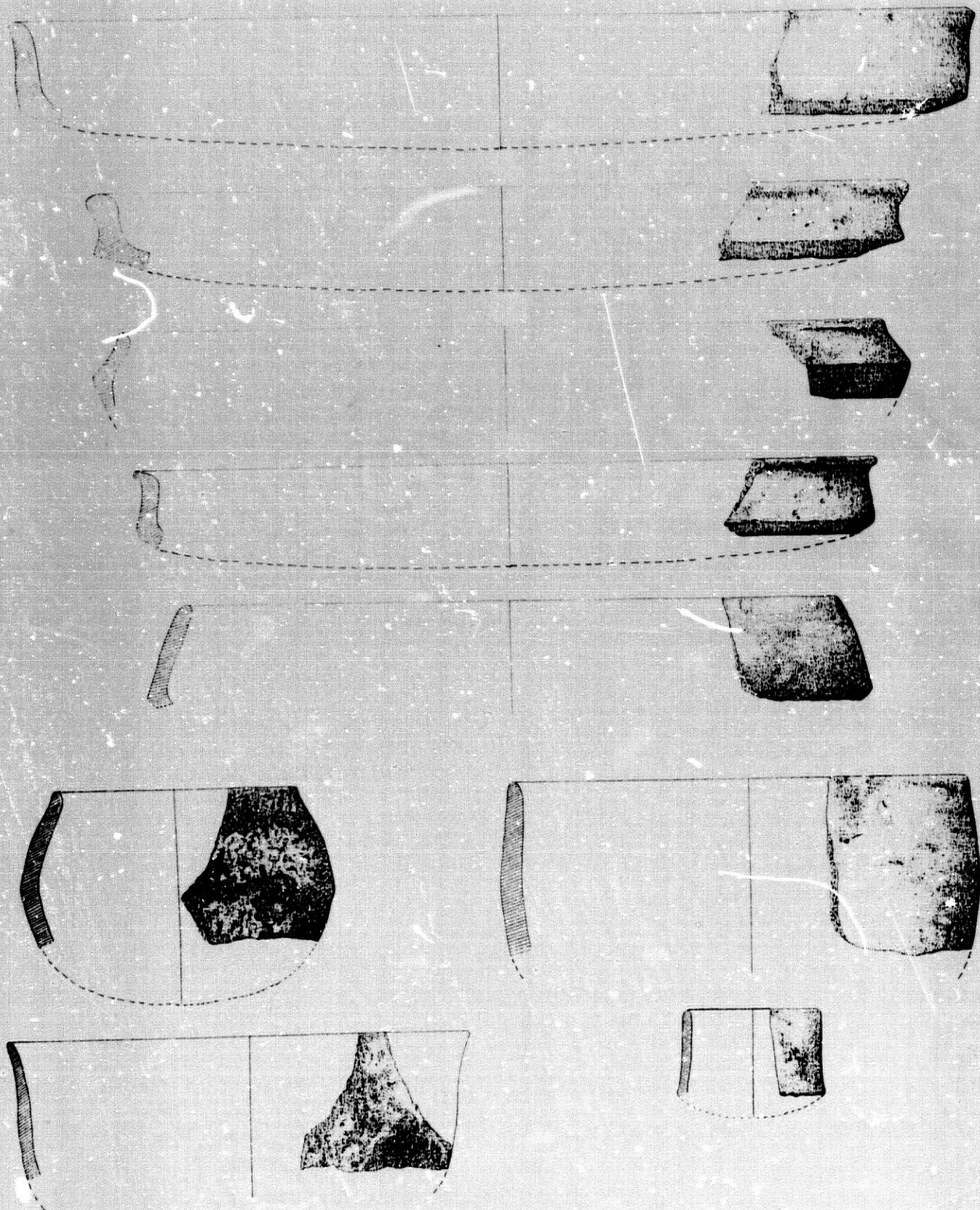


FIG.1, 27

Puente Tablas. Fase I. Formas Cerámicas. Cerámicas de la Cabeña N2. Recipientes Asociados al Hogar-Consumo. Fuentes, Cuencos, Etc...

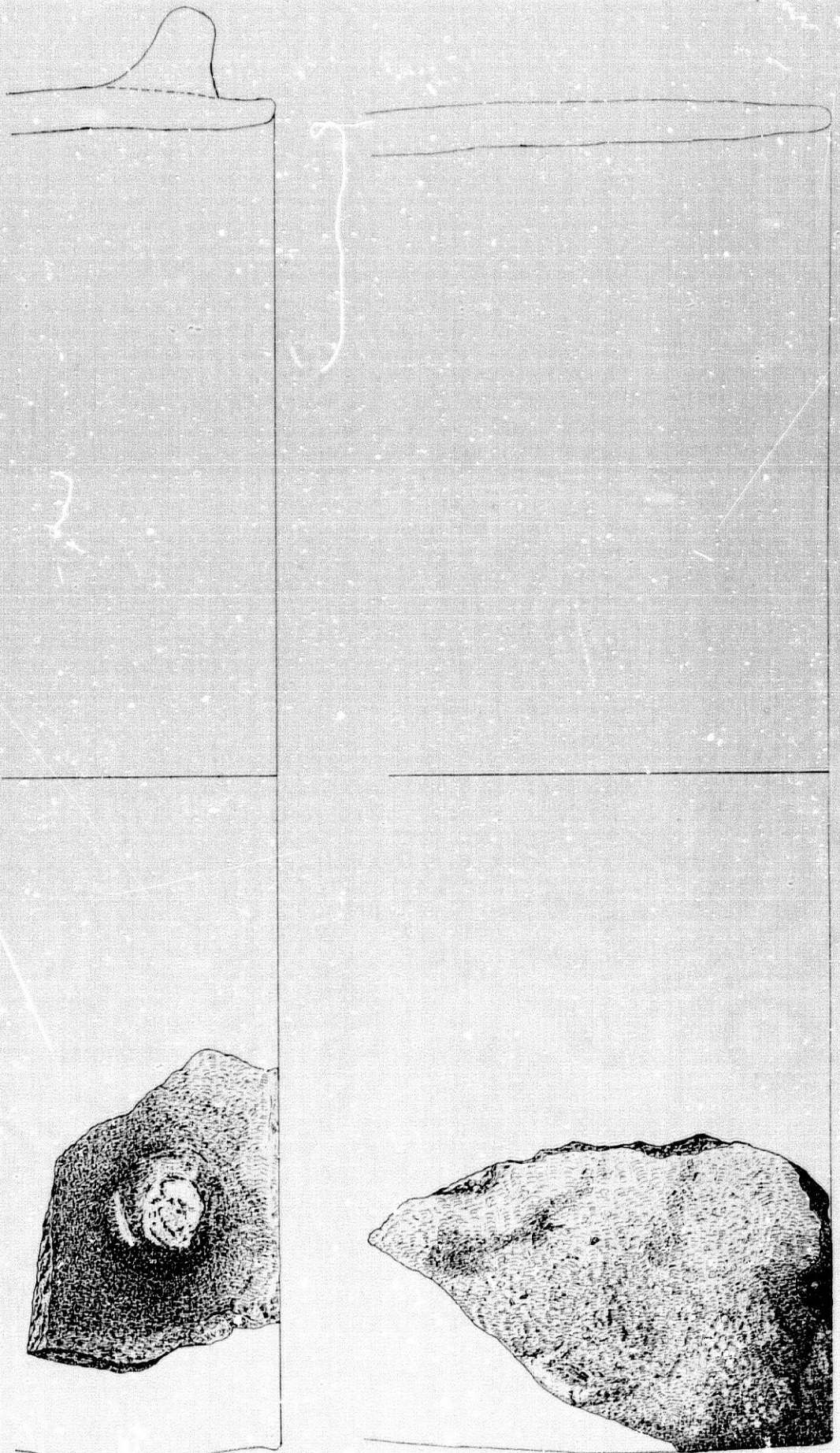


FIG. I, 28

Puente Tablas. Fase II. Formes Cerámicas. Cerámicas de la Cabaña N2. Recipientes de AlmacenaJe para el Consumo.

podemos proponer orígenes de productos típicos de Sociedades Agrarias sobre el análisis de Sociedades de Tradición Pastoril, como es el caso de las Sierras, donde el impacto agrícola no sólo fue coyuntural, sino también de una reducida escala. Si en yacimientos como, por ejemplo, Montefrío, los prototipos de hoz se ciñen al Primer Cuarto del Segundo Milenio BC., lo único que indica es que son los Montes Granadinos, (de confirmarse este hecho) los que reciben un impacto de una agricultura cerealista desde las tierras bajas, y las necesidades de una tecnología para tal fin, que se producen en esta fecha. La tecnología se desarrolla como respuesta a las necesidades de producción, y por tanto, no ocurren de forma similar en todas las áreas del Sur Peninsular. En la Campiña, a Principios del Tercer Milenio BC., el inicio de una Agricultura Cerealista conllevó el desarrollo (ni temprano ni tardío) de un instrumental afín. Por tanto, la presencia en Puente Tablas II de los prototipos que dan origen formalmente a las hoces de Mediados del Tercer Milenio BC, son la prueba de la gran importancia de la producción cerealista en estas comunidades de la Campiña en un momento posterior a la Colonización fluvial desde el Guadalquivir. Esta adecuación tecnológica de las hoces, sin duda alguna, debió ser posterior a una necesidad que en la fase I de Puente Tablas supuso para estas comunidades originarias de la Vega el inicio de la explotación del Secano. Por esta razón, las hojas no dentadas que en Puente Tablas II muestran lustre cereal, asociándose, también, a la siega, advierten que en la fase I, su presencia, es indicativa de una fuerte producción cerealista, que tras su consolidación influyó en la búsqueda de respuestas tecnológicas más adecuadas y eficaces, como son las primeras hojas dentadas.

Otro problema que ha planteado la relación Puente Tablas I-Puente Tablas II, es un fuerte contraste con el desarrollo Albalate I-Albalate II, pues en Albalate II no encontramos la evolución de las fuentes carenadas de Puente Tablas, pues aquí ya se han consolidado prototipos de labios engrosados, en sus formas más antiguas, que tampoco encontramos en Puente Tablas. El hecho plantea así dos interrogantes:

¿Existe un hiatus documental entre la fase I y II de Albalate, fruto de la no ocupación del sitio por una sociedad que no ha consolidado definitivamente el Proceso de Sedentarización, o a causa de la superposición ocupacional y limpieza de estratos en los aterrazamientos?

¿O acaso existen dos facies materiales y culturales: Albalate II/Puente Tablas II, tras el inicio de la Colonización de la Campiña desde la Vega del Guadalquivir?

La documentación arqueológica del yacimiento de los Pozos, en pleno casco urbano del pueblo de Higuera de Arjona, mediante Los Planes de Urgencia de la Junta de Andalucía (Nocete y Pérez 1986), supuso un paso fundamental para contrastar el desarrollo cronológico y material de Puente Tablas, ampliándolo a lo largo del Tercer Milenio BC y solucionando esta doble interrogante.

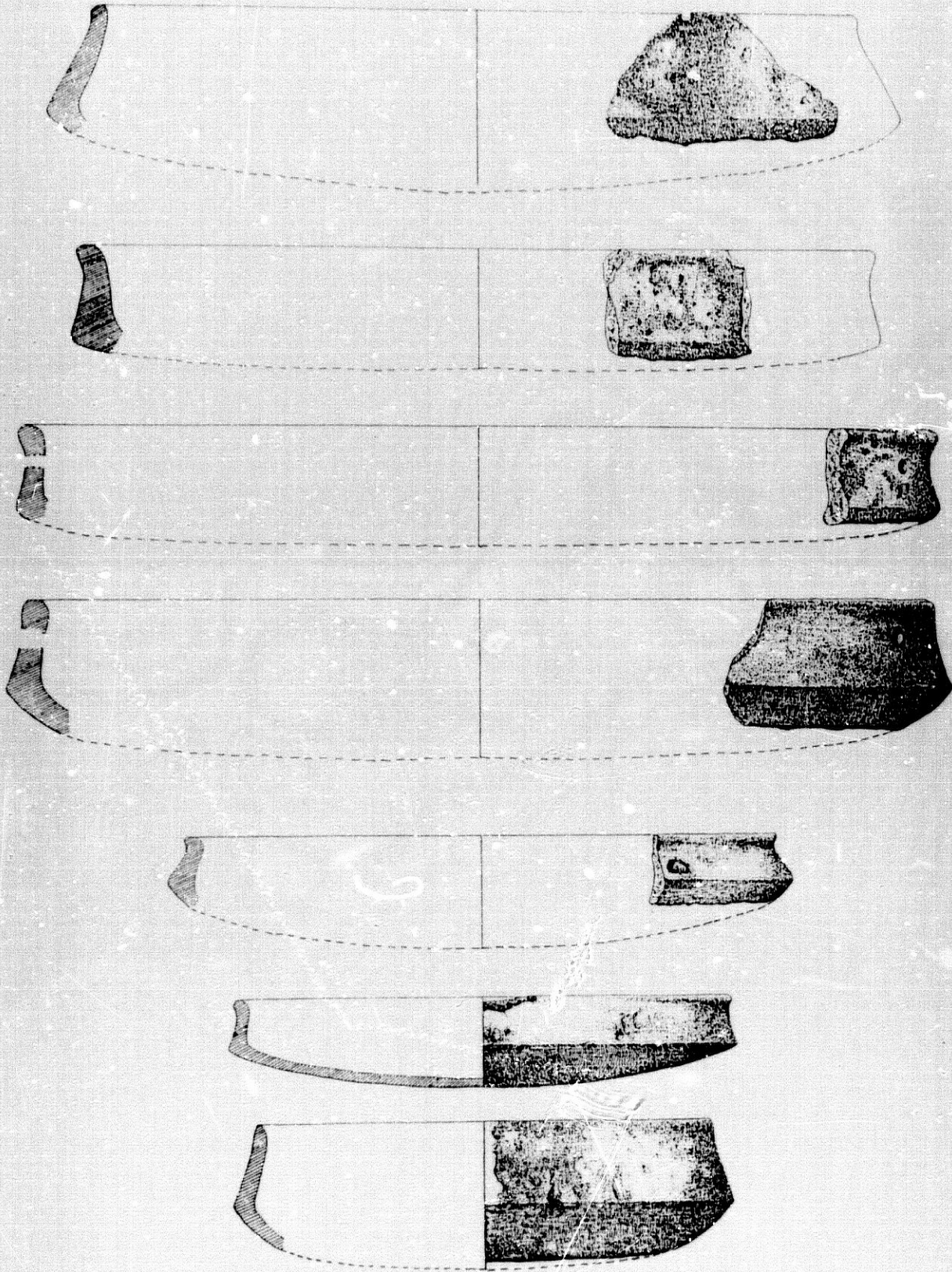


FIG. I, 29

Puente Tablas. Fase II. Formas Cerámicas. Fuentes y Platos Carenados.

FIG. I, 30
Puente Tablas. Fase II. Formas Cerámicas.
Evolución de las Fuentes: Labios y Carenas.

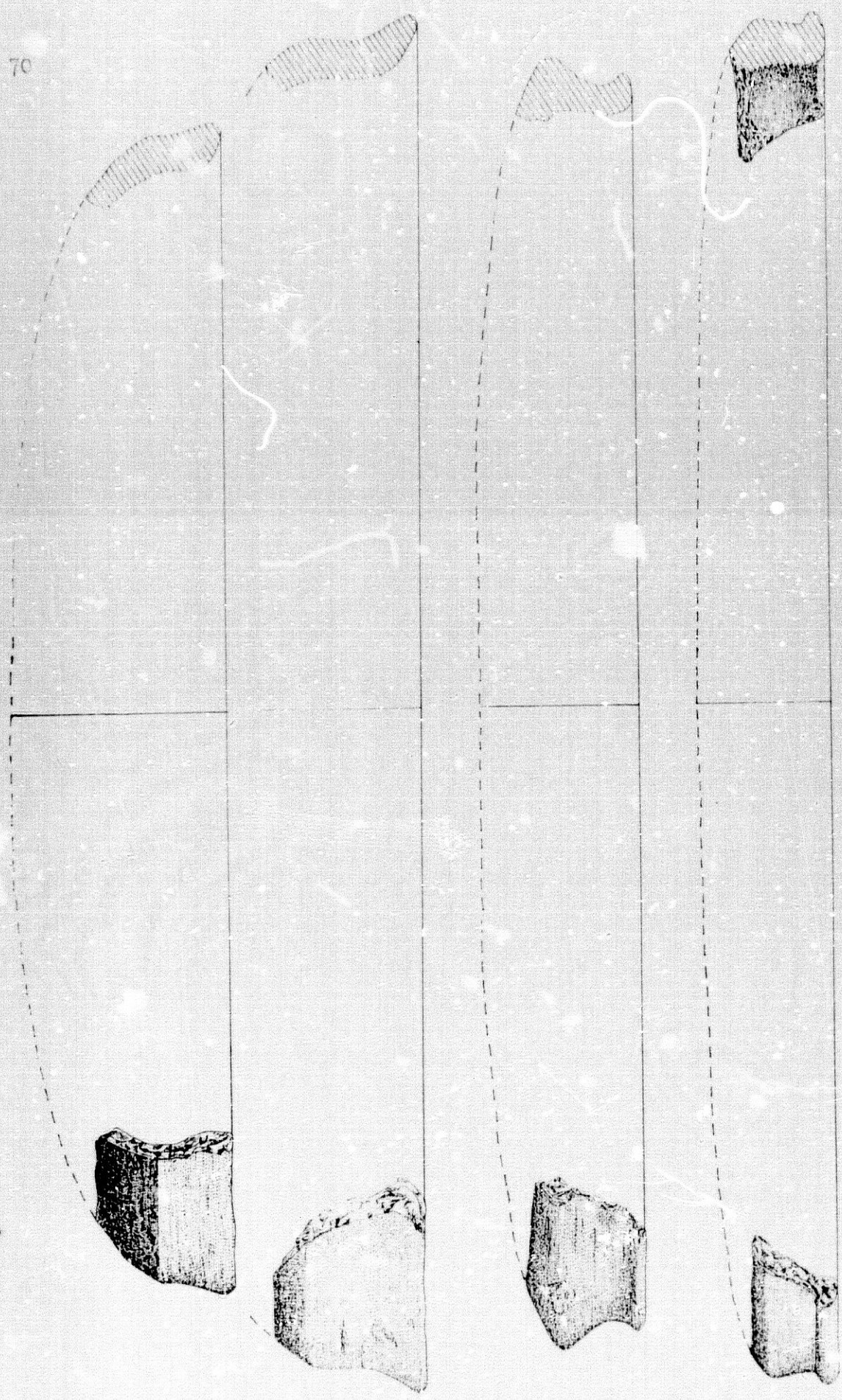




FIG. I, 31

Puente Tablas II. Formas Cerámicas. Los Grandes Cuencos.

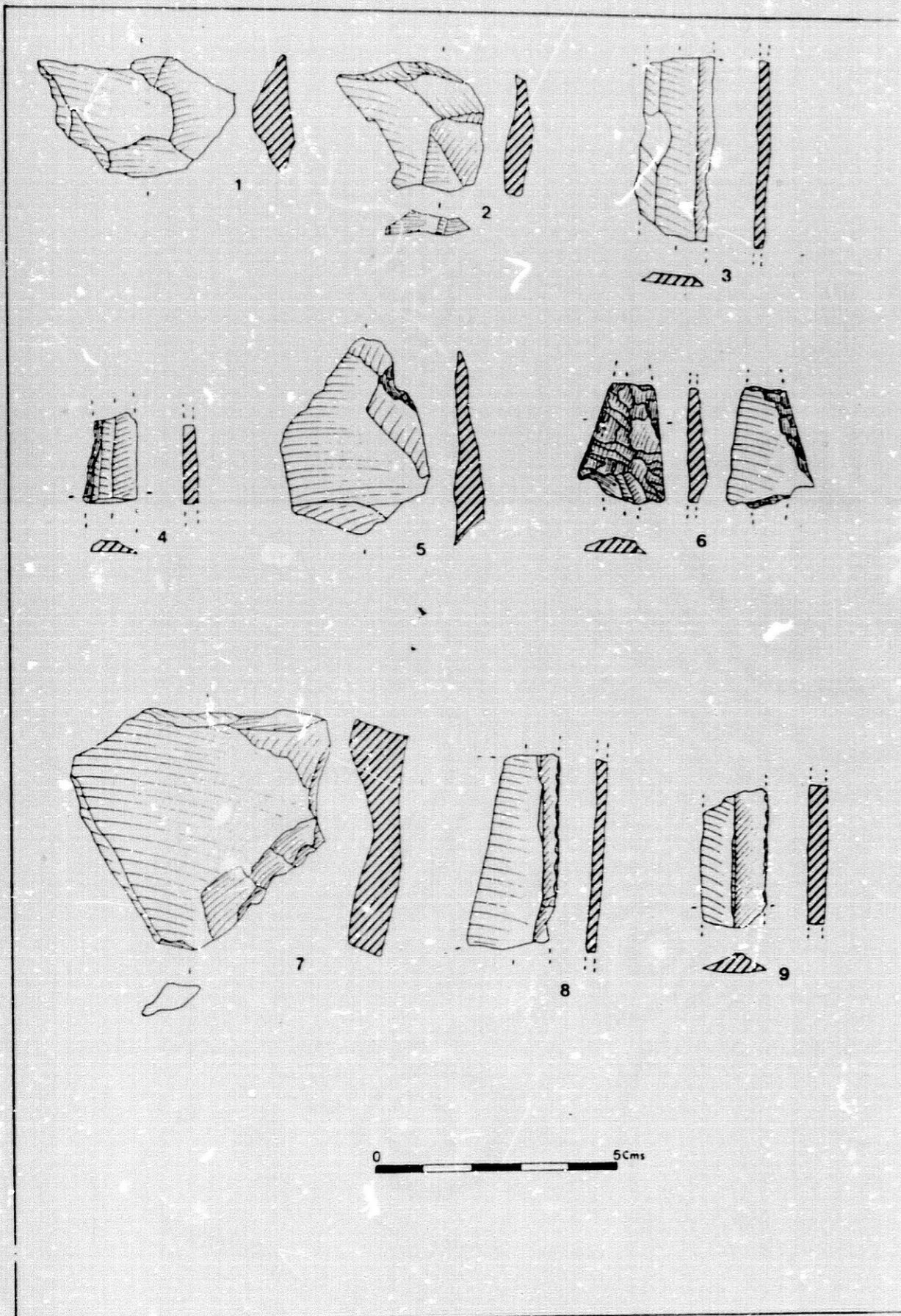


FIG. I, 32

Puente Tablas. Industria Lítica. Fase II (Punta de Flecha de Talla Bifacial: 6).

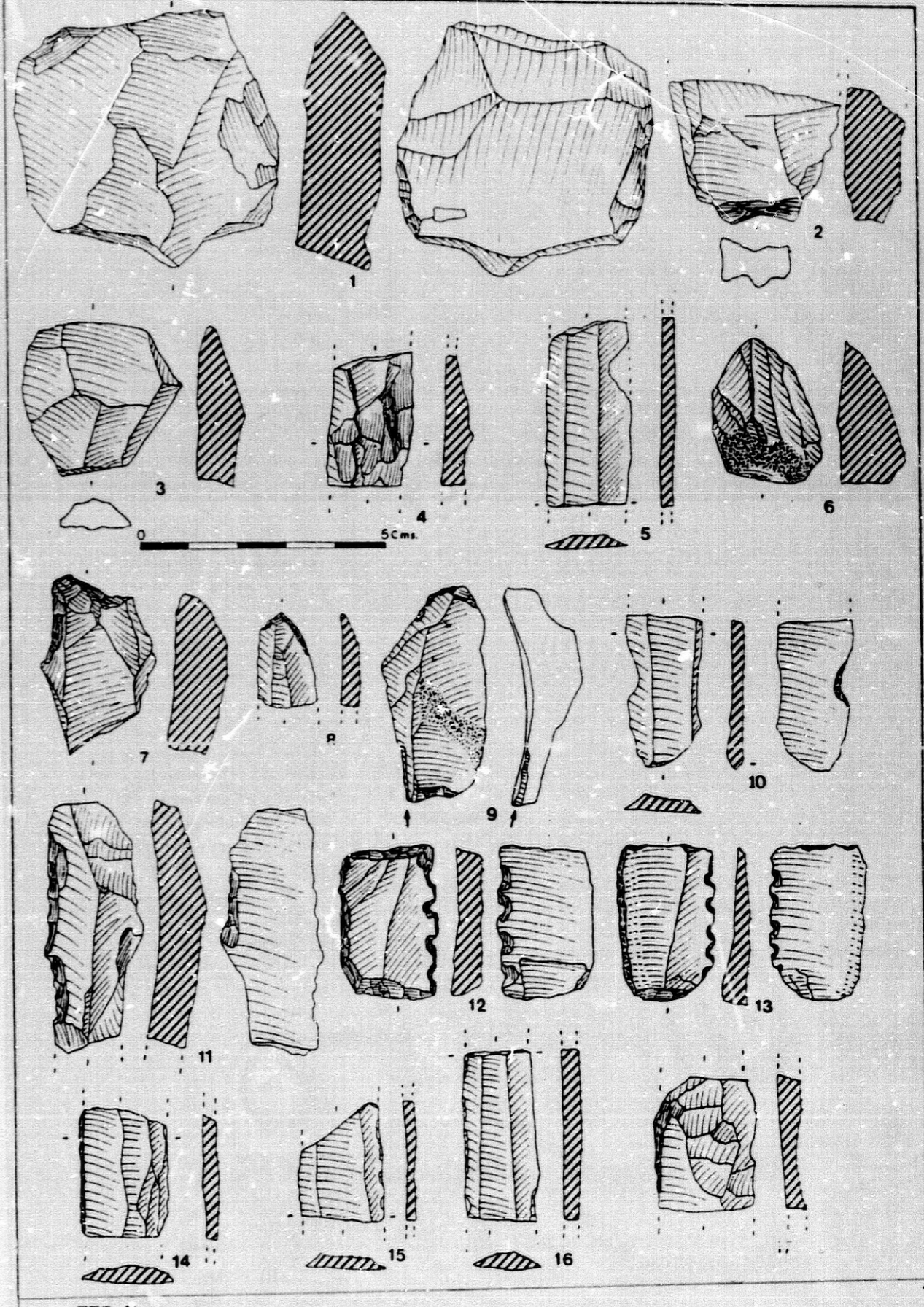


FIG. I, 33

Puente Tablas. Industria Lítica.
 Fase I: 1-6 (Lascas, Hojas y Núcleos).
 Fase II: 7-17 (Hojas y Elementos de Hoz).

El yacimiento de Los Pozos (Nocete y Pérez 1986) situado en una suave loma de claro dominio visual del contacto entre las terrazas del Guadalquivir y la Campiña Occidental Baja, en los suelos más fértiles del Secano que descienden al Sur de la localidad de Higuera de Arjona, se definía por una intensa ocupación desde la Prehistoria hasta la actualidad, con un marcado perfil agrícola. Junto a sus fértiles suelos, otro factor que había condicionado tan larga ocupación, residía en la estructura geológica donde éste se asienta, y donde la alternancia de calizas y areniscas permitió la creación de un artificial hábitat troglodita y sistemas de almacenaje en Silos subterráneos dada la facilidad para el drenaje, impermeabilidad y fácil excavación que ofrecía la roca, hecho que determinó la denominación del lugar con el nombre de Los Pozos.

La limpieza y documentación de una serie de Silos, en el ensanche de una de las calzadas, y el desarrollo de una serie de ejes estratigráficos con una posterior excavación en extensión (Fig.I,29) permitía definir los restos de una densa ocupación perteneciente al Segundo y Tercer Cuarto del Tercer Milenio, de un asentamiento cuya extensión se pudo definir en torno a 6 Ha.

Bajo un estrato superficial, perteneciente a las tierras de labor, el soporte geológico de plataformas de caliza y arenisca, presentaba los restos de cabañas y Silos excavados en él y dispersos por todo el área (Fig.I,34. Cortes 1, 3 y 6), con alzados de adobe que habían desaparecido parcialmente por la erosión. En la zona más alta y central del asentamiento, se concentraba la distribución de los Silos (Fig.I,29) en torno a los cuales, y en las suaves laderas, descendía el poblado con la distribución orgánica de fondos de cabaña de 50 cm. excavados y 3 metros de diámetro (Nocete y Pérez 1986). Los suelos de éstas se formaban entre la horizontalización artificial de la roca y planchas de barro que formaban pequeños basamentos. Sus alzados de adobe se habían derrumbado sobre los interiores, permitiendo una interesante documentación funcional que se aproximaba a la documentación de Puente Tablas, sin embargo y con sensibles diferencias, como era el caso de la ausencia de restos de talla y almacenaje, al menos en los casos documentados. Una interesante documentación textil se asociaba, también, a estas unidades de cabañas. Frente a ellas, los grandes Silos, presentaban una ingente acumulación de cereal situado en el área central del asentamiento.

El carácter horizontal que presentaba la estratigrafía en inconexos niveles de ocupación y almacenaje, parecían imponer una polémica y difícil reconstrucción cronológica entre las estructuras, de no ser por la presencia en el corte 2 (Fig.I,34) de un profundo foso longitudinal con más de 3 metros de profundidad que mostraba una interesante estratigrafía vertical (Fig.I,35, 36 y 37). El corte 4, situado a continuación del 2, reflejaba la trayectoria de este foso (Fig.I,29) que se desarrollaba como una gran zanja longitudinal de 2.50 a 3 metros de ancho, que parecía articularse a una cota de nivel entre el área de los Silos y los restos del poblamiento (Fig.I.34).

La realización del gran foso había supuesto una ingente inversión de trabajo, no sólo por sus grandes dimensiones sino por la dureza

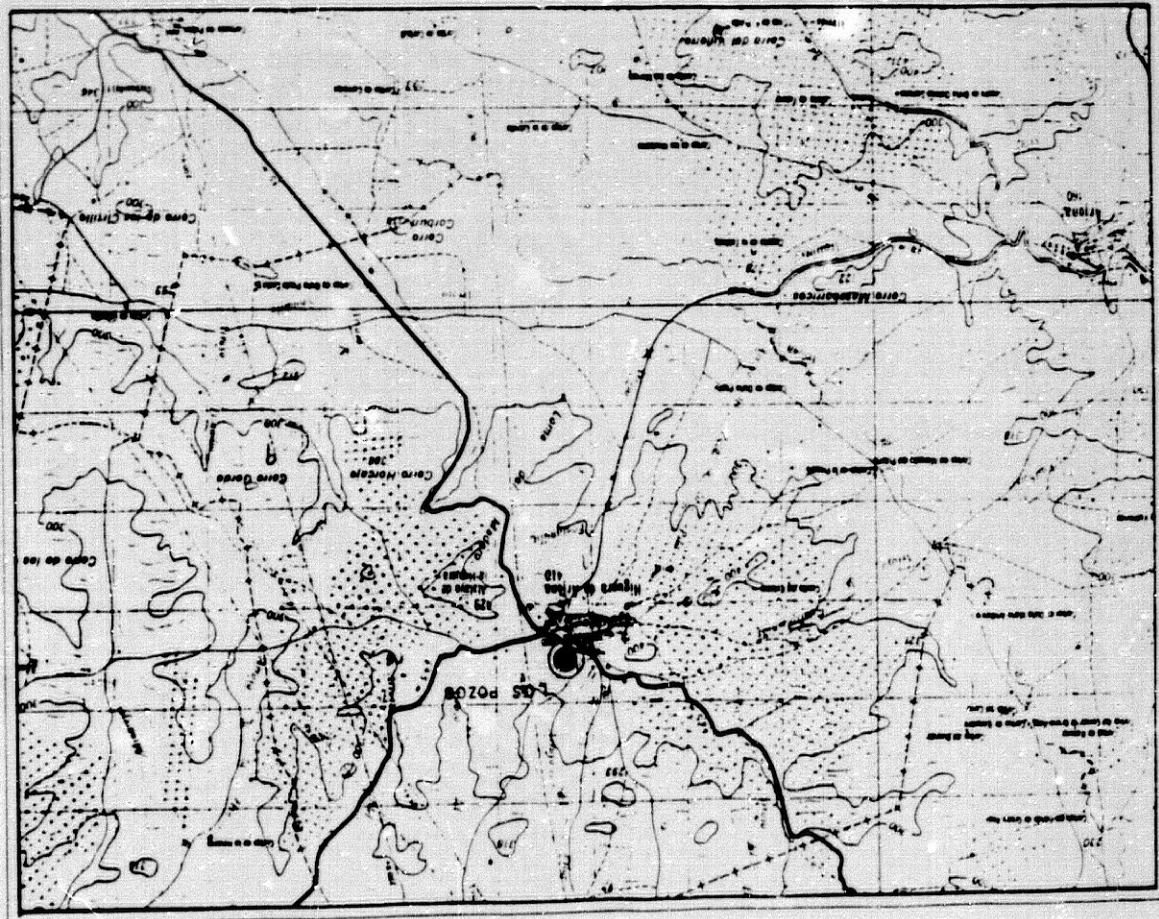
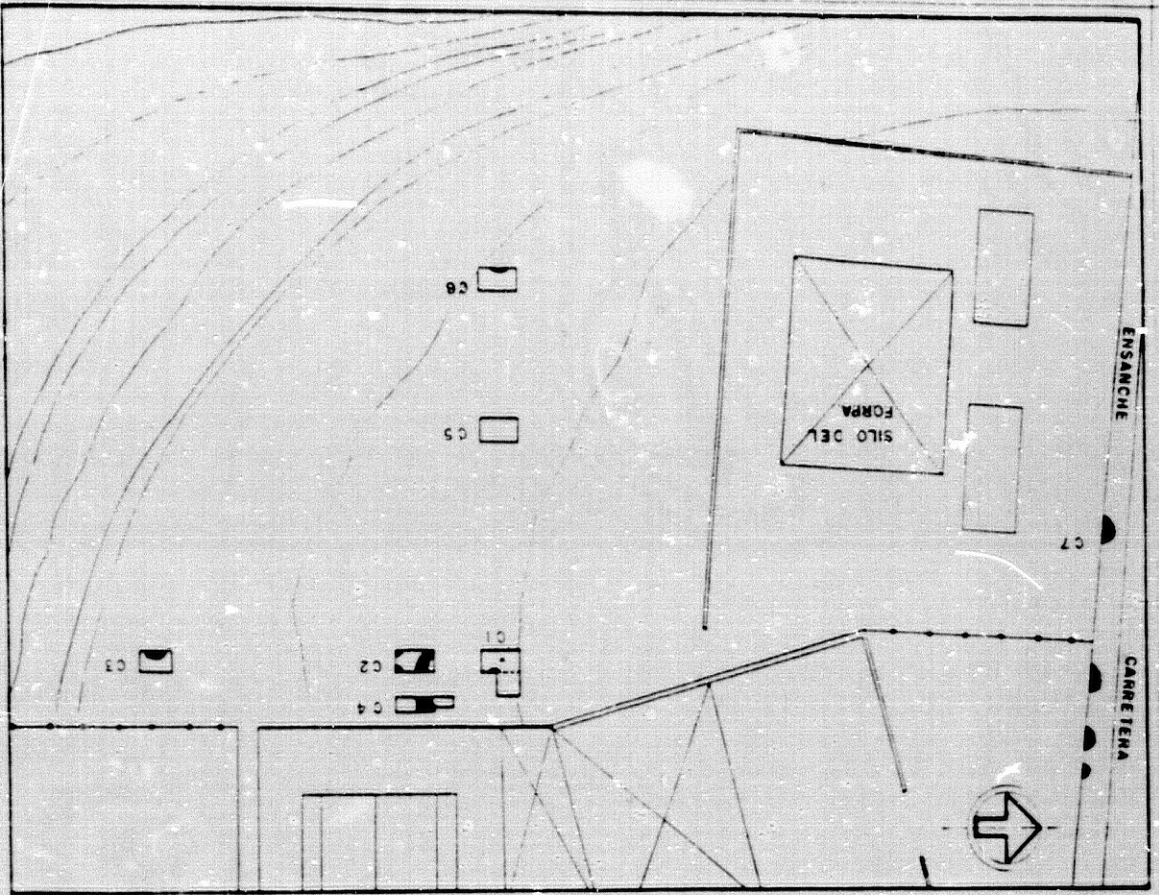


FIG. I, 35
 Los Pozos. Localización y Planimetría.

técnica de su ejecución, mediante un corte vertical de 1 metro de espesor de duras calizas y algo más de 2 de areniscas (Fig.I,36).

El carácter centralizado de las estructuras de almacenaje, y la gran inversión de excedente para su construcción (Silos) y para el foso, advertían la existencia de una Ordenación Social que superaba las necesidades domésticas en un emplazamiento que se convertiría en estable, gracias al cual y con el relleno del foso, podríamos reconstruir la estratigrafía del sitio.

Este tipo de fosos, documentados en otros yacimientos de similares características de esa generalizada "Cultura de los Silos", se habían identificado como acequias de canalización de aguas para el riego, pero en este caso, tal adscripción, presentaba algunas anomalías que nos hicieron pensar en otra funcionalidad para el caso de Los Pozos.

En primer lugar, el foso se ubica en la zona más alta del asentamiento, en una de las cotas que coronan el domo alomado de Los Pozos, hecho que supone un desnivel considerable con los arroyos y fuentes de agua próximos, haciendo impracticable su captación de agua de no ser con la construcción de complejas conducciones artificiales, en altura, para acceder a las fuentes situadas a 1 Km. del asentamiento, o la recogida de agua procedente de la lluvia. En segundo lugar, la capa de arenisca que forma su base, bajo la dura caliza, en su suelta textura, convierte al fondo del foso en un perfecto cono de filtración de aguas, sin capacidad de retención alguna. Por último, y en el borde interior del foso, la presencia de un potente muro de adobes, que verticaliza y rellena los volúmenes curvos de la caliza (Fig.I,36) advierten una verticalización intencional, más propia de un interés por realzar su infranqueabilidad que por embellecer una dudosa acequia sin posibilidad de captar agua y sin posibilidad de retenerla. El derrumbe de los adobes del paramento al interior del foso en el estrato 10 (Fig.I,35), documenta, para la fase de uso previa al derrumbe (Fig.I,35. Estrato 11) la presencia de restos de desperdicios y animales consumidos en el asentamiento, cuyos huesos fueron roídos por perros y expuestos al aire libre a modo de un basurero, como documenta esqueletos completos de roedores (lirón, etc...), que abasteciéndose de la carroña y de los desperdicios, fueron sorprendidos por el derrumbe.

Esta caracterización del foso, permite apuntar dos funcionalidades no excluyentes. La primera de ellas podría apuntar a una zanja de drenaje para el área de los Silos que engloba, para con la permeabilidad de las areniscas, y situándose en 1 metro más de profundidad en los Silos, drenar las aguas de las lluvias y permitir el estado siempre seco del cereal. Sin embargo, la intencionada verticalización del muro de adobes, y su posterior relleno (Fig.I,35. Estrato 9, 8, 7, 6, 5) cuando aún siguen funcionando los Silos y el poblado (el estrato 4 presenta una formación eólico-erosiva tras el abandono del sitio) no parece que sea consecuente con una funcionalidad de drenaje, al perder altura el foso respecto a los Silos. Esta razón podría advertir una funcionalidad diferente coincidiendo con la primera fase del poblado, que tras el derrumbe del muro, perdió su funcionalidad siendo posteriormente sustituido por otras zanjas más exteriores, rellenándose. Así, una funcionalidad estratégica, a modo de foso



FIG. I, 35
 Los Pozos. Corte 2. Planta del Foso.

defensivo, parece adquirir esta estructura, delimitando uno de los elementos que mejor describen a estas Formaciones Sociales: la centralización del excedente agrario.

La secuencia del yacimiento de Los Pozos, parece enlazar la fase II de Albalate con la fase II de Puente Tablas por la asociación en el estrato 11, asociado al momento anterior al derrumbe del paramento del foso de fortificación (Fig.I,36), las fuentes carenadas del tipo Puente Tablas II, con las fuentes de borde en pestaña y saliente, de carenas elevadas (Fig.I,38) junto a los platos y fuentes planas no carenadas de reborde entrante que definen la fase II-III de Albalate (Fig.I,39), en un ritmo evolutivo muy preciso para observar el origen y formación de estos últimos prototipos en una tendencia ya observada en Puente Tablas, con la desaparición de la carena, reducción del borde y una mayor tendencia a la horizontalidad y abertura. En este caso, Los Pozos I (Fig.I,36. Estratos 11 y 10) documentan la presencia asociada de contextos materiales Albalate II-Puente Tablas II, retomando las interrogantes sobre la seriación de materiales de Puente Tablas en Albalate, aportando posibles soluciones sobre la existencia o no de dos facies culturales en la Primera Mitad del Tercer Milenio BC. en las Campiñas del Alto Guadalquivir.

Tras una colmatación intencional de arenas sobre el derrumbe del estrato 10, en el foso del corte 2 (Fig.I,36. Estrato 9), se inicia la acolmatación del foso defensivo, la pérdida de funcionalidad de éste y la fase II.

En Los Pozos II, junto a la continuidad material de la fase I (Fig.I,38 y 39), nuevas evoluciones formales en la cerámica marcan la relativa evolución. Así, por ejemplo, y en los recipientes asociados al almacenaje para el consumo, desde los grandes cuencos que en Puente Tablas II habían sustituidos a los grandes vasos de paredes rectas de Sevilleja, se desarrollan unas formas tendentes a ir cerrando el diámetro de abertura, a modo de grandes ollas de labio indicado (Fig.I,40), que en Albalate caracterizan también las fases III y IV, generando un importante desarrollo formal que aumentará a lo largo del Tercer Milenio. Junto a estos tipos cerámicos, un amplio repertorio formal de pequeños vasos de superficies muy cuidadas, con carenas o a modo de pequeñas ollas y cuencos (Fig.I,41), en algunos casos con sistemas de decoración en base a dibujos geométricos incisos, marcará otro de los elementos más clásicos de la fase II de Los Pozos y de las fases III y IV de Albalate para Medios del Tercer Milenio BC. Pero será la presencia de nuevas formas de fuentes de labios, claramente engrosados (Fig.I,42), las que definan este nuevo horizonte material homologado con las fases III y IV de Albalate. Sin embargo, las formas de labios más gruesos y engrosados que en Los Pozos II están poco representadas, contrastan con Albalate, donde se convierten en dominantes, asumiendo también el inicio de los barnices de color, ausentes en Los Pozos. Así, la similitud formal Los Pozos II/Albalate III-IV es evidente, pero la tendencia en ambos serán diferentes y los elementos dominantes en uno serán la excepción en el otro, como es el caso de la perduración de las fuentes carenadas en Los Pozos. Estas diferencias en los ritmos cerámicos, aunque advierten la coincidencia en el tiempo, reflejan con claridad dos perfectamente definidas facies materiales.

La nueva situación formal de Los Pozos II, en su relación con Albalate III-IV, documenta la existencia de dos estructuras ocupacionales y culturales en la Campiña. La primera, representada por Albalate, en plena Campiña, asociada a complejos sistemas defensivos de fortificación en piedra con bastiones; y la segunda, asociada a Los Pozos y a un mundo más próximo física y culturalmente a la Vega del Guadalquivir y al "Mundo de los Silos", perpetuando en el tiempo el modelo ocupacional de los fondos de cabañas y los Silos, donde el adobe y el trabajo de la roca serán sus características.

Esta hipótesis, que está en función de la documentación de Albalate y Los Pozos, y que en futuras campañas de excavación podrá resolverse con mayor precisión, adquiere una gran validez cuando la intentamos contrastar con otras áreas del Guadalquivir, donde la presencia de otros grupos culturales, definidos materialmente, donde la dinámica colonizadora de la Vega del Guadalquivir genera otros procesos. Así, en el próximo Piedemonte Subbético, yacimientos como La Cueva de Caño Quebrado y los asentamientos al aire libre de Berenguer y Veleta (Carrasco et alii 1980b), reflejan el impacto de Puente Tablas II (a nivel material: fuentes de carenas altas y bordes en pestaña) sobre antiguas tradiciones de La Cultura de las Cuevas, de un Neolítico retardatario de Los Montes, que en un proceso similar a Montefrío (Arribas y Molina 1978) evidencian el contacto, siempre con cierto retardo cronológico, de los grupos de la Campiña, donde esos complejos anómalos en las Sierras se diferencian de las articulaciones exclusivas en el Valle, al ser minoritarios en una fuerte tradición de las cerámicas decoradas, hecho que informa de una aculturación compleja que se articula al fenómeno megalítico, como documenta El Dolmen de Otiñar en el Frente Septentrional del Subbético del Alto Guadalquivir, volviendo a reproducir procesos similares a Montefrío en las Sierras del Sur de la Campiña, donde los contactos Sierra/Tierras Bajas significará, también, el desarrollo de la Economía de Producción en Los Montes. El desencadenante del cambio en las Serranías, sería la consecuencia de la dinámica colonizadora del Mundo de la Vega del Guadalquivir, que tras la fase I de Albalate y Puente Tablas, y habiendo colonizado las Campiñas, en la fase II (Puente Tablas II-Pozos I) inician una nueva expansión hacia el Piedemonte por parte de los grupos del Guadalbullón, ya que en el interior de la Campiña, Albalate muestra un cambio de dinámica económica y territorial al concentrarse en la intensificación productiva del Secano.

En otras áreas del Alto Guadalquivir, como en La Loma de Ubeda, Hornos de Segura, etc..., se confirma la fase Puente Tablas II-Pozos I como el inicio de la Colonización del Secano, al no documentarse los contextos materiales de Sevilleja o Puente Tablas I, que parecen circunscritos sólo al Valle del Guadalquivir, como registra la documentación arqueológica del área Santo Tomé-Cazorla (Nocete et alii en prensa) suponiendo la expansión hacia las tierras del Secano un proceso más tardío que en la Campiña Occidental.

Los Pozos I, en el Segundo Cuarto del Tercer Milenio BC. y, paralelo a la fase II de Albalate, presenta la continuidad de los patrones constructivos y materiales de la "Cultura de los Silos" en un momento ya avanzado y similar a los yacimientos de Gilena en Sevilla (Moreno y Contreras 1981) y Los Morales en Córdoba (Carrilero Martínez y

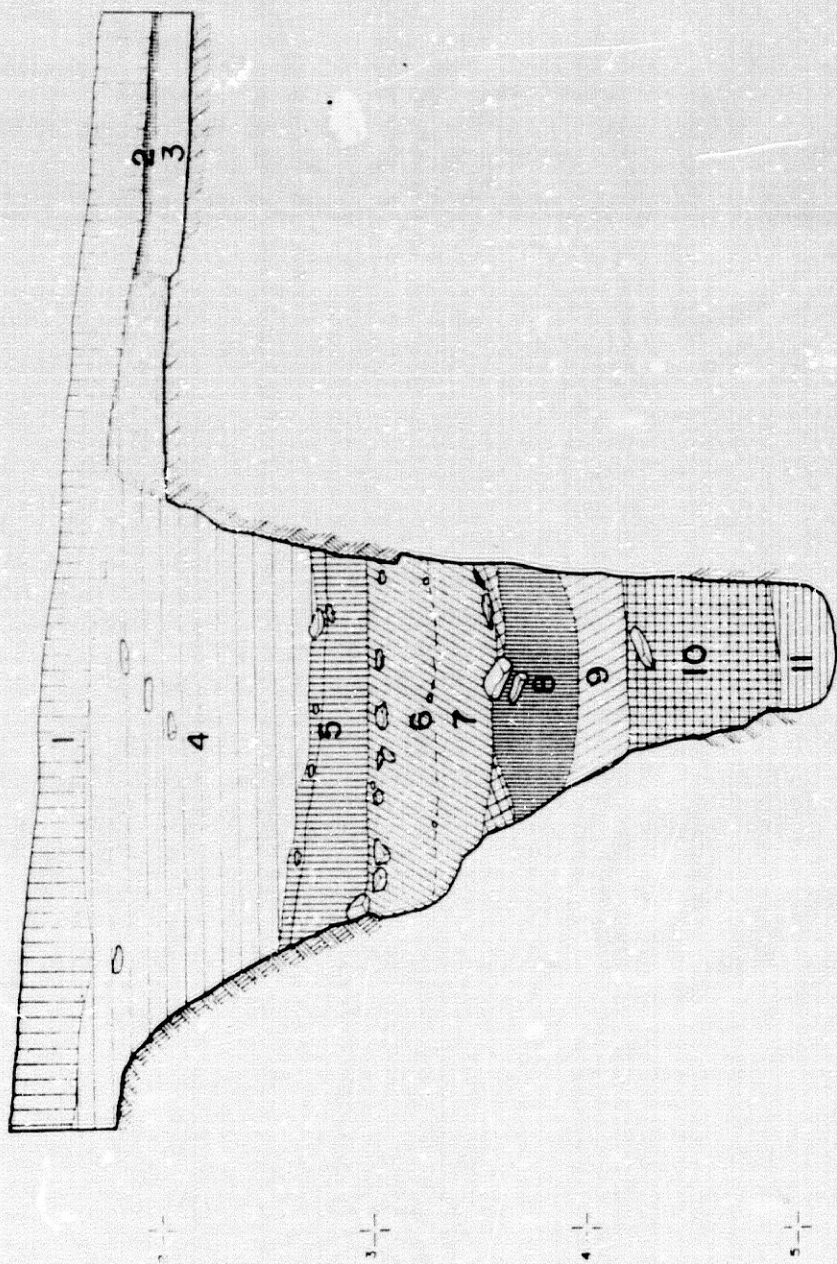


FIG. I, 36
Los Pozos. Corte 2. Estratigrafía W. del Foso.

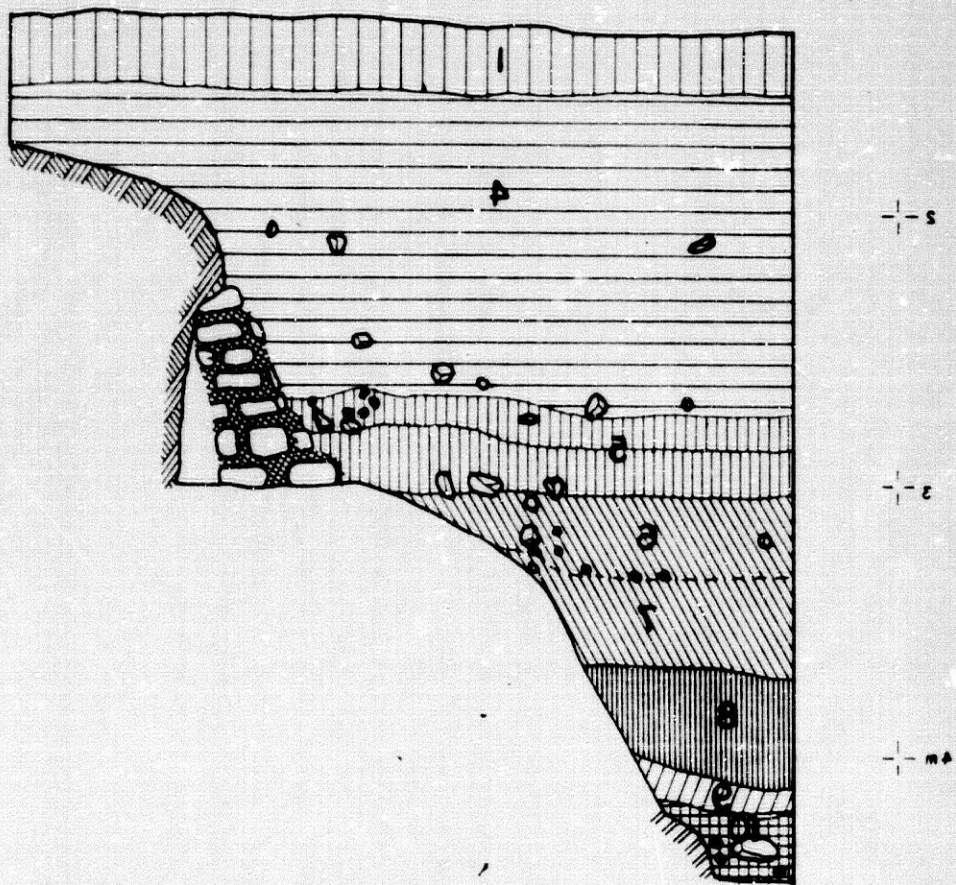


FIG.I, 37

Los Pozos. Corte 2. Estratigrafía N. del Foso.

Martínez 1982), documentando en todos estos casos la cronología de la conquista del Secano, que avanza hacia el Tercer Cuarto del Segundo Milenio BC.

La continuidad en el Segundo Milenio BC., y durante los Primeros Siglos del Primero BC., de similares patrones de asentamientos en todo el Valle del Guadalquivir, desde Huelva (Martín de la Cruz 1985, 1986), Sevilla (Ruiz Mata 1975, 1976) y hasta Jaén (Roca, Nocete, Lizcano, Pérez y Zafra 1985) nos lleva a una reconsideración del concepto "Cultura de los Silos", dado que ésta presenta un patrón de asentamiento y económico, adaptado a un modelo de agricultura de las Tierras Bajas del Valle, que es imprescindible definir en cada una de sus sincronías, pues su homologación bajo el concepto del patrón de asentamiento puede arrastrar graves consecuencias para definir ritmos muy diferentes del Proceso Histórico.

En el Alto Guadalquivir, y a la luz de la actual documentación, podemos advertir, en esa constante ocupacional, y para los tres Primeros Cuartos del Tercer Milenio BC., varias fases que afectan al desarrollo del Neolítico Final y la Edad del Cobre:

Así, podemos determinar una fase 0, inscrita en el cambio entre el Cuarto y Tercer Milenio BC, documentada en Sevilleja, bajo un modelo agrícola y semisedentario de comunidades Swidden ceñidas a la margen del Gran Río, desde Marmolejo a Cazorra, paralelas, materialmente, a la fase I de Papauvas (Martín de la Cruz 1985, 1986) y anteriores a la fase II de este yacimiento. Para estos momentos cronológicos que revelan en Huelva el cambio entre el Cuarto y el Tercer Milenio BC., y que reflejan un horizonte general característico de la mayor parte de Los Grandes Valles del Sur Peninsular (yacimientos del Lobo, Campo Real, etc...) y con el proceso de consolidación de Las Bases de la Economía de Producción, como ocurre en el Sureste (Molina 1983) en un genérico "Horizonte de Cerámicas Lisas" netamente diferenciado del mundo troglodita de Las Cuevas del Sur. Aunque aceptamos las cronologías del cambio de Milenio de Huelva, al ser las únicas, no debemos descartar la prolongación de este "Horizonte" sobre el Primer Cuarto del Tercer Milenio BC.

Las fases I de Puente Tablas y Albalate, reflejan una nueva fase (fase I), paralela, al menos, materialmente, con Papauvas II (Martín de la Cruz 1985) y que en el Alto Guadalquivir supondría la documentación de los primeros asentamientos de estas características en la Campiña, y con ello la colonización de sus fértiles suelos a través de los cauces fluviales de sus afluentes en una ocupación de la Campiña Occidental Baja (Cuenca Baja del Salado de Porcuna y del Guadalbullón). Esta situación, pondría en contacto a estas comunidades con la posibilidad de un nuevo medio y su rico potencial para un Secano Cerealista a fines del Primer Cuarto del Tercer Milenio BC.

Puente Tablas II, supone ya una fase de transición a lo que

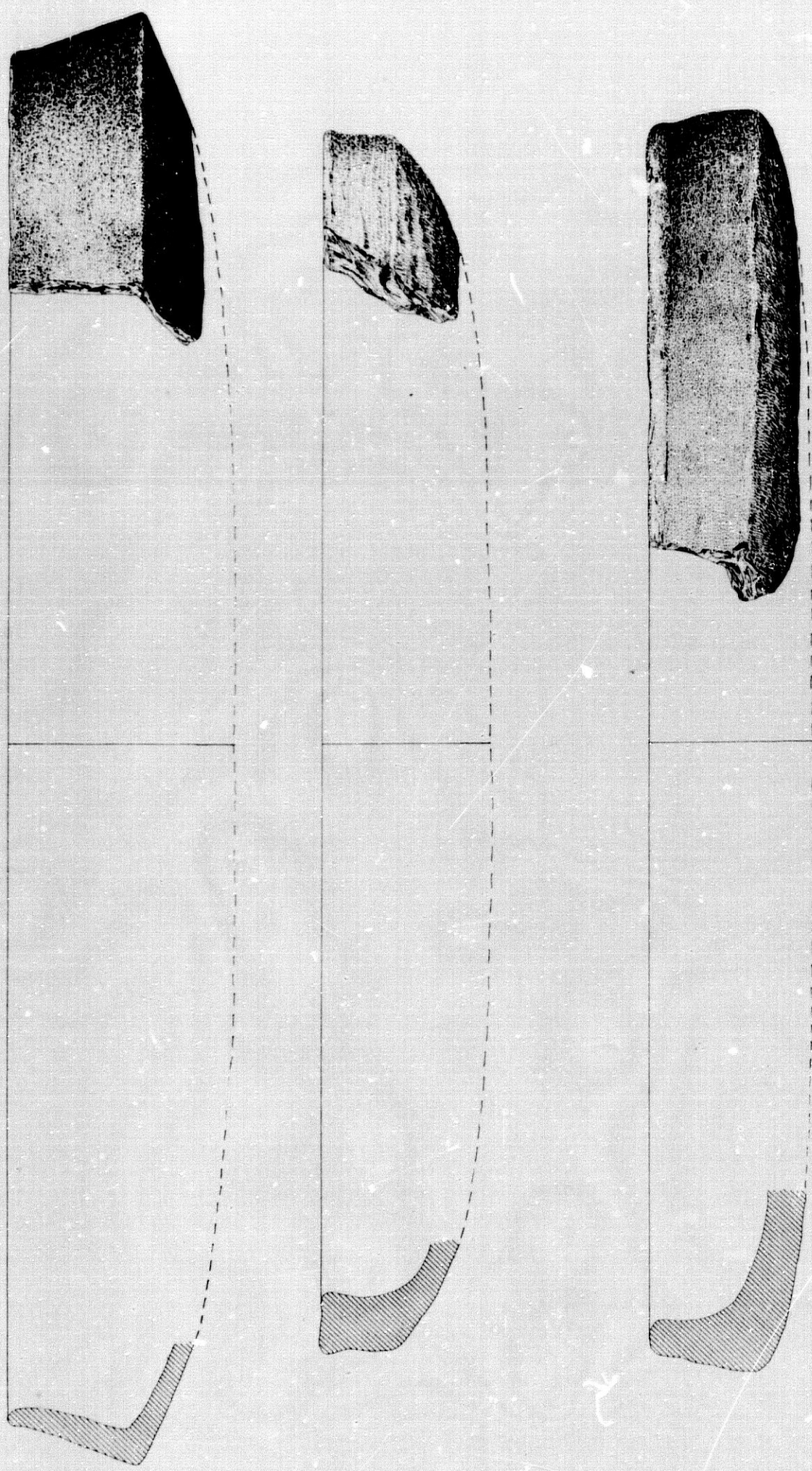


FIG. I, 38

Los Pozos. Fase I. Formas Cerámicas. Las Fuentes.

podríamos denominar Edad del Cobre, en la perduración de los rasgos culturales anteriores y la adecuación y respuestas tecnológicas a la nueva situación económica de la puesta en producción del Secano (dientes de hoz, etc...) de unas comunidades cuya Historia está ya ligada al nuevo espacio colonizado. Junto a esa respuesta tecnológica, habrá también una respuesta ocupacional, con un patrón de asentamiento ya desligado de los cauces fluviales y en pleno Secano de la Campiña Occidental. En el Guadalbullón, yacimientos, como Veleta y Berenguer (Carrasco et alii 1980b) documentan la expansión de estas comunidades hasta el Piedemonte, y con él, el contacto y aculturación sobre el Mundo de las Cuevas, proceso del que parecen hacerse econ asentamientos como Montefrío en su fase III (Arribas y Molina 1979), ya en el Primer Cuarto del Tercer Milenio BC.

Los Pozos I y Albalate II, ya en el Segundo Cuarto del Tercer Milenio BC, documentan una nueva fase que se caracterizará por la consolidación definitiva del Proceso de Sedentarización, con los primeros poblados estables en la Campiña Occidental Baja, en un momento avanzado de la "Edad del Cobre" y con ellos, definiciones de territorialidad disuasorias, propiedad manifiesta del espacio, como documentan la presencia de las primeras fortificaciones de los poblados. Sin embargo, las grandes diferencias morfológicas que advierten las representaciones materiales, el patrón de asentamiento y, fundamentalmente, los esquemas de fortificación, manifiestan la consolidación, también, de dos facies culturales en la Campiña Occidental, que ya comenzaron a esbozarse en la fase anterior. Frente a los grupos próximos, física y culturalmente, a las tradiciones del cambio de Milenio de la Vega del Guadalquivir, que documenta, en el tiempo, la evolución más pura de estos grupos, y que se reflejan en la fase I del poblado de Los Pozos, al amparo de su foso de fortificación, en el interior de la Campiña, Albalate, en su fase II, documenta una diferenciada representación material más evolucionada (cerámicas, etc...) y unos complejos aparatos de fortificación, que en el uso de la piedra, como base constructiva, generan grandes lienzos rectos jalonados por bastiones, y en emplazamientos mucho más estratégicos en su posición más elevada sobre el espacio inmediato.

Albalate III-IV y Los Pozos II, documentan una nueva fase, situada cronológicamente en torno a la Mitad del Tercer Milenio BC., donde la continuidad de las características que definen la fase anterior, se perpetúan en el tiempo.

Tras esta fase, y a comienzos de Albalate V asistimos a la desaparición del patrón de Los Pozos, y con él la omnipresencia en toda la Campiña del modelo ocupacional y cultural de Albalate. Así, la estructura material y cultural que comenzó a definirse en la Campiña Occidental desde la fase II de Albalate (Cultura de la Campiña) asumirá en protagonismo del Proceso Histórico, relegando los modelos

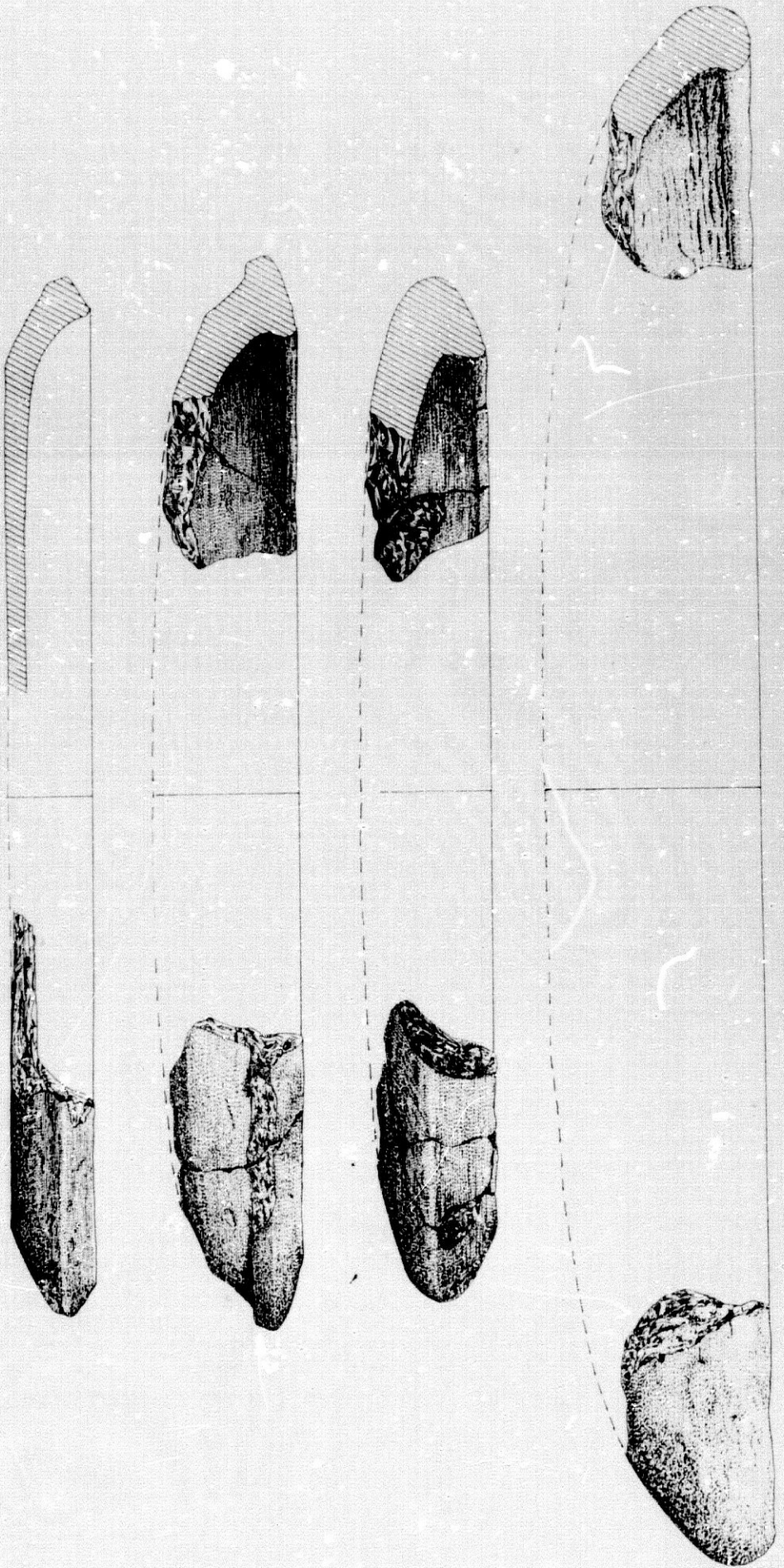


FIG. I, 39
Los Pozos. Fase I. Formas Cerámicas. Nuevas Fuentes y Platos.

del grupo "Silos" a la Vega del Guadalquivir.

En la tecnología de la talla, el yacimiento de Los Pozos, presenta una industria fundamentalmente (93%) en sílex (Fig.I,43, 44, 45), característica de una evolución sobre las tendencias de Puente Tablas II, como revela la reducción del microlitismo en favor de las grandes hojas (más de 3 cm. de anchura), donde las puntas foliáceas y los elementos de hoz confirman el proceso, así como el desarrollo de una potente agricultura cerealista del Secano a la que se asocia otro instrumental lítico, como son las grandes azuelas y los clásicos molinos, aunque la reminiscencia de las pequeñas hojas, raspadores, lenticulados, etc., advierten su filiación con las fases de Principios del Tercer Milenio BC.

Sin embargo, la carencia de núcleos y restos de descortezado, advierten que las actividades de talla ya no se desarrollan en las unidades de cabañas, como ocurría en Puente Tablas, pudiendo ser la causa del desarrollo de áreas especializadas para estos trabajos, en estos asentamientos complejos de organización espacial, como advierte también la nuclearización centralizada de las áreas de almacenaje, o también la llegada al yacimiento de núcleos ya elaborados, que ante la demanda de nuevas hojas más anchas debían proceder de áreas más alejadas de la Campiña, pues en ella no existen afloramientos afines ni documentación de talleres locales. El granito, y también el metal, que llegan con mayor frecuencia, demuestran la gran importancia que llega a adquirir el intercambio para estas sociedades, intercambio no sólo orientado para el aprovisionamiento de la nueva tecnología de producción, sino, fundamentalmente, para el aporte de objetos como el metal (hachas planas manufacturadas) y el sílex (grandes cuchillos con escotaduras) (Fig.I,45) orientados, fundamentalmente, a los circuitos del prestigio que finalizan en los rituales colectivos de las necrópolis, como es el caso de la vecina necrópolis de Cuesta del Parral (Carrasco et alii 1980b) y la de Las Atalayuelas. El acceso a estos circuitos de intercambio exigirían, también, un importante aumento del excedente, que parecen advertir la concentración de Silos. Para comprender el desarrollo de esta economía excedentaria basada en el cereal del Secano, es interesante contrastar los resultados de análisis faunísticos.

El carácter de basural del corte 2 (foso de fortificación de Los Pozos), donde se ha basado en análisis faunístico, supone un nivel de conservación de los restos óseos mucho mejor que en otros yacimientos estudiados, como en Cazalilla, permitiendo definir más de un 50% de las especies. También una mayor cantidad de la muestra catalogada permitía un análisis más completo, sin embargo, la actividad selectiva que marca el vertido al fondo del foso nos hace que observemos con cierto cuidado las inferencias que se desprenden del análisis.

La determinación de las especies para el yacimiento de Los Pozos (Tabla I,3) presenta, junto a la consolidación de las especies que vienen siendo tradicionales para la Campiña, contrastar la presencia del caballo, hecho que viene siendo frecuente en las secuencias del Tercer Milenio BC. en el Sur Peninsular, así como un mayor repertorio de especies salvajes donde dominan los cérvidos.

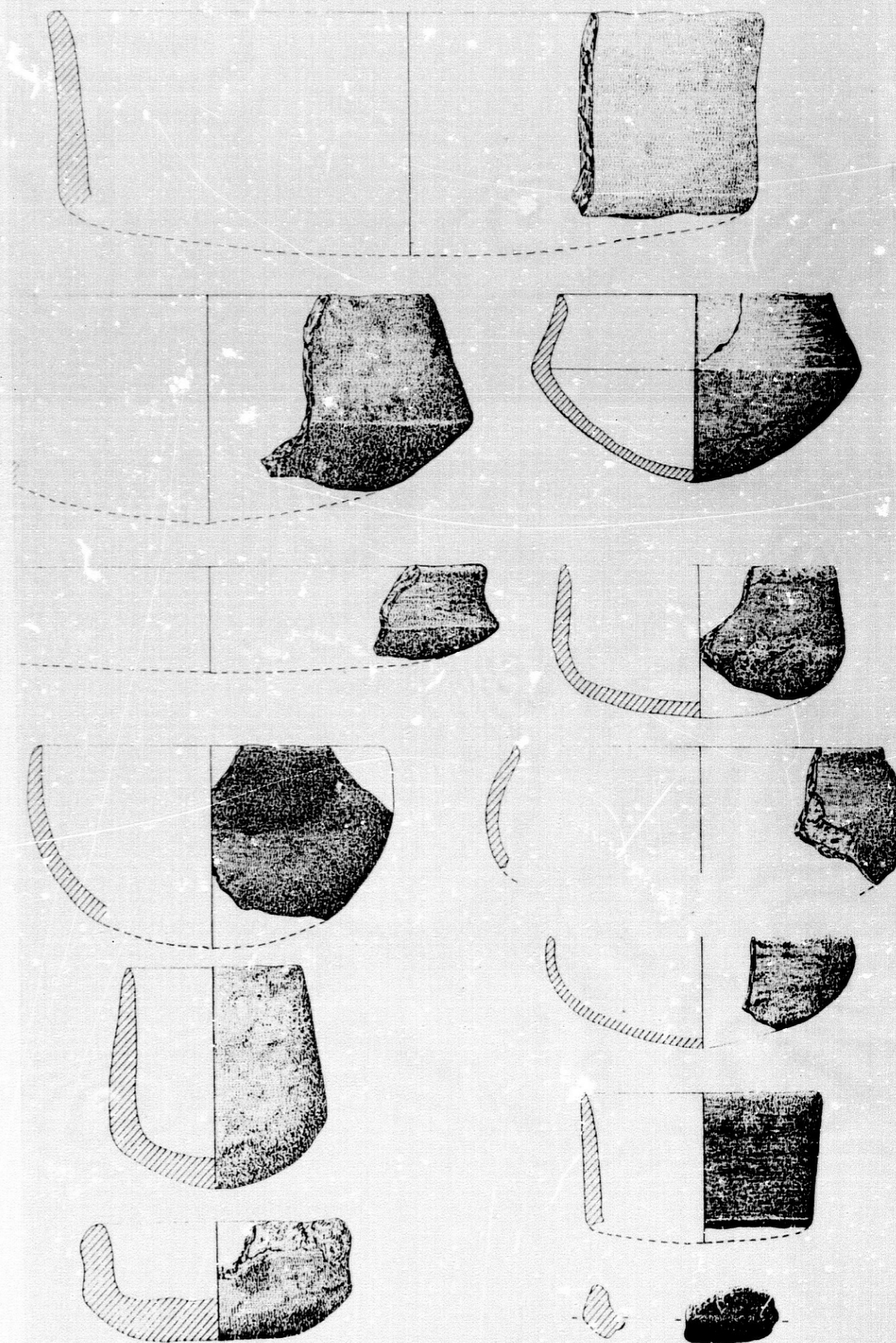


Fig. II. Formas Cerámicas. Vasos Carenados, Cuencos y Ollitas de Superficies.

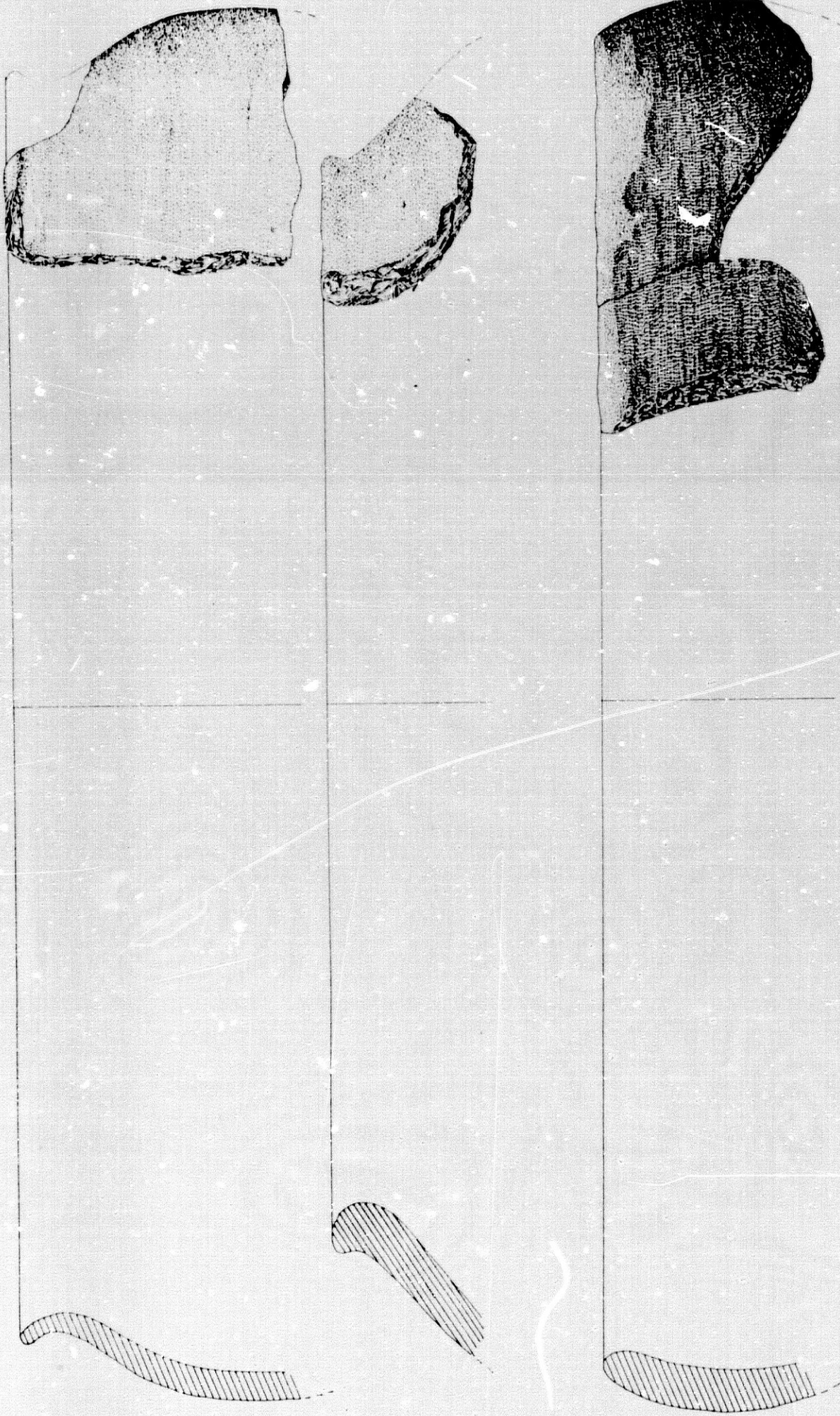


FIG. I, 40

Los Pozos. Fase I. Formas Cerámicas. Cuencos y Ollas. Nuevas Formas para el Almacenaje.

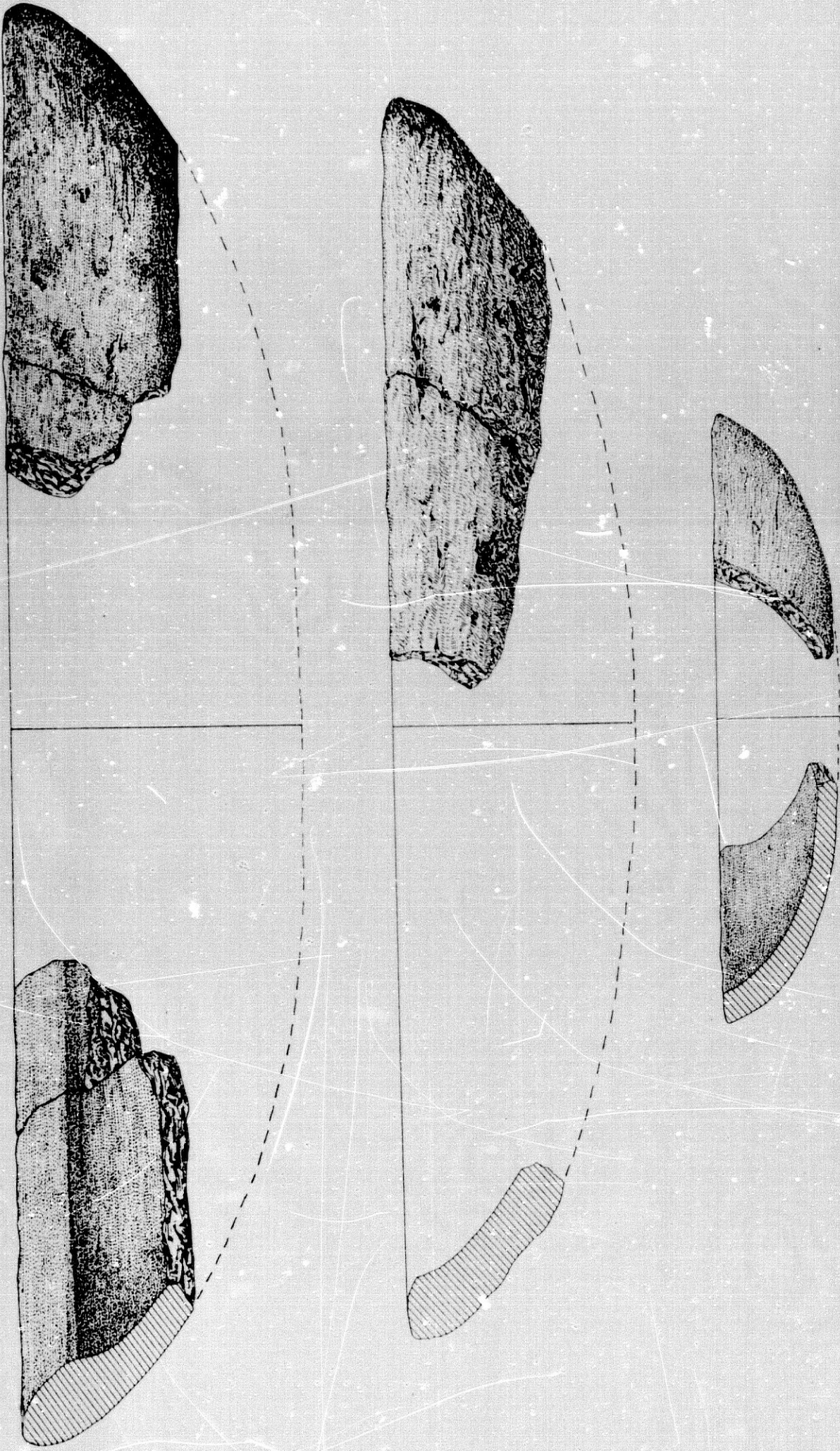


FIG. I, 42

Los Pozos. Formas Cerámicas. Nuevas Fuentes y Platos.

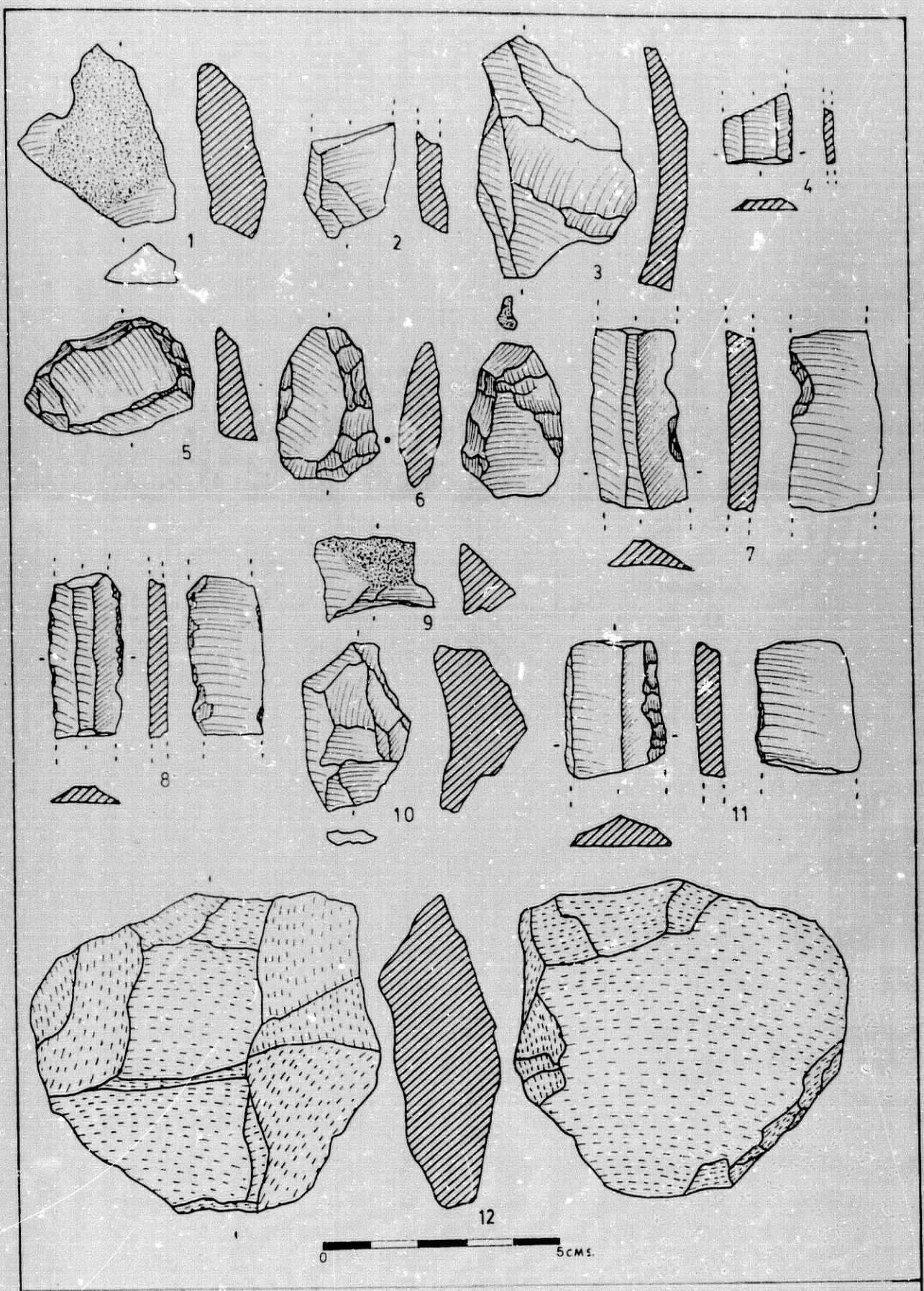


FIG.I, 43

Los Pozos. Tecnología Lítica (Elementos de Hoz).

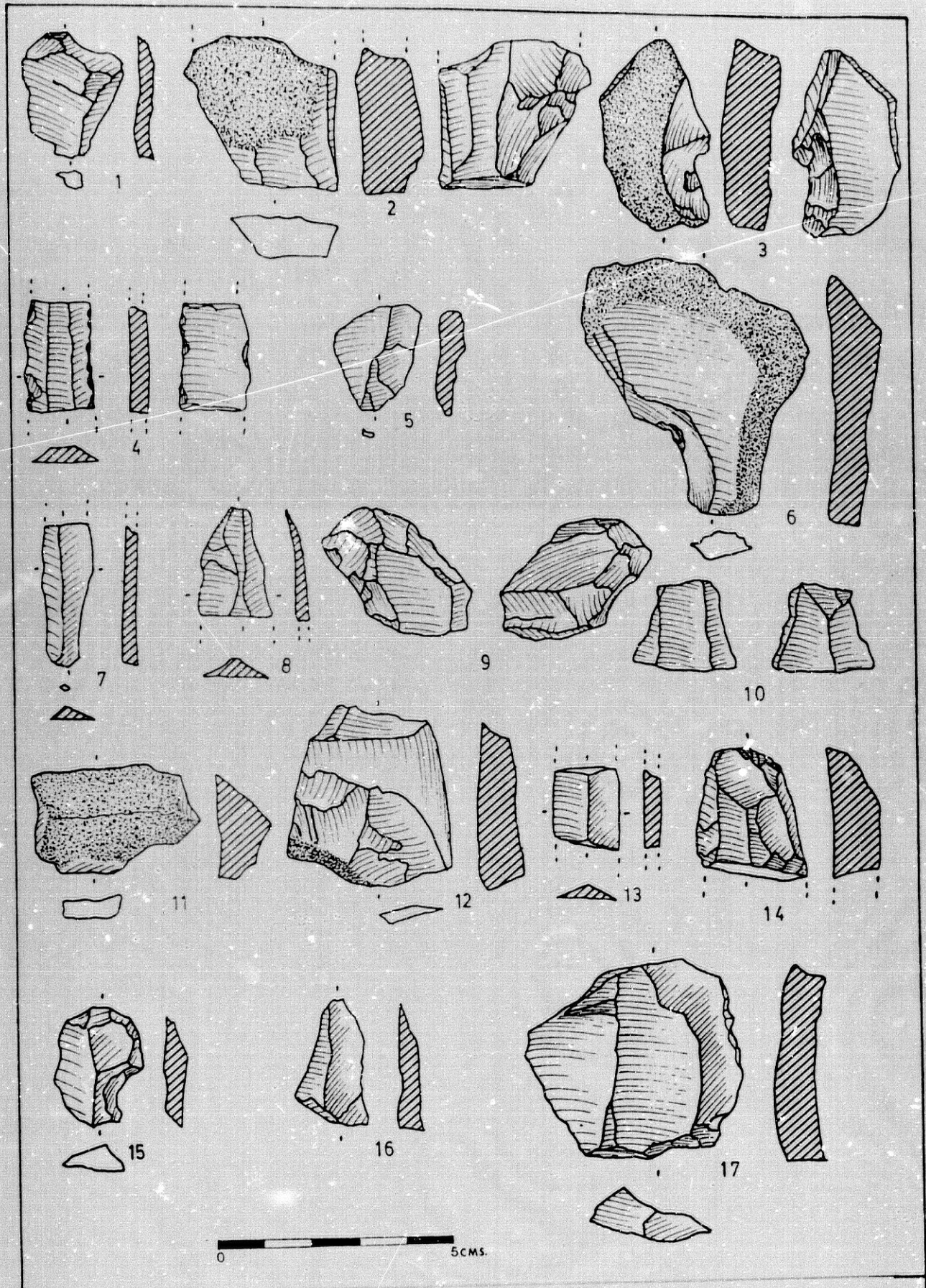


FIG. I, 44

Los Pozos. Tecnología Lítica.

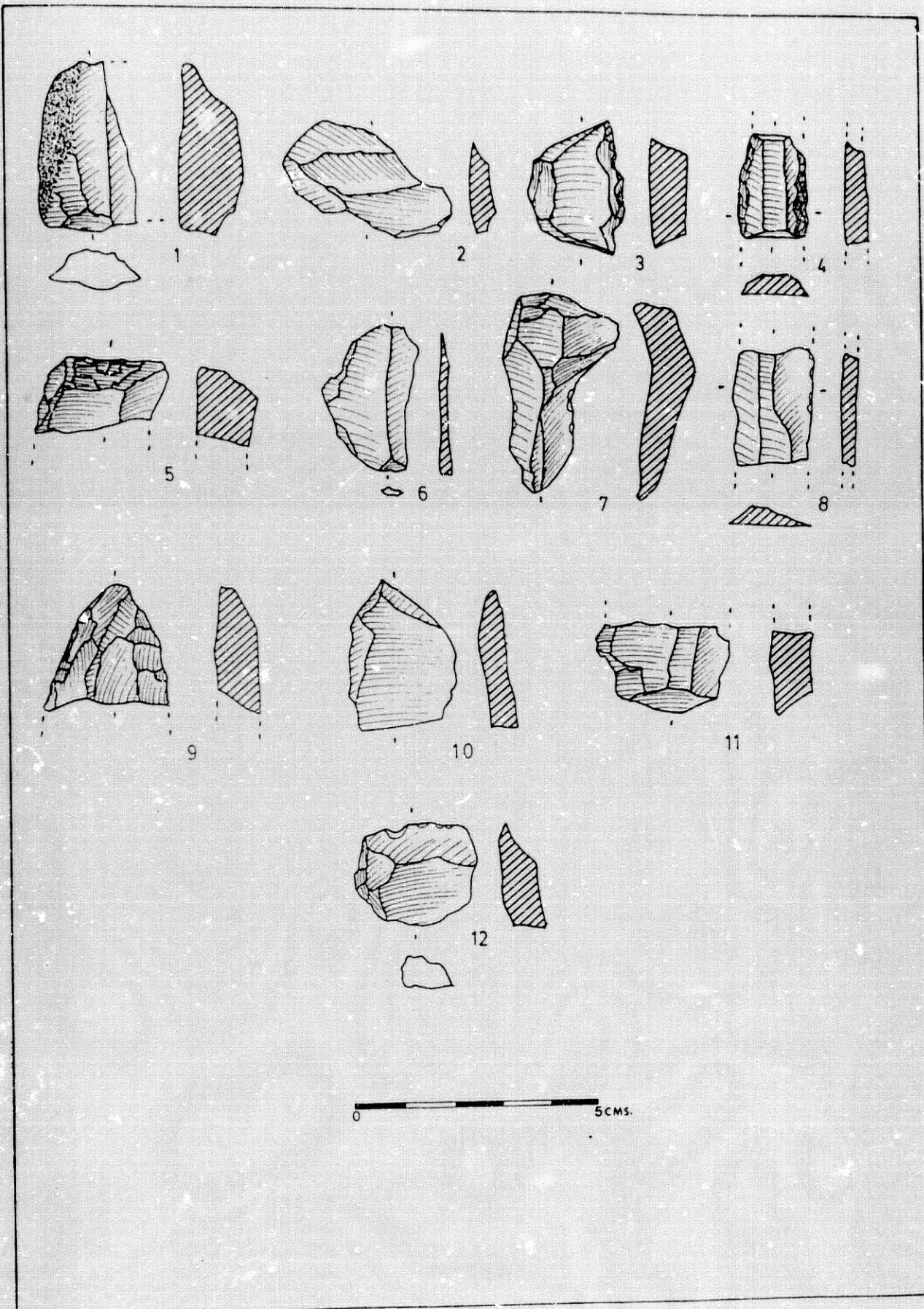


FIG.I, 45

Los Pozos. Tecnología Lítica.

LOS POZOS

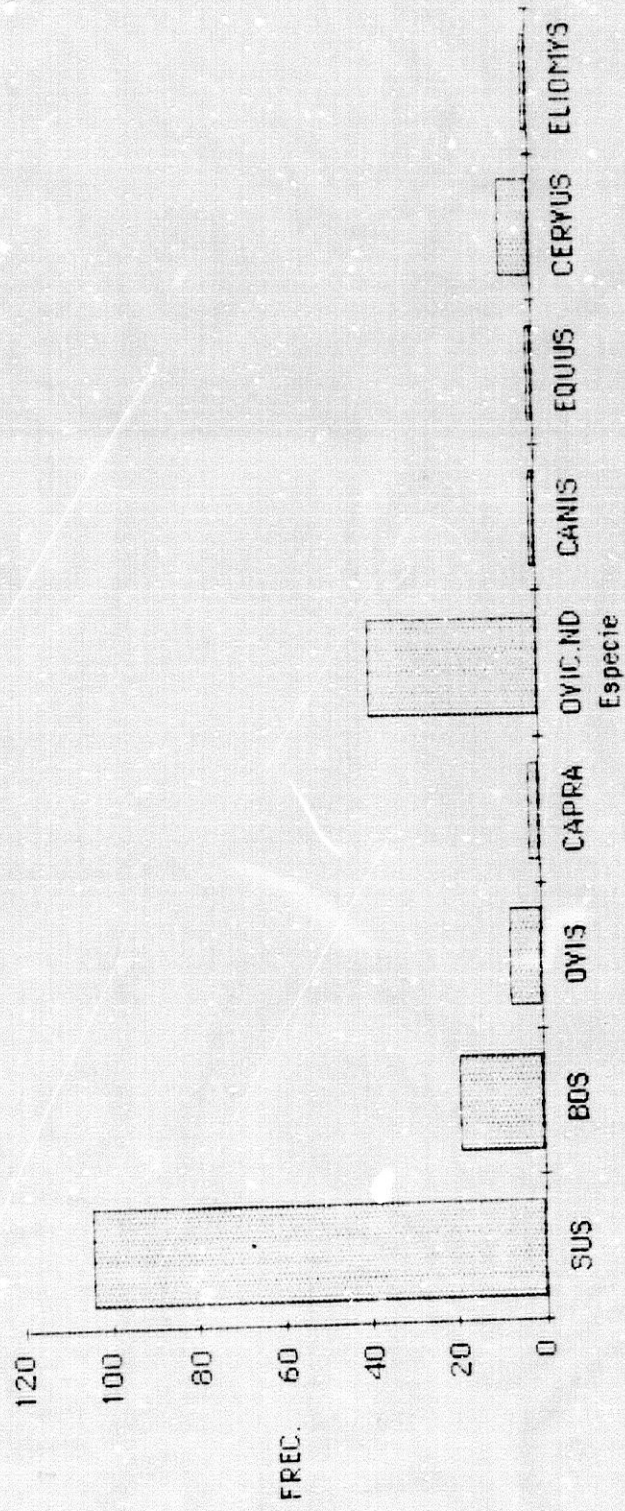


FIG. I, 47

Los Pozos I y II. Frecuencia de Especies en el Análisis de Fauna.

 FRECUENCIAS ABSOLUTAS EN EL NUMERO DE RESTOS

Sus Domesticus	104
Bos Taurus	19
Ovis Aries	6
Capra Hircus	2
Ovicápridos no determinados	39
Canis Familiaris	1
Equus Caballus	1
<hr/>	
Total Domésticos	172
<hr/>	
Cervus Elaphus	7
Eliomys Quercinus	1
Homo Sapiens	1
<hr/>	
Total Determinados	181
No Determinados	144

(Tabla I,3)

El conjunto faunístico de Los Pozos, refleja una consolidada economía de producción agrícola durante el Segundo y Tercer Cuarto del Tercer Milenio BC., con una ganadería bien establecida, de especies bien adaptadas al nicho y complementarias del uso del suelo, que enlazan claramente con momentos posteriores del Segundo Milenio BC. en Cazalilla (Fig.I,47).

El alto porcentaje de cerdo, muy superior a la dinámica de otros asentamientos andaluces en la consolidación de las bases de la Economía de Producción (Fig.I,48), en principio, parece advertir una estructura hortícola y de regadío, que, sin embargo, es contradictoria con el registro material del yacimiento, el potencial de los suelos inmediatos, etc..., que precisan un ambiente cerealista del Secano. Un análisis comparativo con estos asentamientos del Sur, parece adscribir a Los Pozos con todos o con los grupos de la "Cultura de los Silos del Bajo Guadalquivir", como también demuestra las representaciones materiales y el patrón de asentamiento, marcando, de una forma clara, su contraste con Albalate en el enfrentamiento de dos concepciones de la Economía de Producción Agrícola. En esta lógica, el hundimiento del Mundo de Los Pozos y la continuidad de las facies de Albalate podría también confirmarse por las diferencias en el registro faunístico de Los Pozos y Cazalilla, que más que una adecuación posterior de la cabaña doméstica, puede expresarse como el triunfo del Modelo Cerealista del Secano sobre el Hortícola.

Sin embargo, Los Pozos, en esta lectura lineal, no sólo reflejaría un Modelo Hortícola purísimo, sino un modelo único en la Prehistoria del Viejo Continente, maxime cuando yacimientos tradicionalmente ligados a la economía del riego y la horticultura, como Valencina o Papauvas (Martín de la Cruz 1985), no reflejan una lectura faunística similar, a pesar de situarse sobre nichos ecológicos más viables a la

irrigación que las secas tierras que circundan a Los Pozos.

La determinación del potencial agronómico en torno al asentamiento de Los Pozos (Capítulo III) muestra la complejidad para la organización de un sistema hortícola tan puro, y mucho menos con una tan especializada tecnología para el Secano Cerealista.

Aunque la presencia del lirón careto en este registro pueda estar ligado al carroñeo de los restos y desechos de las especies consumidas, permite también precisar la presencia cercana de un medio boscoso de encinares y caducifolios donde pastan los ciervos cazados, bosques donde también se podía articular grandes rebaños de cerdos.

Esta argumentación viene a plantear la compleja definición económica de tan anómala asociación faunística, maxime cuando ésta se ha documentado en un basural donde el ocasional y específico vertido de huesos largos sin fragmentación (Fig.I,49 y 50) refleja posiblemente un fenómeno concreto y coyuntural, difícilmente contrastable con las muestras del consumo al interior de las cabañas, que, sin duda, alterarían el registro y su explicación.

Las actividades del despique de esta fauna doméstica quedan ampliamente reflejadas por las huellas de rectos, profundos y limpios cortes de un pesado instrumental, posiblemente metálico, que contrasta con la mayor y más astillada fragmentación de los lugares del consumo.

Sin embargo, tampoco podemos ser tan reacios a una práctica hortícola, aunque ésta debió ser minoritaria en el interior de la Campiña por su fuerte perfil de Secano. La proximidad de la Vega del Guadalquivir y la tradición ribereña que ofrece las representaciones materiales de Los Pozos, marca cierto contraste con el mundo interior de la Campiña en la ya consabida diferencias de las dos facies materiales. Los Pozos reflejan el modelo ocupacional y económico de aquellos colonos agrícolas que desde la Vega del Guadalquivir inician el proceso de la conquista del Secano, con una fauna doméstica perfectamente adaptada al trabajo en el campo, como podría advertirse del consumo, a edades adultas, de equidos y bóvidos, así como al aporte cárnico de la dieta alimentaria que refleja el relativo aspecto joven de las especies sacrificadas de cabra y oveja, que bien pueden representar el momento previo a la selección de este último rumiante para el Secano, toda vez de su perfecta adaptación y un mayor potencial de aprovechamiento para actividades lacteas y textiles. Sin embargo, el modelo cerealista adquiriría un gran desarrollo e importancia como revela la parte central del poblado con la ubicación, estratégicamente defendida, de un gran campo de Silos para el almacenaje del grano excedente.

A pesar de estas hipótesis, el cerdo perfila otra lectura dentro del Secano, como ha sido su tradición en la Campiña, y ésta es su articulación semi-estabulada, al aire libre, en los campos de encinas. Aunque el cerdo sea prácticamente un competidor del hombre, es interesante observar que cuando las bases productivas del cereal están altamente consolidadas, pueden permitir su desarrollo.

También en 1986, otras actuaciones previstas en el Plan de Urgencias

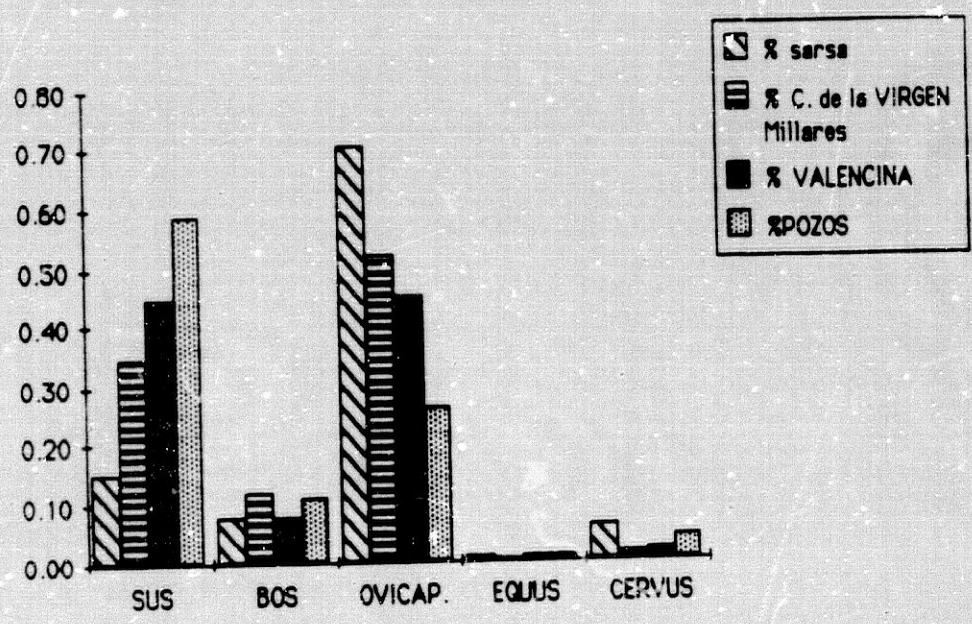





FIG.I, 48
Los Pozos I y II. Análisis Comparativo.

LOS POZOS

	de 1 a 5
	de 5 a 10
	más de 10

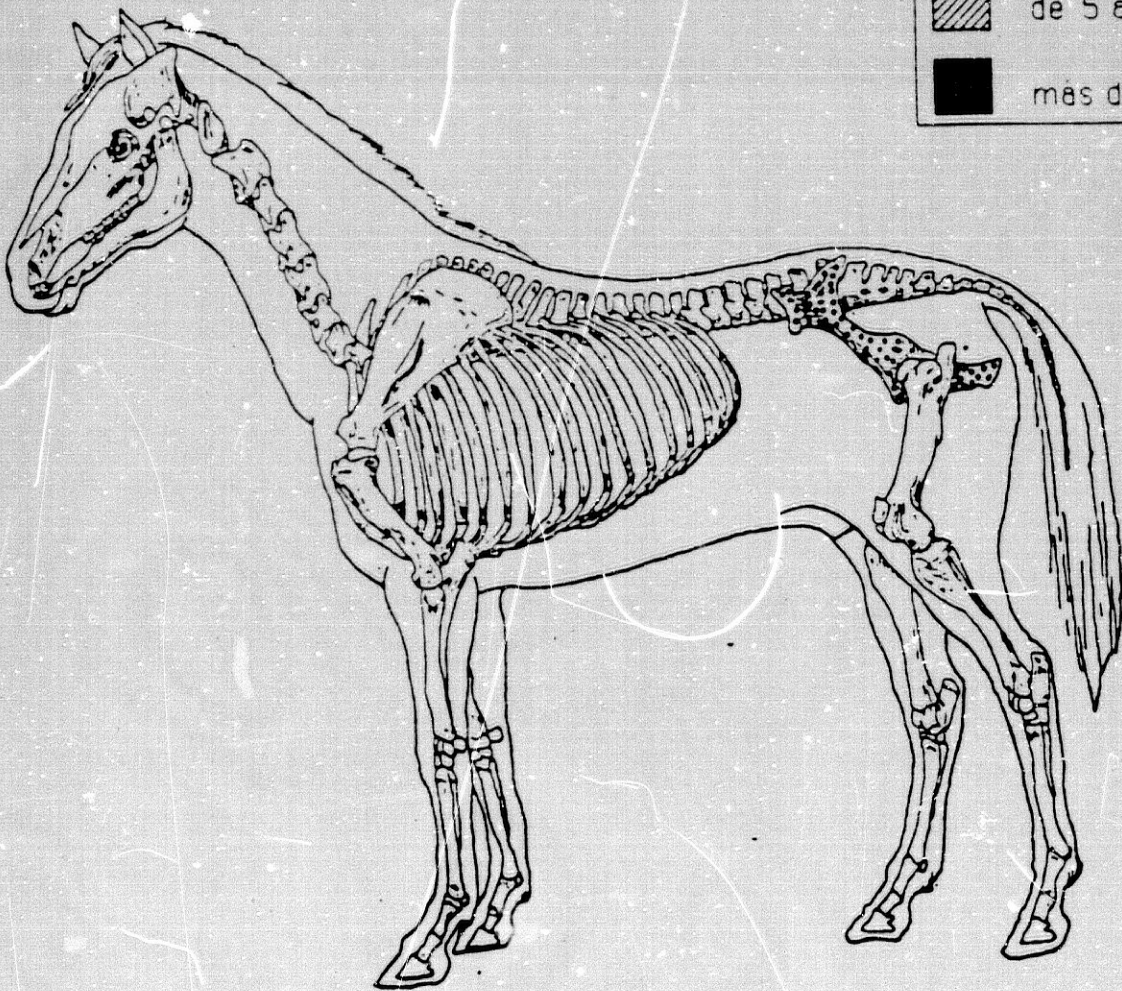


FIG.I, 49

Los Pozos I y II. Frecuencia de Restos Óseos de Equus en el Relleno del Foso del Corte 2.

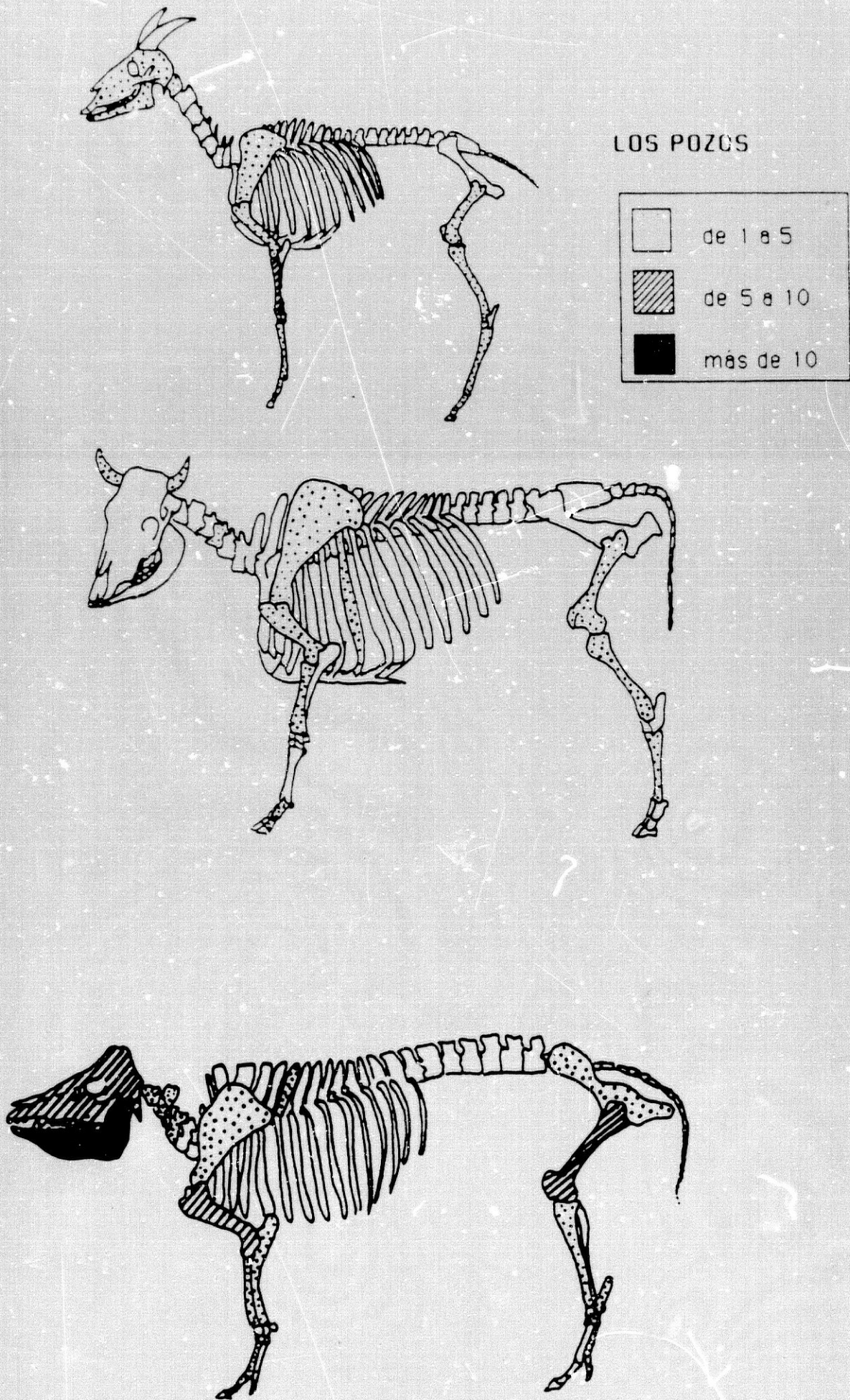


FIG. I, 50

Los Pozos I y II. Frecuencia de Restos Oseos de Ovis, Bos y Sus en el Relleno del Foso del Corte 2.

de la Dirección General de Bienes Culturales de la Junta de Andalucía, permitían obtener una nueva secuencia cronológico-material en el interior de la Campiña, y en un yacimiento articulado en el fondo del Valle del Río Salado de Los Villares: el Cortijo de la Torre (Nocete y Peramo 1986).

Sin embargo, el tipo de actividad arqueológica sólo permitía obtener una lectura estratigráfica, cuyo gran interés fue contrastar, en otra área de la Campiña Occidental, los resultados de la secuencia de Albalate y Cazalilla, pues Cortijo de la Torre repetiría materialmente y en 3 fases la documentación de Albalate VI, VII y VIII, y para sus dos primeras fases la documentación de Cazalilla I y II.

La fundación del asentamiento, fase I (1880+/-100 BC), venía a coincidir, cronológica y materialmente, con la fase VI de Albalate y Cazalilla I, volviendo a correlacionar la gran diáspora y nuevas fundaciones de poblados para el Primer Siglo del Segundo Milenio BC. en la Campiña Occidental. La formación del sitio, en este nivel, suponía la ocupación tras una serie de trabajos de aplanamiento de margas, al pie de una cresta de yesos rojos, en el Fondo del Valle del Salado de Los Villares, ocupación frente a Cazalilla I, donde la intervención visual y la estrategia defensiva estaban ausentes, en función a la proximidad y explotación de los suelos más fértiles del Valle. Igual que en Cazalilla, en la fase I de Cortijo de la Torre, los niveles de ocupación se ceñían a una orgánica planta de chozas circulares de tapial y materia orgánica recubiertas de arcilla roja, a cuyo interior, los restos de actividades de consumo se depositaban en torno a hogares centrales (Fig.I,51. Estratos 15 y 16). Al igual que en Cazalilla I, el utillaje del asentamiento revelaría la exclusiva presencia de instrumental agrario lítico (azuelas, hoces, molinos, etc...) (Fig.I,47) con una ausencia absoluta de objetos metálicos. En la talla del sílex, la tendencia que veníamos observando desde Medios del Tercer Milenio BC., y al igual que en Cazalilla I, quedaría reducida a la fabricación de elementos de hoz, redundando en la alta especialización económica para la puesta en producción cerealista del Valle del Salado.

A nivel cerámico, la similitud con Cazalilla I y Albalate VI, muestra la consolidación de las tendencias de Medios del Tercer Milenio BC., con la aparición de grandes prototipos de vasos globulares de cuello indicado (Fig.I,52) asociados al almacenaje para el consumo. También, un repertorio de pequeños cuencos y escudillas (Fig.I,52), en la línea del progreso de Los Pozos II y Albalate IV y V, completarían una ya amplia y diferenciada producción cerámica. Sin embargo, el elemento más característico de este Primer Siglo del Segundo Milenio BC., sería el desarrollo de unos prototipos de fuentes, en la línea evolutiva de Los Pozos II-Albalate III-IV, Albalate V y Albalate VI, de perfiles redondeados, ausentes de carena, y estilizado engrosamiento del borde, como ocurre en Albalate VI y Cazalilla I, con el desarrollo de decoraciones policromas sobre barnices, en la línea innovadora de la fase Albalate V y del Último Cuarto del Tercer Milenio BC.

Cortijo de la Torre II (Fig.I,51. Estratos 14, 13, 12 y 11), paralelo a Cazalilla II y Albalate VII, aprecia la continuidad material de la fase anterior, a nivel constructivo, y en otros niveles materiales

FIG. I, 51
Cortijo de la Torre. Corte 1. Estratigrafía.

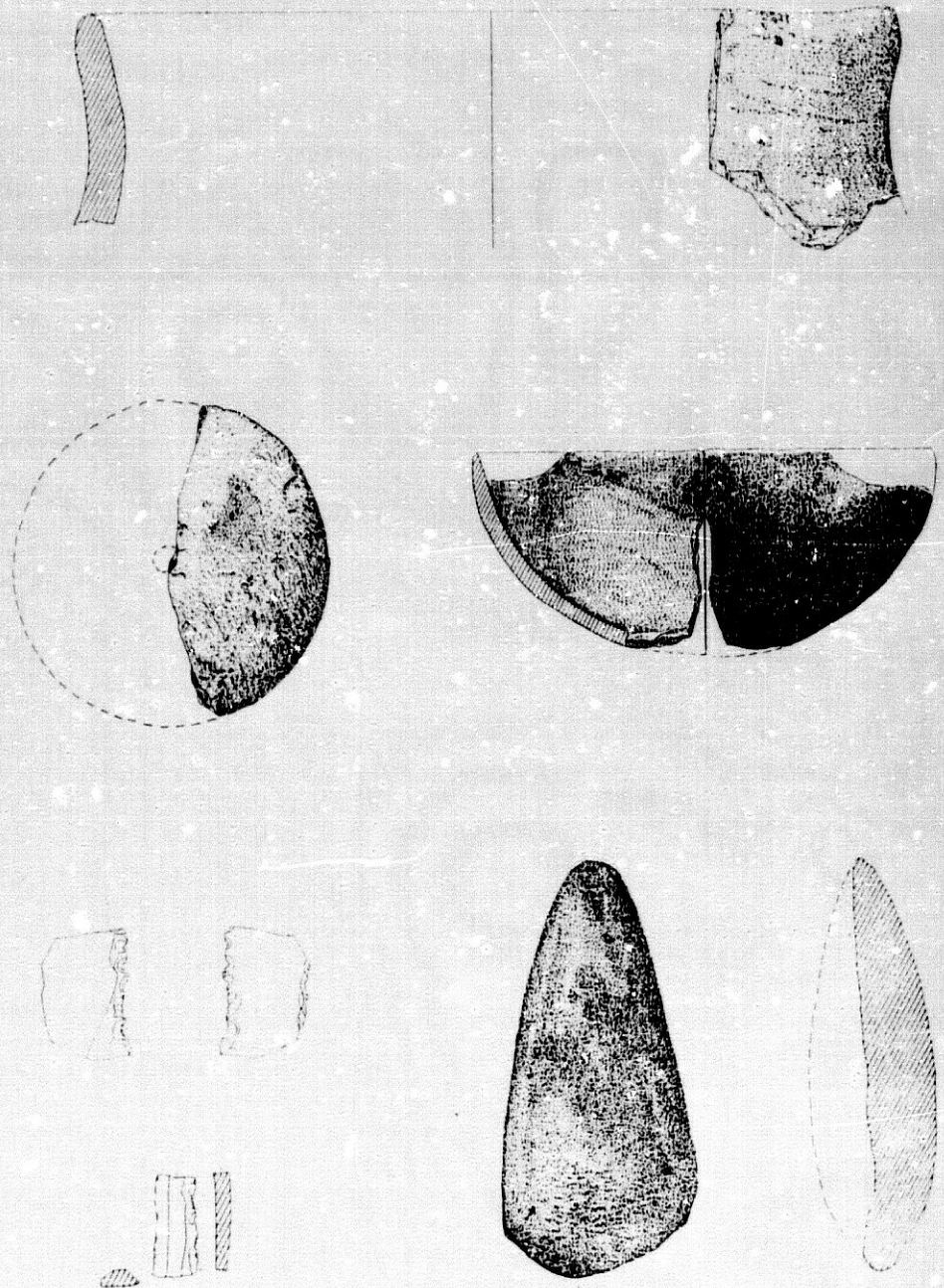
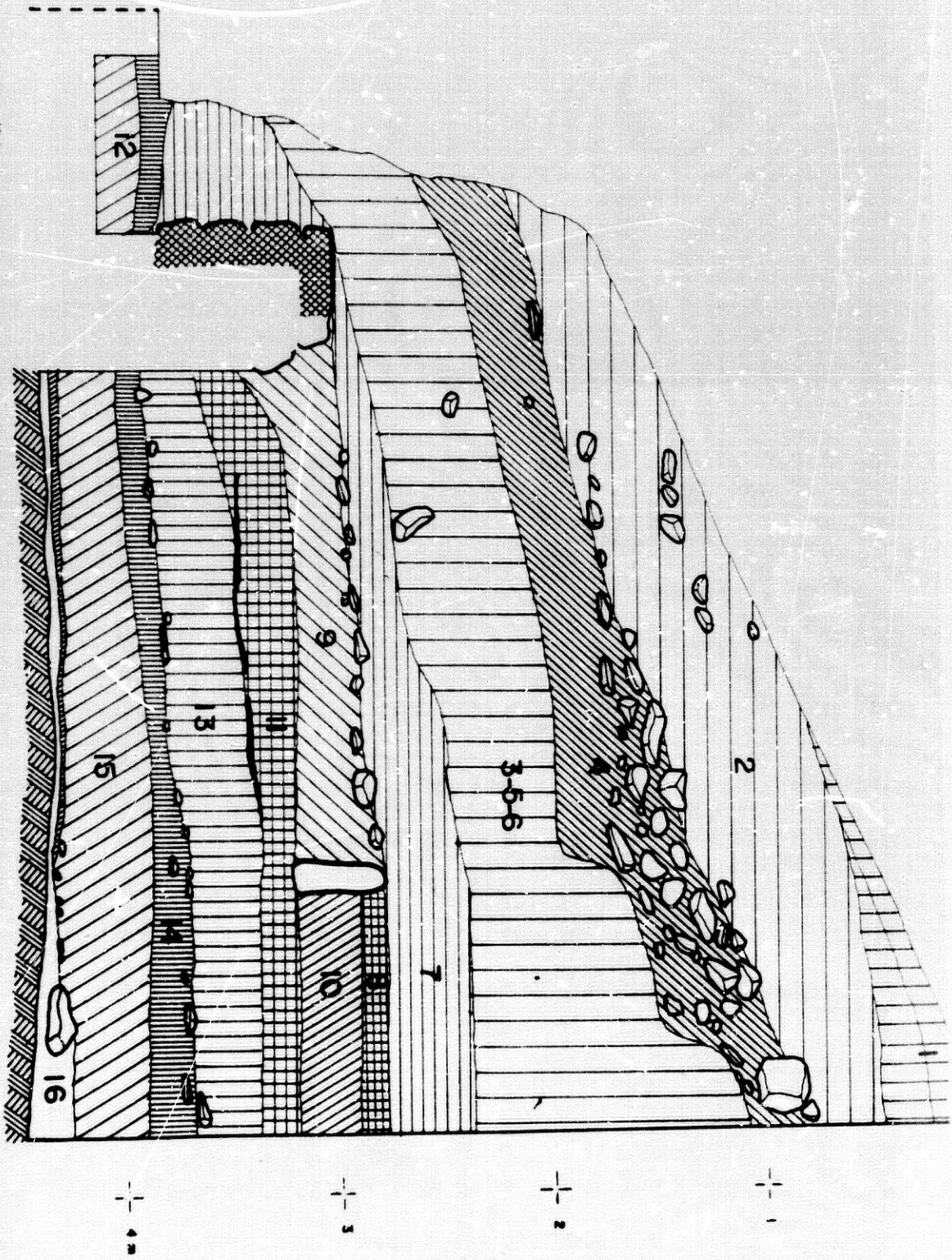


FIG. I, 52
Cortijo de la Torre. Fase I. Productos Cerámicos y Líticos.

como en el de la cerámica, aunque con el desarrollo y mayor producción de los recipientes de almacenaje globulares. ahora con una tendencia hacia el cuello vuelto (Fig.I,54), la continuidad de las ollas globulares (Fig.I,54) y una mayor definición de cuencos y escudillas (Fig.II,52), así como una mayor evolución en los bordes de las fuentes cuyos perfiles comienzan a verticalizarse y biselarse, tal y como expresó con claridad Cazalilla II (Fig.I,55).

Como en sus secuencias homólogas de Cazalilla y Albalate, en Cortijo de la Torre, la evolución de las formas cerámicas conlleva una selección de los sistemas decorativos hacia barnices negros, en algunos casos con presencia de reticulados.

Como en Cazalilla II, en estos niveles del Siglo XVII BC., volvemos a asistir a la irrupción de cerámicas incisas del estilo Campaniforme (Fig.I,55) y la aparición de los prototipos de recipientes carenados que advierten la Edad del Bronce y la selección de contactos tras el Bloqueo Cultural con las comunidades del Piedemonte y la Campiña Oriental, donde el impacto de las ideas del Sureste, que conocemos como Argarización, eran ya patentes.

Sin embargo, y frente a Cazalilla II, el perfil del cambio hacia una mayor estrategia del asentamiento y la selección de actividades estratégico-coercitivas-defensivas, no se aprecian. Cortijo de la Torre II, mantendría inalterado su esquema constructivo, con la ausencia de la piedra y las fortificaciones que caracterizan a Cazalilla II, y mantendría inalterado su perfil de intervención agraria cerealista, más una ausencia de objetos metálicos, que abundan en la gran desigualdad entre los asentamientos de la Campiña Occidental en el Siglo XVII BC.

La articulación Cazalilla II/Cortijo de la Torre II, muestra una desigualdad en el Territorio por parte de los asentamientos, no sólo en funciones de diferente acceso a los productos de reproducción social, sino en las funciones estratégicas, que advierten, una vez más, la formación del Estado, que se segrega desde grandes asentamientos como Alcores, con más de 12 Ha., que parecen dirigir el proceso de una especialización de asentamientos dependientes, unos hacia funciones estratégico-coercitivas-defensivas, como las superfortificadas .25 Ha. de Cazalilla, y la exclusividad de producción agraria en los 1.25 Ha. de Cortijo de la Torre, que albergan, con exclusividad, un utillaje de producción para el sustento. La presencia de Cazalilla II en este perfil, advierte, también, la dimensión coercitiva del Estado.

Hacia Mediados del Segundo Milenio BC., la fase III de Cortijo de la Torre, mostraría el reflejo de la fase VIII de Albalate, y con ella los profundos cambios materiales y socioeconómicos de un nuevo orden en el Territorio, donde la desaparición de Cazalilla, advertía la crisis de los modelos de coerción del Siglo XVII BC., sin embargo, si la aparente crisis afectó a asentamientos especializados en funciones políticas como Cazalilla, apunta que es en este nivel donde ésta se provocó, pues asentamientos como Cortijo de la Torre continúan su trayectoria económica y ocupacional en la explotación del Secano Cerealista. A nivel material, en las cerámicas, esta nueva fase supone

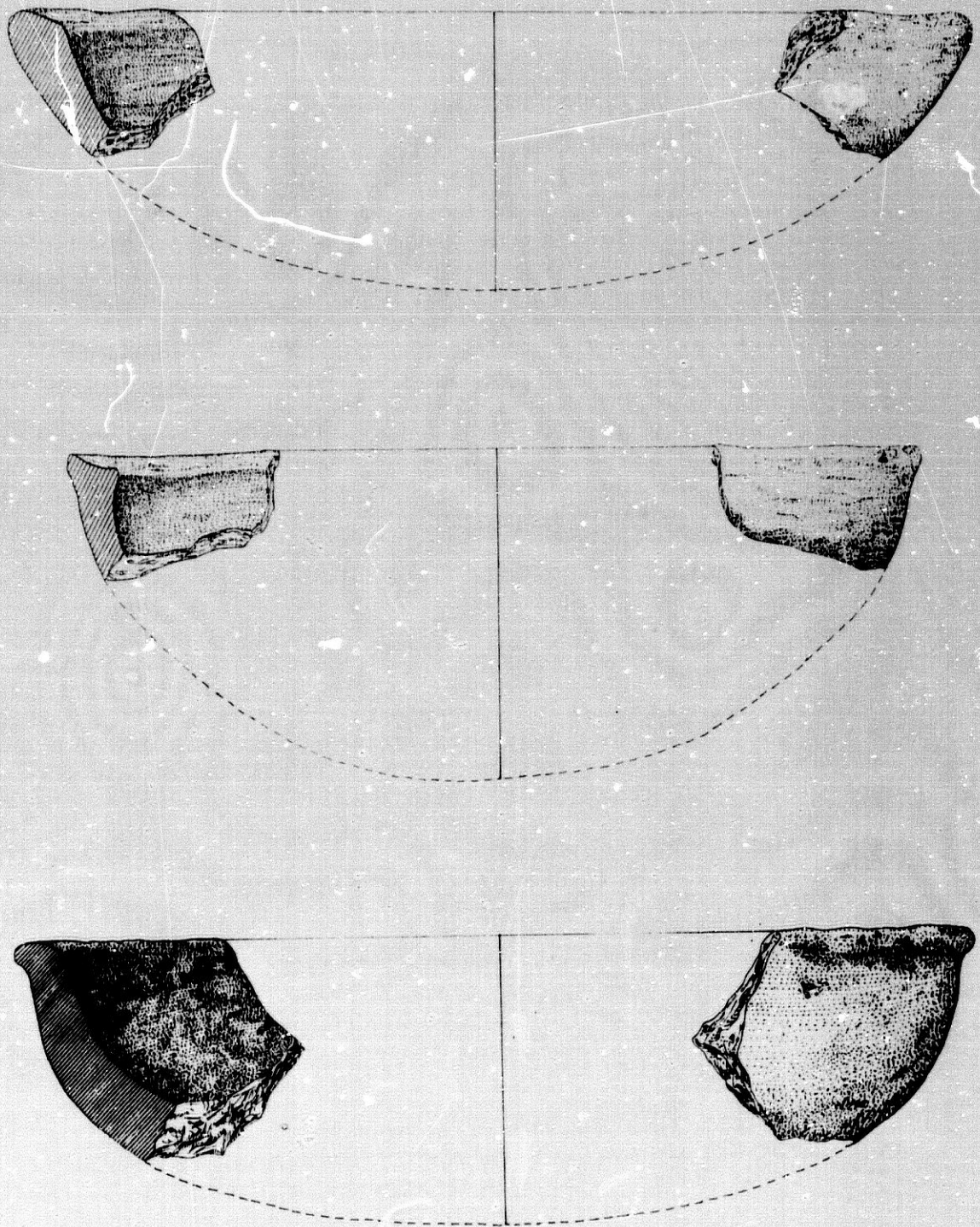


FIG. I, 53

Cortijo de la Torre. Fase II. Formas Cerámicas. Las Fuentes.

el ligero desarrollo de las tendencias de la fase anterior, con la presencia de recipientes de almacenaje, de desarrollo morfológico como los bordes vueltos con mamelones y decoraciones digitadas sobre el labio, al gusto del área periférica de las Campiñas, donde en el Siglo XVII BC. habían calado las ideas formales procedentes del Mundo Granadino y del Sureste (Fig.I,56). Las ollas globulares, continúan durante esta fase, pero en algunos casos, con sensibles cambios, como la aparición de cordones horizontales de mamelones junto al borde y una reducción de sus tamaños, también al gusto oriental del Alto Guadalquivir (Fig.I,56). Las estilizadas fuentes de la fase anterior, en sus tendencias a una mayor verticalidad, seleccionan prototipos de bordes más biselados, y, también, sistemas decorativos más específicos como barnices metálicos muy bruñidos, en la línea de la fase VIII de Albalate (Fig.I,56). Junto a éstos, nuevos prototipos cerámicos se hacen eco del final del Bloqueo Cultural del Siglo XVII BC, que no por ello suponen para la Campiña el final de sus tradiciones cerámicas, como es la interpretación autóctona de los conceptos de recipientes carenados como los grandes cuencos de metálicos bruñidos interiores que desarrollan un borde ligeramente entrante (Fig.I,56) con una inflexión que recuerda o imita a las copas del Sureste y, fundamentalmente, a los cuencos de carena alta, representativos en este momento de Medios del Segundo Milenio (1540+/-100 BC en Peñalosa) de las comunidades del Subbético (Crespo 1984) y Sierra Morena (Contreras, Nocete y Sánchez 1985, 1986, 1987), como también refleja Sevilleja en su fase II. Junto a estas formas, encontramos sistemas decorativos incisos (Fig.I,56) altamente desarrollados en el área oriental del Alto Guadalquivir, como en la zona de Vilchez, Iznatoraf (Nocete, Zafra y Crespo 1985) y Sierra Morena (Contreras, Nocete y Sánchez 1985), así como el desarrollo de vasos carenados (Fig.I,56), que, interpretados en la Campiña, adquieren ya una importancia relevante para definir esta fase de Medios del Segundo Milenio BC, perdurando elementos retardatarios como cucharones enmangados (Fig.I,57), que en otras áreas, como los Montes Granadinos, se documentan a Principios del Tercer Milenio BC.

En los esquemas constructivos, los cambios se centran en el desarrollo de sistemas de aterrazamientos (Fig.I,51. Estratos 10, 9, 8 y 7), muros albarranos y concepciones más cuadrangulares de las casas, asociados a bancos corridos y pequeñas hornacinas laterales, también características de la fase VIII de Albalate (Arteaga et alii 1986), ampliamente generalizados en todo el Alto Guadalquivir, con compartimentaciones en base a lajas de piedra clavadas en suelos bien definidos, de barro apisonado, (Contreras, Nocete y Sánchez 1986; Nocete, Zafra y Ruiz 1988).

Un elemento más para comprender el significado de Cortijo de la Torre, será el análisis de sus restos faunísticos. Al igual que ocurría con Cazalilla, la muestra de especies en Cortijo de la Torre revela unas pobres posibilidades de análisis, ante sólo un 40% de restos cuyas especies han sido definidas, y que además, y al pertenecer a un registro de deshechos de consumo en la superposición de varias cabañas, sólo nos permite obtener un valor documental de las especies consumidas, debiendo asumir con sumo cuidado las inferencias que de ello podemos obtener.



FIG. I, 54

Cortijo de la Torre. Fase II. Formas Cerámicas. Orzas, Ollas y Fuentes.

	FRECUENCIAS ABSOLUTAS DEL NUMERO DE RESTOS		
	CORTIJO DE LA TORRE		
	I	II	III
Sus Domesticus	9		
Bos Taurus	7	3	9
Ovis Aries	4		
Ovicap. no Determinados	4	4	6
Total Domésticos	24	7	15
Sus Scropha	1		
Total Determinados	25	7	15

(Tabla I,4)

Las especies representadas del Cortijo de la Torre, junto a su perfil para el consumo, como revela la selección, en el núcleo de habitat, de restos donde domina los miembros anteriores y posteriores de las especies domésticas (Fig.I,58), que han sufrido tras su alta fragmentación el carroñeo de perros, como advierten sus huellas de descarnación, documentan un similar perfil que Cazalilla y Los Pozos, sobre la especialización de la cabaña ya característica del Secano, con la oveja, el bos y cerdo. Sin embargo, y apesar del continuismo, la seriación de las especies en las tres fases aporta una teórica e interesante lectura (Fig.I,59).

A Principios del Segundo Milenio BC. (Siglo XIX), en la fase I del Cortijo de la Torre, junto a una marcada estructura agrícola en el nivel tecnológico, el perfil cerdo-bos-oveja, que mantiene las constantes del modelo, marca, sin embargo, ciertas diferencias respecto a Cazalilla I. Frente a aquel, con un claro dominio de la oveja, en este caso, el primer lugar en el abastecimiento cárnico lo supondrá el cerdo, enlazando con los resultados y dinámica de Los Pozos. Esta mayor presencia de los suidos, al margen de la variabilidad, que puede engendrar una muestra tan reducida, y en el caso de confirmarse, podría mostrar tres modelos explicativos para las diferencias entre Cazalilla I y Cortijo de la Torre I:

Que el modelo de Los Pozos fue el esquema general de la Campiña y del Seecano, frente a áreas periféricas, como Cazalilla, donde los espacios vírgenes del paisaje mediterráneo favorecerían el pastoreo.

La presencia de un mayor componente hortícola en las comuniades del interior de la Campiña Baja que se prolongaría a lo largo de todo el Tercer Milenio y hasta Principios del Segundo BC.

Una tradición del Secano rota en las áreas periféricas para

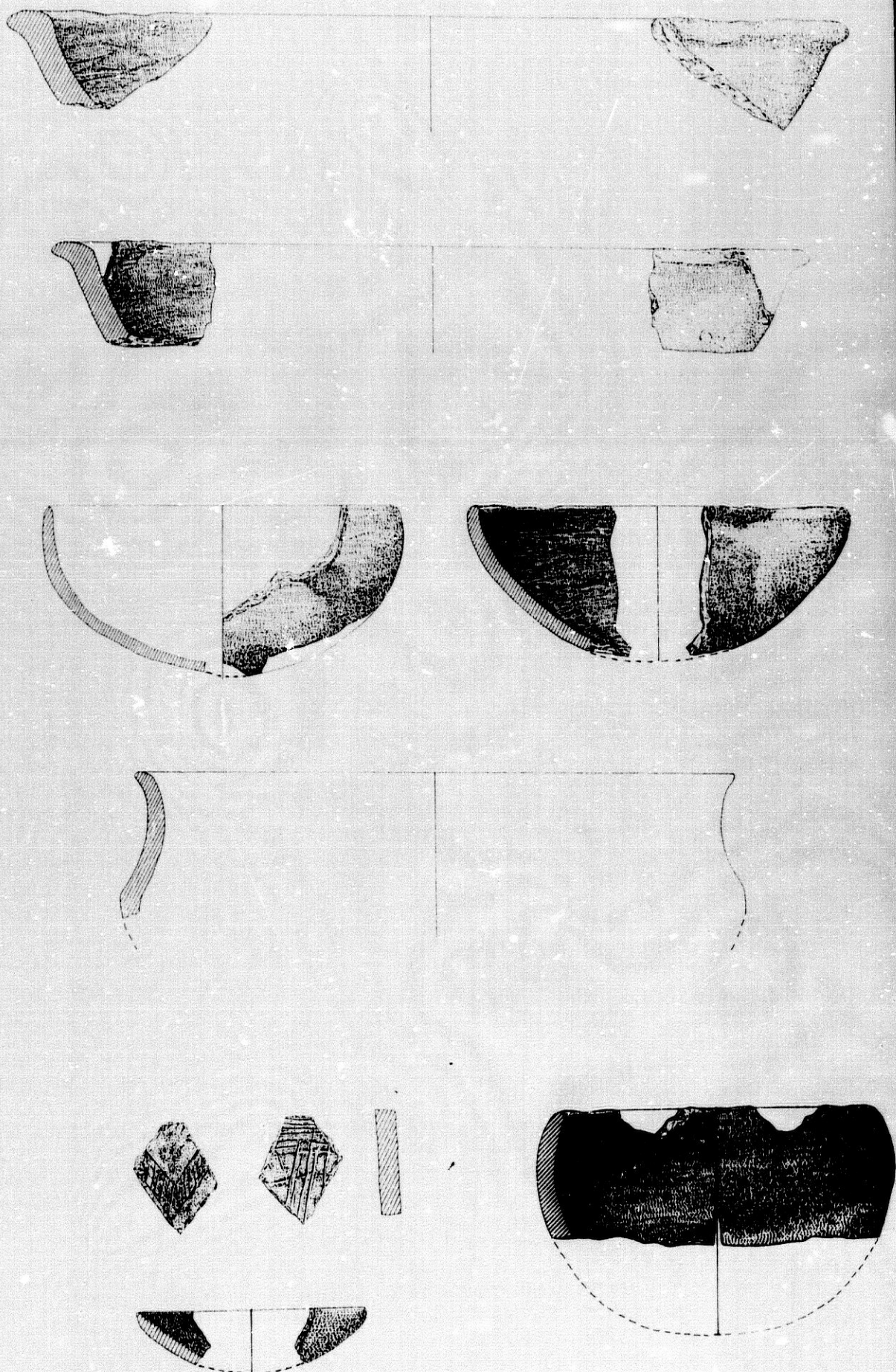


FIG. I, 55

Cortijo de la Torre. Fase II. Formas Cerámicas. Las Nuevas Fuentes, Cuencos y Escudilla. Cerámica Incisa.

la formación de modelos económicos autosuficientes y de mayor rentabilidad.

En principio, los datos no son suficientes, y lo único que podemos, realmente, leer es que las tres especies existen tanto en Cazalilla I como en Cortijo de la Torre I, mostrando la gran estabilidad de un modelo económico de agricultura muy consolidada, pues un animal como el cerdo, cuyo único aprovechamiento es el cárnico, ocupa un lugar primordial en el consumo.

La presencia de caza (*sus scropha*), aunque puede interpretarse como una técnica de protección para los cultivos, lo único que revela es la escasa incidencia de las actividades cinegéticas, como sector económico, para el abastecimiento cárnico, toda vez que este está asegurado por una rica cabaña doméstica (Fig. I,59).

En la fase II de Cortijo de la Torre, el panorama de la ganadería doméstica de estas poblaciones, ha cambiado sensiblemente en los niveles del consumo, pues el único animal que, exclusivamente, tenía un aprovechamiento cárnico, como es el cerdo, ha desaparecido del registro de especies consumidas, advirtiéndose, ahora, el perfil sólo y exclusivamente entre los bóvidos y la oveja.

El hecho podría parecer fortuito, como una simple alteración en los niveles de tan exiguo registro, pero un dato más significativo es que en la fase siguiente (fase III del Cortijo de la Torre) este perfil de la ausencia del cerdo se mantiene, y por tanto, debemos concederle una cierta importancia. Genéricamente, y en muestreos de selección faunística, la reducción del cerdo en la Edad del Bronce en favor de los bóvidos y los ovicápridos, se ha asumido como un cambio generalizado e interpretable de una mayor intensificación agraria para el caso de sociedades cerealistas, a la búsqueda de un mayor equilibrio de la cabaña doméstica, eliminando al cerdo, como competidor del hombre, para el aumento del espacio de cultivo, y sustituyéndolo por la oveja, de una mayor productividad a otros niveles (lacteo, téxtil, industria osea, etc) y además, mejor adaptado a los regímenes del barbecho. Así, las grandes áreas de espacio que exigía la estabulación del cerdo al aire libre, y en los bosques de encianres, fue uno de los motivos, teóricamente fundamentales, para su sustitución.

En nuestro caso, ese problema parece diferente, y sólo puede explicarse mediante la práctica política de la ordenación del Territorio, pues el cerdo, sigue estando presente, y de una forma imponente, en los repertorios de las especies consumidas, como son en el caso de Cazalilla II y Albalate VII, asentamientos que políticamente muestran la segregación y el dominio de otros tipos como Cortijo de la Torre.

En el Siglo XVII (Nocete 1984 a y b) que expresan las fases II de Cortijo de la Torre y Cazalilla, se concreta una compleja Ordenación Política del Territorio, donde el ejercicio coercitivo se asume como condición indispensable para la acumulación del excedente, extorsión que obliga a la especialización de los asentamientos y a la explotación entre ellos, situación que debió conducir a esta sociedad

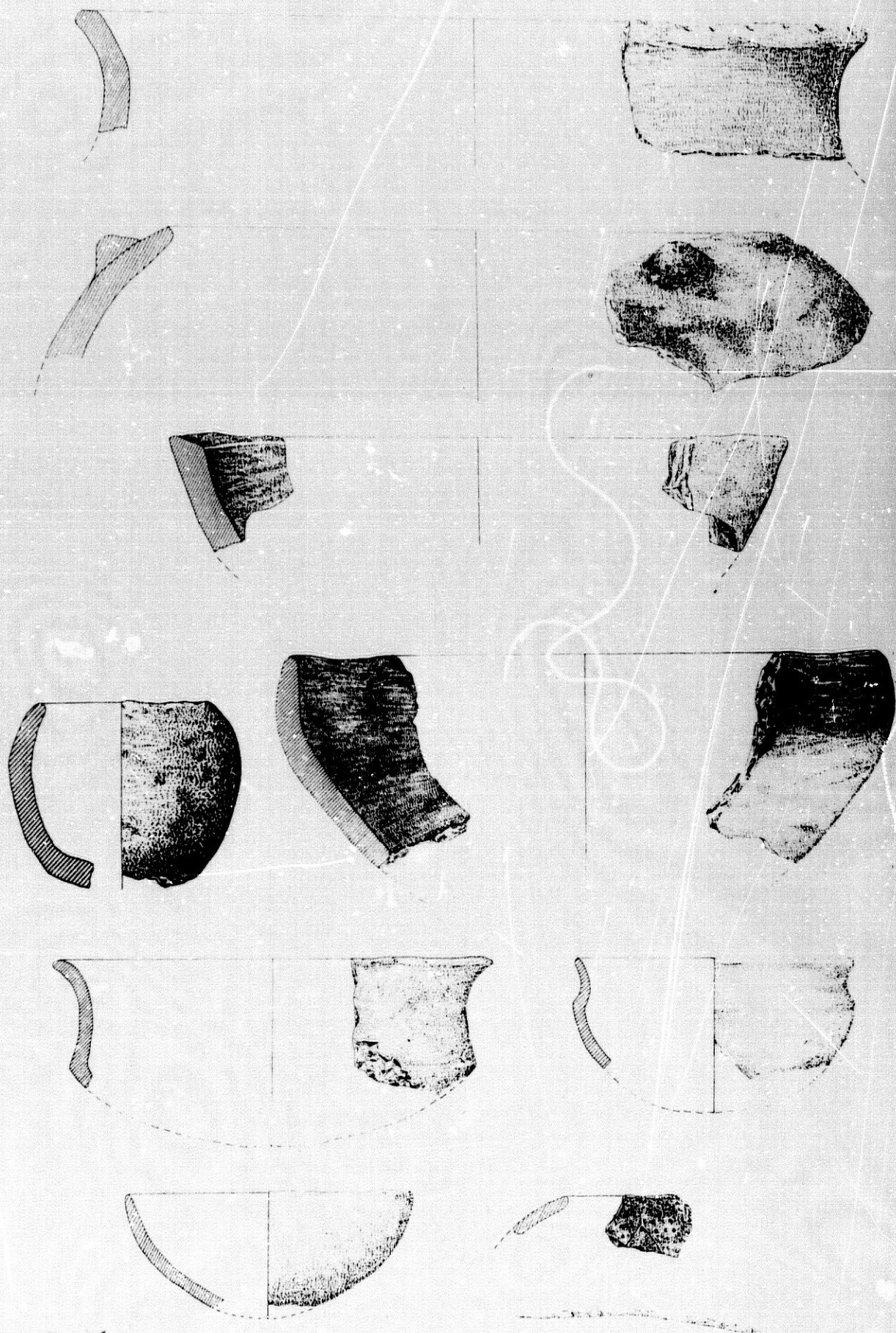


FIG.I, 56

Cortijo de la Torre. Fase III. Formas Cerámicas. Las Nuevas Horzas, Ollas, Platos, Cuencos y Vasos Cerámicos.

agraria a un considerable desarrollo de las fuerzas productivas, sino a nivel tecnológico, como parece documentar la continuidad del utillaje, si hacia el aumento de la producción, en base a una mayor extensión del espacio de cultivo y, fundamentalmente, al aumento en la inversión horas-trabajo, como parece advertir la gran diáspora ocupacional, con la expansión hacia la Campiña Occidental Alta y la aparición de nuevos asentamientos. Cortijo de la Torre, se encuentra en el último nivel del Territorio Jerarquizado en su muy orientada economía productiva, que debe ser la consecuencia de la extorsión para el aumento del excedente que genera las élites del Territorio Político y las poblaciones especializadas en la coerción, como es el caso de Cazalilla II. Este aumento en la productividad, sin duda, debió implicar un uso más intensivo del suelo, como revela, en esta época, la importante articulación sobre los cereales de las leguminosas, que reducirían los ciclos, ya cortos, del barbecho, con una nueva producción. También esta intensificación puede ser el argumento para una más desarrollada cabaña de ovejas, de un mayor aprovechamiento que el cerdo y mejor articuladas a los restos residuales del barbecho.

El aumento en el consumo de bóvidos a edades maduras en Cortijo de la Torre, implica, en este sentido, un mayor aumento de las especies dedicadas a los trabajos agrícolas, intensificando la fuerza de trabajo, para un mayor aumento de la productividad. Por tanto, el desarrollo de grandes espacios abiertos para mantener las piaras de cerdos en el Secano, comenzaría a convertirse en un proceso económico no rentable si las tierras de producción llegaron, en algún momento, a estar limitadas.

La ocupación de todos los suelos aprovechables de la Campiña Occidental, en esta fase (Nocete 1984 b y c, 1986), revela el gran interés por el incremento productivo, que en el área interior de la Campiña Baja pudo implicar la desaparición del cerdo. La presencia del cerdo en Cazalilla y Albalate es contradictoria, y sin duda, de aceptar la documentación de Cortijo de la Torre, el consumo del cerdo, y a ciertos niveles, debió suponer un lujo, que asociado a los asentamientos que dirigen la Jerarquía Política, o forman parte de ella, prolongando su carácter coercitivo, a los que también se adscriben productos especializados en la coerción, y otros elementos como el marfil y la obsidiana, no es de extrañar que nos encontremos ante un elemento más del lujo y la desigualdad, al que como a otros elementos de similar rango, y provenientes del intercambio lejano, no tienen derecho la población de Cortijo de la Torre, que a pesar de generar un gran excedente, este no revierte, en el nivel del prestigio, dentro de la Comunidad. El problema parece complejo, y la articulación del cerdo, evidentemente, también, esta sujeta a otras interpretaciones, pero lo cierto es que si Cortijo de la Torre se desprende de un animal clásico en las dietas de la Campiña, y al que tuvo acceso en su fase I, es una señal inequívoca de una segregación en el territorio de producción, que debió estar limitado, y una necesidad de crear un mayor excedente, que no revierte en la aldea, y que la llevó a una explotación más óptima y de mayor aprovechamiento de sus recursos, eliminando, si los tuvo con anterioridad, los espacios dedicados al pastoreo de los suidos.

En la fase III de este yacimiento, el perfil especializado de la fase

anterior se mantenía inalterado con el desarrollo dominante de los bóvidos, en una compleja intervención agraria, de la que ahora, y tras la desaparición de los asentamientos especializados en la coerción, como el tipo Cazalilla, parece no seguir beneficiándose, al menos al mismo nivel que grandes poblados como Alcores o Albalate. Para esta fase, la Ordenación del Territorio no está lo suficientemente clara como para advertir a que nivel se estructura las contradicciones sociales que impiden la promoción hacia el lujo y el prestigio de los habitantes del Cortijo de la Torre, de todas formas, y en el hecho de que el perfil agrario de la aldea se mantenga, implica que los grandes cambios en la Ordenación del Territorio, a los que en este momento de Medios del Segundo Milenio BC. asistimos, no tienen su raíz en una crisis agraria de sobreproducción, etc., sino que, al igual que la formación del proceso anterior, su desaparición sólo se explica en los niveles de las contradicciones políticas.

También en 1986, y dentro de las excavaciones por parte del Proyecto del Mundo Ibérico en el Alto Guadalquivir, el yacimiento de Puente del Obispo, situado en la margen sur del Guadalquivir, y en el contacto de esta con la Campiña Oriental y frente a la Loma de Ubeda, ofrecía, en un contexto de cerámicas incisas del estilo Campaniforme, una documentación sincrónicamente parecida a Cortijo de la Torre II, Cazalilla II y Albalate VII, y también con Cortijo de la Torre III y Albalate VIII. En el horizonte Cazalilla II, cuando se funda la ocupación de Puente del Obispo, precisando los niveles cronológicos de la expansión del poblamiento sobre la Campiña Oriental, la documentación arqueológica ofrecía sensibles cambios respecto a sus yacimientos homólogos de la Campiña Occidental.

Si las cerámicas incisas del estilo Campaniforme, permitían la homologación temporal, la ausencia de tipos tan característicos de la Campiña Occidental, para estas fases, como los cuencos y escudillas de decoraciones bruñidas y reticuladas (tipo Alb en Cazalilla II) y, fundamentalmente, de las tradicionales policromías de las fuentes y platos (tipos A3, A4 y A5 en Cazalilla II), marcaría grandes diferencias en la producción cerámica, que parecían advertir el desarrollo de diferenciadas tradiciones culturales.

Puente del Obispo, reflejaba un asentamiento agrícola, económicamente bien situado en una terraza del Río Guadalquivir, junto a las tierras más favorables para el desarrollo productivo, pero estratégicamente inoperante. No se documentó, en esta excavación, la existencia de aparatos defensivos, sólo la presencia de los restos de zócalos, en piedra, de cabañas circulares, cuya extensión se sitúa en los niveles de Cazalilla, siendo típico de los asentamientos que se sitúan al otro lado del Río Guadalquivir y de los asentamientos estratégicos y defensivos del tipo Cazalilla, que generaban una gran franja de espacio vacío, un auténtico "Black Hole", sintomático de una disuasión, estratégicamente asumida desde la Campiña Occidental.

La notoria diferencia, entre Cazalilla II y Puente del Obispo, a nivel material, el vacío ocupacional, y el carácter estratégico de Cazalilla, venían a definir la existencia de una Frontera Política, y fuera de ella, una distribución de pequeños asentamientos agrícolas, de tecnología similar a Cortijo de la Torre II, que se individualizan

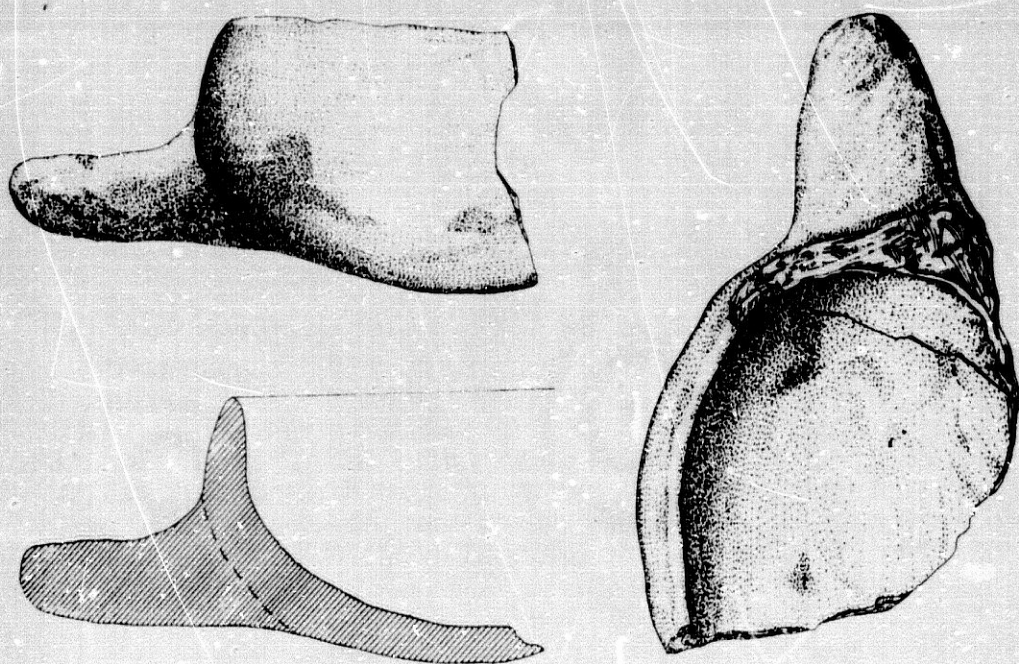





FIG. I, 57

Cortijo de la Torre. Fase III. Formas Cerámicas. Cucharón.

CORTIJO DE LA
TORRE I,II,III

	de 1 a 5
	de 5 a 10
	más de 10

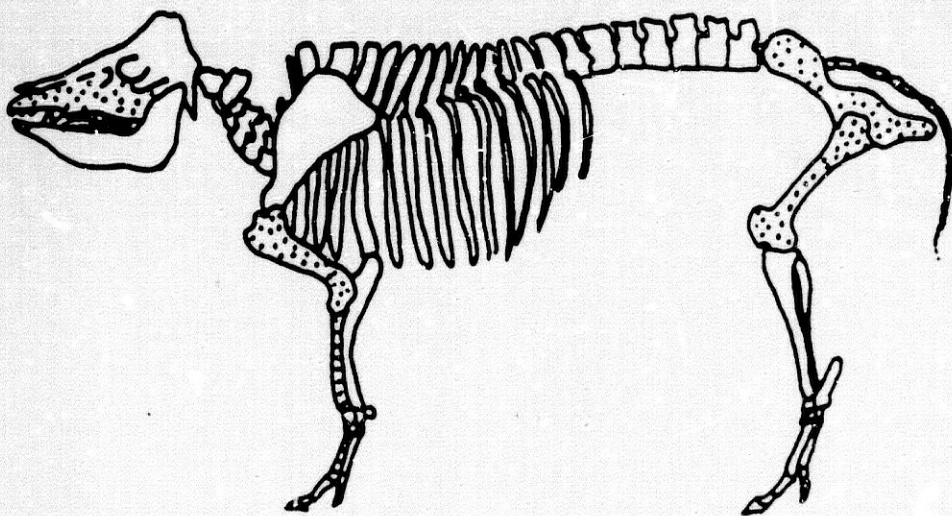
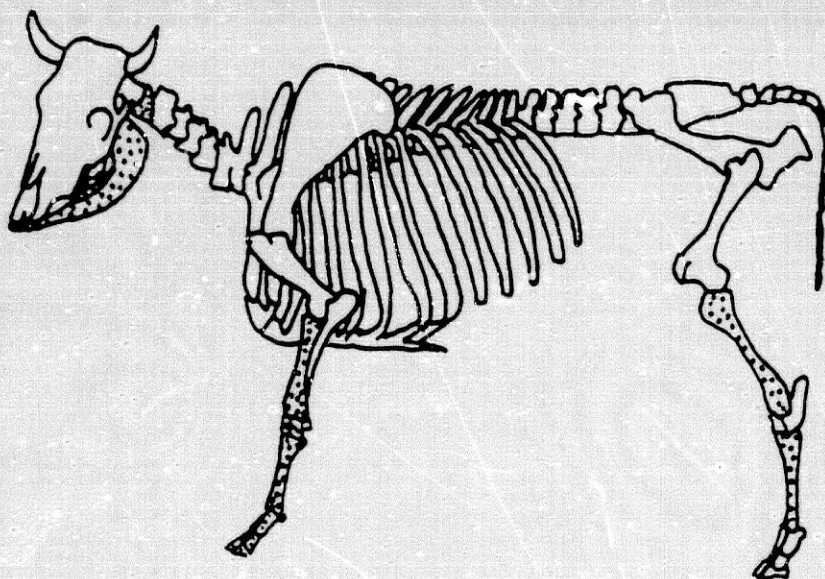
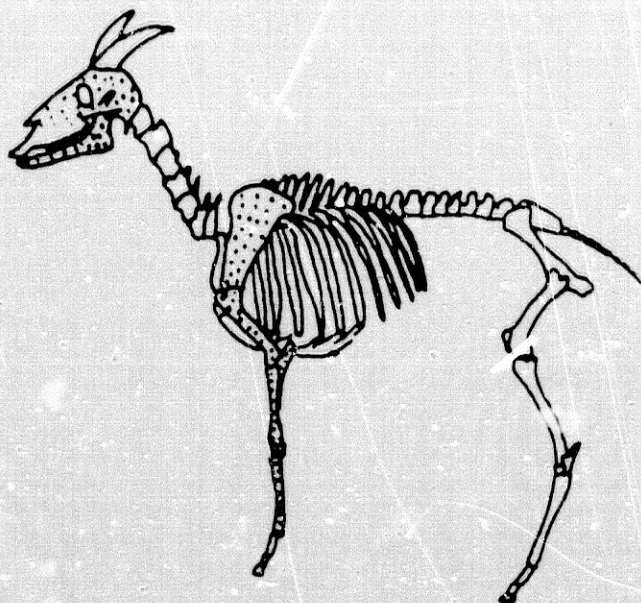


FIG.I,58
Frecuencia de Restos Oseos de Ovis, Bos y Sus en los Niveles de
Consumo.

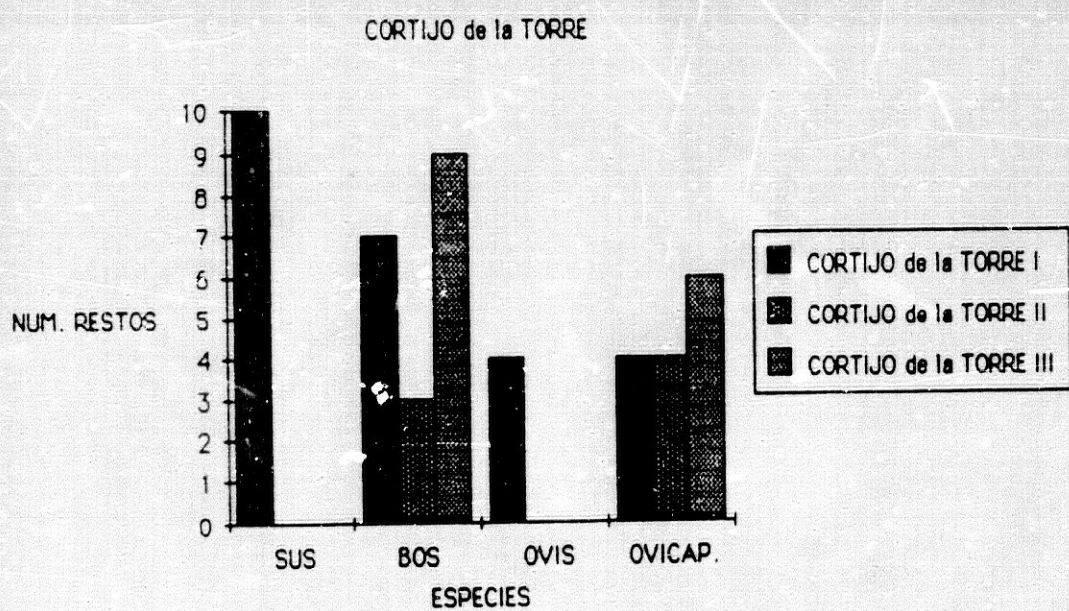


FIG.I, 59

Cortijo de la Torre, I, II y III.
Frecuencia de Restos de Fauna.

y nuclearizan, sin un claro patrón, a lo largo de la Vega del Guadalquivir y de las Tierras Bajas de la Campiña Oriental.

No obstante, y aún en estudio (Crespo et alii en preparación), habrá que esperar a los resultados de los análisis económicos y materiales de Puente del Obispo, para poder definir, con más claridad, estas nuevas Formaciones Sociales del Segundo Cuarto del Segundo Milenio BC. ubicadas en la periferia exterior a la Frontera de la Campiña Occidental.

En 1986, otros nuevos resultados, procedentes de excavaciones sistemáticas, supondrían un gran avance documental. En Sierra Morena, la primera campaña de excavación del polémico asentamiento de Peñalosa (Contreras, Nocete y Sanchez 1986) ofrecía, junto a un típico urbanismo de la Edad del Bronce del Sureste, la emergencia de tradiciones constructivas del Tercer Milenio BC. en el Alto Guadalquivir, como sería la presencia de sistemas de fortificación jalonados por torres o bastiones, así como una contradictoria representación cerámica (Fig. I, 60 y 61), que a pesar de un fuerte indigenismo, presenta una indudable incidencia, a nivel formal, de las ideas del Sureste que conocemos como aragarización. Lo más interesante de este asentamiento, y en una virtual conservación de las fases de ocupación, sería la facilidad para observar todo el proceso metalúrgico, desde la separación de la mena a la fabricación de productos en moldes de arenisca, pasando por la fundición (Fig. I, 62 y 63), con una amplia representación de crisoles y moldes. Junto a esto, Peñalosa se perfilaba como uno de los Centros Jerárquicos de una Ordenación Territorial, cuya estructura política se orientaba, fundamentalmente, a la explotación y control de los filones cupríferos del Frente Meridional Externo de Sierra Morena, como advertían los resultados de las prospecciones sistemáticas en la Cuenca del Río Rumbal (Lizcano, Nocete, Contreras y Sánchez 1987).

Sin embargo, 1986 no sólo sería un año de trabajos de campo, y una nueva sistematización de los últimos resultados vería la luz en un apéndice del libro "Arqueología en Jaén" (Ruiz, Molinos y Hornos 1986), que a pesar de su carácter divulgativo tendría un especial interés por las implicaciones teóricas que regentaba.

En este trabajo (Nocete 1986), y desde el Materialismo Histórico, se definía el desarrollo cultural del Tercer y Primera Mitad del Segundo Milenio BC., en las Campiñas, como una Historia Agraria, en cuyo proceso se reflejaba una organización Estatal, bajo una situación de conflicto de clases generado en las contradicciones internas de dos estructuras superpuestas. De un lado las de índole parental, que reflejaban los rituales funerarios y la funcionalidad de las unidades de cabaña, más una producción orientada al sustento y continuadora de los esquemas desarrollados en la transición del Neolítico Final, y de otro lado, la estructura política, dominante, al ser la receptora y distribuidora del excedente, que se refleja en una Ordenación Jerárquica del Territorio, donde asentamientos como Cazalilla, en su fase II, documentan una funcionalidad que supera las necesidades de autosuficiencia aldeana. Esta situación, que revelaba una Forma Transicional al Estado, y que fue denificada como Territorio Cónico Plurilocal (Nocete 1984 a), parecía emerger de las consecuencias de un

conflicto territorial generado por la colonización de nuevas tierras y su control. La desaparición repentina de este modelo tras el Siglo XVII BC., se definiría como la consecuencia del bloqueo expansionista del modelo a nivel espacial, y, fundamentalmente, del bloqueo social e ideológico del sistema en su incapacidad para reproducirse con la dinámica política a que llevó su estructura territorial y el gran desarrollo de la jerarquización de los hombres, hechos que hacían inviables las relaciones de parentesco como engranaje de las Relaciones Socio-Económicas de Producción, máxime cuando esas contradicciones se expresaban en el nivel de la especialización y División Territorial del Trabajo.

La desmembración de la forma del Territorio Cónico Plurilocal, en las Campiñas, y las contradicciones internas de otras Formaciones Sociales del Primer Cuarto del Segundo Milenio BC., en el Alto Guadalquivir, serían la consecuencia para la apertura de un nuevo proceso transicional, al que se sumaría los estímulos del Sureste que conocemos como argarización, en función a las nuevas vías sociales de las contradicciones internas, que en definitiva estaban operando el cambio, generando, a su vez, diferentes formas de asimilación e interpretación de las nuevas ideas, cuyo resultado sería el mosaico histórico y cultural de los pueblos de la Segunda Mitad del Segundo Milenio BC.

A fines de 1987 y principios de 1988, y mientras redactábamos estas páginas, la excavación de dos nuevos yacimientos vendrían a incrementar la información del proceso histórico de las Formaciones Sociales de la Campiña: el Cerro de las Atalayuelas en Fuerte del Rey (Castro et alii 1987) y Cerro de la Horca en el término municipal de La Guardia (Nocete, Zafra y Ruiz 1987).

En una prospección con sondeo e el yacimiento de Atalayuelas, encaminado a definir una ocupación del Siglo VI BC. y del Siglo I AC., pudo documentarse, brevemente, los restos de una ocupación que reflejaban una secuencia similar al yacimiento del Cortijo de la Torre. Sin embargo, la escasez documental poco ofrecía al respecto, salvo la consolidación de dicha secuencia en un nuevo yacimiento de la Campiña Occidental que compartía con Cazalilla su situación estratégica y periférica en el límite oriental de la Cultura de las Campiñas.

Unos resultados algo más completos e interesantes, ofrecía la excavación del Cerro de la Horca, en un registro guiado por una actividad de protección, dentro de los Planes de Urgencia de la Dirección General de Bienes Culturales de la Junta de Andalucía. Cerro de la Horca, situado a la orilla Oeste del Río Guadalbullón, y en las inmediaciones del Piedemonte Subbético, mostraba su formación como consecuencia de una sucesiva ocupación humana sobre el fondo de una cubeta rocosa, al amparo de farallones calizos, que fue rellenándose hasta formar una terraza. La alternancia de cuñas cenizas de sucesivos hogares y la descomposición de paramentos de materia orgánica y tapial, con una interesante documentación material, permitía reconstruir un interesante proceso cultural para la Primera Mitad del Segundo Milenio BC., culminando, tras el relleno de la cubeta, con un interesante esquema constructivo basado en piedra y un

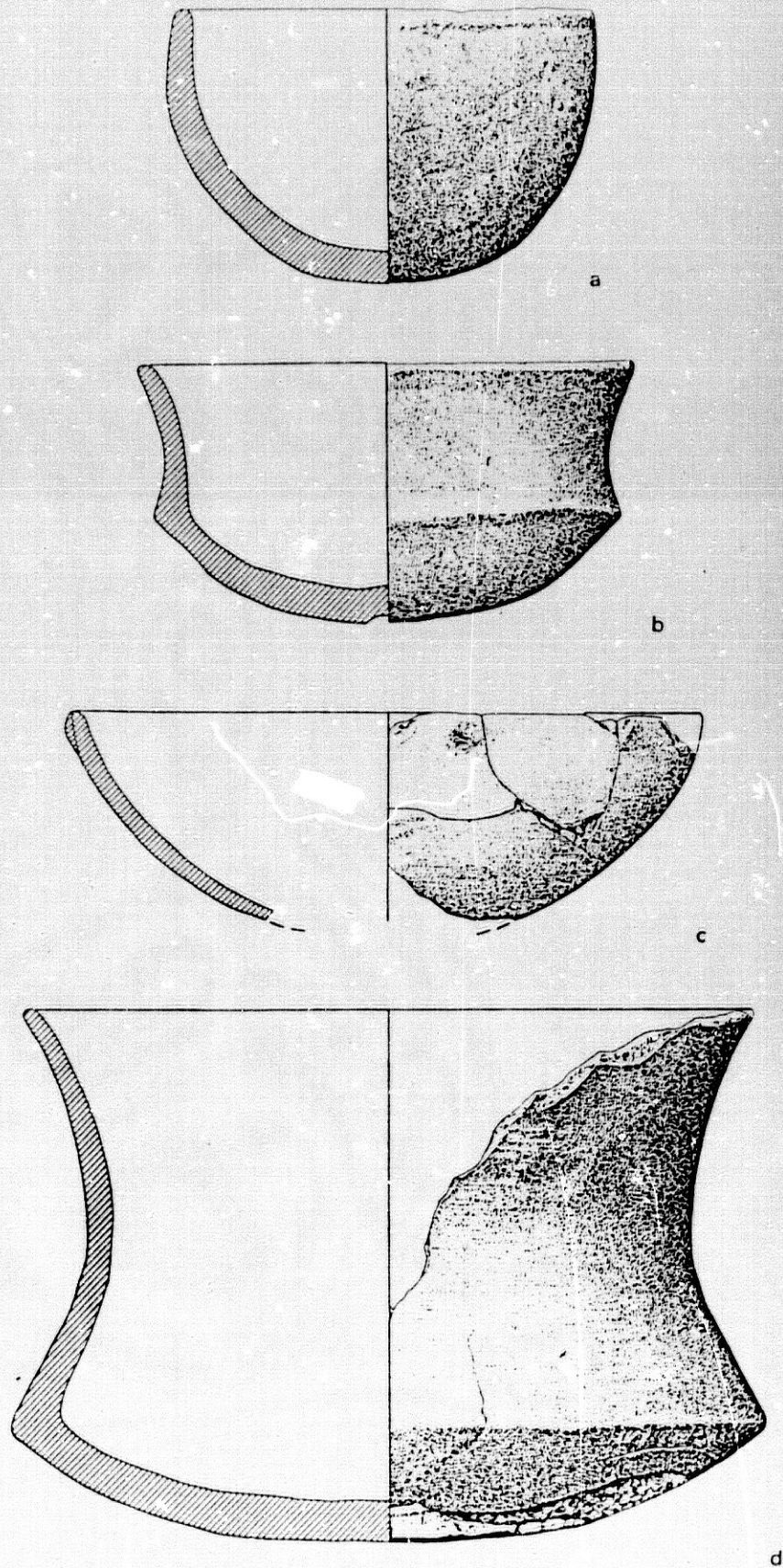
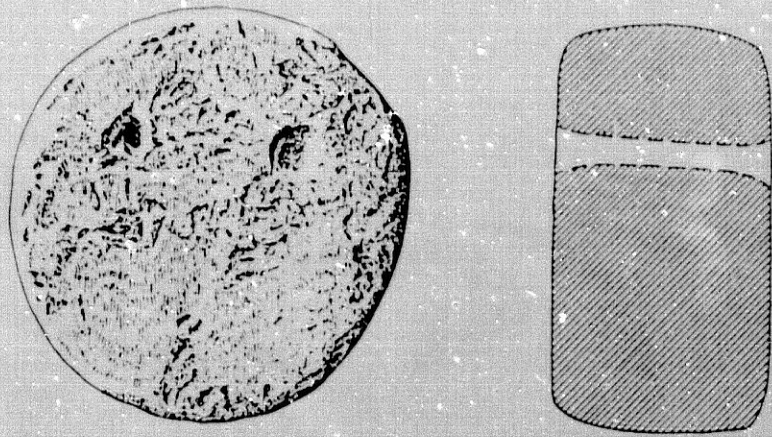
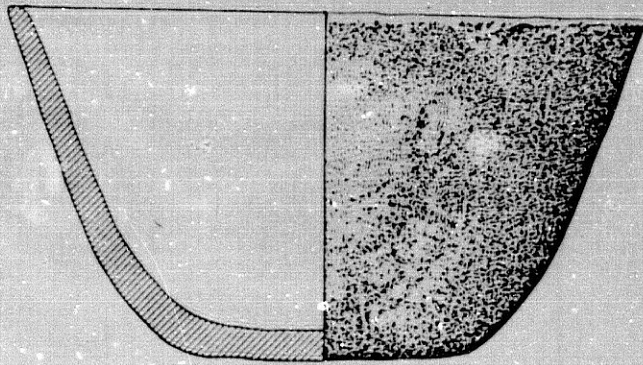


FIG.I, 60

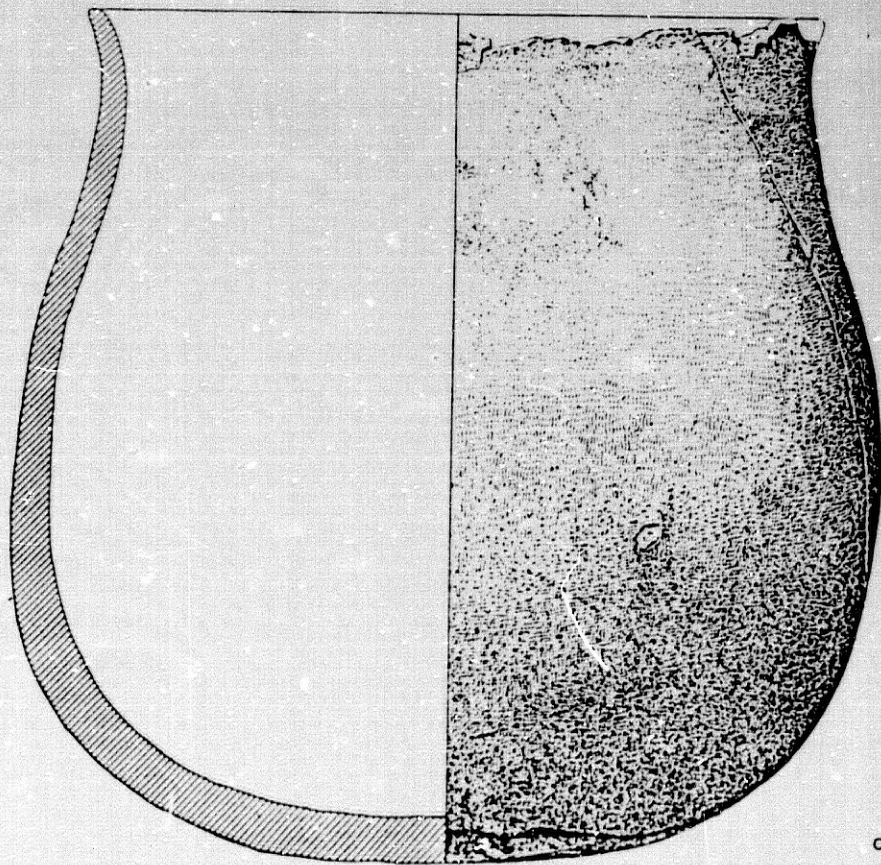
Peñalosa. Formas Cerámicas 1.



a



b



c

FIG.J, 61

Peñalosa. Formas Cerámicas 2.

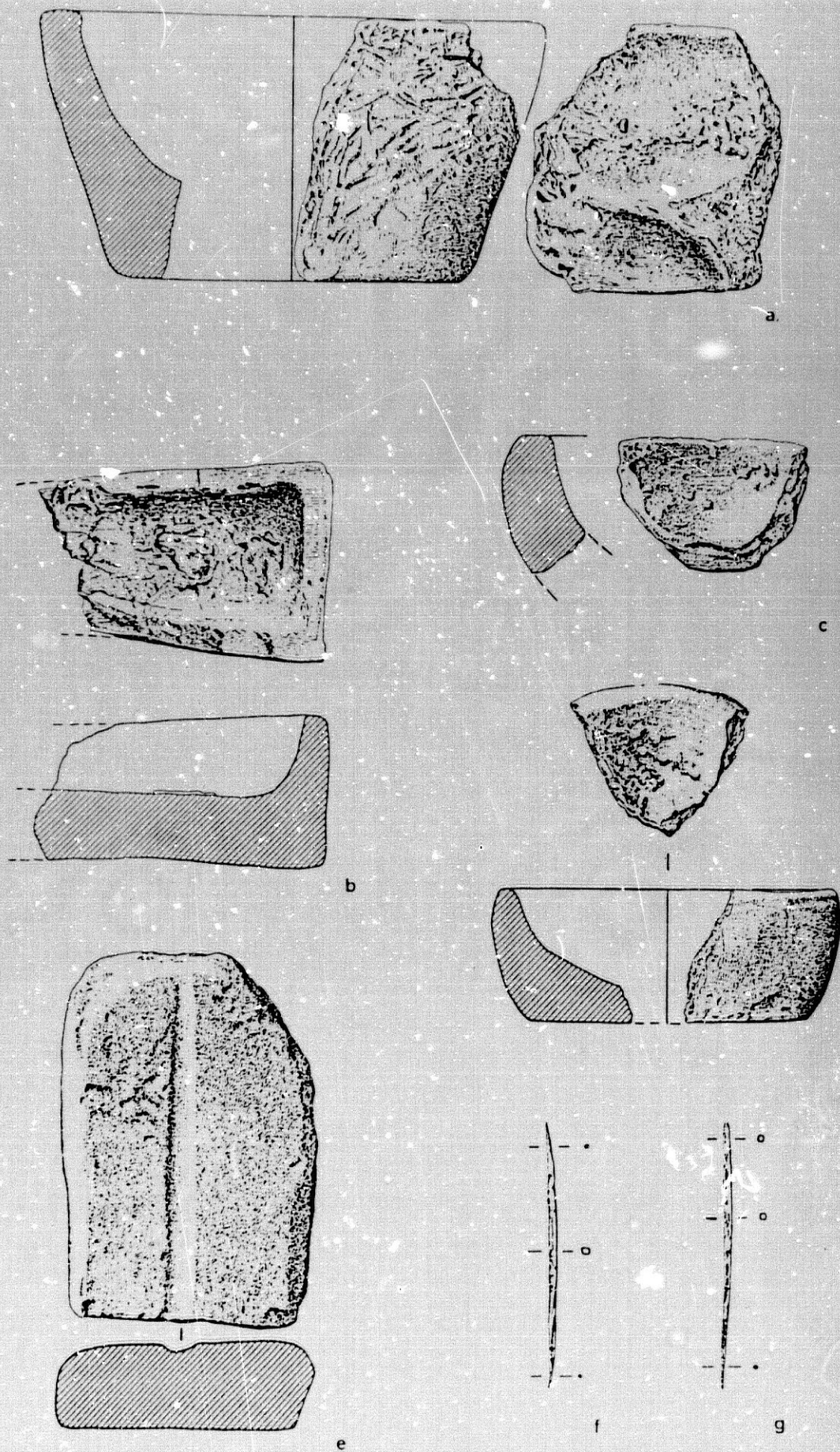


FIG.I,62

Peñalosa. Crisoles de Fundición, Molde de Punzones, Punzones.

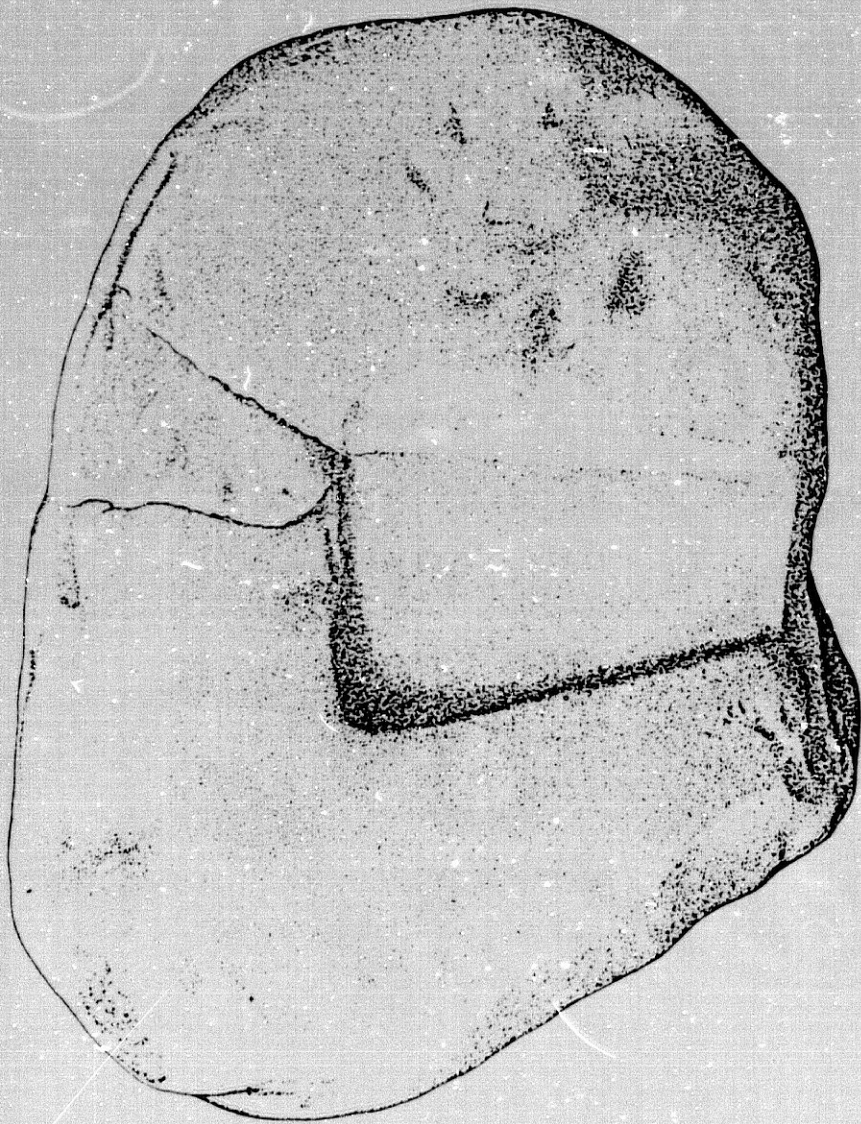
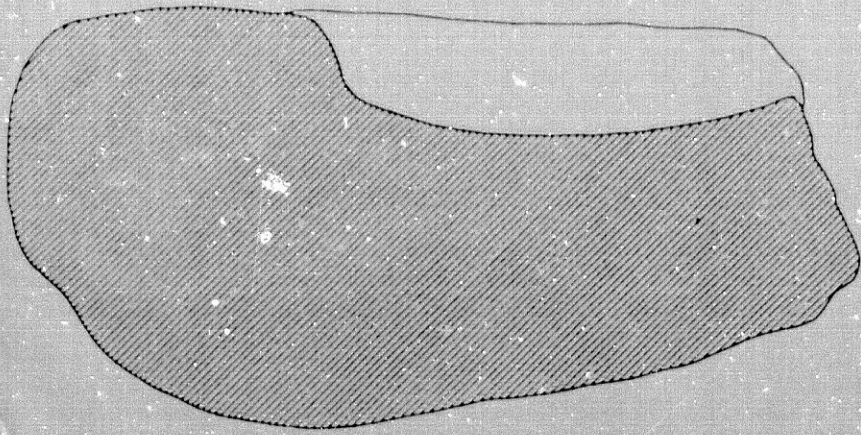


FIG.I,63

Peñalosa. Molde para Hacha en Arenisca.

trazado de muros rectos compartimentados sobre la terraza, que advertía un fuerte cambio en la concepción del asentamiento y en la alteración de su estrategia económica y social. El proceso de sedimentación se vería interrumpido por una fuerte actuación erosiva, a la que sucedería la construcción de una gran estructura cuadrada del Siglo I AC., que a modo de recinto defensivo, venía a desarrollar, constructivamente, la ya natural estrategia visual del Cerro.

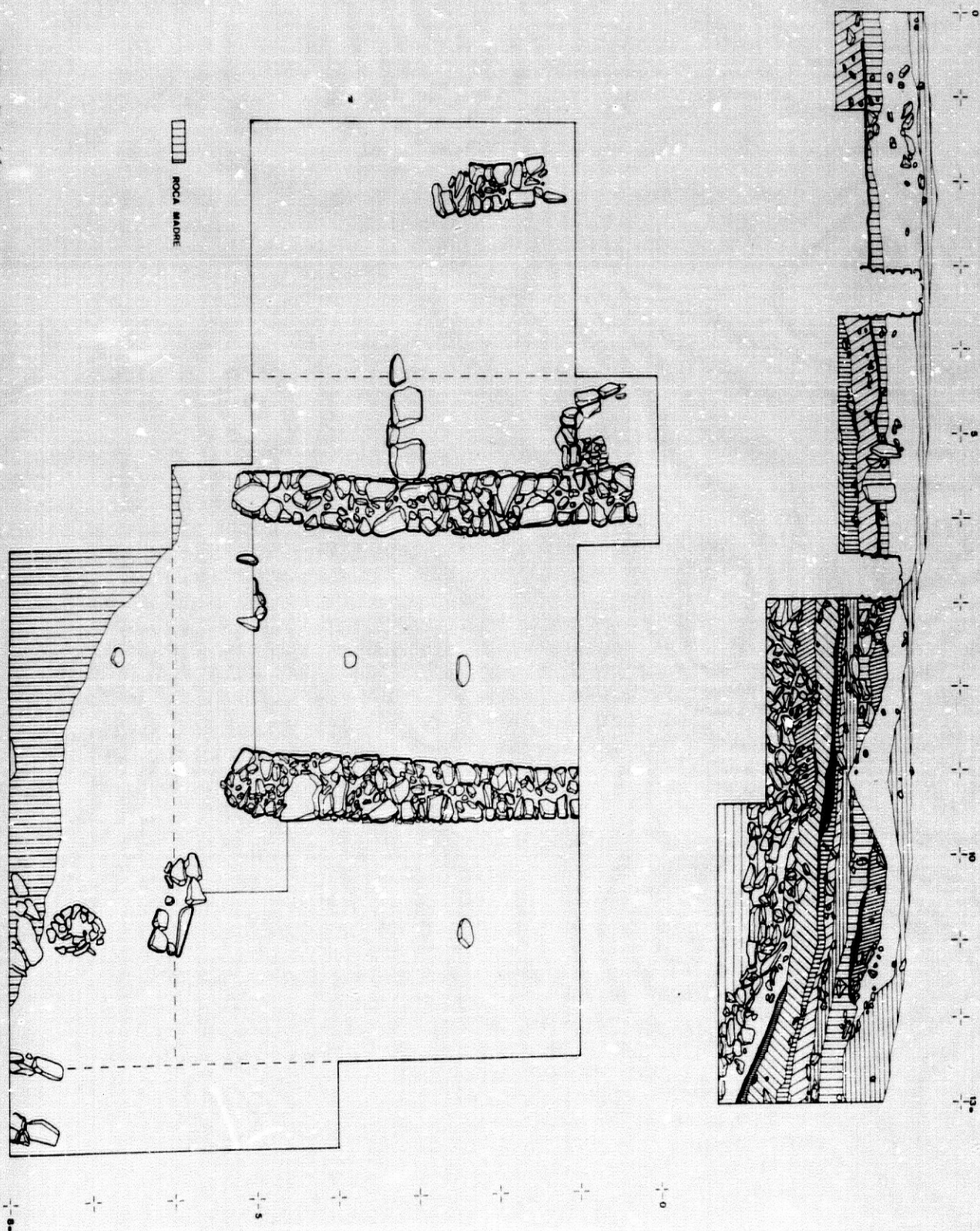
En relación con la ocupación prehistórica, y en función al gran cambio en el patrón constructivo que supuso la distribución de casas longitudinales, construidas en piedra, tras el relleno de la cubeta rocosa por una sucesión ininterrumpida de chozas de materia orgánica, permitió definir tres fases dentro del poblado.

Cerro de la Horca I, suponía la fundación del asentamiento, con un habitat constituido por precarias estructuras de materia orgánica dentro de una cubeta geológica y al amparo de un farallón calizo en la ladera norte de un cerro, estratégicamente situado sobre la fértil vega del Río Guadalbullón, con un control visual, excepcional, hacia la Campiña Occidental y Oriental, así como al curso fluvial del Guadalbullón, que ponía en contacto el interior del Subbético con las Tierras Bajas, en uno de los vados de una tradicional ruta sobre la que hoy se superpone la Carretera Nacional Jaén-Granada.

La documentación arqueológica para esta fase I, y tras la ejecución de ocho cortes, en extensión, sobre la corona del cerro, permitían definir una pequeña comunidad de agricultores, de tecnología fundamentalmente lítica, con el dominio de las hazuelas, molinos, elementos de hoz, etc..., ya clásicos en los procesos de intervención agraria del Segundo Milenio BC. Sin embargo, y frente a la Campiña Occidental, un fuerte componente pecuario, donde dominan los ovicápridos (fundamentalmente capra hircus), que se asentó al amparo de los fértiles suelos del Guadalbullón. Sin embargo, su ubicación distanciada de estos suelos y sobre un cerro de alta intervención visual, define, en una época paralela al horizonte de Cazalilla, la elección del asentamiento en función de la disuasión que debió ejercer la Frontera de la Campiña Occidental, para una comunidad donde la estructura agrícola parece articularse sobre una potente actividad de ganadería, típica del mundo de Piedemonte.

Este nivel de ocupación, inminentemente anterior a la presencia de las cerámicas incisas del estilo Campaniforme, correlacionaba complejos materiales netamente diferenciados de las formas de la Campiña, a nivel cerámico, con la presencia de elementos retardatarios del Piedemonte Subbético, como era un amplio repertorio de cuencos y vasos de superficies no cuidadas y paredes muy verticales, en algunos casos dentadas con suaves presiones de punzón. Sólo la presencia de una única fuente de borde suavemente engrosado, permitía una conexión con la fase I de Cazalilla y Cortijo de la Torre, así como con la fase VI de Albalate. Sin embargo, este único prototipo de Cerro de la Horca no presentaba los características sistemas de decoración prolícora, que para esta época se desarrollaban en la Campiña, y la única presencia de esta fuente, advertía, que en el mismo tiempo y en una proximidad no mayor a 10 Km, un bloqueo político generó dos desarrollos materiales, ocupacionales y económicos netamente diferenciados. En la Campiña

FIG. I, 64
Cerro de la Horca. Estratigrafía General y Planta de la Fase III (Corte 2).



Occidental ninguno de los elementos materiales característicos de Cerro de la Horca se habían documentado.

En Cerro de la Horca II, la presencia de las cerámicas incisas Campaniformes, sólo mostraban un anómalo y exógeno desarrollo material dentro de contextos claramente continuistas de la fase anterior, con calcados esquemas de vivienda y estructura económica. Así pues, sólo el Campaniforme inciso, y algunos tratamientos bruñidos en tonos negros y metálicos, francamente en minoría, sobre una tipología cerámica de pastas poco cuidadas, parecen hacerse eco de los profundos cambios que en los patrones decorativos desarrollaba, en este mismo tiempo, la producción cerámica de la Campiña Occidental (fase Cazalilla II).

Una mayor presencia de vasos de perfil en "S" y carenados, con los bordes vueltos, que adquieren en esta fase un gran desarrollo, contrastan con la tímida representación que estos tipos tenían en este horizonte del Siglo XVII BC. en la Campiña Occidental (Cazalilla III, Cortijo de la Torre II, Albalate VII, etc...). Junto al denominador común que define cierta sincronía, como es el Campaniforme inciso, los rasgos materiales, en el nivel cerámico, que en cada grupo cultural (Campiña occidental/Cerro de la Horca) se presentan como minoritarios, representan la generalidad del vecino, mostrando, así, la dinámica de un contacto bloqueado entre dos Formaciones Sociales asombrosamente retardatarias e indígenas, pero de tradiciones bien diferentes.

Es interesante señalar que la diferencia entre la Campiña Occidental y estas comunidades del Piedemonte, no sólo se circunscribe a los desarrollos cerámicos, la elección de la UGA, o diferenciados perfiles en la cabña doméstica, sino, también, en la organización del acceso a los bienes de prestigio y a los Medios de Destrucción, pues, por ejemplo, aunque Cerro de la Horca II se asemeje a Cortijo de la Torre II, frente a Cazalilla II, en los niveles de intervención agraria, no se corresponden estos, como podríamos esperar en la Campiña Occidental, con la elección de la UGA, que denota una importante intervención estratégica, al exterior de la Frontera, de pequeñas comunidades, como la de Cerro de la Horca, que presentan un acceso a objetos metálicos de carácter ofensivo-defensivo, similares a los de Cazalilla II, aunque en este caso quedan ensonbrecidos por un gran desarrollo del instrumental lítico dedicado a la agricultura.

Al otro lado de la Frontera, la ruptura de la circulación desigual del excedente, es notoria, y las comunidades del Piedemonte que inician la colonización de las tierras fértiles de la Campiña Oriental y el Curso Alto del Guadalbullón, a pesar de desarrollarse en algunos casos sobre reducidos montos poblacionales, presentan un acceso indiferenciado, entre aldeas, sobre los productos básicos de Producción y Reproducción Física y Social, incluyendo los Medios de Destrucción.

Sin embargo, y como plasman otras áreas de los Montes (Arribas y Molina 1979), estos grupos Serranos, asimilarían más rápidamente las ideas del Sureste, frente a la retardataria y enculturada tradición de las Campiñas, que tímidamente nos muestra con la incorporación de algunos y descontextualizados de esos elementos.

Cerro de la Horca, mostraba otra constante al otro lado del "Black Hole" de la Frontera que asentamientos como Cazalilla II estaban definiendo. Sin embargo, frente a yacimientos como Puesto del Obispo, que pertenecen a esta misma época, el sustrato cultural de tradición troglodita presidía el contraste. Con esto, la Frontera Cazalilla II se imponía ya sobre dos mundos con tradiciones culturales y ocupacionales diversas: las Formaciones Sociales de la Vega del Gran Río y las Formaciones Sociales de Piedemonte.

A mediados del Segundo Milenio BC., Cerro de la Horca III refleja un cambio sustancial en las tradiciones materiales, con un gran desarrollo, a nivel cerámico, de prototipos de vasos carenados, en aquellos tipos que parecen caracterizar lo que se ha denominado "Periferia del Argar", sin embargo, los cambios más notorios serían la consecuencia de un nuevo patrón constructivo en la definición de una nueva organización del espacio de hábitat: la estructura aterrazada del asentamiento y la compartimentación del espacio en base a rectos zócalos de piedra, que formando muros medianeros, articulan a su entorno la ocupación, con sucesivas compartimentaciones a modo de hornacinas laterales, características en este momento, también en la Campiña (Cortijo de la Torre III, Albalate VIII, etc...).

Los largos muros medianeros de los que se conserva sus precarios zócalos de piedra, reiteran un similar concepto de espacio de ocupación de forma perpendicular al trazado de la terraza (Fig. I, 64). Sin embargo dichos muros, en ningún caso, llegan a adosarse contra el farallón rocoso, dejando un espacio de paso, a modo de pasillo interior, que comunica cada uno de los lugares que estos delimitan.

El profundo proceso erosivo que había sufrido esta fase, ofrece pocas posibilidades de reconstrucción funcional, salvo la definición de espacios compartimentados mediante lajas de piedra, de forma similar a como ocurría en la fase III de Cortijo de la Torre y la fase VIII de Albalate. Junto a esos muros de compartimentación, una especie de hornacinas adosadas al muro medianero, se perfilan, también, en el sistema constructivo, albergando grandes recipientes de perfil en "S", ligados a procesos de almacenaje para el consumo al interior del hábitat. Este nuevo concepto de espacio de ocupación, que es altamente novedoso respecto a las fases anteriores, parece hacerse eco de las ideas que desde el Sureste, y a través del mundo granadino, estaban llegando, con asiduidad, al Piedemonte. Frente a este caso, y en los contextos de la Campiña Occidental, similares esquemas aparecen asociados a una fuerte y retardataria tradición material, que revela dos formas bien diferenciadas de asimilar estos cambios. La ausencia, en la fase III de Cerro de la Horca, de sistemas de enterramiento asociados al hábitat, parecen manifestar otra de las características de estos grupos del Piedemonte (Ruiz, Nocete y Sanchez 1984), que en algunos casos siguen usando las cuevas naturales y artificiales, o los megalitos, en las áreas donde estos sistemas de enterramiento tuvieron una gran trascendencia (Arribas y Molina 1979; Molina 1983), cuando no la definición de necrópolis de cistas individuales o dobles al exterior del poblado y a una marcada distancia.

En 1987, se publica un trabajo del Dr. Gilman (1987), que vierte una serie de comentarios sobre nuestros trabajos en la Campiña del Alto Guadalquivir.

Para el Dr. Gilman, tres puntos fundamentales de nuestros trabajos merecen una especial crítica:

- 1.-Un catastrofismo ecológico para la explicación de los cambios sociales y ocupacionales de la "Edad del Cobre" a la "Edad del Bronce" en el Alto Guadalquivir (Gilman 1987: 33).
- 2.-Basar una ordenación estatal del Territorio en la simple diferencia de tamaño de los asentamientos (Gilman 1987: 30).
- 3.-Exagerada definición de Estado para las Formaciones Sociales de los Siglos XVIII-XVII BC. en las Campiñas del Alto Guadalquivir (Gilman 1987: 33).

Respecto al primer punto, no podemos, por menos, que advertir, que esta lectura del Dr. Gilman, representa una visión sesgada de nuestras publicaciones, que entresacadas de su contexto, presentan cierta ambigüedad, como esta referencia a un trabajo de 1984, correspondiente al Homenaje a Luis Siret, publicado en 1986 (Ruiz, Nocete y Sanchez 1986), donde estas hipótesis se apuntaban, junto a otras, para explicar los profundos cambios en los patrones de asentamiento para la Campiña del Siglo XVI BC. Sin embargo, y ya en 1984 (Nocete 1984a y b) tal punto comenzaría a contrastarse con registros arqueológicos del desarrollo de las fuerzas productivas, y sobre la base de los sistemas de producción, que precisaban una continuidad, y en 1986, en otra obra que el Dr. Gilman cita, (Nocete 1986), así como en otros trabajos (Nocete et alii 1986), se negaría que cualquier cambio ecológico pudiera haber intervenido en la profunda transformación de la Ordenación del Territorio (Nocete 1986: 92, 95, 96, etc...).

Las recomendaciones del Dr. Gilman, para comprender esta "crisis", sobre la base de las contradicciones de las sociedades basadas en la organización parental, para soportar el desarrollo político (Gilman 1987: 33), fueron planteadas, ya, y para las Campiñas, desde 1984 (Nocete 1984a), y están presentes en un trabajo, por él citado en este artículo: (Nocete 1986: 94 y 95).

En cuanto a la segunda crítica, Gilman nos recuerda un tema ya clásico en nuestros trabajos, al advertir los problemas que suscita realizar conclusiones sobre registros superficiales de la Ordenación del Territorio, si sólo contamos con diferencias en la escala material de los resrtos de la superficie ocupada (Nocete 1984a; Nocete 1986; Nocete et alii 1986), pero, en nuestro caso, las diferencias argumentadas entre los asentamientos residen en que advierten la

presencia de asentamientos especializados en la coerción, hecho que nos situa la División Territorial del Trabajo (Nocete 1984a; 1986; Nocete et alii 1986), como advierte el análisis arqueológico de Cazalilla en su Fase II (Ruiz et alii 1983; Nocete et alii 1986).

La última crítica, es la que consigna a nuestra propuesta de análisis como Ordenación Estatal, en el sentido Ampliado (Nocete 1984a) de la existencia del No Productor, para comprender las Formaciones Sociales de las Campiñas del Alto Guadalquivir en la Primera Mitad del Segundo Milenio BC., como una visión exagerada (Gilman 1987: 33). Quizas el tema del Estado pueda sorprender a un defensor, como es el Dr. Gilman, del concepto Funcionalista de Jefatura, pero en nuestro caso, el tema ha sido expuesto en otras ocasiones (Nocete 1984a, 1986, Nocete et alii 1986, Nocete 1988b, etc...) y lo es en este trabajo, en unos términos que pretenden sistematizar el concepto a la aparición del No Productor, y el de la segregación de una política de coerción entre asentamientos, desde la Teoría de la Transición.

No obstante, y de este trabajo del Dr Gilman, debemos precisar su gran avance, al situarse, teóricamente, y por primera vez, fuera del alcance del Funcionalismo, desde su intención de analizar el concepto de Clase en la Prehistoria. A que en este caso, no podemos coincidir con su propuesta de las valoraciones de Ste. Croix, pues este autor mimetiza los conceptos de Fried (1967), ya superados por Terray (1977), Dupré y Rey (1980), Godelier (1974), etc..., a los que se aproxima, timidamente, el Dr. Gilman, bajo el concepto de "Clases Para Sí" (Gilman 1987: 29), que propugnó Terray (1977:113) en los años setenta.

CAPITULO II. DESDE UNA TEORIA DE LA HISTORIA

La Historia..., pensar sobre el Presente desde el Análisis del Pasado (Fontana 1982), nos sitúa ineludiblemente en la coyuntura de tomar posición ante la Sociedad en que vivimos, y quizás, de una forma más cruda si... el objeto de trabajo, de ese Pasado, es un hecho decisivo de la Historia de la Humanidad, como el Origen y Formación del Estado, al que se vincula, no sólo, y como el Marginalismo pretende, la Historia del "Desarrollo", sino también al de la "Desigualdad" entre los hombres, y la Explotación de unos por otros, iniciando un Proceso cuyo ultimo eslabón es el Presente (Nocete 1986).

El tema, no escapa en su conceptualización y análisis, de ser un objeto más de la lucha ideológica y política por el Poder, entre quienes lo poseen, y quienes lo persiguen, recurriendo a la Historia para justificar su uso, posesión y su transformación o destrucción.

Reproducir y criticar el orden establecido, es la doble vertiente del ejercicio eurístico de la Historia, y a esa doble vertiente, no escapa la investigación, ni aún, argumentando una pretendida asepsia, escudándose bajo la flamante armadura del "Método" y de la "Ciencia" (Harvey 1978; Fontana 1982), de una falsa neutralidad ética, que hasta en su negación, rebela la alineación.

Quizás a algunos de ustedes pueda sorprender esta descarnada posición, como miembros de una Sociedad donde la "Ciencia", como aséptica y estocástica fijación de la Realidad, ha pasado de ser un "slogan", para convertirse en un Valor Moral, y su Propaganda, que en los círculos académicos, ha centrado el esfuerzo en un debate de Métodos, relegando la siempre peligrosa Teoría.

"Pero el Estado, debió nacer un lunes, pues con él nació la semana laboral"

(Sabater 1980).

La naturaleza del Estado, y con él, la del Poder, como epíteto omnipresente al sustantivo, desde su formación, fue cuestionado visceralmente, como relatan las Mitologías de los Orígenes, donde éste, el Estado, se presenta dentro de una lucha ideológica que justifica una contradicción, también omnipresente al proceso: la Afirmación/Negación de la Comunidad. El hecho, revela la traumática verticalización de la sociedad ante un manifiesto empeño por mostrar su necesidad. En la propaganda, el Cosmos se opone al Caos, la fertilidad a la esterilidad, lo divino a lo humano, etc..., como atributos de una Nueva Ordenación Social que se esfuerza en presentarse como un mecanismo Integrador, teleológicamente necesario: el Estado.

Pero la insistencia sobre esta imagen, no es más que el indicio de que la transformación social necesita recurrir, para su afirmación, a una lucha ideológica que esconde una violenta imposición.

Sólo cuando el Estado se consolida, o se impone por la fuerza violenta manifiesta, la Coerción y la Represión (subliminares a la ideología integradora) asumen la forma de un Conflicto, que explícito o implícito, es inseparable de su Origen, siendo la forma de manifestarse la consecuencia de la coyuntura de su afirmación.

Tras la consolidación del Poder, la Reproducción Social es unidireccional, y sólo aparece un interlocutor, el Estado, que jamás olvidó la lucha ideológica, y siempre estuvo en guardia para autoreproducirse, pero ahora recordando su existencia, dando paso de la teleología de su necesidad, como inventor de la Civilización, Desarrollo y Progreso, propios de la Transición, a la iconográfica y teatral manifestación de su incuestionable omnipresencia, con las señas de su verdadera naturaleza: la Coerción y la Represión.

Ni Platón, ni Aristóteles, ni los Estoicos, ni los Epicúreos, ni en el seno de la Ilustración Griega (Hausser 1976), jamás se cuestionaría la Naturaleza del Estado. Estado y Sociedad se dieron simultáneamente y unilateralmente, como el Cosmos se oponía al Caos, como la Libertad frente a la Esclavitud, también eran incuestionables. Recordemos quien escribe la Historia, pues ésta es unidireccional, y desde luego, no conocemos la concepción del Estado que posee el esclavo.

Sin embargo, en el seno de este único interlocutor de la Historia que nos llegó, si existía un debate, que a pesar de no cuestionar la Naturaleza del Poder, pues la inalterabilidad de una doble humanidad: ciudadano/no ciudadano, libre/esclavo, suponía la base inalterable de la Reproducción Social. Se cuestionaba, por tanto, la forma del Poder, como reflejo, en el ámbito de la Polis, del enfrentamiento por conseguirlo, entre Aristocracia y Oligarquía, que ideológicamente generaron el debate de la organización Geométrica del Universo y de la Sociedad, bajo el auspicio del Mundo de las Ideas, o el derecho a gobernar de los hombres de la Areté (Pitagorismo-Platonismo), frente a una concepción Aritmética (Gorgias, Efiltes, etc...) de una Democracia Oligárquica, y con la crisis de la Polis, cuando la argumentación se basaba en la Ley Natural de un Estado Universal, como la Cosmópolis de Aristóteles y Alejandro.

Monarquía, República e Imperio, retomarían el debate de la forma del Poder, y la lucha social entre las clases dominantes, en una naturaleza también incuestionable, con el desarrollo del Esclavismo.

El debate se interrumpe, como se interrumpe la Historia Escrita, cuando la Moral Cristiana, retomando la Cosmopolía Aristotélica, y el pensamiento Estoico, expresaba el Orden de la Sociedad fuera del hombre, donde el Poder, como refleja la Filosofía Tomista, no debía ser más que un reflejo de la Ciudad de Dios. Esta interrupción del debate, muestra una Reproducción Social Ampliada, donde la Superestructura Ideológica, juega un role dominante en la Piramidal Ordenación Social de la Espada y el Pantocrator, y habría que esperar, a que una nueva clase social, en su lucha por el Poder, se cuestionase, no sólo la forma, sino la Naturaleza y la Ontología del Estado: la Burguesía.

El debate abierto en la esfera ideológica, como frente paralelo a la

lucha política y social, tendrá su punto algido en el umbral de la consecución del Poder por la Burguesía en el Siglo XVIII. Dos grandes corrientes de pensamiento, resumen el panfleto ideológico de esta clase social. La Escuela Escocesa, en Inglaterra, donde la Burguesía en el Poder, tras el pacto político y social, desde la Gloriosa Revolución de 1688, con la Aristocracia Terrateniente, se esfuerza por demostrar la necesidad de un Estado, asombrosamente mimético a la forma del Pacto Constitucional que llevó al entendimiento de los dos interlocutores, del bi-partidismo, de la estructura bi-cameral, etc...

El Estado, se presenta así, como una necesidad humana, y la simbiosis Aristocracia Terrateniente y Burguesía Mercantil, se refleja en la articulación Fisiocracia-Mercantilismo. En esto, el Estado se asocia también al Cosmos y a la Civilización que representaría la Agricultura y el Comercio, frente al Caos y al Salvajismo de las Sociedades Cazadoras y Recolectoras. A través de la teoría causal de Copérnico y Bacon, se formula la concepción del Poder y el Estado que encarnan Hobbes y Locke, al presentar a éste, como una necesaria solución para la civilizada relación entre los hombres, pues son "lobos entre sí", y la fórmula: "El Contrato Social", tal y como se buscó el equilibrio entre las Fuerzas Sociales. Desde esa plataforma, Adams Smith mostraría la teleología del Capitalismo al presentar al Estado como un fenómeno emergente de la Propiedad Privada, para defenderla y garantizarla, en el más puro concepto Whig del Poder (Fontana 1982).

Al otro lado del Canal de la Mancha, y en Francia, el Pacto no fue posible, y los conflictos de intereses irreconciliables, hasta llegar a la lucha violenta por el Poder, entre Nobleza y Burguesía, lucha que se expresaría, previamente, a través de un debate ideológico, donde la Concepción, Forma y Naturaleza del Poder, sería el principal caballo de batalla.

Mientras la Nobleza Aristocrática, se esforzaba en demostrar el origen divino del Poder, para justificar así el Despotismo Ilustrado, los sectores más progresistas de este grupo social, intentaban buscar una solución "a la inglesa", como es el caso de Turgot, que abría una discusión sobre la Forma del Poder, pero no sobre su Naturaleza, en una defensa a ultranza de la Propiedad.

Pero los intereses mercantiles y comerciales de la Burguesía Francesa eran irreconciliables con los de la Nobleza Aristocrática y terrateniente, y Malvy inicia una feroz lucha contra la Fisiocracia, mostrando la inviabilidad del Contrato Social. Rousseau (1762), en la herencia de Maquiavello, propugna el uso político de la Historia para conseguir el Poder.

En Rousseau, la Propiedad, en general, no se discute tampoco, pero sí la Propiedad de la Tierra, donde él encuentra la causa del origen de los gobiernos injustos, situación que le lleva a una nueva concepción del hombre cazador y recolector, que lejos de suponer el salvaje del Caos y la oscuridad, es el hombre feliz, el Emilio de la Naturaleza.

En esta dinámica, y en los sectores más radicales de la Burguesía Francesa, se desarrollan las ideas de Montesquieu (1748), que vienen a

cuestionar, no sólo la Forma del Poder, sino una Naturaleza, que había que desvincular de cualquier Universalidad, o el reflejo de Leyes Naturales. Concebida como el fruto del hombre, podía transformarse. El Estado, pues, debía entenderse como una creación humana al servicio del ejercicio desigual del Poder: la Coerción.

Tras el triunfo de la Burguesía en Europa, se intentaría olvidar y enterrar esas banderas ideológicas tan peligrosas, como los derroteros que la Revolución Francesa estaba asumiendo, iniciándose la represión política y la búsqueda de una nueva definición del Estado, que se asumiría nuevamente como una teleológica necesidad, para la justificación y explicación del Capitalismo. Así, en Francia, de las ideas de Thiers y Gizot, que mostraban la existencia de conflictos de clases en la Historia, aunque a favor, claro está, de justificar la conquista del Poder por la Burguesía, y de la igualdad del hombre de Rousseau, se daría paso a la búsqueda y demostración de la innata desigualdad humana, como planteaba Condorcet, y la negación de la división social en clases.

Tras 1814, y con la Restauración, los Cien Mil Hijos de San Luis, también se harían presentes en el Pensamiento, y la Teoría de la Historia daría paso al Historicismo y al Particularismo Histórico, emergiendo un concepto que nos resulta muy familiar: "La Ciencia Positiva".

El Positivismo de Comte, como pacífica aplicación de la Ciencia, Ranke y el Historicismo Alemán, los datos, fechas e individuos descontextualizados, mostraban una Historia que ... distanciaba intencionalmente el Pasado, y donde Dios sustituiría al Progreso Revolucionario en el Motor de la Historia, como ejemplo de una Burguesía en el Poder que renunciaba a sus planteamientos revolucionarios, a la búsqueda de una Sociedad sin conflictos, favorable al Proyecto de un Nuevo Progreso, el de la Producción Material, y el de la Acumulación de Riquezas. En este contexto, de la "Ciencia Elanda" del Positivismo, emergería la Arqueología del Artefacto, del Anticuario, de lo Curioso y lo Anecdótico.

Sin embargo, una clase social que nació con la Burguesía Industrial, reiniciaría la apertura del debate ideológico sobre el Poder, su Forma, y su Naturaleza, paralelo al debate social de transformar un Estado que la situaba en el lugar más desfavorecido de las Relaciones Sociales de Producción: la Clase Proletaria.

A fines del Siglo XIX, se iniciaría, así, un debate que aún perdura sobre el Poder, y con él, sobre la concepción del Estado, por un lado, por la Burguesía, que en la Reproducción Ideológica de las condiciones sociales que la mantienen en el Poder, intenta presentarlo como una teleológica y humana (sustitución de la divina) necesidad histórica del hombre en sociedad: Teoría de la Integración. (Haas 1982).

De otro lado, y en la herencia de Montesquieu, el Estado se presenta como una institución eminentemente política, de carácter coercitivo, impuesta al hombre por el hombre, emergente de la Propiedad Privada, y reflejo de un conflicto social, que ha de transformarse (Marx y Engels 1848) o destruirse (Malatesta. 1904): Teoría del Conflicto de Clases.

(Haas 1982).

En los últimos años, sin embargo, encontramos posturas teóricas de esteril eclecticismo, donde argumentaciones del conflicto y propuestas metodológicas de análisis marxistas, se desarrollan en la definición del Estado, como un conflicto, pero renunciando a la estructura de clases que lo engendra. Es decir, asumiendo la forma, pero no el fondo de una teoría práctica del compromiso político, social e histórico, conformando una corriente intermedia, de gran desarrollo en el mundo anglosajón, y fundamentalmente en U.S.A. que se aproximan a ese concepto de uso pacífico de la ciencia, y al reciclaje de la Teoría de la Integración, que podemos definir como: Teoría del Conflicto Light.

II.1. TEORIA DE LA INTEGRACION: EL CAMBIO CULTURAL.

"El Estado Primitivo se desarrolla como un mecanismo integrador para la coordinación y regulación de las partes que forman la Sociedad"

(Service 1975)

La Teoría de la Integración, sin duda alguna, tiene su origen, con el del Estado, y aunque se ha ido formando a lo largo de los milenios en que éste se ha desarrollado, adecuándose a los términos de la lucha de clases en el nivel ideológico, en este caso la presentamos desde sus momentos más recientes, y en concreto desde la lucha ideológica de la Burguesía, en su tradición de justificar el Poder frente a los nuevos postulados de la Teoría del Conflicto de Clases.

Desde esta dirección, la formulación más completa, la debemos a la Filosofía de Durkheim (1933), en su intento de presentar al Estado como una Institución de Poder emergente del desarrollo de la coordinación de los fines de la Comunidad Natural.

Sin embargo, serían los trabajos de Moret y Davis (1926) en la segunda década de Nuestro Siglo, donde encontramos el primer intento de explicar el Origen del Estado en la Prehistoria, desde la negación de la Lucha de Clases, y bajo los auspicios de un Empirismo esforzado por integrar el pensamiento sociológico de la época con la Arqueología. Siguiendo a Durkheim, y apoyándose en las teorías de Malthus, Moret y Davis encontrarían en la Presión Demográfica la causalidad de la emergencia de la Concentración, en manos de los mejores miembros de la Comunidad Natural, de los mecanismos de Coordinación, de la Regulación del trabajo y su Organización, entendidas como un proceso en torno al cual emergen los focos comerciales y religiosos (1926: 120-130) que definen la Civilización.

En esta línea, que posteriormente encontramos en sociólogos como Parson (1951), Davis (1949), y antropólogos como Mair (1962), el

Origen del Poder se expresa como una necesidad histórica en la línea de Gumplowicz (1899), Oppenheimer (1914) y Krader (1968), donde el Estado se presenta, pues, como una necesidad "que persigue similares fines que la sociedad sin Estado, como es la afirmación de la continuidad de la existencia humana" (Krader 1968). Junto a esta teleología histórica, y ya desde estos trabajos, una segunda necesidad se muestra subliminariamente: la justificación del Presente, que se expresa como el último eslabón de una lineal y progresiva sucesión de etapas, que teóricamente se concretarían en el Evolucionismo, segundo pilar de la Teoría de la Integración (Steward 1955; Service 1971; etc...).

El tercer pilar de esta Teoría, se desarrollaría tras los trabajos del antropólogo Radcliffe-Brown (1950, 1952) y su ahistórica definición de las Sociedades, mediante la reducción de éstas a una totalidad funcionalmente integrada. El conocimiento de la Historia de cada Sistema, entendido como proceso o causalidad, no tendría ningún valor, y la propia Historia, se reducía así a una sucesión de acontecimientos causales: el Funcionalismo.

Con este rechazo al Proceso, las funciones a que se reduce la sociedad, permiten crear etapas lógicas de homologación entre Presente y Pasado, bajo un denominador común: "la Adaptación", como desarrollaría la última generación funcionalista con la aplicación de la Teoría General de Sistemas (TGS), donde Evolucionismo y Funcionalismo se presentan como un único desarrollo teórico. Así, el Presente, no se explicaría por el Pasado, sino por su propia estructura y por la función de sus partes, como también asumen Mauss (1967) y Malinowsky (1944). Aunque desde el Funcionalismo se reconocía la Sociedad sin Estado, éste, se reducía a una multiplicidad de concepciones jurídico-administrativas.

En la Teoría de la Integración, cuando el Conflicto se acepta, se aleja de las relaciones sociales (Spencer 1967), expresándose en la forma de la relación, "Contacto Cultural", entre diferentes poblaciones, fruto de la Difusión (Price 1967) o la Guerra (Service 1962).

En la Guerra, encontraría, en principio, la Teoría de la Integración, la solución al debate del Conflicto, mostrando que éste sólo podía obedecer a la presión de unas poblaciones sobre otras, explicando exclusivamente la casuística e las guerras, sus características, etc..., pero nunca las relaciones sociales que la generan, y que generan, en el dominio de unos hombres sobre otros. Esta expresión teórica se definiría en la denominada: Teoría de la Conquista.

El cuerpo teórico de la Conquista, retomaría, así, las ideas desarrolladas en el Siglo XIV por Ibn Khaldun, y en el Siglo XVI por J. Bodin, los trabajos en el Siglo XIX de Gumplowicz (1899), y ya en el Siglo XX los de Oppenheimer (1914), Moststadler (1944), etc..., formando un modelo que llegaría a ser ampliamente aceptado (Krader 1968; Service 1978; etc...).

De la obra de Gumplowicz (1899), se resaltaría la teoría de que la Propiedad y el Estado, al ser consecuencia de la Guerra, permitían

rechazar las tesis del Conflicto, donde el Estado se presenta como una Institución Política para la defensa de la Propiedad. Desde los trabajos de Oppenheimer (1914: 27-52), se intentaría trasladar el Conflicto de Clases a un Conflicto entre etnias, o estructuras económicas, como la dicotomía pastores/agricultores, perfilando una teoría de amplia aceptación en las tesis de la Conquista, bajo el eterno presupuesto de la movilidad y belicidad de los pastores nómadas, que presionan a las sedentarias y pacíficas comunidades agrícolas, para, así, observar y explicar los Procesos Sociales de Jerarquización en Africa (Thurmwald 1965; Oberg 1940).

En este reduccionismo del Conflicto, a un concepto de Clase entendido funcionalmente (pastores/agricultores), desde un inocente y burdo marginalismo, se correlacionaría la formación del Estado (Gumplowicz 1899: 222-228; Oppenheimer 1914: 92-105) con la unificación de los Grupos Dominantes de los pueblos invasores y las Aristocracias de los conquistados, alejando la Coerción a un Conflicto ajeno a la propia organización social, y causado por la casualidad histórica de la Guerra, entendida como una condición universal e innata a un Hombre, guiado por la Selección Natural. Así, la Guerra, reflejo de un conflicto ajeno a la estructura social, se perfila como un claro fenómeno de Integración bajo formas de Gobierno Centralizado (Webb 1973, 975; Webster 1975; Harris 1977), en la línea expresada por Carneiro en 1970 de la integración conquistador-conquistado.

La obra de Carneiro (1970), supuso la primera revitalización de Spencer (Haas 1982) sobre las hipótesis de la Guerra como motor de la "Evolución Social" (Carneiro 1970: 207) al presentar como estructura causal de la Guerra la Presión Demográfica generada por una Circunscripción Medioambiental (1970: 134). En esta misma línea, se desarrollarían los trabajos de Willey (1975) sobre la circunscripción de los Valles del Perú, y los trabajos de Johnson (1973), asumiendo las hipótesis de la competencia por la tierra en Sociedades de Agricultores de Changon (1970: 249-251) para explicar los casos donde el bimorfismo pastor/agricultor no podían demostrarse.

Un sofisticado posibilismo generarían los trabajos de Webb (1975) y Webster (1975), al intentar conceptualizar las casuísticas de Carneiro y Changon, buscando una línea de evolución endógena, distanciada de la Conquista, aunque sobre la base de la Guerra, la Presión Demográfica y la Circunscripción Medioambiental. Para Webb y Webster la Guerra, al interior de la Sociedad, proporcionaba una emergencia de Rangos con una primera Estratificación Social, por la función adaptativa y direccional de segmentos de élite que muestran en ella el acceso a recursos que las diferencian del resto de la Comunidad (Webster 1975: 469). Aunque Webb y Webster reconocen en el Estado un mecanismo de control coercitivo, en las condiciones de su emergencia, difieren sensiblemente. Para Webb (1975: 172) surge directamente de la Circunscripción Medioambiental y/o de la Presión Demográfica sobre los límites medioambientales, donde la Guerra supone el motor para la emergencia de Rangos, y con ella, de la Estratificación Social y económica. Para Webster (1975), la Evolución, se presenta algo más compleja, en una yuxtaposición de diversas zonas medioambientales de diferenciado potencial productivo, que provocan que el aumento demográfico se muestre en la ocupación del área periférica, limitando

y circunscribiendo las áreas de una óptima productividad, provocándose la Guerra por el conflicto de su uso, marcando, así, la Jerarquía Social en el área limitada, con la coordinación de las funciones defensivas.

Frente a Carneiro, Webb y Webster, ven en la Guerra un mecanismo para la obtención de recursos básicos suplementarios, y no un mecanismo de Conquista. Sin embargo, y al igual que Carneiro, ven en la Guerra una causa del Estado, y la Circunscripción Medioambiental, como la causa de la Guerra, cuando la Presión Demográfica se erige como su trasfondo, obviando, la intervención en el Proceso de las estructuras de las Sociedades en transformación, emergiendo en su modelo, y por tanto, los Rangos Sociales de forma espontánea, sólo con el aumento demográfico, en un intento sofisticado de negar la Teoría del Conflicto, pues la Jerarquización Social y los conflictos de intereses, para estos autores, lejos de ser la causa, son la consecuencia del Proceso.

A pesar de la debilidad teórica de este posibilismo, que es independiente del grado y forma de organización social de unas comunidades que se ven avocadas a una circunscripción medioambiental por una natalidad en aumento, que también parece ajena a la Sociedad. Sin embargo, y a pesar de estos problemas, el posibilismo de Webb y Webster, y las teorías de Carneiro, gozarían de un gran éxito, sirviendo como bases explicativas para la definición de los Procesos de Formación del Estado en Mesoamérica (Coe 1968; Sanders y Price 1968; Rathje 1972; Wolf 1976; etc...).

En el desarrollo del Intercambio, también se centrarían los esfuerzos de la Teoría de la Integración, para observar el Origen y Formación del Estado, desde una escala Interregional propicia para expresar éste como un proceso de Difusión desde las áreas nucleares de su origen, o el desarrollo, con la demanda de productos lejanos, del encumbramiento de élites y rangos locales (Childe 1936; Bernal 1968; Webster 1976; Rathje 1972; Coe y Diehl 1978; etc...), a la expresión del intercambio en una escala más restringida, de carácter Intrarregional (Johnson 1973; Marcus 1975; Wright y Johnson 1975; Wright 1977; Isbell y Schneider 1978; etc...), fruto de la necesidad de centralización para la coordinación de la explotación de diferenciados nichos ecológicos.

Sin embargo, y al igual que ocurría con la Guerra, Circunscripción, Demografía y Adaptación, se presentarían como las causas de Coordinación y Centralización, en una exposición de las funciones del Poder, pero no, de las explicaciones de su formación, obviando nuevamente el desarrollo preciso de la organización social.

Sin duda alguna, lo más interesante de estos trabajos fue la correlaciones arqueológicas de los niveles de "Toma de Decisiones", en la orientación del intercambio y las aplicaciones de la Teoría del Lugar Central (Johnson 1973: 101-113) con un desarrollo más descriptivo que explicativo, donde el Estado se expresaba como "una Sociedad con actividades administrativas especializadas, reconocidas en tres o más niveles jerárquicos para la toma de decisiones" (Wright y Johnson 1975: 257), modelos trasladados desde las Llanuras Iránicas al Perú (Isbell y Schneider 1978), afortunadamente criticadas (Yoffee

1979: 20) por su generalización y descriptiva inoperancia para mostrar el Origen de un Estado, que se observaba como atributos de un puntual particularismo, más que como una definición del concepto.

En una línea similar se expresaba el Motor Causal de la Intensificación en la Producción desde los trabajos en 1957 de Wittfogel, quien llegó a plantear la Intensificación de la Producción bajo las premisas de la Irrigación, y ésta, como factor causal del Estado, en el caso de comunidades de tecnología preindustrial, a cuyo amparo emergía una Jerarquización Social que se alineaba cubriendo funciones de organización de las costosas y complejas obras hidráulicas, control del calendario, etc... (1957: 29-43), como instituciones multifuncionales que se expresaba en gobiernos teocráticos (1957: 239) derivando hacia Estados Despóticos y Represivos. Con Wittfogel, no sólo se enfatizaba la Integración, en la necesidad de cooperación para el desarrollo del Estado (1957: 33), sino que se iniciaba la caza y captura de los Estados Hidráulicos donde se intuían condiciones de rigor climático (Gilman 1976), situando en la mayor parte de los casos, las manifestaciones de cierto tipo de Estados, como la causa universal de un proceso de mayor complejidad. En el trasfondo, la adaptación a la relación Hombre/Medio, y la Presión Demográfica, claramente descontextualizados, se convertían en las bases del nuevo paradigma.

En los años 60, Bosserup (1965), permitía la base documental para la búsqueda de Procesos de Intensificación en el nivel agrario, para las sociedades no hidráulicas, donde la Teoría de la Integración encontró el apoyo y universalidad de este modelo como causa del Estado, bajo los ya eternos auspicios de la Presión Demográfica sobre el Medioambiente.

Sin embargo, y al igual que ocurría con la Guerra, Comercio e Irrigación, desde la Teoría de la Integración, este Motor Causal sólo era capaz de mostrar un modelo de funcionamiento, pero en ningún caso el Proceso de Formación del Estado, confundiéndolo con una reducida causalidad, donde estas manifestaciones, al ser más su resultado que su causa, acabaron por restringirlo (Estado) a Sociedades Monumentales, engrosadas por funcionarios y un cuerpo palacial, en un uso restringido y particularista del concepto.

A finales de los 60, y principios de los 70, en la Teoría de la Integración, Evolucionismo y Funcionalismo se presentarían como una única e inseparable expresión teórica, coincidiendo con el rechazo al unilinealismo del Motor Primario, dando paso del Evolucionismo Lamarckiano a un Evolucionismo Darwinista, y con él, a una multilineal causalidad de la Transformación Social (Wright 1970).

Desde el Evolucionismo, sin embargo, se perfilaría la Transformación Social bajo un rígido armazón de etapas sucesivas, necesarias y progresivas (Bandas, Tribus, Jefaturas, Estados) predecibles, que denotan una teleológica historia de la humanidad cuyo fin es la justificación del Presente como el final vivido-viviendo, de una cadena de pasos denominados "Cross Cultural", término que reduce la Historia a una suma ordenada de transformaciones que atienden a mejorar el funcionamiento de instituciones generadas con la necesidad

de la vida en sociedad, recordando las viejas justificaciones del Intervencionismo Colonial Decimonónico de corte Marginalista y a modo de una carrera de inercia imparable.

Desde el Funcionalismo, y en su facies renovada con el aspecto de un cuerpo de leyes que garanticen su cientificidad, "Cultura" y "Cambio Cultural" serán los pilares del armazón teórico de la explicación de las etapas de la Evolución y el paso de una a otra. La Antropología sustituye a la Historia, negando el Proceso como mecanismo eurístico, en favor de instantáneas del funcionamiento de unas "partes" desconexas a las que se reduce la Sociedad. En cierta forma no es de extrañar que esta negación del Proceso surja en el seno de países de larga tradición Colonialista o en aquellos donde la raza blanca había exterminado a las poblaciones autoctonas. El objetivo: la explicación de la Variabilidad Cultural, y con el, un nuevo concepto de "Cultura", alejado de las definiciones normativas de los viejos conjuntos no jerarquizados de rasgos correspondientes a ideas mentales, expresándose como un mecanismo adaptativo, siguiendo a White (1959), y el desarrollo de un cuerpo eurístico con la TGS y en especial de la Teoría de Ecosistemas y la Información (Maruyama 1963; Vayda 1969; Rappaport y Vayda 1968; etc...), de fuerte implantación en Arqueología como documenta la extensión de conceptos como "equilibrio" y "adaptación" para la explicación de las transformaciones sociales.

Flannery en 1972 (Flannery 1972) al presentar su modelo interpretativo de la "emergencia" (término que recalca la generación espontánea) de las llamadas "Sociedades Complejas", se expresa en los términos de Binford:

"we can...expect variability in and among components to result from the action of homeostatic regulators withing the cultural system and its environment".

(Binford 1972: 107)

El problema, se reduce así, a una relación de equilibrio Hombre/Medio, al presentar la "Cultura" como un mecanismo homeostático regido por un instinto de conservación para minimizar el Cambio, como claramente nos define Binford (1972:20) al precisar que el Cambio en el Sistema Cultural puede observarse en el contexto adaptativo entre los contextos social y medioambiental, pues en definitiva, siguiendo a White, la Cultura es para Binford:

"The extrasomatic means of adaptation for the human organism"

(Binford 1972: 22)

La "Cultura" se observa, pues, desde este "New Funcionalismo" como un Sistema interactivo de conducta con un significado adaptativo (Plog 1975), y la "Adaptación", como un problema local en la presión selectiva hacia nuevas formas culturales resultantes de un

desequilibrio en la relación Hombre/Ecosistema (Binford 1972:431). Este énfasis funcionalista llegó a identificar las relaciones entre variables del sistema sociocultural (H/Medio) (Densell 1978) en línea hacia un empirista y posibilista concepto de Ciencia (Cuantificar, predecir, etc...) creando un cuerpo de Leyes Generales sobre el Proceso Cultural (Binford 1972:199) desde un Método Hipotético-Deductivo (Watson et alii. 1974).

Al establecer en los cambios ecológicos, los motores causales del "Cambio Cultural", no sólo se presuponía la predicción de la conducta humana, adivinando sus condiciones tecnoambientales, sino que se posibilitaba una estructura determinista donde la investigación bien pudo reducirse a contrastar sólo el nicho ecológico para conocer teóricamente al hombre que allí vivía y habría de vivir, pues en esta escala de reducción, el Hombre no sería más que un "Estomago Bipedo" cuya Tecnología, Relaciones Sociales, etc... aún no se habían liberado, en su digestión, de las constricciones de la Naturaleza. Economía se reduce a Tecnología, Historia a Adaptación y Cultura a la materialización del ahorro energético de los jugos gástricos.

Este economicismo reduccionista, supuso, sin embargo, una revitalización del registro arqueológico, a la búsqueda de patrones de conducta, pues "Conducta" era el equivalente de una estrategia subsistencial ejercida mediante una tecnología registrable. Entre el Hombre y la Naturaleza, ante la adaptación, la Tecnología se expresa en términos de una "Cultura Material", que había de convertirse en el sistema de información directo del funcionamiento de la Sociedad, al ser la intermediaria H/Medio, materializando la Adaptación. En la variabilidad de la "Cultura Material" se buscarían los umbrales del "Cambio" y de la definición del límite espacial de la sociedad, correlacionándose, eso sí, con las limitaciones medioambientales. Así, si "Cultura" era Adaptación a un medio determinado, y a cada medio podría corresponder una "Cultura", sólo superada con el aumento de la "Complejidad Social". En la identificación "Cultura Material"- "Conducta", la reconstrucción de la formación del Sitio Arqueológico y un exhaustivo análisis de los procesos de Deposición y Posdeposición, garantizaba la homologación contextual de la materialización de la adaptación y la conducta (Schiffer 1976) obviándose la relación entre los hombres, de las que también informa el registro.

En este ahistórico reduccionismo económico y social, la Arqueología bien pudo reducirse también al ejercicio empírico de la correlación de los límites medioambientales, donde columnas de polen, registros faunísticos, etc... y una unidireccional contextualización de los artefactos, podría ser suficiente para explicar la "Variabilidad Cultural". De hecho, se obviaría el análisis de los factores internos de la Sociedad que afectan al "Cambio", al parecer irrelevantes ante la unidireccional Evolución guiada por la "Lex Parsimoniae" de las ventajas adaptativas.

Con la Ecología Cultural, el Funcionalismo no se había liberado de sus incongruencias tradicionales (Godelier 1972), pues, a pesar de autodefinirse Materialista, lo único que ejercía era una reducción de la Sociedad a un determinismo medioambiental, pues cada Sociedad debía estudiarse como un Subsistema de una totalidad más amplia que forma el Sistema Ecológico, donde se encuentra la explicación del

funcionamiento y las condiciones de su Reproducción (Ramos 1981), en una nueva reducción articulativa basada en la Teoría de la Comunicación y en la TGS (mecanismos feed back, entropía, etc...). Como apunta Godelier (1972), la totalidad del Funcionalismo parece renovada en su orientación (Materialista), su método (TGS), sus posibilidades y ambiciones teóricas (Comparación de Sociedades, Construcción de Esquemas Multilineales de Evolución, etc...). Sin embargo, el "Enfoque Ecológico", en su reduccionismo, fracasa en la medida que para resolver temas de suma importancia, como la causalidad económica, la naturaleza de las relaciones sociales, etc..., se apoya en los trasnochados dogmas del Materialismo Vulgar, que sigue siendo inoperante, frente al Idealismo, en las Ciencias Sociales.

Para Godelier (1972), las debilidades fundamentales de este enfoque se reducen a que:

La Economía, como Sistema de Relaciones Sociales nacidas en el proceso de Producción de las condiciones materiales de existencia, se reduce, simplemente, a Tecnología y a la relación Hombre/Medio.

La "Determinación en Última Instancia de la Economía", tan criticada al Marxismo Estructuralista, queda sustituida por una determinación medioambiental, a la que el Hombre irremediablemente se adapta.

Las estructuras sociales se consideran como medios funcionalmente necesarios para la adaptación ecológica.

La racionalidad oculta del Sistema Social estriba en el hecho de ofrecer ventajas adaptativas que quedan disimuladas bajo formas aparentemente irracionales o no económicas.

Para Godelier (1972), el análisis de la hegemonía y polifuncionalidad del Parentesco, o las relaciones Político-Religiosas, son irresolubles de interpretar desde estas posiciones de la vertiente ecológica del Funcionalismo, pues su articulación es inimaginable. La Causalidad Recíproca se reduce a una correlación probabilística, y la Historia a una mera sucesión de acontecimientos.

"Si una sociedad existe, funciona, es pura tautología decir que una variable es adaptativa por que tiene una función necesaria en el sistema total"

(Godelier 1972:53)

Con esto, Godelier (1972), concluye, que el fracaso del Funcionalismo, incluso de sus versiones ecologizantes, siempre procede de una misma base teórica: Los axiomas de un Empirismo Reduccionista y Abstracto, sea Idealista o Materialista.

Flannery en 1972, supuso un serio intento, por parte de ese "Neofuncionalismo Reciclado", de extender el marco teórico de la TGS al análisis de las fuerzas internas de la Sociedad, en el "Cambio Cultural", coincidiendo con la crisis de la Nomología Hempeliana (Gandara 1982), cuyas leyes eran sólo explicaciones, pero como todo mecanismo curístico, no podían ser predecibles (Morgan 1973), siendo en muchos casos simples y meros silogismos. El resultado, sin embargo, sería un cocktail, donde las leyes se interrelacionan en correlaciones multilineales de indudable valor didáctico, pero de franca inutilidad para aclarar la dirección de los procesos, guiadas por una azarosidad sólo resuelta mediante esquemas de simulación, como su recetario de las 15 reglas para el Origen del Estado, y regidas por una Causalidad Recíproca, donde la Sociedad sigue funcionando como un organismo vivo, donde mecanismos adaptativos provocan la Promoción o Linealización de instituciones universales, para generar procesos complejos como Segregación o Centralización a las que se reduce el Estado, en un nuevo intento para demostrar la Teoría Integracionista. El Hombre, una vez más, no interviene en la causalidad que genera la fluctuación medioambiental. No obstante, superaría con creces, las simulaciones estocásticas de Skoal y Sneat (1963) en su intento de definir el Estado mediante la Teoría de Conjuntos, como una función matemática demostrable, bajo similares premisas de azarosidad predecible de la conducta del Hombre y su "Cultura".

Flannery (1972), en su intento de resolver la relación "Cultura"/"Leyes Ecológicas", reproduciría el eterno Reduccionismo Funcionalista, que pudo ser de utilidad para el análisis de ciertas comunidades de cazadores-recolectores, o el proceso de hominización, pero fracasa en sociedades donde los estómagos quedan dentro de decisiones políticas. Por tanto, Flannery, se encontraría más cerca de lo que él esperaba de las Leyes Hempelianas que había criticado, aunque se sitúe en el umbral probabilístico de la azarosidad, razón que no supone más que un nuevo disfraz del Funcionalismo (Godelier 1972).

Bajo los conceptos de "Cultura" y "Cambio", como procesos adaptativos, se encierran similares fines e intereses que en las argumentaciones del viejo Evolucionismo de la Historia y las Civilizaciones, al presentar al Hombre sumido en un proceso de adaptación, ajena a sus propias decisiones y que, en definitiva, sólo pretende demostrar que nuestro Presente, no sólo es la mejor, sino la única y posible adaptación de una Historia predecible y azarosa, donde la Teleología Divina se sustituye por la fatalidad de una ineludible "Condición Humana", que se reduce a la bipedia del estómago, cuya mente sólo ayuda a reproducir, materialmente, las precondiciones de la Adaptación.

Desde esos presupuestos, en 1975, Service, en su obra "Origin of the State and Civilization", crearía la más completa presentación de la Teoría de la Integración, desde el Evolucionismo Multicausal, en una encarnizada lucha frente a la Teoría del Conflicto de Clase y el Materialismo Histórico, negando en los Estados Prístinos la Propiedad y el Conflicto (1975: 36-46; 266-285), y con ello, al Estado como una Institución Represiva.

Para Service, el Modelo del Conflicto, no podía demostrarse (1975: 285-288), pues el poder del Estado, en ningún caso organiza la Economía, sino todo lo contrario (1975: 8). Por tanto, la Coerción no existe en el proceso de su Formación, sino que es una consecuencia posterior, siendo el caso de cierto tipo de Estados ya desarrollados.

La prueba argumental de Service, la supone la primera forma de Gobierno Centralizado: Jefatura, que implica sólo una integración sociopolítica. Para Service, la Jefatura surge con el fin de coordinar los esfuerzos colectivos de complejas actividades de subsistencia, practicándose sobre más de un nicho ecológico, mediante la concentración de autoridad en manos de un Jefe, que emerge de los hombres más capaces de la Comunidad.

Service, considera a la Jefatura como una institución inestable, que sólo se consolida al convertirse sus cargos en hereditarios, ya que se organiza ocasionalmente para la coordinación de la Guerra, intercambio a largas distancias, intensificación económica, etc... (1975: 290-308), y sólo con un aumento de la "Complejidad Social".

Para Service, las primeras medidas utilizadas por los Jefes, para aumentar la obediencia (1975: 294), no fueron, en ningún caso, coercitivas, sino religiosas. Sin embargo, y como muestra Webster (1975), las Religiones de los Primeros Gobiernos Centralizados, son la fachada de una Coerción para mantener privilegios de Clase.

Con Service, la Jefatura se convierte en un paso previo y obligado, para la Formación del Estado, con el desarrollo del Jefe y la emergencia de las Civilizaciones Arcaicas, de carácter aristocrático, que cuantitativamente revitalizan la concentración política y social. Sin embargo, Service, no mostraría las diferencias claras que separan la Jefatura y la Civilización, pues para él, ambas (1975: 305) son instituciones redistributivas (1975: 307).

Service, coincide con la Teoría del Conflicto, en definir al Estado como "una Institución Política, en la que las bases de la organización residen en la fuerza coercitiva" (1975: 10), pero muestra sus diferencias con esta teoría, al pretender con la Jefatura, que la Coerción no existe en el Proceso de Formación del Estado, dejando así el ejercicio coercitivo sin solucionar.

La rigidez del evolucionismo de Service, se manifiesta al perfilar el Primer Poder Primitivo, con la ausencia de la Coerción, y ausencia de represión: la Jefatura. Tras ella las Primeras Civilizaciones Arcaicas, tan sólo serán un aumento cuantitativo de la Jefatura, y sólo con posterioridad, surge el Estado Represivo, pues el Big Man, o el Jefe, son elegidos por sus cualidades (1975: 293-294), situación confirmada con la evolución cuantitativa del proceso Jefaturas-Civilizaciones Antiguas-Estado, que se presentan como etapas necesarias, inalteradas y universales del desarrollo de la Humanidad.

II.2. TEORIA DEL CONFLICTO DE CLASES: FORMACIONES SOCIALES EN TRANSICION.

"El Estado supone una Institución de Gobierno, desarrollada como un mecanismo coercitivo para resolver los conflictos que al interior de la Sociedad genera la estratificación social y económica".

(Fried 1967)

Lejos de plantear el Estado en términos de presupuestos funcionales de la Sociedad, con Marx y Engels, se establece la necesidad del desarrollo de un Nivel Político como condición de existencia de determinados Modos de Producción, aquellos en los que las Relaciones de Producción imponen una división del trabajo en una clase de Productores y otra de No Productores. Así, Estado y Política se presentan como condiciones de existencia de todo mecanismo de apropiación del Trabajo excedente por parte de una Clase Social.

De ahí, se desprende, que en todas las Sociedades de Clase, el Estado, cumple funciones obviamente necesarias para la existencia de la Sociedad. En este caso las funciones sociales que cumple el Estado son una consecuencia de la existencia y articulación de los Modos de Producción que concurren en cada formación Social, y por tanto no tiene nada que ver con la teleológica necesidad de los Universales Funcionalistas.

Sin embargo, este perfil teórico que, desde el Materialismo Histórico, se esgrimió como un mecanismo de análisis y de la lucha por el Poder, también fue fruto de un largo proceso, en cuyos primeros pasos el límite Integración/Conflicto, no estaba absolutamente precisado.

Así, entre 1845 y 1846, como refleja "La Ideología Alemana", Marx define el Origen del Estado, y sus Formas Primitivas, como la consecuencia del desarrollo de múltiples y aisladas comunidades agrícolas que precisaban una amplia cooperación en trabajos de interés colectivo. Sobre esta base se erigiría, según Marx, una forma despótica de Estado.

"El Estado, que al principio no había sido sino el ulterior desarrollo de los grupos naturales de comunidades étnicamente homogéneas, con objeto de servir a intereses comunes (...) y de protegerse frente al exterior, asume, a partir de ese momento, con la misma intensidad, la forma de mantener coercitivamente las condiciones vitales y de dominio de una clase respecto a otra".

(Marx. Ideología Alemana. 1845-1846)

En Anti-Dühring, la transición de los poderes de función, en poderes

de opresión, se presentan como las premisas de las formas despóticas y opresivas que caracterizan al Estado, generando dos vías de formación: la primera, la característica de las Formas Despóticas Orientales, y la segunda, la de las Formas Occidentales de la Sociedad de Clase, basadas en diversas formas de Propiedad Privada, como el caso de las Vías Antigua y Feudal.

Desde esta definición, Marx observaría la Historia lejos de una secuencia de etapas sobreordenadas, como posteriormente la estructura, el Materialismo Vulgar de corte Stalinista, y a través de una disgregación dialéctica de la sociedad (Legross 1977: 36).

Sin embargo, la formación de esas instituciones de coordinación, marcaría una contradicción con el carácter coercitivo del Estado, que para Marx, era el fruto de la evolución y manipulación de éstas por grupos de la Sociedad, que aún no están claramente definidos.

Esta contradicción inicial de la Teoría Marxista, que pronto sería superada por los avances que supuso "El Capital", al analizar la Renta-Impuesto, como formas de explotación en sociedades donde el Estado se constituía en el poseedor de la tierra, fue, sin duda, la consecuencia de la influencia de los trabajos de campo de Morgan y Maine, así como de la Dialéctica Hegeliana.

Ya en 1957-58, en los Grundrisse (Hobsbawm y Marx 1979), Marx sugería la no identificación de la Propiedad Colectiva, con las Formas de Trabajo Comunal. Para Marx, la existencia de este último, se situaría en los modelos sociales más arcaicos, como en los casos de los Cazadores y Agricultores Primitivos, en condiciones ecológicas particulares que implicaban la intensificación, o motivados por factores religiosos o históricos (conquista, opresión, etc...).

Esta transformación teórica culminaría en la obra de Engels "El Origen de la Familia, la Propiedad Privada y el Estado" (Ed. Esp. de 1975):

"El Estado, no es, en modo alguno, un poder impuesto desde fuera de la Sociedad, ni es tampoco la realidad de una idea moral, la imagen y realidad de la razón, como afirma Hegel. El Estado, es más bien, un producto de la Sociedad al llegar a una determinada fase de desarrollo; es la confirmación de que ésta se ha enredado consigo misma en una contradicción irresoluble, se ha dividido en antagonismos irreconciliables que es inoperante para amortiguar (clases sociales) (...). Para que estos antagonismos, estas clases con intereses en pugna, no se desborden a sí mismas, y no conduzcan a la Sociedad a una lucha esteril, para eso se hizo necesario un poder situado, aparentemente, por encima de la Sociedad y llamado a amortiguar el conflicto, a mantenerlo dentro de los límites de un "orden". Y este poder, que brota de la Sociedad, pero que se coloca por encima de ella, divorciándose cada vez más, es el Estado (...) Por tanto, el Estado no ha existido eternamente, han

existido sociedades que han subsistido sin él, que no tuvieron la menor noción del Estado y del Poder estatal. El Estado sólo surge al llegar a determinadas fases del desarrollo económico, necesariamente ligadas a la división de la Sociedad en Clases".

(Engels. El Origen... 1975: 177-178)

Con esto, la obra de Engels, genera la crítica al Idealismo Hegeliano, y al concepto universal del Estado, situando su Naturaleza en la concepción del desarrollo desigual de la Sociedad, como un mecanismo coercitivo de clase, eliminando su teleológica necesidad en favor de su transformabilidad en función de la lucha por el Poder frente a la Burguesía.

En similares términos, pero destacando su role coercitivo y represor, abundarían los teóricos anarquistas en su opción por la destrucción del Estado (Malatesta 1904), criticando la teleología Desarrollo=Estado, que aún en Engels no acababa de divorciarse, bajo una de las argumentaciones clásicas del marxismo: la División Técnica del Trabajo, como oposición a la igualdad social, y como generatriz del Estado, cuando ésta puede observarse como una consecuencia más de él.

La línea antropológico-arqueológica del Siglo XIX para la Teoría del Conflicto, crearía un interesante nivel de contrastación y el desarrollo de nuevas categorías con los trabajos de Maine y Morgan, en su enfatización de la Territorialidad como una manifestación fundamental de la formación del Estado.

Así, Maine (1861), plantearía el desarrollo de los Primeros Estados dentro de las limitaciones del Parentesco, retomando, por otra parte, la Teoría de la Conquista como el desarrollo de la superioridad política entre comunidades, bajo condiciones de cierta presión demográfica. Morgan (1877), como Maine, a caballo entre la Dialéctica y el Evolucionismo, mostraría al Estado como la evolución de una Territorialidad de carácter Político. Sin duda, Morgan, elevaría a una categoría universal el Proceso de Formación del Estado de la Antigüedad Grecorromana, consecuentemente, oponiendo Territorialidad a Parentesco. Así, con su obra "Ancient Society" (1877), Morgan, propondría una segunda línea argumental a la Teoría Unidireccional del Marxismo Decimonónico, que sólo se ocupaba del Proceso de la División Técnica del Trabajo, para explicar el Origen del Estado.

En el Siglo XX, a medio camino entre Integración y Conflicto, como también refleja su problemática posición ideológica, Childe, se expresaría en la línea más ortodoxa del marxismo, con el desarrollo de la División Técnica del Trabajo para explicar la Formación del Estado, argumentando y correlacionando las consecuencias del desarrollo agrícola, como una "Revolución Económica y Política", donde el excedente y el desarrollo del "Comercio" sería la causa de tal división, resaltando la intensificación económica a través de los Procesos de Irrigación. Sin embargo, en la génesis del Proceso de Intensificación, marcaría una línea prioritaria en las necesidades de coordinación de los esfuerzos colectivos, bajo un marginalismo que da